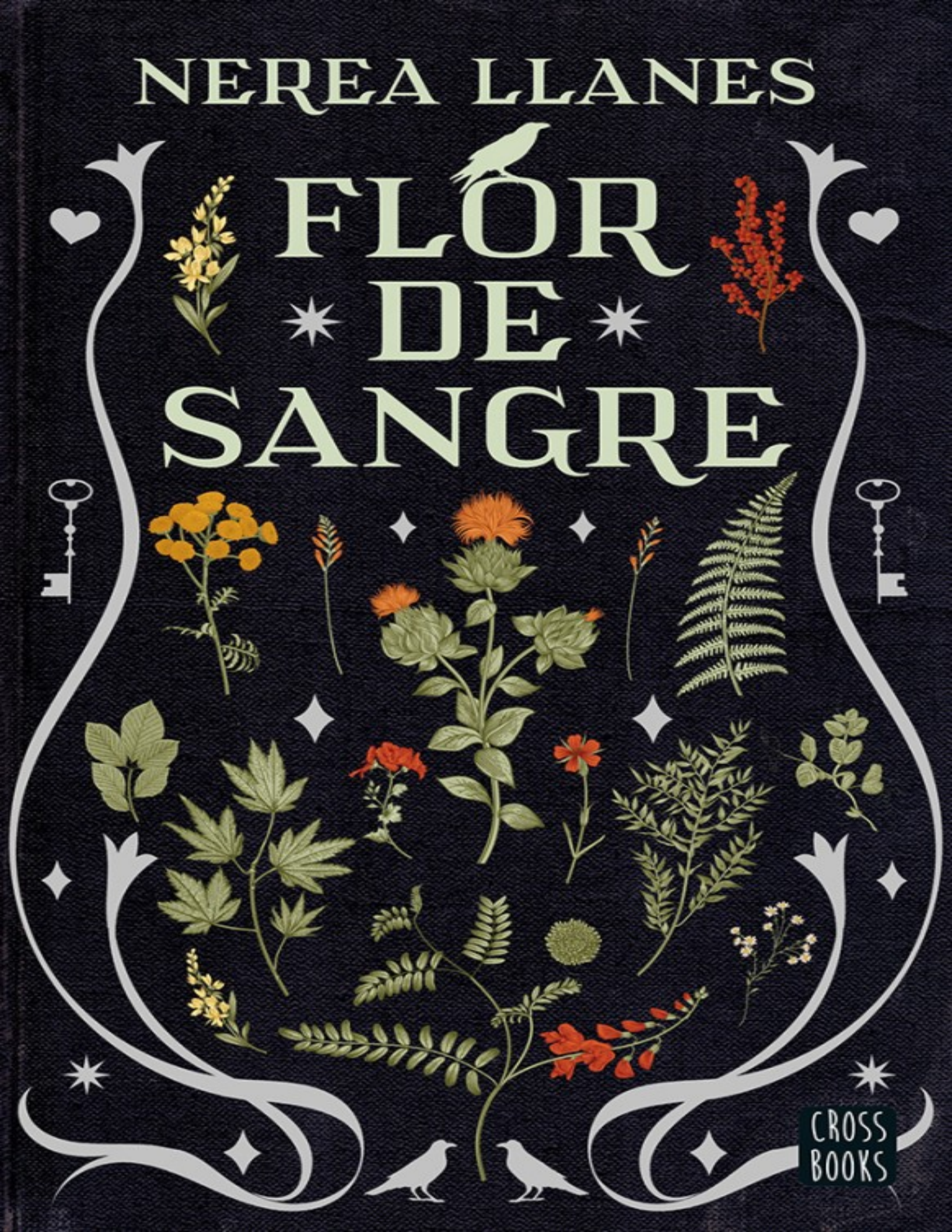
NEREA LLANES

FLOR DE SANGRE



CROSS BOOKS

Flor de Sangre

Nerea Llanes



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Preludio

PRIMER CUADRO. La Dama de Shalott (1888), John William Waterhouse

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14

15

SEGUNDO CUADRO. Ophelia (1851–1852), John Everett Millais

16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35

TERCER CUADRO. La belle dame sans merci (1893), Frank Dicksee

36
37

38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

CUARTO CUADRO. Lamia y el soldado (1905), John William Waterhouse

52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63

64

QUINTO CUADRO. Romeo y Julieta (1884), Frank Dicksee

65
66
67
68
69
70
71
72
73

SEXTO CUADRO. La ejecución de Lady Jane Grey (1833), Paul Delaroche

74
75
76
77
78
79
80

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

A mi aquelarre





Preludio

Ebonwick es un pequeño y remoto pueblo donde el tiempo parece haberse detenido.

Las casas, las calles y hasta sus gentes son las mismas desde hace siglos.

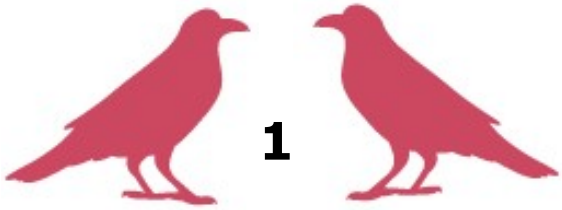
Es un lugar tranquilo, con un cierto aire melancólico.

Un sitio donde nunca pasa nada, aparentemente...

Hasta que, un día, Ethel Ashbourne lo tiñó de rojo.

PRIMER CUADRO
La Dama de Shalott (1888), John William Waterhouse





1

El camino a Ebonwick se retorcía como una serpiente entre el macizo montañoso Duskmoor. Los faros del coche apenas lograban perforar la niebla, que se pegaba al asfalto, tan densa que parecía sólida.

Ethel apoyó la frente contra la ventana helada. Su reflejo se mezclaba con la silueta borrosa del bosque. No recordaba que el trayecto fuera tan largo. De niña, Ebonwick le había parecido un lugar de cuento, y la mansión de las Ashbourne era su lugar favorito. Aunque, conforme pasaban los años, las visitas se habían ido reduciendo, ya que a su madre no parecía gustarle demasiado volver a su lugar natal.

Sin embargo, por circunstancias del destino, no había tenido más remedio que mandarla a ella a vivir allí.

—Falta poco —dijo su padre, que se aferraba al volante con fuerza, tratando de no salirse de la carretera.

Las calles adoquinadas hicieron que el coche traqueteara al llegar al pueblo. Entrar en Ebonwick era como viajar al pasado, el lugar parecía anclado en el siglo XIX, con las farolas de hierro proyectando su luz amarilla y espectral sobre las fachadas victorianas de ladrillo oscuro y tejados inclinados. Siempre le había gustado aquella sensación como de traspasar a otra dimensión.

La mansión Ashbourne, que estaba a las afueras, emergió entre la niebla, con sus altas torres. La verja de hierro forjado seguía tan imponente como en sus recuerdos. Las enredaderas se aferraban a sus muros y la luz cálida del interior se filtraba a través de las ventanas.

Su madre suspiró en el asiento del copiloto y su padre le estrechó la mano mientras enfilaban el camino.

Los jardines que rodeaban la mansión parecían descuidados, aunque en realidad era todo lo contrario; su abuela Morgana les dedicaba casi todo su tiempo, pero le gustaba que la naturaleza tuviese un aspecto «salvaje». Las rosas trepaban sin control por las columnas del pórtico, con sus espinas asomando como pequeños dientes afilados.

En la parte trasera había un invernadero donde cultivaban las hierbas que se empleaban en la empresa familiar: Alquimia Ashbourne, la farmacéutica de la que eran dueñas. Aunque su madre no había querido seguir el legado familiar y trabajaba de abogada en la ciudad.

Isadora se ajustó el abrigo y avanzó hasta la puerta. Su padre sacó sus maletas y la siguió. Ethel se quedó un momento mirando hacia la espesura de la noche, a las altas montañas que rodeaban el valle a lo lejos y los extensos bosques que perfilaban el pueblo. A partir de ese momento, ese sería su hogar.

Antes de que su madre pudiera tocar la aldaba, la puerta se abrió sola.

Morgana Ashbourne esperaba en el umbral.

—Bienvenida a casa, Isadora —dijo con voz tranquila, envolviendo a su hija mayor en un abrazo.

—Madre —le contestó ella, escueta, antes de pasar adentro.

—Elías, te veo tan bien como siempre —dijo la anciana.

—No mejor que tú, Morgana, el tiempo no parece causar estragos en ti —la saludó él con cariño.

Su abuela le guiñó un ojo antes de atraer a Ethel entre sus brazos.

—Mi preciosa *fawnlet*. —Morgana le había puesto aquel apodo cuando era un bebé torpe al que le costaba mantenerse erguido, era una forma cariñosa de llamarla cervatillo—. Cuánto has crecido desde la última vez. Pronto serás más alta que tu tía Daphne.

—Abuela —la saludó con devoción.

Morgana Ashbourne inspiraba tanto respeto como cariño en aquellos que la conocían. Era una mujer alta, de porte elegante, tenía el pelo cano y largo, y solía llevarlo recogido en un moño. Tenía los mismos ojos que su hija mayor, de un tono muy muy apagado entre el gris y el azul, casi transparentes. El mismo color que había heredado Ethel.

Ella admiraba a su abuela como si se tratase de una figura mitológica. Su abuelo había muerto hacía mucho tiempo, casi demasiado para que Ethel pudiese recordarlo.

Cuando Ethel cruzó la puerta, un olor familiar la envolvió: una mezcla de incienso, madera antigua y hierbas secas. El vestíbulo era amplio y estaba iluminado por una lámpara de araña de cristal. Las paredes estaban cubiertas de paneles de madera oscura, decoradas con retratos de antepasadas de las Ashbourne.

Al frente, una gran escalera de madera ascendía hasta el primer piso; tenía un pequeño descansillo y se dividía en dos, conduciendo a izquierda y derecha. Los escalones estaban cubiertos por una alfombra de tonos burdeos.

A la izquierda del vestíbulo estaba el salón principal, una habitación amplia con enormes vidrieras. Había una chimenea

encendida y, frente a ella, varios sillones tapizados en tonos oscuros.

Tía Daphne se levantó y sus largas trenzas rubias se sacudieron con el gesto. Llevaba un complejo camisón con cola y una bata a juego. Isadora la miró arqueando las cejas. Era todo lo contrario a sus excéntricas hermanas. Las mellizas Ashbourne, Daphne y Seraphine, eran diez años menores que ella y no se parecían en nada a la hermana mayor en cuanto a personalidad.

—¿Qué llevas puesto, Daphy?

—Lo he hecho yo misma. ¿Te gusta, Ethel? Tengo otro para ti.

Ethel le sonrió y asintió. Nunca había entendido por qué su madre era tan distante y fría con sus hermanas. Ella era hija única y a veces habría agradecido tener un hermano o una hermana en quien apoyarse. Tampoco sus tías tenían hijos, así que era la única nieta de las Ashbourne.

—¿Dónde está Sera? —preguntó Ethel.

—Ha quedado con esa cazarrecompensas con la que se lio el año pasado. Quería comprarle la receta de uno de sus venenos —contestó Morgana.

Isadora miró a su madre con reprobación. Ella y Seraphine eran las que más chocaban y discutían. Donde su madre era práctica, pragmática y seria, la tía Sera era rebelde, alocada y caótica. Nunca estaban de acuerdo en nada.

Su abuela y sus tías habían tenido mucho que ver con que su madre hubiese cedido a inscribirla en el instituto de Ebonwick. Ethel sentía curiosidad por saber qué argumentos debían de haber usado para convencerla.

Nadie le había preguntado su opinión, pero la verdad era que, lejos de Arven, se sentía más ligera; allí tenía la certeza de que no

se encontraría a ninguno de sus antiguos compañeros. Aunque en Ebonwick no era totalmente anónima, como le hubiera gustado.

Las Ashbourne eran sumamente conocidas en el pueblo. Al pensar en el día siguiente sintió un fuerte pinchazo de dolor en el estómago.

La despedida de sus padres fue breve, casi abrupta.

—¿No queréis quedaros a cenar? —ofreció Morgana, apenada.

—Mañana tengo un juicio y el camino de vuelta es largo y pesado —se excusó Isadora.

Su madre la abrazó con firmeza, la palma fría contra su espalda. No era una mujer efusiva, pero en ese gesto se concentraban todas las palabras no dichas. Su padre, en cambio, le acarició el cabello con ternura antes de dedicarle una sonrisa cansada.

—Eres estupenda, cielo. Es un nuevo comienzo, tómatelo con ilusión. Y recuerda, sé amable y todo irá bien.

Ethel sonrió a su padre con los ojos vidriosos y un nudo en la garganta.

—Claro, papá.

—Escríbenos —le pidió.

—Lo haré —respondió Ethel, al menos la distancia la dejaría ocultar las cosas más difíciles.

Unos minutos después, el coche de sus padres desaparecía por el camino empedrado, dejando tras de sí el crujido de la grava y el susurro del viento entre los árboles desnudos. La luz de los faros traseros parpadeó antes de perderse en la bruma del anochecer.

Su habitación estaba en la torre este de la mansión. La que daba a la parte trasera. Era espaciosa, con techos altos y un ventanal en forma de arco que daba al bosque. La luna, atrapada entre las nubes, derramaba su luz plateada sobre el suelo de madera.

La cama estaba pegada a una de las paredes, tenía un enorme cabecero de madera y encima de ella había un montón de mantas gruesas tejidas a mano y decoradas con bonitos bordados. En el suelo había una alfombra antigua, algo gastada, y completaban el mobiliario una estantería vacía para sus cosas y un escritorio junto a la ventana con una lámpara.

Ethel dejó su maleta a un lado y se acercó a la ventana. El viento ululaba contra el cristal. Se cruzó de brazos, sintiendo la piel erizada bajo la tela de su abrigo. Por un momento, tuvo la sensación de que alguien la observaba. Era absurdo, allí fuera solo había árboles y oscuridad.

Sobre la cama estaba el camisón que la tía Daphne le había hecho. Se desnudó y lo contempló un momento, pensativa, antes de ponérselo. La tela era ligera, con un bordado sutil en el escote y una fina cola que se deslizaba tras ella, como una estela etérea. Se cubrió con la bata a juego, de mangas largas y translúcidas.

A un lado de la estancia había un viejo espejo de pie.

Sus ojos, grandes y claros, parecían aún más profundos bajo la luz fría de la luna. Su piel era pálida, casi fantasmal, lo que hacía que la zona bajo los ojos pareciera amoratada. El pelo le caía en cascada hasta más abajo de la cintura; tenía una melena densa y ondulada de un tono dorado apagado, similar al de tía Daphne, aunque el suyo no tenía brillo.

La gente siempre la miraba con cara de lástima al verla junto a su madre, que tenía una belleza llamativa, de esas que te hacen girarte para volver a mirar. Isadora, con su pelo tan oscuro que parecía reflejar el azul y sus facciones angulosas, era todo lo contrario a ella.

Ethel no era tan guapa, ni tan lista ni tan interesante como las mujeres de su familia. Intentaba suplir esas diferencias siendo una

chica agradable con los demás. Era lo menos que podía hacer teniendo en cuenta el tipo de persona que era. Le dio la impresión de que su reflejo mutaba y se reía de ella con una mueca cruel. Ethel era un borrón gris y apagado. Incolora. Mirarla era como observar una flor marchita.

Apretó los párpados con fuerza hasta que vio puntos de colores.

Un nuevo comienzo, un lugar donde podría empezar desde cero y donde estaría junto a sus personas favoritas... Todo parecía estar a su favor.

Ahora, bajo la trémula luz de la noche, sus pesadillas y sus miedos la acechaban. Su mente se volvió contra ella, malvada y retorcida, desenterrando sus debilidades, escarbando en sus cicatrices. No podía confiar en sí misma.

Se acuclilló hasta abrazarse las rodillas frente al espejo mientras se rascaba la mano con furia, hasta que se abrió la piel y sangró manchando la delicada tela del camisón.

Trató de recordar los ejercicios que le había enseñado la psiquiatra del hospital. Respirar. Contar cinco cosas que podía ver: el armario, la ventana, los viejos tablones de madera del suelo, la sangre en su piel, el reflejo en el espejo.

Cuatro cosas que podía tocar: el camisón, su propia piel, las vetas del suelo, la herida en su mano.

El escozor la ancló, era algo tangible en lo que podía confiar.

Tres cosas que podía oír: su respiración entrecortada, el viento contra la ventana, un crujido de la mansión, como si estuviese viva.

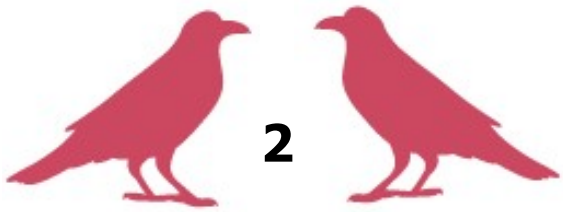
Dos cosas que podía oler: la cera de las velas, el hierro de la sangre.

Una cosa que podía saborear: su propio miedo, amargo y ácido en su lengua.

Se obligó a respirar, a soltar el aire lentamente. Sus dedos dejaron de arañarle la piel y, con la misma suavidad con la que había empezado a romperse, se abrazó a sí misma.

«Vas a estar bien, Ethel».

Cogió la colcha de la cama y se acurrucó en un rincón hasta quedarse dormida en intervalos de pesadillas.



2

Ethel despertó desorientada, tardó unos minutos en ubicarse y recordar que se encontraba en la mansión Ashbourne y no en su habitación de Arven.

El uniforme del instituto Ebonwick, al igual que todo en aquel pueblo, tenía un aspecto anticuado y, a la vez, refinado. Se componía de una blusa blanca de mangas ligeramente abullonadas que tenía el cuello alto y un lazo para poder cerrarlo. Sobre ella, un chaleco de tirantes delgados, que se ajustaba justo por debajo del pecho, una americana entallada y una falda que apenas le llegaba unos dedos por encima de la rodilla.

La hacía parecer una institutriz.

Jamás había tenido que llevar uniforme. Por un momento, tuvo la vaga esperanza de que aquello la ayudaría a no resaltar en su primer día, pero la ilusión fue pasajera: en Ebonwick vivían menos de cinco mil personas, por supuesto que iba a llamar la atención.

Cuando salió de su habitación para bajar a la cocina, su nivel de ansiedad era tal que pensó que todos los retratos del corredor se volvían para seguirla con la mirada.

Abajo se oyeron las voces de sus tías y su abuela.

—Ya sabes cómo es... No me apetecía discutir —dijo alguien que debía de ser la tía Seraphine.

—Pronto tendrá dieciocho... —comentó Daphne.

—No me puedo creer que nos vayamos a quedar sin sucesora —terció la abuela.

—A no ser que Daphne nos sorprenda...

Hubo un silencio breve y se oyó un suspiro lastimero.

—Si pudiéramos deshacernos de... —estaba diciendo Morgana.

Uno de los escalones finales crujió anunciando su llegada y la conversación se acalló del todo.

Apenas puso un pie en la cocina, unos brazos la rodearon con fuerza. El pelo color rojo fuego de tía Sera la envolvió mientras la sacudía con entusiasmo.

—Por la diosa, ¡cuánto has crecido! Estás preciosa, pareces toda una adulta así vestida.

Ethel se sonrojó en respuesta y le devolvió el abrazo con fuerza. Tía Seraphine llevaba los ojos pintados de negro ahumado, los labios en tono púrpura y un atuendo entre lo punk y lo victoriano, si es que esa combinación era posible.

—¿Vas a alguna parte, tía?

Seraphine arrugó la nariz.

—No me llames tía, me hace sentir mayor y soy muy joven todavía.

—No va a ninguna parte, más bien vuelve —le explicó Daphne, moviendo la cabeza.

Su abuela le dio un beso en la frente y le dio indicaciones para que se sirviese el desayuno. La cháchara animada contrastaba fuertemente con el silencio de su casa. Su madre siempre se iba a trabajar antes de que Ethel se despertase. Su padre era un hombre

tranquilo, que trabajaba en un hospital, así que ella trataba de respetar sus horas de calma.

La mansión era todo lo contrario, era un caos organizado, un cúmulo de energía que zumbaba a su alrededor. Sus tías hablaban, discutían, se querían en voz alta, y ahora Ethel formaba parte de ello.

El instituto se alzaba en el extremo oeste del pueblo, sobre una ligera elevación que lo hacía dominar el horizonte. Su arquitectura gótica, de ladrillo ennegrecido y cubiertas de pizarra, estaba coronada por altos torreones con ventanales ojivales.

El portón de hierro forjado estaba abierto, dando paso a un camino de grava bordeado por setos cuidados. Ethel agachó la cabeza y dejó que la larga melena le tapase la cara.

Algunos estudiantes, al notar su presencia, se giraron curiosos interrumpiendo sus conversaciones. La escrutaron con un brillo de abierta desconfianza. Ethel se forzó a respirar hondo sintiendo la punzada familiar del pánico.

Al cruzar el umbral, la recibió un vestíbulo de techo abovedado, donde un pesado candelabro de hierro forjado pendía como una araña inmóvil. El interior del instituto era aún más sobrecogedor que el exterior.

Sujetó con fuerza la correa de su bolso.

Los demás estudiantes pasaban a su lado murmurando por lo bajo. Pudo captar retazos de conversaciones:

«Es una Ashbourne...».

«La nieta de...».

«Ya sabes lo que se dice de su familia, que son...».

Ethel intentó concentrarse en su respiración contando hacia atrás.

«Rarita».

«¿Por qué ha venido ahora?».

«La echaron de su anterior instituto...».

«Problemática».

«Peligrosa».

«Dicen que practican...».

Sus dedos cogieron con más fuerza la correa del bolso. Empezó a andar cada vez más deprisa. Ojalá pudiera ser del todo incolora, transparente, invisible como el viento. Sentía que en ella todos los colores se diluían. Solo quería convertirse en un lienzo en blanco, no reflejar nada.

La sensación de no sentirse dueña de sí misma volvió a golpearla.

Giró la esquina demasiado rápido.

Un choque seco la hizo tambalearse hacia atrás. Sintió la dureza de un cuerpo contra el suyo. Una mano se cerró alrededor de su brazo atrapándola con rapidez para estabilizarla.

Alzó la vista, aturdida.

Unos ojos de un tono violeta extraño y profundo se clavaron en ella.

Dio un paso hacia atrás.

El chico tenía el pelo negro como la tinta, largo en la parte frontal, casi le caía sobre los ojos, más corto en los lados y otra vez un poco más largo en la nuca, donde se le ondulaba ligeramente. Llevaba un *piercing* en la ceja y otro en el labio inferior.

Ethel tragó saliva, sorprendida por su aspecto.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Su voz era grave y amable, algo que contrastaba con su apariencia intimidante. Nunca había visto a nadie igual en Ebonwick.

Ella asintió. Se dio cuenta demasiado tarde de que seguía mirándolo fijamente, presa de ese tipo de curiosidad que despiertan las cosas nuevas, bellas o chocantes. Era esa clase de emoción que te hace volverte para seguir mirando algo o que te frena en seco.

Él notó que todavía la sostenía y apartó la mano.

Ethel dio otro paso atrás, para poner más distancia entre sus cuerpos.

—Lo siento —trató de decir, aunque no estaba segura de que la hubiese oído.

—¿Qué?

Ethel alzó la cabeza y se encontró con su ceño fruncido.

—Que lo siento —repitió, esta vez un poco más claro.

Ethel tardó más de lo necesario en ser capaz de reaccionar. De nuevo se encontró a sí misma observándolo abiertamente. Estaba siendo muy maleducada. No debería mirar así a alguien solo porque su aspecto fuese algo distinto al del resto.

Se apresuró a seguir su camino, después de dedicarle una sonrisa de despedida. Pasó por el despacho de la secretaria para recoger su horario y se dirigió a su primera clase.

El corazón amenazaba con salírsele del pecho cuando se detuvo ante la puerta. Un murmullo se alzó al otro lado de la madera. Inspiró hondo y, con un esfuerzo, la empujó para abrirla.

El aula quedó en silencio. Todas las miradas se posaron sobre ella. Algunas eran curiosas; otras, frías, censoras. Si existía el infierno, debía de ser algo parecido a aquella emoción.

La profesora, una mujer de cabello entrecano, recogido en un moño severo, la observó y señaló un asiento vacío cerca de la ventana, que daba a los jardines del instituto.

—Bienvenida, señorita Ashbourne. Espero que disfrute de un agradable curso en el Instituto Ebonwick. ¿Desea presentarse a sus

compañeros?

Ethel tragó saliva pesadamente.

«No».

—Mi... mi nombre es Ethel —dijo con un hilo de delicada voz mientras sonreía con timidez—. Es un placer.

La profesora le indicó que ya podía ir a su mesa y, mientras cruzaba la clase entre los pupitres, se topó de nuevo con los ojos púrpura que había visto en el pasillo.



3

El primer día no había tenido la valentía de ir al comedor. Pero el segundo, viendo que la curiosidad y la ligera inquietud que despertaba en los demás no había dado paso a la hostilidad, trató de enfrentarse a sus miedos e ir.

La cafetería no se parecía en nada a las de sus antiguos colegios. En lugar de mesas de plástico alineadas en filas uniformes, aquí había mesas de madera oscura, talladas con filigranas y sillas a juego de aspecto elegante.

Las estrechas y alargadas ventanas dejaban entrar el mortecino resplandor del día, tamizado por las vidrieras emplomadas. En el extremo más alejado del salón había una chimenea de mármol negro con un fuego encendido.

Ethel avanzó con su bandeja, sintiéndose fuera de lugar, como una mancha de tinta en un pergamino impoluto. Los cuchicheos la seguían allá donde iba.

—¿La has visto?

—Shhh... ¿Quieres que te eche un mal de ojo? —rio alguien.

—Su casa está encantada...

—Ella misma tiene aspecto de fantasma —se carcajeó otro.

—Tuvo que hacer algo terrible en su instituto de Arven para haber acabado aquí...

—Ya sabes lo que dicen de su familia, que son...

Los dedos se le cerraron con fuerza en torno a la bandeja; la imagen de la comida le dio náuseas.

Se había vuelto para buscar una mesa alejada en la que sentarse y escapar de los cuchicheos, cuando una voz la interrumpió.

—Si os causa tanta curiosidad, ¿por qué no habláis directamente con ella?

Esto acalló la conversación.

Ethel alzó la mirada. El chico de los ojos violeta estaba de pie, imponente, unos pasos por detrás en la fila de la comida. Su expresión era tranquila, incluso un poco aburrida. De nuevo, su aspecto intimidante le sorprendió.

—Se cree demasiado especial para juntarse con la gente de Ebonwick, Nox. No ha intentado integrarse, al contrario que tú —le explicó Ivy Whitmore, la hija del pastor, en susurros lo suficientemente fuertes para que Ethel la oyese.

Nox. Así que, ese era su nombre.

Él giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Ethel, que se había quedado mirándolo fijamente. Su primera impresión había sido acertada, Nox era nuevo allí. Se preguntó cómo había acabado viviendo en Ebonwick.

Ethel recogió la bandeja y se marchó.

Delante de ella, una chica tropezó y se le cayó un llavero. Ethel se agachó con cuidado de no tirar la bandeja con la comida, lo recogió del suelo y se lo tendió dedicándole una sonrisa.

Quizá, si se esforzaba, sus compañeros cambiarían la opinión que tenían de ella.

El jueves el sol se estaba poniendo cuando salió del instituto, se le había hecho tarde poniéndose al día con las semanas que había perdido de curso. El encanto del valle brillaba especialmente bajo la luz del atardecer, que resaltaba sus colores otoñales. Todo estaba teñido de rojo, amarillo y naranja. Parecía un lugar irreal, un escenario sacado de una fantasía. Como si pasando las páginas de un antiguo cuento de pronto se hubiese visto sumergida en él y ahora caminase por esas calles.

Ethel frenó en seco al ver a un grupito de alumnos parado en mitad del camino principal. Decidió desviarse hacia el bosque para no cruzárselos.

El viento agitó las copas de los árboles, silbando entre las hojas secas, y una espesa niebla se enroscó entre los troncos tragándose poco a poco lo que había a su alrededor.

Sus pisadas crujieron sobre la hierba y le pareció oír algo detrás de ella. Volvió ligeramente la cabeza, pero no consiguió ver nada; la niebla la había engullido por completo. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Luego, un crujido.

Se detuvo en seco, de nuevo escrutando a su alrededor.

Otro sonido. Un paso.

La sangre se le heló en las venas.

—¿Hola? —Su propia voz sonó minúscula, ahogada.

La densidad del aire pareció espesarse, como si el mundo se comprimiera en un puño invisible atrapándola. Oyó el crujir de la hojarasca bajo un pie, un sonido sordo, amortiguado, pero inequívocamente cercano.

Se encogió, tensa, con el corazón latiéndole desbocado.

Se giró rápidamente, pero solo vio sombras deformes a través de la bruma. Estaba segura de que ahí había algo, alguien.

La niebla se movió, retorciéndose como si algo la atravesara. No podía verlo con claridad, pero sintió una presencia, algo colosal y desconocido, justo a su espalda.

Dio un paso atrás, aferrándose al asa de su bolso con dedos temblorosos. La hierba húmeda resbaló bajo sus zapatos. Apretó los párpados con fuerza.

«No está ocurriendo. No está ocurriendo», se dijo.

No era la primera vez que tenía alucinaciones producto de la paranoia. En el hospital le habían explicado que, después de un trauma severo, el cerebro a veces jugaba malas pasadas. Que su mente estaba en alerta constante, siempre esperando lo peor. «Alucinaciones pasajeras», lo llamaban. Distorsiones de la realidad provocadas por la ansiedad.

Un nuevo sonido la alertó: una respiración profunda, pesada, como de un animal enorme. Ethel abrió los ojos y vio una figura dibujarse entre la bruma. Intentó discernir sus contornos diciéndose que debía tratarse de un árbol.

Entonces, la figura se movió. Un paso. Otro. Demasiado grande. Demasiado alta.

—Ethel —le pareció que susurraba.

Los pulmones dejaron de funcionarle a la par que el resto del cuerpo. Se quedó absolutamente paralizada, quiso gritar, pero la garganta no le respondió. Era como en sus pesadillas, estaba atrapada en sí misma, inmóvil.

La silueta avanzó hacia ella con lentitud.

Algo rozó su nuca, agitándole el pelo. Como si unos dedos invisibles se deslizaran por su piel.

—Ethel...

Sintió el cuerpo empapado en sudor. El corazón latiéndole en las sienes.

«No es real, no es real», se dijo. Volvió a cerrar los ojos, aterrada.

Sintió que la oscuridad la tragaba, como si una presencia imponente se cerniese sobre ella proyectando su larga sombra.

—Ethel —volvió a llamarla esta vez a centímetros de ella.

Al abrir los ojos vio a una figura de alas negras que se inclinaba sobre ella. Su silueta era un vacío de sombras y plumas que se retorcían en el aire. El rostro apenas se distinguía, cubierto de mechones oscuros, goteantes, como si la criatura estuviera hecha de la materia que compone las pesadillas.

Un chillido se le quedó atascado en la garganta.

Intentó moverse, pero su cuerpo se negó a responder. Un escalofrío de puro pavor recorrió su columna cuando la criatura alzó una garra descomunal y la acercó a su rostro, con la lentitud de quien sabe que su presa no escapará.

El aire se volvió pegajoso.

La criatura inclinó la cabeza, cerniéndose aún más sobre ella.

El miedo se enroscó en su cuerpo como gusanos.

Y la garra se cerró.

El grito que tenía atrapado en la garganta estalló cuando sintió que la oscuridad la engullía, que penetraba por cada poro de su piel. Los ojos se le pusieron en blanco, su pelo se sacudió a su alrededor y pensó que aquel dolor, que aquella sensación horrible la mataría.

Y, entonces, una fuerza invisible se desató desde el interior de Ethel, algo poderoso escapó de su cuerpo provocando una onda expansiva que lo barrió todo.

La tierra tembló bajo sus pies. La figura se retorció, su forma oscilante se fragmentó en jirones de sombra, hasta que, con un

último rugido, se desvaneció.

Ethel cayó de rodillas, con los ojos desorbitados, las manos crispadas sobre la tierra húmeda. Su pecho se agitaba con espasmos descontrolados. Estaba sola.

Todo había desaparecido.

Las lágrimas le ardían en los ojos.

Lo que fuera aquello... había estado a punto de alcanzarla.

Se tocó la nariz y descubrió una mancha escarlata en la pálida palma de su mano. Los párpados le pesaron y su cuerpo se inclinó hacia un lado. Trató de apoyarse sobre un brazo mientras la oscuridad le apagaba la vista.

Le pareció ver una figura que se acercaba en la distancia, pero no tuvo tiempo siquiera de pedir ayuda porque la inconsciencia ganó la batalla.

Se sintió flotar, ingrávida y sostenida. Le pareció oler el perfume del cedro, y, detrás, el del ámbar gris. Inspiró llenándose los pulmones. Era un lugar agradable, una sensación agradable.

Las pestañas le temblaron.

Entre el velo del sueño, vio una figura, una silueta contra la bruma.

Oyó el murmullo de una voz. Baja. Amable. Profunda.



4

Ethel despertó sobresaltada, jadeando.

El papel pintado de las paredes de la mansión la envolvía, como si el mundo hubiera cambiado sin su permiso. Todo estaba en silencio, salvo por el golpeteo de su corazón y el crujido de la chimenea encendida.

—¿Ethel? —La voz de tía Daphne la sacó del trance. Entró en la habitación con una bandeja humeante y el ceño fruncido de preocupación—. Por la diosa, nos has dado un susto de muerte.

Ethel intentó incorporarse, se sentía débil y mareada.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Te encontraron desmayada cerca del bosque. Un chico te trajo a casa —respondió su tía mientras dejaba la bandeja sobre la mesita.

—¿Un chico?

Ethel se apoyó sobre los codos y se encontró de nuevo con los ojos violetas de Nox Harker. Dejó escapar un pequeño jadeo y se levantó del todo, con tanta rapidez que la cabeza le dio vueltas.

—Hola —saludó él como si nada.

Llevaba un cortavientos del club de remo del instituto y un pantalón de chándal a juego. Estaba sentado en un sillón, recostado cómodamente, comiéndose una galleta con pepitas de chocolate.

—Salía de entrenar cuando te vi —confirmó con aquella voz pausada que tenía y una sonrisa ladeada.

—Ah... —contestó ella, todavía desconcertada. Sus ojos se detuvieron un instante en la curva de la boca de Nox mientras masticaba. Era tan extraño que aquel chico estuviese comiendo galletas en su casa que le estaba costando procesarlo.

Nox pescó la última que quedaba en el plato.

—Gracias, están de muerte —le dijo a Daphne con una sonrisa arrebatadora y un tono de voz tan encantador que habría desarmado a cualquiera.

Ethel estaba tan aturdida que la cotidianidad del momento solo la descolocó aún más.

Daphne le dejó al chico una taza de té en la mesita auxiliar y le tendió otra a Ethel.

—Bébete la tisana, te sentirás mejor. —Dándole la espalda a Nox, le hizo un gesto a su sobrina mientras decía en silencio «es guapo».

Ethel meneó la cabeza y tomó la taza con manos temblorosas. El líquido humeante olía a lavanda, a raíz de valeriana y a un leve rastro de anís. Se esforzó en no mirar a Nox, aunque sus ojos no dejaban de dirigirse hacia él. Era un punto de fuga en el salón, todo se inclinaba en su dirección.

Él observaba el espacio con curiosidad, relajado.

—¿Recuerdas qué te ha ocurrido? —preguntó Daphne con voz suave, sentándose junto a su sobrina.

Las imágenes acudieron a su mente como destellos fugaces. Apretó la taza con más fuerza e inclinó la cabeza hacia un lado, como si le doliese.

—No... no mucho. Creo que me mareé —murmuró, fingiendo una sonrisa débil.

Nox arqueó una ceja, juraría que parecía incrédulo. ¿Habría visto lo que pasó? Aquello la mortificó.

Daphne la observó con detenimiento, como si intuyera que no le estaba contando todo.

—Traeré más galletas, te vendrá bien tomar algo dulce.

Ethel esperó a que su tía saliese del salón para dirigirse a Nox. ¿Qué había visto exactamente?

—Gracias por traerme a casa.

—No ha sido nada.

—¿Cuándo... cómo... me encontraste? —Le costó formular la pregunta sin que sonase sospechoso.

Él se inclinó un poco hacia delante.

—Deberías mirar a la gente cuando le hablas, Ethel.

Ella levantó la vista.

Se recolocó tratando de mostrarse más segura.

—Solo quería saber cómo me encontraste. Ha sido muy amable que me hayas traído todo el camino a casa —afirmó.

—Me marchaba y te vi a lo lejos en el suelo. Cuando me acerqué vi que estabas sin conocimiento. No soy de aquí, pero todo el mundo conoce tu casa. Fascinante, por cierto —comentó, paseando la mirada por el salón con interés perezoso y postura elegante.

Ethel asintió más tranquila, ahora que sabía que no había visto lo que había ocurrido.

—Cargarme hasta aquí ha debido de ser...

—Cualquiera habría hecho lo mismo —contestó como si tal cosa.

—Bueno..., no estoy tan segura.

Nox giró el rostro hacia ella y esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—¿Ah, no?

—No, bueno, quiero decir, no lo sé... —Ethel le dio un sorbo al té —. Pero de verdad, gracias, si en cualquier momento puedo hacer algo por ti...

Sus ojos se iluminaron un instante, como si aquello le divirtiera.

—Vaya, así que me debes un favor..., Ethel.

Ella parpadeó.

—Sí, supongo que sí —contestó.

Nox se estiró y miró por encima de su hombro; había oído un ruido. Seguramente, su tía trasteando en la cocina.

—Tengo que irme, es tarde. Ha sido un rato interesante. Dile a tu tía que ha sido un placer. Las galletas, un diez.

Se levantó y se dirigió hacia el vestíbulo. Ethel se dio prisa en seguirlo hasta la puerta.

—Ah, y no deberías caminar sola por el bosque. Es peligroso —le aconsejó Nox.

Ethel asintió.

—Lo sé...

Nox se acercó un paso hacia ella. No estaban tan cerca como para que resultase abrumador, pero, aun así, se quedó muy quieta, reteniendo el aire en los pulmones. Él estiró el brazo y le pasó el pulgar cerca del labio superior, quitándole una mancha. Ethel recordó que había sangrado por la nariz.

—Nos vemos —se despidió Nox.

Ethel cerró los párpados.

Se quedó allí, respirando con dificultad, con las palabras enredadas en la lengua deseando salir. Sus pies se movieron hacia delante.

«¿Qué ha sido eso?».

—¿Qué haces ahí parada? —Se sobresaltó al oír la voz de su tía—. ¿Ya se ha marchado? Un chico curioso, tengo entendido que se

mudó aquí a finales de verano.

Más tarde, mientras se duchaba y cambiaba para bajar a cenar, su abuela y tía Seraphine llegaron a casa. Ethel no quería preocuparlas, no quería perturbar sus vidas ni ensombrecerlas. No deseaba ser una carga para ellas.

Le angustiaba no saber qué era real y qué no; qué cosas ocurrían solo en su cabeza y cuáles no. ¿Qué peor sentimiento puede haber que el de no ser capaz de confiar en una misma?

Se estremeció.

Recordaba el peso de la figura en la niebla, el susurro que la llamaba por su nombre... y la energía que había estallado en su interior. No había forma de explicarlo. ¿Cómo podía contarle algo así a su familia sin que pensaran que había recaído?

El hospital. Las habitaciones blancas, las miradas condescendientes, el aislamiento. La inquebrantable y asfixiante soledad.

Sintió las lágrimas que le picaban detrás de los ojos.

«No estás loca. No estás loca».

Aunque lo único que resonaba en su mente era: «¿Y si sí que lo estás?».

Daphne jugueteaba con sus cabellos trenzados, nerviosa. El olor de la bergamota y la mandarina inundó el espacio y automáticamente sus músculos se relajaron.

—Sera, no deberías hacer eso con Ethel en casa —reprendió a su hermana.

—Más la vas a asustar tú con esa cara de espanto que tienes.

—¿Y si alguien la vio? Isadora la trajo aquí como último recurso y porque madre tiene mano en las Trece, pero si algo así vuelve a

ocurrir, se la llevarán.

Seraphine descorchó una botella de vino y se sirvió una copa hasta el borde.

—¿Me estás...? —comenzó Daphne, pero su hermana la cortó levantando una mano. Se llevó la copa a los labios y dio un larguísimo trago.

Daphne la observó negando con la cabeza.

—Eres un pájaro de mal agüero, Daphy.

—Ya, pero no enfrentarse a la realidad tampoco la cambia.

Seraphine arqueó una ceja pelirroja mientras observaba a su hermana, que acabó apartando la mirada.

—Si en algo son expertas las Ashbourne es en huir.

El sonido del teléfono sacudió la cocina como un trueno. Daphne dio un respingo en la silla. Las dos se giraron para mirar el aparato.

—Qué susto... —jadeó Daphne.

—Madre está en el despacho —fue todo lo que dijo Sera antes de llevarse lo que quedaba de vino a la boca y apurarlo.

Ethel se sentó en la escalera abrazándose las rodillas hasta hacerse un ovillo. La tisana la había hecho sentir mejor, pero ahora notaba un nudo de náuseas en el estómago. Al acercarse a la cocina había oído a medias la conversación de sus tías.

«Si algo así vuelve a ocurrir, se la llevarán».

Se limpió el rostro húmedo, pero sus lágrimas escapaban tan veloces que apenas tenía tiempo de atraparlas.

¿Qué era lo que estaba mal en su cabeza? ¿Por qué no podía ser como el resto? Ya desde niña aquellas dudas la habían comenzado a sobrevolar. ¿Quizá su mente era defectuosa? ¿Estaba acaso maldita?

Allá por donde iba atraía la mala suerte, incluso hacia sí misma. Y ahora la había llevado a la mansión Ashbourne, a sus tías y a su

abuela.

«No debes pensar así», se regañó a sí misma, con esa voz que sonaba muy parecida a la de la psiquiatra.

Se obligó a apartarse de aquel pensamiento que subyacía bajo todas aquellas capas de culpa, desprecio y miedo. Ese monstruo que habitaba en lo más profundo de su cabeza.

Se levantó para ir a su habitación.

Como solía decir tía Sera, las Ashbourne eran expertas en huir. Pero lo que nadie te advertía era que, por más rápido que corrieras, no podías escapar de tu propia mente. El enemigo siempre iba contigo, porque vivía dentro de ti.

Esa fue la primera noche en la que ocurrió.

Había niebla.

Una niebla que no se movía, que flotaba inmóvil como una tela suspendida en el aire.

Caminó a través de ella, envuelta en su camisón blanco, como si flotara.

Sus pies descalzos casi no hacían ruido al posarse sobre el lecho del bosque.

Su mano, tan pálida bajo la luz crepuscular que se podía ver el tono azulado de las venas traspasar la piel, se posó sobre una puerta de madera vieja, que cedió invitándola a pasar.

Columnas cubiertas de musgo, paredes fracturadas, un techo desplomado por donde se colaban haces de luz. Como si la luna filtrara sus últimos suspiros a través de un vitral roto.

Cruzó el umbral, con los pies desnudos manchados de barro.

Su cuerpo cansado cedió y se dejó caer sobre una alfombra raída.

Supo que no estaba sola.

La presencia la rozó como una caricia sobre los hombros, un escalofrío que le subió por la espalda hasta colarse en su nuca. Levantó los ojos. Muy arriba, entre las vigas partidas del techo, algo la miraba.

Unos ojos.

Violeta. Brillantes.

Y detrás, alas. Enormes. Negras como brea.

Sintió que el suelo se alejaba, que el mundo se curvaba a su alrededor. Sintió un miedo antiguo, que le nacía en los huesos.

Quiso moverse, correr, gritar. Pero su cuerpo no respondió.

La criatura, medio en sombras, la miraba al acecho.

El tiempo se estiró.

Y, entonces, en un latido...

Despertó.

La luz dorada del amanecer se colaba por las ventanas rotas. Se incorporó desorientada y confusa mirando a su alrededor. ¿Dónde estaba y cómo había llegado allí? Se observó. Llevaba el camisón con el que se había ido a dormir pegado al cuerpo por el rocío, y tenía los pies sucios.

No recordaba haber salido de la cama.

Algo punzó en su subconsciente, una sensación de alerta. Giró la cabeza por encima del hombro, hacia las altas vigas del techo. No había nada.

Ethel se llevó una mano al pecho, inquieta. Sentía pegada al cuerpo esa desagradable sensación de acecho que le había provocado la pesadilla.



5

Ethel bajó las escaleras a toda prisa ajustándose el uniforme. Había tenido que correr por el bosque para conseguir llegar antes de que el sol terminase de despuntar y que no notasen su ausencia.

Se pasó una mano por el pelo, arreglándoselo.

El aroma a pan recién horneado y a lavanda llenaba la cocina, iluminada por el dorado de la mañana que acariciaba la madera oscura de los muebles y el mantel de lino bordado de la mesa.

—¡Buenos días, bella durmiente! —canturreó Daphne sirviendo café en una taza desparejada con dibujos de lunas.

—¿Has dormido bien? Pareces cansada, *fawnlet* —preguntó Morgana, fijándose en las sombras púrpura bajo sus ojos. Le dio un beso en la sien mientras la estrechaba entre sus brazos.

Ethel le devolvió el abrazo y se sintió mejor automáticamente. Se pasó una mano por la frente y al tocarse la sien sus dedos se toparon con una ramita seca que estaba enganchada en el pelo. Se la guardó disimuladamente en el bolsillo de su chaqueta.

—Creo que no ha habido un solo día de mi vida en que no haya tenido el aspecto de no haber dormido en décadas, abuela —dijo Ethel, mientras se sentaba a la mesa y se servía un bollito con mermelada.

—Tienes... —dijo Seraphine señalando su pelo. Se levantó de la silla y, con manos suaves, le retiró otra ramita oculta entre los rizos —. Parece que hayas dormido en un rosal.

Ethel sonrió tímidamente.

—Sa... salí a dar un paseo por el jardín al despertarme.

Se sirvió leche caliente en una taza desportillada y se dispuso a untar el panecillo. De pronto, notó que Daphne se quedaba mirando algo a su espalda, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...? —empezó a preguntar, girándose para mirar.

Pero en ese mismo instante, Seraphine comenzó a toser medio ahogada a su lado y derramó la tetera, lo que distrajo a Ethel.

—Tía Sera, ¿estás bien?

Se oyó un golpe seco y preciso a su espalda, justo donde Daphne miraba.

Ethel se volvió hacia atrás, pero solo encontró a su abuela abrillantando una vieja olla de latón.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. Es que... creí haber visto un ratoncillo —se excusó Daphne.

Ethel observó cómo Seraphine daba una suave patada por debajo de la mesa a su hermana melliza y le lanzaba una mirada extraña.

—¿Un ratón? —repitió Ethel, alzando una ceja.

—No te preocupes, ya no está —intervino Morgana rápidamente, dándole una palmadita al pan como si espantara la conversación—. En esta casa, los ratones saben que no son bienvenidos.

—Si no quieren acabar en el caldero —se carcajeó Seraphine por lo bajo.

A Ethel le pareció oír a Daphne llamarla «imbécil» por lo bajini, aunque a lo mejor lo había entendido mal.

—¿Qué?

—Nada, cariño. Un chiste tonto de tu tía.

Ethel las observó en silencio, notando esa ligera sensación de que algo se le escapaba, como si no estuvieran contándole algo que todas sabían. Como si no participase del todo en lo que estaba ocurriendo.

El cielo se había encapotado. Las nubes pesaban como si amenazaran con desplomarse sobre los tejados del instituto Ebonwick.

Ethel bordeó la parte trasera del edificio durante el descanso, buscando un sitio donde pudiera estar sola. Las miradas y los cuchicheos la perseguían allí adonde iba. Deseaba ser capaz de apagar su sonido, que era como el ruido estático de una radio no sintonizada.

El jardín trasero estaba casi vacío. Apenas había algunos grupos de alumnos sentados en bancos o bajo los árboles. Caminó entre los setos altos, siguiendo un sendero de grava que se adentraba entre rosales. Allí el silencio era más denso. Más íntimo.

Los alumnos del Ebonwick, aparte de conocerse todos entre sí, parecían estar a años luz de ella. En las clases se sentía torpe, fuera de lugar, como si corriera una carrera en la que había partido la última y con peso en las piernas.

Pasó la mano por las rosas de un precioso color marfil. Tan hermosas... Como buena Ashbourne, siempre le habían encantado las plantas. Se hirió un dedo y una gota de sangre cayó sobre las flores. Se llevó la yema a los labios, dolorida.

Ethel se quedó mirando la rosa manchada, la gota carmesí que resbalaba por uno de los pétalos, como una herida abierta.

Oyó el crujido de la grava detrás de ella.

Se giró, tensa. A su espalda apareció un chico alto. Lo había visto en el comedor y en algunas de sus clases. No recordaba su nombre.

Dio un paso hacia atrás, por instinto.

—Cuidado, chica Ashbourne, puedes hacerte daño —comentó el muchacho, arrastrando ligeramente las palabras, mientras señalaba la gota de sangre, que había resbalado hasta el suelo.

Ella le dedicó una sonrisa cortés, recordando las palabras de su padre. Si se mostraba amable con la gente, la gente sería menos hostil con ella, y seguro que causaría mejor impresión.

—Lo tendré en cuenta —aseguró.

—¿Puedo preguntar por qué has llegado con el curso empezado?

Ethel enmudeció. No tenía pensada una excusa clara para ello. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había estado ingresada en un hospital psiquiátrico todo el verano y apenas le habían dado el alta unas semanas atrás?

—¿Es verdad eso que dicen de que te echaron de tu anterior instituto?

Los labios de Ethel temblaron y negó con la cabeza.

Él soltó una risa breve, sin alegría.

—Vamos, por algo habrás acabado en este pueblucho. Las chicas de ciudad no se mudan aquí porque sí.

—Mi familia vive aquí...

Aquella respuesta no pareció convencerlo.

Se acercó más y trató de agarrarla del brazo, pero ella retrocedió. «Que no piensen que les tienes miedo, eso suele enfurecer a la gente», se recordó.

—No puede ser simple casualidad. ¿Qué pasa, estás loca como dicen?

Ethel se tensó al oírlo. Fue como caer por un túnel oscuro. De pronto, ya no estaba en el jardín, sino en el gimnasio de su antiguo

instituto. De pronto, ya no estaba frente a aquel chico, sino en un círculo rodeada por muchos más.

Fue como si todas las espinas de los rosales se le clavasen a la vez en la piel. Bloqueó el cuerpo. No quería volver a pasar por lo mismo.

—No lo estoy —dijo en voz baja.

El chico sonrió satisfecho.

—Eres un bicho raro, eso no puede negarse. Menudo desperdicio que tengas este aspecto de desquiciada.

Sus ojos brillaban. Parecía disfrutar del placer de asustarla.

A Ethel se le erizó la piel. El corazón se le desbocó.

—Por favor —se dijo a sí misma—. Para... —Sabía lo que pasaría si se ponía nerviosa.

El chico sonrió pensando que le hablaba a él.

—¿Qué dices? preguntó, y alargó la mano hasta agarrarla del brazo.

Ethel se encogió. La energía le recorrió las entrañas, bullendo, y esa parte de sí misma —la que siempre intentaba acallar— arañó por salir.

—Vamos, no te pongas así —susurró el muchacho—. Solo quería conocerte un poco. Soy Quill —se presentó.

Ethel cerró los ojos.

—Si te comportas así, ¿quién va a querer acercarse a ti? —Dio un paso hacia ella y la agarró del hombro—. Vamos, mírame.

«No, no, no...».

Oyó un golpe seco.

Cuando abrió los ojos lo encontró en el suelo con una expresión de dolor.

—¿Qué cojones...? —gruñó, furioso—. ¿Me has empujado?

Ethel ni siquiera había notado que lo tocara. Quill empezó a incorporarse. Alguien apareció de pronto y se detuvo, sorprendido, al verlos. Sus ojos recorrieron la escena —el chico en el suelo, ella de pie a unos pasos— y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Sus ojos la atraparon, hipnóticos.

Ethel cerró las manos en puños.

—¿Te has caído, Quill? —preguntó Nox Harker, acercándose con las manos en los bolsillos.

El chico enrojeció y se apresuró a erguirse mientras se sacudía la hierba del pantalón.

—Ella...

Nox curvó las cejas y estudió a Ethel de arriba abajo.

—¿Te ha empujado Ashbourne?

Quill también la miró y luego resopló divertido.

—Pfff... no, claro que no. Con esos brazos no me movería ni un centímetro.

Le dedicó una última mirada furiosa a Ethel y se marchó deprisa.

Nox lo siguió con los ojos antes de girarse de nuevo hacia ella.

Ethel permaneció en silencio, todavía con el pánico latiéndole en el pecho.

Los ojos de Nox examinaron la mancha de sangre en el suelo, el leve temblor de sus labios, el miedo contenido en sus ojos enormes y cristalinos.

—¿Estás bien? —preguntó con voz baja y aterciopelada.

Ella bajó la mirada. Sintió que el calor le subía a las mejillas y asintió. ¿Por qué solo se encontraban en ese tipo de circunstancias?

—Sí.

Nox se colocó las manos en la nuca estirándose como un gato. La camisa, que llevaba fuera de los pantalones del uniforme, se le

subió, y Ethel acertó a ver un trozo de su abdomen y las líneas oscuras de un tatuaje.

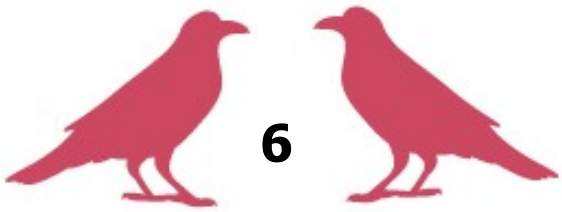
Apartó los ojos.

—No deberías ser tan blanda ni permitir que te acorralen —espetó —. Es triste...

Aquellas palabras la tomaron por sorpresa, empujándola. Al mirarlo, no había rastro del chico encantador de la tarde anterior, había algo oscuro en sus ojos.

Nox la observó un segundo más, le dedicó una sonrisa insolente y se giró sin decir nada más, alejándose.

Quizá se había equivocado juzgándolo. Nox Harker no era tan encantador como aparentaba.



6

Ethel se apresuró a cruzar el jardín delantero del instituto. El frío de mediados de octubre la hizo tiritar. El viento soplaba hojas caídas aquí y allá.

Al entrar al vestíbulo cometió el error de levantar la cabeza hacia el balcón de la primera planta y se topó con los ojos violeta de Nox Harker. La observaba.

Para ser Ebonwick un lugar que no recibía muy bien los cambios o a los forasteros, lo habían acogido con agrado. Él ya tenía un grupo de amigos.

Ethel bajó la cabeza deprisa.

A veces, sentía cierta envidia de Nox.

Subió la escalera a la primera planta tratando de esquivar a todos los estudiantes. Ethel no era corpulenta, pero siempre se esforzaba por hacerse lo más pequeña posible; le habría gustado ser un punto diminuto, alguien incapaz de llamar la atención, de molestar a otros.

No era posible. La gente la miraba, hablaba de ella, de su apellido. Era una novedad en un pueblo en el que nunca pasaba nada, a pesar de haber llegado hacía ya tres semanas.

Al pasar junto a Nox y su grupo, levantó los ojos con disimulo en su dirección. La exasperaba la curiosidad que él le provocaba, allí donde estuviese Nox, iban sus ojos.

—Ashbourne —la saludó Silas Holloway, el hijo del alcalde, poniéndole un brazo sobre los hombros.

—Buenos días —le devolvió el saludo, apartándose con delicadeza.

Sus ojos se desviaron de nuevo hacia Nox, que hacía un momento se reía mientras hablaba con Ivy Whitmore y James Korrigan, pero que ahora la miraba a ella con una cierta intensidad.

Ethel giró la cabeza deprisa. Después de lo ocurrido con Quill en el rosal, sus interacciones con Nox se habían limitado a lo que sucedía en las clases que compartían. Aunque ella no había sido capaz de dejar de observarlo, de estudiarlo, quizá porque admiraba un poco la facilidad con la que se desenvolvía, la naturalidad con la que parecía manejar las cosas del día a día.

Y Nox, de vez en cuando, la pillaba mirándolo. Había algo en los ojos del chico que Ethel no sabía describir. Una parte de ella pensaba que era curiosidad, pero no la clase de curiosidad que mostraban sus compañeros. Era una sensación distinta...

Resopló y alejó la caja de material para que no le manchase el uniforme de polvo. El profesor de Ciencias le había pedido que la llevara al almacén de mantenimiento, al final del ala norte.

—¿Quieres que te ayude? —La voz de Nox llegó por detrás y ella dio un respingo.

Se giró. Caminaba a su lado con las manos en los bolsillos y esa sonrisa ladeada y encantadora que lo caracterizaba. Justo la expresión contraria con la que la había mirado esa mañana, cuando se habían cruzado en la primera planta.

—No hace falta —respondió rápido, apretando la caja contra el pecho.

¿Por qué se ofrecía a ayudarla?

—Ya, pero me apetece hacerlo. —Se acercó y, sin pedir permiso, le quitó la caja de las manos como si fuera una bolsa de papel—. ¿Dónde va?

Ethel vaciló. ¿Por qué era amable con ella?

Pero no tuvo el valor de negarse y, de todas formas, él ya cargaba con la caja.

—Al almacén, al final del pasillo. —Le indicó—. Pero, de verdad, puedo yo sola.

Nox no le contestó, se paró frente a la puerta del almacén y esperó a que ella la abriese. El silencio se estiró, mientras Ethel buscaba la pequeña escalera de metal para alzarse hasta la parte alta de la estantería, en la que le habían indicado que iba la caja.

—¿Te estás adaptando bien? En realidad, mejor de lo que había esperado al principio.

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Sí, no puedo quejarme —respondió escueta.

—¿De verdad nunca habías interactuado con nadie de Ebonwick antes?

Ethel encontró la escalera.

—No me acuerdo mucho, pero creo que con Silas Holloway había hablado alguna vez de pequeña. Supongo que por eso él ha sido el más abierto conmigo —explicó mientras colocaba la escalera.

Él ladeó la cabeza.

—¿Silas?

—Sí, podría decir que ha sido el más acogedor.

Nox subió la escalera con la caja y la miró de reojo.

—Ah... ¿Sí?

Ethel lo miró. Claro, Nox debía de tener una experiencia similar. Él también había llegado nuevo y se había hecho amigo de Silas al instante.

—Sí, ya sabes cómo es... Es fácil hablar con él.

—Mmm... —Nox movió unas cajas para hacer hueco para la que traían.

—Parece una buena persona —añadió pensativa, al menos era de los pocos que parecían contentos con su presencia allí.

Nox bajó la mirada hasta ella, endureciendo el gesto. Luego volvió a mirar hacia arriba y los músculos de su cuello se tensaron.

—Seguro que es un gran amigo. A mí me gustaría ser más... Lo que quiero decir es que las personas como él son de gran ayuda cuando llegas nuevo a un sitio y...

Le pareció oír que Nox resoplaba. Dejó la caja en su sitio y bajó la escalera con un salto ágil.

—Oye... —comenzó Ethel. Quería preguntarle si había hecho algo para molestarle, a veces lo notaba observándola y casi le parecía furioso. La duda llevaba rondándole la cabeza durante esas casi dos semanas que habían pasado desde que la llamó «triste».

—He recordado que tengo algo que hacer, acaba tú —le indicó Nox, dirigiéndose a la puerta.

Ethel se tragó lo que quería decirle.

—Ah, claro. Gracias por la ayuda.

Al día siguiente, Ethel salió del instituto abrochándose el abrigo. Octubre había traído tormentas y la de aquel día era especialmente agresiva. Unos rayos color púrpura iluminaban el cielo prácticamente negro. Sus zapatos repiquetearon en el porche haciendo eco. Casi

todos se habían marchado a casa, pero a ella se le había hecho tarde.

Desde el incidente en el bosque esperaba a ser de las últimas en salir, así se aseguraba de que, en caso de que volviese a tener un episodio como aquel, no la viera nadie.

Abrió el paraguas. Se disponía a bajar los escalones de la entrada principal cuando vio a alguien recostado en un banco. Estaba apoyado en su mochila con las piernas flexionadas, sosteniendo un libro en alto que le tapaba la cara. En cuanto vio las zapatillas Converse, supo de quién se trataba.

Nox Harker.

Se preguntó si no tendría paraguas y estaba esperando a que escampase.

Dudó. Él se había ofrecido a ayudarla el día anterior y hasta se había interesado por cómo le iban las cosas. Aunque se había marchado de forma abrupta...

Bajó un escalón, todavía dudando.

No, no podía ser siempre así, demasiado temerosa de todo. Le ofrecería ayuda y, si no la quería, al menos se marcharía a casa con la conciencia tranquila.

Cerró el paraguas.

El corazón le martilleó golpeándole las costillas. Estaba tan nerviosa que inconscientemente comenzó a frotarse los nudillos con la tela de la falda; el dolor de la fricción la calmó.

—Ho... —La voz se le rompió seca y tuvo que aclararse la garganta para seguir—. Hola.

Nox cerró el libro y lo bajó con expresión de fastidio, aunque el gesto desapareció tan veloz que quizá había sido imaginación suya.

Ethel se preguntó si quizá estaba allí porque lo deseaba y no porque no tuviese cómo marcharse.

—Si no tienes paraguas, podemos compartirlo. Te debo una —comentó.

Nox la observó con una ceja oscura arqueada. Sus inquietantes ojos violeta la estudiaron con calma antes de responder:

—No creo que cargarte desde el bosque a tu casa sea comparable a compartir un paraguas, Ethel. —Le dedicó una sonrisa descarada.

Ella dio un respingo. Vaya, ¿qué había sido esa sensación de vértigo?

—No, pero aun así... —dijo aclarándose la voz—. Si no te molesta.

Nox sonrió, apenas un gesto de los labios. Ethel fijó la vista en el pendiente que decoraba su boca evitando mirarlo directamente a los ojos.

—Por supuesto que no, Ethel. —Se levantó de un salto.

Su nombre en su boca le provocó un leve estremecimiento.

Nox bajó la mirada hasta las manos de Ethel y frunció el ceño. Ella las escondió detrás de su espalda.

El silencio se hizo pesado, pero no incómodo. Nox se metió las manos en los bolsillos mientras daba un paso en su dirección.

—Tranquila, no muerdo. —Lo dijo con un tono que sugería exactamente lo contrario.

Ethel alzó la cabeza y su mirada chocó con la de él.

Sacudió la cabeza y volvió en sí.

Avanzaron por el sendero empedrado que bordeaba el instituto, pero apenas llevaban unos metros cuando la lluvia arreció con fuerza. El viento les empujaba y el paraguas se doblaba peligrosamente.

Nox le agarró la mano con la que lo sostenía para ayudarla a mantenerlo firme. Ethel contuvo el aliento.

—Te estás empapando —le dijo muy cerca de su oído, y tiró de su hombro para acercarla a él—. No tienes que ser siempre tan

complaciente, es tu puñetero paraguas, Ashbourne, no te salgas de él.

Ella levantó la mirada. Nox miraba al frente, tratando de discernir el camino a través de la cortina de agua. Unas gotas resbalaban por su cuello. Se fijó en su nuez.

—No vamos a llegar muy lejos así —comentó él, elevando la voz para superar el rugido de la tormenta.

Ethel pensó en su casa, en el trayecto abierto hasta llegar, y supo que acabarían empapados antes de dar la vuelta a la esquina. Entonces, una idea irrumpió en su cabeza sin pedir permiso: la casa abandonada del bosque. Después de aquella primera vez, había vuelto a caminar sonámbula en dos ocasiones más y había despertado allí.

No estaba lejos, y mucho más cerca que su casa, desde luego.

—Conozco un sitio —sugirió—. Está en el bosque.

Nox la miró con interés.

—Guíame.

La lluvia los empujó a correr. El barro les salpicaba hasta las rodillas, el aire olía a tierra revuelta y a hojas empapadas. Ethel sentía cómo la humedad le calaba el abrigo hasta la piel.

La mansión emergió entre los troncos de los árboles, con las ventanas medio tapiadas con tablones y la fachada cubierta de hiedra oscura. Parte del tejado estaba vencido, pero serviría.

Dentro, la penumbra era densa. El suelo estaba cubierto de polvo y hojas secas, y en algunas zonas goteaba agua.

Ethel se quitó el abrigo, escurriendo el agua. Nox se pasó las manos por el pelo mojado y pegado a la frente. La luz morada de un relámpago atravesó la estancia un instante, y el destello se reflejó en sus ojos, iluminándolos.

Ethel retuvo el aire en el pecho. Ya la primera vez que se vieron su aspecto le impactó, pero... joder, sí que era atractivo.

—Bonito escondite —murmuró Nox—. ¿Cómo lo has encontrado?

—Eh... Me perdí dando un paseo y lo vi. —Se abrazó temblando. Tenía la chaqueta mojada y había corrientes de aire frío por todas partes.

Nox se quitó la chaqueta, se sacó el jersey del uniforme y se lo tendió.

Ethel dudó.

—¿Quieres que...?

—Quiero que te lo pongas, Ethel.

Ella se sonrojó y lo aceptó con una pequeña sonrisa en los labios.

—Gracias —susurró.

Inspiró, olía a lluvia y al que debía de ser el olor de Nox, terroso, dulce y almizclado, como el ámbar gris.



7

Nox estaba apoyado en la barandilla de la planta superior del instituto cuando vio a Ethel Ashbourne por primera vez. En cuanto posó los ojos en ella, todo el ruido del vestíbulo se amortiguó; como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo por un segundo.

Era hermosa. Casi de una forma espeluznante. Tenía el aspecto de una muñeca de porcelana, preciosa e inquietante a partes iguales. Con el rostro blanco como la cal y el cabello larguísimo cayéndole como una cortina.

—¿Quién es esa? —había preguntado curioso, mientras la veía cruzar el espacio.

Silas, a su lado, se enderezó y silbó en voz baja.

—La nieta de la familia Ashbourne. Vaya espectáculo, ¿eh? —exclamó, inclinándose en la barandilla—. Vive en la ciudad con sus padres y alguna que otra vez vienen por el pueblo. Pero he oído que este curso va a estudiar aquí.

—Algo ha debido de ocurrir para que llegue casi tres semanas tarde —conjeturó Ivy, que estaba apoyada a la izquierda de Nox.

—Parece un fantasma. Si me la encuentro por la noche, me da un ataque —rio James.

—Aunque hay que admitir que es muy guapa —añadió Silas—. Tiene algo como..., no sé, frágil... Pero es rara, nunca se mezcla con la gente del pueblo.

—Está fuera de tu alcance, Holloway —dijo James.

Nox dejó de prestarles atención. Se había quedado con esa palabra: *frágil*.

No. No era fragilidad lo que había visto en ella. Era *contención*.

—Esas mujeres me ponen los pelos de punta. Sobre todo, Seraphine Ashbourne. Mi padre dice que es la encarnación del diablo —intervino Ivy, la hija del pastor, arrugando la nariz con desagrado.

—Ya sabes lo que se dice de ellas —rio Silas, dándole un codazo en las costillas—. Que tienen tratos con el diablo.

Ivy le dio un manotazo para apartarlo.

—¿Qué te ha pasado este verano? Has vuelto más idiota.

Nox ya había oído hablar de las Ashbourne. Todo el mundo conocía su apellido, su casa. Eran una de las familias más ricas y antiguas del pueblo. Tenían un laboratorio de farmacia y una misteriosa reputación.

Ethel no alzó la vista, parecía querer desaparecer, hacerse pequeña e invisible. Curioso, porque nadie podía dejar de mirarla.

—Apostaría a que no aguanta ni una semana aquí —dijo James.

En la monótona y aburrida vida de Ebonwick, la llegada de Nox había sido todo un acontecimiento; pocas veces tenían nuevos integrantes en su comunidad.

Nox se había convertido al instante en la comidilla del pueblo y del instituto. Todos querían conocerle, saber su historia, ser su amigo... o algo más.

Al contrario de lo que había provocado la llegada de Ethel, la de Nox había suscitado admiración, y muy pronto se había ganado el favor de todos. De primeras, su aspecto resultaba intimidante: los dos *piercings*, el corte de pelo y los tatuajes...

Pero sabía ser encantador, formaba parte de su naturaleza. Sin embargo, Ethel se comportaba como si se estuviese disculpando por existir. ¿Y por qué cojones sonreía todo el rato cuando la gente era tan hostil con ella?

Le parecía casi triste la forma en la que se replegaba, como si llevara escrito en la frente que no valía nada... Y, a la vez, a todos les resultaba de lo más interesante porque desde que había llegado no hablaban de otra cosa.

También para ti. No habrías notado todos esos detalles si no te inspirase curiosidad.

Le señaló su voz interior. Y él, que no lo había notado hasta ese momento, se removió irritado.

Al observarla colarse su jersey por la cabeza y colocarse el pelo tras las orejas, volvió a sentir esa contención que emanaba de ella, justo como la primera vez que la vio. Quizá eso era lo que le inspiraba tanta curiosidad, lo que se escondía bajo la superficie.

¿Recreándote en su aspecto?

«No. Solo siento curiosidad por su forma de comportarse y siempre nos atormenta lo que no conseguimos entender».

Se dirigió al sofá, uno de los pocos muebles que seguía en pie, y se dejó caer estirando las piernas. Cerró los ojos un momento y los volvió a abrir. Despacio, giró la cabeza en dirección a Ethel. Siguió cada uno de sus movimientos: remangarse el jersey, apartarse el pelo, mordisquearse el labio. Era como si no supiera qué hacer con su propia existencia.

Se fijó en que tenía una herida sobre la ceja derecha que parecía reciente y se preguntó si se la habría hecho en el almacén.

—Siento haberme ido tan rápido ayer —dijo, tratando de ser conciliador. Lo cierto, es que sus halagos a Silias lo habían exasperado. Él no se había acercado a ellos de forma desinteresada; era listo y trataba de acaparar la novedad. Usaba la atención que ellos recibían para su beneficio, porque le gustaba destacar y tener el control

Ella se giró.

—¿Eh? Ah, no pasa nada. —Ethel le dedicó una sonrisa dulce.

Nox frunció el ceño, contrariado.

—Vamos, siéntate, Ethel. Estás tan incómoda que me molesta —suspiró.

Ella lo miró preocupada.

—Es que no quería incomodarte. —Se dejó caer en la punta más alejada del sofá, que de todas formas no era muy grande—. Me da la sensación de que quizá no te caigo muy bien. No sé si he hecho algo que...

—¿Por qué piensas que eres tú la que ha hecho algo mal?

—Después de todo, tú has sido muy amable conmigo.

Nox dejó escapar una risa baja.

—Ethel, eso es una gilipollez, una mala persona también puede tener gestos amables —dijo, ladeando la cabeza. El flequillo le rozó los ojos y se lo apartó distraído.

Ethel siguió el movimiento. Agachó la cabeza y sonrió para sí misma, aunque sus ojos estaban profundamente tristes. El pelo le cayó hacia delante tapándole parte del rostro.

Nox estiró la mano para apartárselo.

Ella abrió la boca para tomar aire.

El interior de Nox ronroneó como un gato. Dejó la mano ahí más de lo necesario y, cuando notó que seguía tocándola, se apresuró a bajarla.

—La verdad es que sí que hay algo de ti que me molesta —reconoció Nox, colocándose los brazos detrás de la cabeza. Ethel levantó las cejas—. Es... no entiendo por qué eres tan blanda. Especialmente cuando la gente es gilipollas contigo.

Ethel sonrió, descolocándolo.

—La verdad es que solo lo estoy intentando.

—¿El qué?

—Encajar, supongo. O más bien, no desentonar demasiado. Solo quiero que sea un año tranquilo.

Nox estrechó los ojos.

—Además —continuó ella—, no me gustaría perder la esperanza del todo. No quiero rendirme.

—¿Sobre qué?

—Me gustaría pensar que hay gente que puede tratarme bien..., que yo también puedo ser...

No oyó bien lo que dijo al final de la frase, pero sonó a «amada».

Nox la miró sorprendido y ella se mostró incómoda, como si hubiese dicho algo que no pretendía.

El sonido de un trueno hizo temblar las paredes de la casa y Ethel levantó la mirada a la zona en la que el techo estaba roto.

—¿Te dan miedo las tormentas?

—No, de hecho, me gustan. Me gusta la lluvia.

El relámpago iluminó la habitación, tiñéndola de blanco durante un segundo. Los ojos de Ethel atraparon la luz y se volvieron de un color imposible, casi sobrenatural.

Nox no podía dejar de mirarla.

—¿Y a ti? —Su voz lo sacó de su ensimismamiento.

—No. Hay pocas cosas que me den miedo —presumió.

Ethel soltó una risita. Se abrazó. Aunque el frío seguía colándose por las paredes, dentro de aquel jersey, y bajo la mirada de Nox sentía calor.

—Para mí es justo lo contrario —confesó casi sin pretenderlo.

Nox se giró hasta quedar sentado de lado, con el brazo apoyado en el respaldo, de modo que pudiese mirarla de frente. El movimiento había hecho que sus cuerpos quedasen más cerca.

—¿Qué es lo que más te asusta?

Ethel se apretó las piernas más fuerte con los brazos. De pronto el jersey le picaba y le sobraba.

Tenía demasiadas respuestas para esa pregunta, pero no quería estropear el ambiente, no quería resultar cargante o abrumadora. No quería enrarecer las cosas. Aunque flotaba cierta intimidad entre ellos que la invitaba a compartir más de lo que debía.

Sonrió mientras se tocaba la sien con suavidad y se echaba el pelo hacia atrás. Nox se recolocó y su rodilla la rozó. Ethel no se movió. Ni para apartarse ni para acercarse. Se quedó así, atrapada en esa cercanía tranquila.

Él tampoco se movió ni un milímetro.

—Si me lo dices, te contaré un secreto sobre mí. —Su voz sonó grave, casi un susurro; tentadora.

Otro trueno volvió a estremecer la casa.

Ethel alzó la vista. Juraría que los ojos de Nox refulgían. Un peso extraño y cálido se instaló en su ombligo. Tragó pesadamente y apartó la mirada. No es que no le apeteciese abrirse, es que temía que saliese mal, como tantas otras veces.

Aun así, decidió correr el riesgo.

—Temo lo que podría ser, temo ser algo por naturaleza y no ser capaz de cambiarlo, no poder luchar contra ello. Temo no poder

elegir quién soy porque ya esté marcado.

Nox la observó un momento más, como si intentara leerle el pensamiento. Sus palabras parecían haberlo dejado mudo. De hecho, su expresión se tensó y se llenó de algo oscuro.

«Ya la he fastidiado», se reprendió Ethel.

Él se inclinó hacia atrás, apoyando un brazo sobre el respaldo del sofá, en un gesto que parecía despreocupado...

—¿Cuál es tu secreto? —le preguntó ella.

Nox se puso de pie rápido, se desperezó y miró hacia la ventana.

Había dejado de llover.

—Te lo contaré cuando estés lista —dijo con una sonrisa torcida.

Ethel giró la manzana que tenía en la mano antes de darle un mordisco. Había ido a la biblioteca de la mansión en busca de papel de carta para escribir a sus padres.

La luz de la tarde atravesaba los ventanales polvorientos, dibujando formas irregulares sobre el suelo.

Abrió el cristal dejando que los últimos rayos de sol de la tarde se colaran dentro y disfrutó por un momento de la cálida sensación sobre la piel del rostro. Pronto el tiempo cambiaría. Nada era tan fantástico como la suave temperatura del otoño.

Arrastró los dedos por los lomos de los libros mientras se movía por el espacio, los tenía llenos de tiritas con las que había intentado ocultar las heridas a su familia.

Se estremeció recordando la mirada que Nox Harker le había dedicado al darse cuenta de lo que hacía. Las manos le temblaron. Al despertarse esa mañana, le había parecido que la tarde anterior había sido un sueño.

Pero su uniforme estaba lavándose porque había llegado llena de barro. De hecho, Daphne había chillado al verla aparecer y le había prohibido dar un paso dentro de la casa antes de quitárselo todo.

Y Ethel, todavía un poco en trance, se había desnudado, con las mejillas ardiendo y el cuerpo erizado.

Tía Daphne le puso una mano en la frente, para tomarle la temperatura.

—¿Tienes fiebre? ¡Sera, ven aquí, Ethel tiene fiebre! —Su grito la había hecho volver en sí.

Seraphine había entrado derrapando desde el pasillo y se había carcajeado al ver su aspecto.

—Eres un monstruo, hacer que la pobre se desnude solo por un poco de barro cuando se puede quitar con... —Tosió—. Ya sabes.

Y el indicio más claro de que la tarde anterior había ocurrido de verdad es que tenía el jersey de Nox. Lo había dejado en la silla de su escritorio al volver, y al despertarse por la mañana lo había visto ahí, cerciorándose de que no lo había soñado. Sus dedos habían tocado la manga de lana suave, y el olor... No se puede soñar un olor.

Distraída como estaba repasando la tarde anterior, golpeó uno de los sillones de lectura de la biblioteca con el pie y, sin querer, tiró una pila de libros, que se desparramó por el suelo. Se apresuró a recogerlos y a apilarlos de nuevo cuando unas líneas llamaron su atención.

> De aspecto frágil. Era hermosa, tan hermosa que nadie era capaz de capturar la esencia de su belleza. Aunque muchos lo intentaron. Por eso la apodaron la dama sin piedad.
>
> Algunos decían que era un ángel. Otros, los que lo habían perdido todo por su culpa, la llamaban demonio...

—Madre. —La voz de su tía Daphne se coló por la ventana abierta.

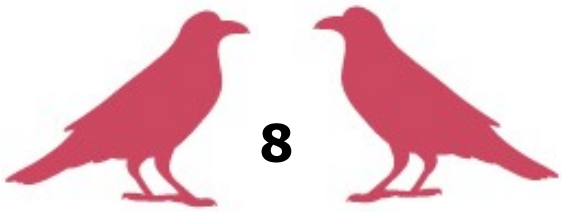
—Vendrá. He intentado disuadirla, pero ya la conoces. Esa vieja bruja...

Ethel soltó el libro y se irguió sorprendida por el tono de su abuela. Se acercó a la ventana despacio.

—La encerrarán... —La oyó Ethel murmurar, y se estremeció—. Debemos tener cuidado.

—¿Cuándo? —preguntó Daphne.

—El sábado.



8

Ebonwick estaba cubierto por una perpetua bruma que, por mucho que brillase el sol, nunca parecía disiparse. A veces, le parecía al mismo tiempo el lugar más pintoresco de la Tierra y el más tenebroso. A la luz del día se rebajaba esa sensación estremecedora, aunque su aspecto no dejaba de sorprenderla.

Ethel captó un vistazo de sí misma en el escaparate de una tienda de antigüedades. Su tía Daphne se había empeñado en vestirla para ir a dar un paseo por el pueblo.

Querían apartarla de esa misteriosa visita que acudiría hoy a su casa. Las había notado nerviosas y esquivas sobre quién venía y por qué. Su parloteo incesante que no había dejado espacio para sus preguntas.

Ethel no solía vestir de negro, eso solo acentuaba aún más el tono pálido de su piel.

—Parezco... mayor —había dicho al verse.

—Estás estupenda —le contestó tía Daphne mientras le ataba una gargantilla con una rosa negra en el cuello.

—¿Y si te recoges el pelo? —Seraphine la evaluó pensativamente y le hizo un moño rápido.

Ethel nunca antes había compartido esa clase de momentos con su madre o con amigas. Isadora solía estar ocupada y en su tiempo libre le gustaba la soledad.

—Definitivamente, eres tan guapa como yo —comentó Seraphine con una mano en la barbilla.

Daphne la apartó de un empujón.

—Pero ¿qué dices? Se parece mucho más a mí. Tiene mis rasgos delicados.

—No es por llevaros la contraria, pero quitando el color del pelo... —Ethel hizo un óvalo con las manos y lo movió de una a otra, enmarcando sus caras—, sois prácticamente iguales.

—Vuelve a decir eso y te desheredaré —escupió Sera.

Seraphine se bajó el ala de su sombrero cuando pasaron por una calle especialmente bulliciosa y fingió estar muy interesada en las tiendas.

—¿De quién te escondes?

—¿Habéis visto esa bola de cristal? ¡Me encanta! Entremos en esta tien...

—Hola, Seraphine —la interrumpió una voz suave.

Una mujer alta y de complexión fuerte se había acercado a ellas. Era atractiva. Llevaba el pelo largo recogido en una trenza, unas gafas de sol oscuras y un traje de pantalón que parecía antiguo.

—¡Tatiana! —la saludó su tía con una ligera expresión de pánico en los ojos.

—¿Has fingido no verme? —preguntó la recién llegada.

Ethel captó un ligero acento en su tono.

—No, no. Estábamos enseñando el pueblo a mi sobrina. —Cogió a Ethel de los hombros y la movió hasta colocarla a su lado. Ethel le dedicó una sonrisa nerviosa—. Se ha mudado recientemente con nosotras.

Los ojos marrones de la mujer la estudiaron apenas un momento para volver a clavarse en su tía.

—Quedaste en llamarme...

—Iba a hacerlo.

—A finales de verano.

Seraphine dejó escapar una tos y Daphne a su lado resopló.

—Será mejor que Ethel y yo sigamos con el paseo. Se ve que tenéis cosas que hablar.

Seraphine miró a su hermana melliza abriendo mucho los ojos, suplicando clemencia. Pero Daphne cogió a Ethel de la mano apartándola de las dos mujeres y con una sonrisa dulce se despidió.

Ethel creyó oír a tía Sera murmurando un «traidora» por lo bajo.

—¿Quién era? —le preguntó, curiosa, a Daphne.

Ella se encogió de hombros negando.

—Una de las múltiples conquistas de tu tía. Le tiene pánico al compromiso y a enfrentarse a conversaciones difíciles. Le está bien empleado.

Caminaron hacia la plaza principal del pueblo. Ethel miraba fascinada los escaparates de las tiendas, repletos de cristalerías refinadas, figuras de murciélagos de porcelana negra, tartas cubiertas de glaseado carmesí, cuentos ilustrados con leyendas de la zona...

Ebonwick era conocido por su celebración de Halloween, que atraía a decenas de turistas. Ethel nunca había pasado esa fiesta allí. Tampoco era que le gustase demasiado la celebración. Le traía malos recuerdos.

Los turistas paseaban despacio, observándolo todo. Era fácil identificarlos, ya que la mayoría llevaba una cámara fotográfica colgada al cuello.

—El valle de Grimvale es muy famoso por sus impresionantes paisajes otoñales. Los alrededores se llenan de campistas. Hay varias familias que tienen granjas de calabazas y manzanas. Y, bueno, todo lo relacionado con las leyendas del lugar atrae, también, a muchos curiosos en esta época —le explicaba su tía mientras caminaban.

—¿Leyendas?

—Ya sabes, los típicos cuentos que circulan. Se dice que aquí vivieron brujas, que los bosques están encantados... El típico misticismo que atrae a la gente.

La tarde fue cayendo en Ebonwick, que se cubrió de violeta y ámbar.

Tía Seraphine les había dado caza un par de calles atrás. Parecía más relajada que antes, aunque le dedicó una mirada asesina a su hermana.

—Me las pagarás, Daphy.

—¿Tanto te costaba decirle que no estás interesada en nada serio?

—No quería herir sus sentimientos.

—Y, sin embargo, es lo que has hecho.

Seraphine se estiró y giró la cabeza buscando algo.

—¡Oh! —exclamó de pronto—. Necesito una copa. Entremos —propuso, señalando una taberna al otro lado de la calle, y echó a andar.

—¡Por mucho que no quieras oírlo es la verdad! —le gritó Daphne. Dejó escapar un suspiro dramático y miró su reloj de pulsera—. Vamos, aún es temprano.

The Lantern estaba atestado a esa hora. Tenía dos plantas y un ambiente bullicioso y animado. La gente se volvió a mirarlas con interés cuando entraron. Ethel se fijó en un grupo de estudiantes de

su instituto que estaba al fondo. Reconoció la cabeza rubia de Silas Holloway. Si él estaba allí... Sus ojos no tardaron en localizar a Nox Harker.

Estaba recostado en el respaldo de su silla con actitud desenfadada. Una sonrisa torcida tiraba de sus labios, mientras Silas soltaba una carcajada ruidosa.

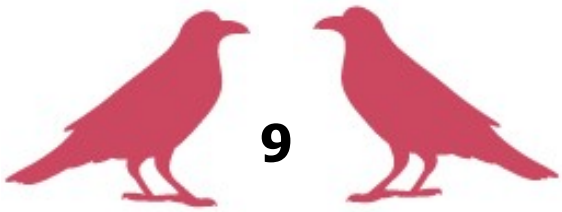
La expresión en su rostro era relajada y algo ausente, y descaradamente encantadora. ¿Cómo lo haría para conseguir atraer la atención de una sala entera solo con un gesto de la boca? ¿Habría nacido con esa clase de magnetismo o lo había aprendido con los años?

Se sobresaltó cuando los ojos de Nox se alzaron hasta cruzarse con los de ella. Ethel le dedicó un leve asentimiento en forma de saludo.

Él no apartó la mirada enseguida. La sostuvo. Y después, como si nada, bajó los párpados y volvió a girarse hacia sus amigos, ajeno a la punzada de envidia y admiración que había dejado en ella.

—Ni se te ocurra darle alcohol, Sera. —Oyó que gritaba su tía—. Ven, allí hay una mesa.

Ethel se mordió el labio y bajó la mirada, apretando el paso mientras el eco de la risa de Nox flotaba en el aire.



9

Silas se giró sobre su hombro estirándose y sonrió.

—¿Os habéis fijado en la decoración de este año? —comentó—. Mi padre, cualquier día, va a acabar colgándose en medio de la plaza con tal de ofrecer un buen espectáculo —bromeó.

—¿Cómo puedes decir algo así? ¿A qué clase de campamento fuiste este verano, a uno satánico?

—Bah, Ivy, a veces pareces tu padre...

Ella lo ignoró, molesta, y se volvió hacia Nox para comentar:

—He oído que este año vendrán de la televisión del condado.

—Es todo para atraer turistas. —James masticó un palito de queso, poniendo los ojos en blanco—. Les encantan las historias de miedo.

—¿Y a quién no? —se carcajeó Silas—. Hablando de eso... —Señaló con la barbilla hacia el frente.

La puerta de la taberna se había abierto, dejando pasar una ráfaga de aire y el leve repicar de campanillas. Las Ashbourne habían entrado.

La más joven captó todas las miradas al instante.

—Ethel Ashbourne nos honra con su presencia —murmuró Silas.

Nox desvió la mirada despacio y la repasó con lentitud.

—Está buenísima —decía de fondo James.

—Tiene pinta de que te cortaría a cachitos y te merendaría —se carcajeó Silas.

—¿Ethel? —preguntó Nox, arqueando una ceja.

—No, su tía Seraphine. Da miedo, pero es... De niños nos apostábamos quién era capaz de ir a su casa a pedir caramelos por Halloween. Dicen que una vez unos chavales de último curso tiraron huevos podridos a su puerta y, al día siguiente, amanecieron sin pelo —explicó James.

Silas levantó la mano y le dedicó un saludo a Ethel.

Nox volvió a mirar hacia la mesa donde se habían sentado las tres mujeres y vio que ella le devolvía la sonrisa al rubio.

Se pasó la lengua por el carrillo despacio.

—¿Y no se lo afeitarían ellos mismos borrachos? —intervino Ivy, que siguió la mirada de Nox—. No parece la misma que en el instituto. —Su tono intentó sonar indiferente, pero se le quebró la voz.

—Hay que reconocer que todo lo que tiene de bicho raro lo tiene de guapa —replicó Silas, alzando las cejas.

—¿No te da repelús? —preguntó James.

—Tiene su punto. Y sin el uniforme del instituto está...

«Atractiva», pensó Nox que quería decir Silas. Los recuerdos de la casa abandonada del bosque acudieron a su mente: ella llevando su jersey, sus ojos iluminados por los rayos..., la ligera intimidad que había sentido a su lado.

Claro... por eso le dijiste tontamente que le contarías un secreto tuyo.

Le recordó esa voz molesta en el fondo de su cabeza. Al llegar a casa esa noche, se había dejado caer en el sofá mortificado. ¿Por qué cojones le había dicho eso?

Bueno, a lo mejor había juzgado a Ethel demasiado deprisa. Puede que tuviesen más en común de lo que había pensado en un primer momento. Cuando le había hablado de su mayor miedo... Algo había resonado en su interior. Todavía no se podía sacar sus palabras de la cabeza.

Silas le dio con el hombro a Ivy, que se estaba mordiendo el labio, inquieta.

—¿Qué dices, ha hechizado al chico nuevo? —murmuró por lo bajo riendo.

Nox, que se había quedado perdido en sus pensamientos, se dio cuenta de que seguía mirándola.

—Cállate, últimamente cuando hablas solo demuestras lo estúpido que eres, Silas. —Ivy cogió su vaso y le dio un trago largo mientras le dirigía una mirada iracunda al rubio.

—Igual deberías hablar con ella, Harker —se burló Silas, alzando su vaso mientras clavaba sus ojos azules en los de Ivy.

Nox se limitó a dedicarle una sonrisa engreída.

Sus ojos se desviaron de nuevo hacia Ethel y sus tías.

Y ella, como si sintiera su peso, levantó la mirada. Le dedicó una sonrisa pequeñita, dulce. Luego, bajó la vista hasta sus manos de dedos largos y elegantes, llenos de tiritas.

Nox hinchó el pecho. Se recostó de nuevo en su silla y poco a poco una sonrisa tiró de sus labios.

Ethel se miró el interior de la muñeca. Debería tener una quemadura ardiente, el rastro de las yemas de unos dedos. Se había cruzado con Nox al salir de la taberna, mientras él se dirigía a la zona de los baños. Habían chocado ligeramente y él se había inclinado rozando el interior de su muñeca con los dedos.

—Adiós —había susurrado, y le había guiñado un ojo.

Desde ese instante sentía la piel arder, como si hubiese presionado una llamarada de fuego contra ella.

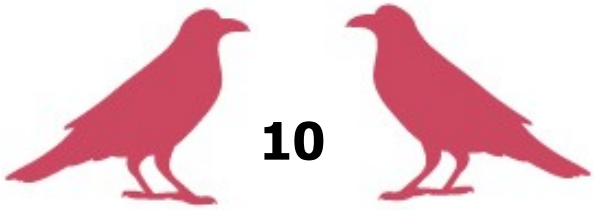
Ni siquiera se paró lo suficiente para que le hubiese dado tiempo a responderle, simplemente había seguido su camino como si nada. Por el contrario, ella se detuvo en seco tan anonadada que lo había seguido con la mirada.

Deseó, por primera vez, que llegase el lunes.

—¿Te ha pasado algo en la muñeca, *fawnlet*? —le preguntó su abuela, llamando su atención.

Ethel la escondió bajo la mesa. Movió la cabeza, negando. Desde que habían vuelto a casa el ambiente estaba enrarecido. Morgana parecía de malhumor y las tres mujeres no dejaban de cuchichear. Solo había alcanzado a oír un nombre: Rowena Ravenswyck.

Y, por el tono con el que hablaban de ella, no parecía caerles muy bien. Aunque lo que más le preocupaba a Ethel era el hecho de que mientras murmuraban le habían dirigido alguna que otra mirada cargada de inquietud.



10

La bruma lo cubría todo. Blanca. Densa.

Ethel caminaba sumergida en ella con el camisón arremolinado entre los tobillos, era una mancha blanca como leche vieja sobre un lienzo oscuro. El encaje, empapado por el rocío, se pegaba a su piel, desgarrado por el roce de las ramas. Las espinas de las zarzas le arañaron los brazos y las gotas de su sangre mancharon la delicada tela.

Sus ojos estaban abiertos, pero vacíos, sin pupila, sin iris.

Sus pies se hundieron en la tierra.

«Ethel», susurró una voz.

La niebla se movió y el viento le agitó los cabellos del tono de los rayos del sol al alba, un dorado tan sutil que parecía transparente.

La oscuridad del bosque onduló hasta adquirir una forma corpórea. Grandes alas del color de la brea, cuernos puntiagudos y unos ojos brillantes.

De pronto, la tierra bajo sus pies se movió inclinándose, y Ethel cayó al suelo. Deseó escapar, pero su cuerpo le respondía muy despacio, como si estuviese atrapada en una telaraña. Hundió los dedos en la tierra arrastrándose.

«¿Adónde vas, pequeño cordero, acaso te has perdido?».

La voz era suave, profunda, como si el viento le hablase al oído.

Ethel jadeó. El suelo latía bajo sus palmas como si tuviera corazón.

Algo se movió entre la bruma.

Y el cielo se llenó de alas negras. Cuervos, cientos de cuervos que se precipitaron hacia ella en cascada, con sus picos afilados reflejando el brillo plateado de la luna.

Ethel consiguió levantarse y corrió por el bosque zarandeándose. Esquivando las ramas bajas de los árboles, apartándolas a brazadas. El camisón se le enganchó en unas zarzas y se desgarró con un sonido estridente.

«¿Adónde vas, pequeño cordero?», repitió la voz.

«¿Adónde vas si todos los caminos te llevan a mí?», dijo frente a ella.

Y Ethel chilló, tomada por sorpresa. El corazón se le encogió dolorosamente en las costillas y sintió una punzada de pánico.

Los pájaros la rodearon y sus graznidos cubrieron el sonido de sus gritos. Ethel sacudió los brazos intentando zafarse, escapar. Las garras y los picos cortaron la piel de sus brazos.

Se movió frenéticamente entre los árboles intentando escapar de los cuervos. Sus ojos astutos y brillantes la perseguían, malvados.

«No puedes escapar de mí, pequeño cordero, yo siempre sé dónde estás».

A través de los cuervos se abrió paso la figura de alas y cuernos, la oscuridad parecía vibrar a su alrededor. Estiró una mano hacia ella, queriendo alcanzarla. Sus ojos parecieron abrirse, dos camelias púrpura floreciendo en mitad de la noche.

Ethel tragó aire, asustada, y se defendió arañando la negrura que parecía envolver su cuerpo. Lo que tocó no era sombra ni niebla, sino carne que ardía.

Sus manos se humedecieron.
Y se vio a sí misma.
Arrodillada en una pila de huesos.
Los ojos color carmesí. El camisón empapado de sangre.
«Estás maldita, Ethel Ashbourne».

Y, entonces, despertó.

La luz de la mañana se filtraba en haces polvorientos entre los árboles. El rocío cubría la hierba a su alrededor brillando como perlas diminutas.

Ethel estaba tumbada sobre un lecho de crisantemos rojos, rodeada de helechos temblorosos y líquenes.

Parpadeó, desorientada, y se incorporó sobre los codos, tiritando. Sus brazos estaban llenos de arañazos, y en las piernas tenía algunas heridas superficiales y hematomas.

Una pequeña nota de pánico se filtró en su pecho. ¿Había salido de nuevo sonámbula? Por el tono del cielo no parecía más que el alba. Le dolía la cabeza, que sentía embotada y ligera, lo que le provocó un pequeño mareo al tratar de levantarse.

Entonces se fijó en su camisón. Estaba algo roto, sucio por la tierra y el barro. Pero lo que provocó que cayese de nuevo al suelo y la nota de pánico se convirtiese en un incendio fue la mancha que tenía en el delantero.

Sangre.

Se palpó el cuerpo instintivamente buscando una herida.

Pero no era suya.

Tomó aire, pero no consiguió que le bajase a los pulmones.

La boca se le llenó de un sabor metálico y se dobló por la mitad vomitando lo que había cenado.

Con el rostro cubierto de lágrimas se miró las manos.

—¿Qué... qué he hecho? —balbuceó aterrada.

Conocía aquel miedo, de nuevo la sensación de no ser dueña de sí misma. De no conocer qué habitaba en su cabeza. El temor a ese ser que compartía cuerpo con ella y que a veces la dominaba.

El agua caliente cayó sobre su cuerpo desnudo. Se abrazó las rodillas contra el pecho mientras se dejaba envolver. Esperó que aquello eliminase el rastro de sus pecados.

Se había restregado la piel hasta enrojecérsela. Había intentado lavar la tela del camisón, pero la mancha no quería desaparecer, se aferraba, delatora, a la tela.

Aún sentía el olor. A tierra húmeda. A hierro.

Tenía los ojos hinchados de llorar. Lo hacía tan en silencio como podía para no alertar a su familia.

Temía lo peor de sí misma. Estaba maldita y como una mancha putrefacta infestaba y dañaba a todo aquel que estaba cerca.

Solo había ido a Ebonwick para continuar arrastrando a otros en su destructivo camino.

No tenía más de ocho años la primera vez que pasó. Jugaban en el jardín del colegio, ella se balanceaba en un columpio oxidado junto a dos amigas. Iban cambiando los turnos sobre a quién le tocaba subir.

Un día como cualquier otro. Entonces, aparecieron unos niños algo mayores que las empujaron para ocupar ellos el lugar.

Se enfadó y se asustó. Fue un pestañeo, los chicos estaban agarrando la cadena del columpio tratando de bajarlas a ella y a su amiga, forcejeando. Estiró el brazo para apartarlos, molesta.

«¡No quiero!», había chillado peleando.

De pronto, se oyó un grito y un sonido metálico. La estructura del columpio se había retorcido sobre sí misma hasta caer sobre los

niños y había golpeado a una de sus amigas.

Vio la sangre primero, como un fogonazo.

Los chillidos de las maestras y sus compañeros de clase llenaron el aire. Sacudieron a los niños, el golpe les había hecho perder el conocimiento.

Ethel estaba intacta; a pesar de que estaba junto a ellos, nada la había tocado. Y una decena de ojos se dirigió hacia ella, espantados.

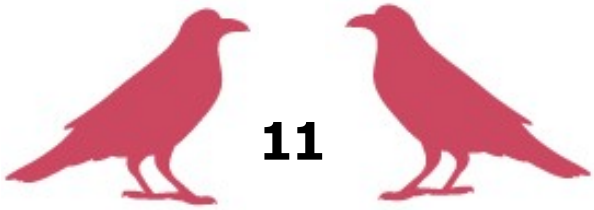
Nadie sabía cómo había ocurrido. El columpio estaba perfectamente hasta hacía un momento.

Ethel se miró las manos, ella no había hecho nada. No era más que una niña.

Pero todos la miraron, asustados, extrañados. Fue entonces cuando comenzó a perseguirla la mancha de la mala suerte, aquel convencimiento de que estaba maldita y de que todo aquel que se le acercaba terminaba herido.

Y cuando pensaba que había pasado, que podía atreverse a acercarse un poquito a alguien... volvía a ocurrir.

De vuelta en su habitación miró el jersey de Nox.



11

Tía Daphne tenía una taza a medio camino de la boca, los ojos clavados en el transistor antiguo que descansaba en la repisa.

«... el cuerpo ha sido hallado al alba cerca del sendero norte del bosque. Se cree que es un turista, aunque todavía no se ha confirmado su identidad...».

—¿Qué pasa? —preguntó Ethel con voz ronca.

«La policía del condado ha acordonado la zona impidiendo el paso. No han trascendido demasiados detalles, aunque los leñadores que lo encontraron dicen que parecía calcinado, que presentaba un aspecto inquietante...».

El corazón se le disparó retumbándole tras las costillas de forma dolorosa.

—Han encontrado un cuerpo cerca del bosque hace un par de horas —murmuró Daphne, que no apartaba la mirada de la radio.

—Un turista, creen. Si fuese alguien de Ebonwick ya lo sabríamos —añadió Seraphine, echándole un terrón de azúcar a su té.

Morgana cogió a Ethel de los hombros y ella dio un respingo asustada.

—Desayuna, *fawnlet*. La estáis asustando —dijo, y le dio un golpe en el brazo a Seraphine, que se lo frotó poniéndole pucheros a su

madre.

Pero Ethel no creía ser capaz de comer nada sin vomitarlo.

¿Y si había sido ella?

¿Y si su pesadilla no lo había sido tanto?

Notó cómo Seraphine la observaba de reojo con preocupación. ¿Sospechaban de ella?

Se le revolvió aún más el estómago hasta sentir una pesada losa aplastándolo.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Daphne—. Estás muy pálida.

—Casi diría que estás gris. —Daphne le dio una patada a su hermana por debajo de la mesa—. ¡Au, qué bruta!

—No pasa nada, cariño. Ebonwick es un lugar muy seguro y tranquilo. Nunca había ocurrido algo así, seguramente habrá pasado algo entre los campistas y pronto se resolverá —trató de calmarla su abuela.

Ethel miró los nudos de la madera de la mesa, que habían empezado a girar y a moverse atrapándola.

Había ocurrido cerca de donde había amanecido ella. Podría haberse cruzado con los leñadores si se hubiese despertado más tarde. Podrían haberla encontrado allí dormida y manchada de sangre.

La cabeza le dio una punzada y solo tuvo tiempo de girarse para vomitar sobre las baldosas de la cocina. La visión se le llenó de puntos negros y se tambaleó en la silla, tuvo que agarrarse con fuerza a la mesa mientras se inclinaba.

«Ethel», le pareció que gritaba alguien. Estaba cubierta de un sudor frío.

Seraphine le desató la lazada del cuello de la camisa para abrírselo. Su abuela le entregó una bolsa de papel para que respirase dentro mientras le frotaba la espalda con calma.

—¿Te has tomado la medicación?

Ethel asintió mientras se concentraba en contar cinco cosas que podía ver: sus dedos, llenos de pequeñas heridas; las baldosas de colores de la cocina; la ventana del fondo; los zapatos de hebillas de su abuela y la falda negra de su uniforme.

Cuatro cosas que podía tocar: el papel de estraza de la bolsa, la madera rugosa de la mesa, la tela de las servilletas bordadas y el encaje de sus medias.

Tres cosas que podía oír: los arrullos de su abuela, el silbido de la tetera que había puesto Daphne al fuego y las pisadas nerviosas de Seraphine.

Dos cosas que podía oler: el pan del desayuno, el olor de la infusión preparándose.

Una cosa que podía saborear: el ácido de su boca.

Despertó sobre los cojines del sofá. El suave chisporrotear del fuego de la chimenea era como una nana de fondo. No sabía qué era lo que le habían preparado sus tías, pero fuera lo que fuese había conseguido calmarla hasta el punto de hacerla dormir. El sofá la había abrazado cálido y confortable, como la nube más esponjosa del cielo.

De la cocina le llegaron voces. Seguían oyendo la radio local con las noticias.

«Apenas quedan diez días para Halloween. La policía quiere cerrar el asunto lo antes posible», comentaba una voz masculina.

Se levantó queriendo oír mejor qué decían del asunto, cuando a mitad del pasillo captó la conversación de sus tías.

—... no me gusta. ¿Piensas que ha tenido algo que ver? —decía tía Daphne.

—No, no lo creo —susurró Seraphine—. Pero no podemos fiarnos.

—Es demasiada casualidad.

—¿Qué motivo podría tener?

Ethel se quedó helada.

¿Hablaban de ella?

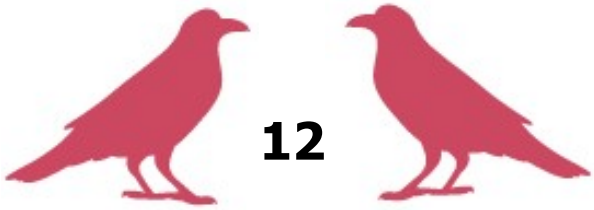
—Habría que ir a ver el cuerpo —comentó tía Seraphine.

Ethel dio un respingo.

—No digas tonterías, Sera.

—¿Madre?

—De momento, quiero que estéis muy pendientes de Ethel. Ya veremos qué pasa.



12

Ethel había faltado a clase el lunes. Poca gente había notado su ausencia, de lo único de lo que se hablaba era del cadáver que había aparecido en el bosque. No fue la única que se saltó las clases, Silas y algunos otros tampoco habían aparecido.

El martes, Nox encontró una bolsa en su taquilla con su jersey y una nota de agradecimiento escrita en caligrafía cursiva. Miró a ambos lados buscándola.

Arrugó la bolsa entre los dedos.

—¿Qué te pasa, Harker? Pareces de mal humor —le preguntó Silas, el jueves. Había estado dos días sin aparecer.

—No estoy de mal humor.

Estaba cansado, más bien. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Se frotó la frente mientras entraban en el vestuario; tenían entrenamiento del club de remo. Se quitó el uniforme sumido en sus pensamientos.

Apretó la puerta de la taquilla con la mano hasta que se clavó el metal en la palma.

—¿Seguro que estás bien? Pareces preocupado.

Nox se volvió cambiando la expresión a una más relajada.

—Sí. ¿Y a ti qué te ha pasado?

Silas llevaba un apósito en el hombro derecho.

—Ah, me caí haciendo el tonto.

Tras el calentamiento, transportaron el *ocho* hasta el pantalán. Luego, cada uno recogió su pala. Nox se subió tras Silas con un movimiento rápido para sentarse.

Comenzaron con paladas suaves, sincronizando el movimiento de piernas, torso y brazos como si fueran una sola máquina.

Nox apenas escuchaba las instrucciones del timonel. El movimiento repetitivo le resultaba automático: inclinarse, clavar el remo, tirar, volver a inclinarse... Mientras, sus compañeros hablaban entre jadeos de lo que todos comentaban desde hacía días: el hallazgo del cadáver calcinado en el bosque.

—Dicen que todavía no han podido identificarlo.

—Mi padre lleva dos noches sin dormir —jadeó Silas.

Se callaron cuando les tocó una serie de velocidad. Era justo lo que Nox necesitaba para apagar su mente. El bote avanzaba cortando el agua bajo un cielo cubierto; a ambos lados, las orillas mostraban las manchas ocres y rojas del otoño.

Terminado el entrenamiento, volvieron a subir por el sendero hacia el edificio del instituto con el sol de la tarde cayendo.

A lo lejos, distinguió una figura conocida. El tono rubio de su pelo casi parecía rosa con la luz del ocaso: Ethel.

Empezó a caminar en su dirección antes de pensarlo incluso.

Un lobo y un cervatillo...

El ronroneo lo molestó y apretó los dientes. Le había parecido que Ethel lo evitaba esos días y quería comprobar si era cosa de su imaginación.

Cuando ella lo vio, sus pasos se ralentizaron. La sorpresa se dibujó en su rostro, pero en cuanto recuperó el gesto, lo reemplazó por una cauta distancia.

Se detuvo frente a ella, invadiendo adrede su espacio personal.

Los ojos de Ethel recorrieron su torso y desvió la mirada hacia la zona que bajaba al río.

—Me debes una, Ethel Ashbourne —dijo sin preámbulos, con una sonrisa arrebatadora—. Y es hora de que me la cobre.

Ethel parpadeó, desconcertada.

—¿Qué?

—Vas a ayudarme con el examen de Ciencias.

Ethel dio un paso atrás y miró a su alrededor como si estuviese comprobando si alguien los veía.

Tu sonrisa no ha debido de parecerle tan arrebatadora… La idea no le agrada.

«Eso es absurdo».

—¿Por qué? —preguntó Ethel.

Él deshizo la distancia que ella había tomado y le cogió la barbilla para que lo mirase a la cara. Le molestaba que siempre se estuviese escondiendo con esa timidez absurda.

—Porque me debes una, te lo acabo de decir.

Nox notó cómo Ethel separaba los labios para coger aire. Le soltó la cara. Estiró los dedos y, distraído, se frotó la mano contra el pantalón.

—Pero yo no soy especialmente buena en Ciencias.

Nox, un poco menos tenso, volvió a mirarla. Se encogió de hombros.

—¿Te niegas? —Se llevó una mano al pecho haciéndose el ofendido.

Ethel comenzó a pasarse el índice por la piel del pulgar de forma ansiosa. Dudando. Él la agarró para que parase dándole un apretón suave.

—Me estás evitando y no sé por qué. —«Justo ahora que me estaba comportando y que había empezado a caerme bien», pensó

A caerte bien, claro…

Nox ignoró el comentario.

Ethel meneó la cabeza.

—No es eso —afirmó con rotundidad—. Es que todo está un poco raro con lo que ha ocurrido, pero, de verdad, no tiene nada que ver contigo.

—Genial. Nos vemos mañana después de clase, entonces. En la biblioteca —dijo antes de que ella pudiese añadir nada más, se llevó una mano a la frente y le dedicó un saludo antes de marcharse.

Nox empujó con suavidad la puerta de la biblioteca. El silencio lo recibió, apenas roto por el zumbido de las lámparas. Estaba desierta.

El entrenador los había retenido en el gimnasio dándoles una charla especialmente larga. Y, para colmo, lo había parado a él cuando ya se marchaba para ofrecerle la posición de *marca*.

Conforme las manecillas del reloj avanzaban se había impacientado más y más. Era noche cerrada cuando por fin había salido del vestuario.

Caminó entre las mesas, buscándola. La encontró al fondo, encorvada sobre un montón de cuadernos abiertos y bolígrafos ordenados.

Estaba dormida.

El brazo le servía de almohada y el pelo le cubría media cara. Su respiración era lenta, tranquila. Nox se detuvo, observándola. Tenía la piel bajo los párpados amoratada y parecía cansada.

Su pecho se estiró. Sintió algo dentro demasiado grande empujando contra sus huesos, tratando de partírselos.

Deslizó la mirada por los apuntes y arqueó una ceja: diagramas detallados, explicaciones con letra cuidada y cursiva, incluso anotaciones en los márgenes de diferentes colores.

Ayer le había dicho que no era buena en ciencias. ¿Se habría quedado despierta hasta tarde preparando todo aquello para él?

El nudo bajó hasta su estómago, amargo e incómodo.

Tensó la mandíbula y tragó saliva, sintiéndose mal. Culpa, aquello era culpa.

Oh, no seas impostor, en realidad te agrada que haya hecho esto por ti.

Se sentó en la silla al otro lado de la mesa. La dejaría dormir un rato más.

Un rato más. Solo un rato más.

Había algo etéreo en la manera en que respiraba, en cómo las pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas. Parecía un ángel habitando un lugar que no le correspondía.

Y aunque quieras fingir lo contrario, te resulta atractiva.

«Es guapa, pero eso es solo un hecho. Nada más».

Ethel se movió, frunciendo el ceño antes de abrir los ojos. Parpadeó, desorientada.

—¿Nox?

—Perdona... —se disculpó—. El entrenador se ha enrollado más que de costumbre.

Ella se frotó la cara y se recolocó en la silla.

—Y cuando iba a salir me ha parado para ofrecerme la posición de *marca*, así que me ha retrasado aún más.

Ethel elevó las cejas.

—Vaya, qué suerte... Acabas de llegar y ya vas a ser el más importante.

Nox se echó hacia delante, apoyando los codos en la mesa. Estiró las comisuras de los labios ligeramente divertido.

—¿Eso ha sido sarcasmo, Ethel? —dijo en voz baja.

Ella negó, apurada. Nox rio para sí mismo.

—Simplemente soy bueno en todo lo que me propongo —confesó con arrogancia, tratando de provocarla.

Ethel asintió algo ausente.

—¿No me crees?

—No, no. Claro, si tú lo dices... —Meneó la cabeza, insegura.

Su indiferencia le pinchó el ego, aunque la torpeza con que trataba de enmendarlo lo divirtió aún más.

—Devastador —murmuró con ironía.

¿Acaso deseas impresionarla?

La opinión que Ethel tuviese de él apenas le importaba... Apenas. Simplemente era arrogante por naturaleza.

—Soy un hombre de múltiples talentos...

—Por supuesto...

Nox dejó caer la cabeza contra la mesa. Le estaba matando.

—Ethel, que me des la razón así suena a que no lo piensas en absoluto.

Ella soltó una risa nerviosa y Nox arqueó las cejas más ofendido todavía.

—No... No me río de ti... Es que... —Apretó los labios.

Nox se inclinó hacia ella con una chispa de diversión en la mirada.

—Vaya, quién lo diría... con ese aspecto de no haber roto un plato en tu vida y burlándote de mí.

Ethel, azorada y nerviosa, movió las manos.

—No, no pretendía burlarme... Es que es tan inverosímil que me ha hecho gracia. Perdona, no quería...

Nox soltó una carcajada.

—Estaba metiéndome contigo. No pasa nada porque seas cruel de vez en cuando. —Nox se echó hacia atrás apartando la silla para levantarse—. Vamos, te acompaño a casa, es tarde.

—No pretendía ser cruel —insistió ella mientras recogía sus cosas para seguirlo—. El examen, íbamos a...

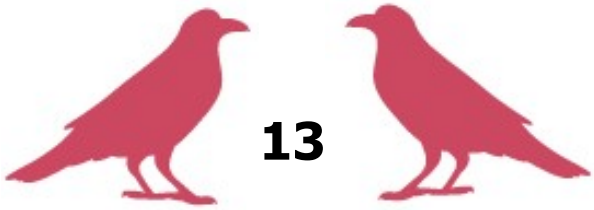
—No pasa nada, hasta los ángeles pecan. —Nox estiró la mano y cogió uno de los cuadernos—. Es para mí, ¿no?

—Sí.

—Pues vamos. Deben de estar a punto de cerrar y así no sigues aplastando mi ego. Necesitaré días para recuperarme.

—Oh, vamos... —se quejó Ethel.

Él siguió provocándola un rato más, disfrutando de cómo se rompía la cáscara de contención que la retenía. Acababa de descubrir que esa imagen le producía un vértigo adictivo.



13

Pese al clima de inquietud que había dejado el reciente asesinato, las calles de Ebonwick lucían guirnaldas de calabazas y luces anaranjadas, mientras los escaparates se llenaban de telas de araña falsas y figuras grotescas.

Las ventanas estaban enmarcadas con hojas secas y en los escalones de las casas se alineaban calabazas talladas con muecas grotescas. De las farolas colgaban figuras humanoides hechas con manojos de heno y ramas, brujas de paja que se mecían al compás del viento.

En las plazas, los artesanos levantaban casetas cubiertas por lonas oscuras y carteles pintados a mano señalaban la parte baja del pueblo, donde estaba el laberinto de maíz y los antiguos establos que habían transformado en un improvisado túnel del terror.

Ethel, que caminaba entre sus tías y su abuela, no paraba de mirar a todas partes, sorprendida.

—Como ves, en Ebonwick le ponen mucha dedicación a todo —le explicó Daphne.

—Sí, ya verás... Son lo que se dice *intensos*. —Seraphine se subió las gafas de sol por el puente de la nariz y se recolocó la gorra que llevaba.

Ese día habían decidido llevar atuendos más contemporáneos que los que usaban normalmente. Hasta su abuela había cambiado sus vestidos y túnicas llenas de abalorios por algo más sencillo.

El Ayuntamiento de Ebonwick, situado en la plaza principal, era un edificio robusto de piedra rojiza y tejados inclinados de pizarra, con una torre de reloj que dominaba la calle.

Entraron y se dirigieron al salón de actos: una estancia de techos altos, sostenidos por vigas oscuras de madera pulida, llena de retratos de otros ediles.

Un antiguo reloj de péndulo marcaba el paso del tiempo con un tictac inquietante.

Se acomodaron en un banco vacío al final de la sala. Morgana pasó la primera, seguida por Daphne, envuelta en un abrigo borgoña con las solapas peludas, y Seraphine, que le devolvía la mirada, con gesto de halcón, a todo aquel que osaba poner los ojos en ellas. Ethel cerraba el grupo, ligeramente nerviosa.

Su abrigo negro le rozaba las botas altas con cada paso y se lo recogió para sentarse.

En el estrado, el alcalde Almer Holloway, un hombre robusto con bigote bien recortado y cabello rubio cuidadosamente peinado hacia atrás, golpeó su bastón en el suelo de madera, pidiendo silencio.

—Vecinos de Ebonwick —comenzó, acallando los cuchicheos—. Esta sesión extraordinaria ha sido convocada tras los acontecimientos ocurridos a principios de esta semana.

Ethel miró por encima del hombro y vio a varios policías del condado que ocupaban la parte de atrás de la sala. Se dio prisa en girarse de nuevo al frente, pero antes captó un vistazo de Nox Harker apoyado en una de las columnas junto a la puerta de entrada. Llevaba una camiseta oscura de manga corta que dejaba ver sus brazos desnudos salpicados de tatuajes.

A su lado había un hombrecillo de aspecto curioso; parecía tener los ojos demasiado pequeños para su cara, negros y brillantes. Llevaba un traje tan anticuado que recordaba a un disfraz.

Se preguntó si serían familia.

De pronto, los ojos de Nox se movieron hacia ella, como si hubiese notado su escrutinio. Estiró ligeramente una comisura de la boca haciendo que la atención de Ethel fuese al aro de su labio. Se tragó una perla de calor que se asentó en su estómago.

Le dedicó un pequeño gesto de saludo.

—Como ya todos sabrán, se ha encontrado un cuerpo sin identificar en las inmediaciones del sendero norte, cerca del bosque. La policía del condado lo está investigando. —Los señaló al final de la sala—. Pero el estado del cadáver está dificultando su reconocimiento. Ningún campista o turista parece haber desaparecido...

—Puede que viajase solo —comentó alguien frente a las Ashbourne, moviendo la cabeza como si fuese evidente.

—Y es precisamente por este suceso —continuó el alcalde— que debemos decidir entre todos si la celebración de Halloween debe continuar como estaba previsto, o si debemos cancelarla en señal de respeto o precaución.

Un murmullo nervioso recorrió el salón.

Un hombre de rostro curtido se levantó con el ceño fruncido.

—Con todo el respeto, alcalde, no. Este festival es lo que mantiene nuestros negocios a flote hasta Navidad. Ya están llegando turistas, los hoteles están llenos y los preparativos, muy avanzados. ¿Vamos a echarnos atrás por un accidente?

—Ese hombre es George Miller, tiene una plantación de calabazas —le explicó su tía Daphne hablándole en voz baja.

—¿Accidente? —replicó una mujer anciana con tono agudo, levantándose—. Un hombre aparece carbonizado en la entrada del bosque y usted lo llama accidente. ¡Esto es un mal augurio! ¡Una advertencia! —terminó y empezó a besar repetidamente un colgante que llevaba.

—Esa es la señora Lorne.

—Ten cuidado con ella —murmuró Seraphine, tapándose la boca.

—Tu tía le arruinó las flores del jardín una noche de borrachera.

—¡Me tiró los posos del café por encima para despertarme! ¿Sabes lo que me costó quitármelos del pelo?

—Te dormiste sobre sus parterres, burra.

—Bueno, pensaba que había llegado a casa. ¿Qué culpa tengo yo de que vivamos cerca?

—He pasado semanas preparándome. ¡Sería la ruina para mi negocio! —interrumpió una mujer visiblemente alterada—. Me niego totalmente.

—¿Una advertencia de qué, señora Lorne? —la increpó un hombre —. ¿Del demonio? ¿De brujas? ¡Por favor, las leyendas son eso y nada más! Por lo que sabemos, quien haya sido puede estar ya en otro condado.

Algunos asistentes se rieron nerviosamente. Otros no lo hicieron.

Ethel se hundió un poco más en su asiento al sentir algunas miradas hostiles.

—Lo que ocurre —un hombre vestido con sotana se puso en pie, acallando todas las voces— es que este suceso ha perturbado la tranquilidad del pueblo. Nos guste o no, la muerte de un hombre bajo circunstancias tan... inquietantes no puede ignorarse. Las celebraciones de Halloween no deberían continuar sin tener en cuenta su impacto.

—El padre Absalom Whitmore —dijeron sus tías a la vez con cierto asco.

—¿Qué propone, entonces? —preguntó el alcalde con los labios tensos.

—Una revisión del programa. Más presencia de las autoridades. Y, si fuera necesario, cancelar las actividades nocturnas.

Los murmullos estallaron con más intensidad. Las opiniones estaban divididas y la tensión podía palparse en el ambiente. Desde donde estaba, al fondo del salón, Ethel podía oír gritos, acusaciones y discursos exaltados.

Captó una conversación a su espalda.

—... dicen que lo tienen abajo, en el sótano. Que los forenses del condado lo están examinando ahí... Como no tenemos morgue...

Se le heló el estómago.

Miró a su alrededor. Su abuela y sus tías estaban distraídas, conversando en voz baja con otros vecinos. El corazón se le aceleró. No se le iba a presentar otra oportunidad como esa. Llevaba días sin ser capaz de pegar ojo por la culpa, los remordimientos y, sobre todo, por el miedo hacia sí misma. Desde que había escuchado a su tía sugerir la idea de ver el cuerpo, no había parado de darle vueltas a la posibilidad. ¿La ayudaría a averiguar si ella había tenido algo que ver?

Antes de pensarlo siquiera, se deslizó hacia el lateral del banco murmurando que iba al baño. Los policías estaban tratando de calmar a algunos vecinos que parecían a punto de llegar a las manos.

Ethel se coló por uno de los pasillos estrechos que conducían a la parte trasera del edificio buscando las escaleras que bajaban.

Se agarró la falda para no pisarla mientras descendía tratando de no hacer ruido con las botas. El abrigo se deslizaba a su espalda por

los escalones.

El aire era más frío ahí abajo, y olía a humedad, a moho y a desinfectante.

Al final del pasillo de la última planta, iluminada por bombillas amarillentas, había una puerta de madera maciza con una cerradura de hierro. Tenía un cartel que ponía «PROHIBIDO EL PASO». Se agachó e intentó mirar a través del agujero de la llave.

Lo único que sacó en claro es que olía muy fuerte a productos químicos, así que debía de ser el lugar.

Pasó los dedos por el pomo, conteniendo un temblor. No sabía qué esperaba encontrar; solo necesitaba comprobarlo. Que su miedo no tuviera forma. Que todo hubiera sido un sueño y nada más.

Intentó girar el pomo. Cerrado.

Volvió a mirar a su alrededor, nerviosa. Tiró con fuerza de la puerta, pero apenas la movió.

Se inclinó y tanteó la cerradura con torpeza, como si al mirarla lo suficiente pudiera abrirse por sí sola.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

La voz a su espalda la hizo saltar como si se hubiese quemado la mano con la que tocaba la puerta.

Se giró de golpe.

Nox, unos pasos tras ella, medio en sombras, con una expresión de leve curiosidad.

Ethel sintió el pánico descenderle por el cuerpo y tuvo que agarrarse a la pared que había a su espalda porque se le doblaron las rodillas.

—No era mi intención... —balbuceó nerviosa.

—¿Tú también estabas aburrida de la asamblea? —preguntó él, avanzando con las manos en los bolsillos—. No entiendo tanta

pasión por Halloween. ¿Qué les pasa? No es más que una fiesta para niños de trece años.

Se acercó lo suficiente como para que le llegase su olor característico.

Ethel tragó saliva.

—Yo solo... —comenzó a decir, sin encontrar una excusa creíble para explicar aquello sin delatarse—. Sentía curiosidad por verlo; como todos... como todos dicen que tiene un aspecto inquietante...

Nox ladeó la cabeza con los ojos fijos en ella. La estudió con calma.

—Qué curioso, yo he pensado lo mismo. —Sonrió para sí mismo como si fuese una broma que solo él había entendido—. Eres una chica extraña, Ethel Ashbourne.

Nox dio un paso hacia ella, que dejó de respirar.

Él estiró la mano hacia su cadera y Ethel se quedó muy quieta con la piel vibrando.

—¿Me dejas? —le pidió Nox, señalando con la barbilla la puerta.

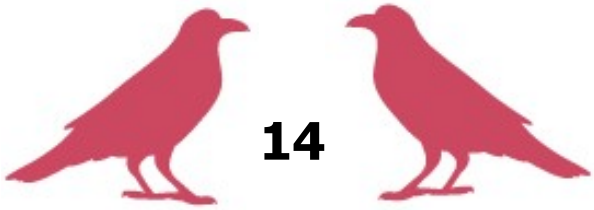
Se quedó paralizada un segundo. Luego comprendió que estaba intentando alcanzar el pomo. Se apartó en silencio.

Nox se inclinó, sacó una pequeña navaja multiusos de su bolsillo trasero y forzó la cerradura con una facilidad que la hizo preguntarse cuántas veces habría hecho algo así antes.

La puerta se abrió con un crujido largo.

—¿Estás segura de que quieres entrar? —preguntó Nox, mirándola por encima del hombro. Su voz sonó como si estuviese tratando de seducirla para hacer algo malo.

Ethel cogió aire y se enderezó. Luego asintió apartando la mirada de Nox.



14

Dentro, la sala tenía un aire improvisado, como si hubiese sido habilitada con urgencia. Las paredes estaban llenas de estanterías polvorientas con papeles apilados, una camilla metálica situada en el centro y una bandeja con instrumental médico. Y, sobre la camilla, un cuerpo cubierto por una sábana.

Ethel arrugó la nariz al percibir el olor y trató de respirar por la boca.

Se quedó junto a la puerta, pero Nox se acercó sin vacilar. Agarró el borde de la sábana y la apartó sin pensárselo.

Ella tragó saliva, procesando la imagen.

El cuerpo estaba ennegrecido, como si hubiese ardido de dentro a fuera. No quedaba piel reconocible, solo carne cuarteada, reseca, arrugada como cuero viejo. Había zonas huecas. Ethel ni siquiera parpadeó.

—Parece... vacío —susurró.

Nox la miró de reojo, esperando que se derrumbara. Pero ella no apartó la mirada del extraño cadáver.

Él ladeó ligeramente la cabeza, sorprendido.

—No eres tan delicada como aparentas —dijo en voz baja.

Ethel ignoró el escalofrío que le recorrió la espalda. Caminó despacio hasta la camilla, con las manos temblorosas. Escudriñó el torso, los brazos, el cuello...

No parecía tener heridas o cortes. Ninguna que explicara la sangre de su camisón.

—¿Buscas algo? —preguntó Nox con suavidad.

Ella dudó.

—¿No te parece muy raro?

—¿Has visto más cadáveres antes?

Ethel levantó la vista hacia él. Nox le dedicó una ligera sonrisa. Ella volvió a bajar la mirada hacia el cuerpo.

—No —contestó con la voz ronca—. Este es el primero. Pero no parece normal.

—¿Tú también crees que hay algo maligno rondando por el pueblo, como decían ahí arriba? —Miró al techo, apuntando al salón de actos mientras sonreía con sorna.

Ethel se estremeció. Lo que no tenía claro era si ese ente maligno era ella misma.

—Me preocupa que le echen la culpa a mi familia. Ya habrás oído lo que dicen de nosotras —explicó, y giró la cabeza hacia Nox.

Él se había inclinado a su lado y sus rostros quedaron a la misma altura. Ethel separó los labios cogiendo aire sorprendida, no lo esperaba tan cerca. Sintió el peso de su mirada recorrerle la cara como una caricia afilada.

Sus ojos la atraparon y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo despertaron a la vez.

Un sonido lejano —el golpeteo de pasos y el eco de varias voces— los sacó de golpe del momento. Nox reaccionó primero. Agarró la mano de Ethel y la arrastró con él tras un archivador destartalado y polvoriento.

—No te muevas. —La voz de Nox le hizo cosquillas en la oreja y su pelo negro le rozó la mejilla cuando se inclinó para hablarle.

Se le cerraron los párpados y no pudo contener un escalofrío.

Podía sentir el calor de su cuerpo, el roce de sus hombros. Agachó la cabeza para dejar caer su pelo hacia delante y que le ocultase el rostro.

Se fijó en que Nox tenía un ojo tatuado en el pliegue del antebrazo, a su alrededor una mancha negra que se extendía como rayos de sol. Y un poco más arriba, en el lateral del brazo, la silueta de un pequeño dragón volando.

La puerta se abrió con un fuerte golpe en ese momento.

—... no es natural. Ni una sola quemadura externa. Pero por dentro está como... vacío —decía una voz pensativa.

—¿Qué tenemos, pues? —preguntó el alcalde, nervioso.

—Todavía nada concluyente —respondió el de antes, que debía de ser un policía—. No hay signos evidentes de violencia. Ni huellas. Ni ADN. Está... parece chamuscado, pero sin marcas externas que indiquen una fuente de fuego. Es lo más extraño que he visto en veinte años de trabajo.

—¿Ha podido ser un profesional? Quizá este tipo tenía unos enemigos poderosos, a saber —conjeturó el alcalde Holloway, que sonaba cansado.

—Pero alguna causa de la muerte tiene que haber. —La voz indignada fue la del padre Whitmore.

—El forense no se atreve a emitir ningún juicio. Además, es imposible identificarlo.

Se oyó un golpe y una sarta de maldiciones, que asustaron a Ethel, y Nox se apresuró a taparle la boca con la mano.

—¿Por qué ha tenido que pasar en las inmediaciones de Ebonwick y precisamente en esta época del año? Necesito que le den

carpetazo al asunto. Hay anunciantes que se están echando atrás, hemos invertido mucho dinero en las celebraciones y luego está el tema de la tele... —gritaba el alcalde, enfadado.

Ethel apenas respiraba. Nox también escuchaba en silencio, inmóvil, concentrado, con el cuerpo rígido.

Ethel volvió a fijarse en sus tatuajes. Uno de ellos era una rosa abierta, marchita, bajo la que podía leerse un número en caracteres góticos.

—Relájese, si no hay pruebas nuevas en unos días, el asunto se irá calmando.

—Apenas queda una semana para Halloween. Ya ha visto cómo está el pueblo. Padre, por favor.

—Lo sé, lo sé. Trataré de calmar los ánimos en la misa del domingo. Pero ya le digo que, mientras esas mujeres sigan aquí, poco puedo prometer.

Ethel se tensó y Nox bajó la mano con la que le tapaba la boca, acariciándole levemente los labios. Sus dedos dejaron un rastro ardiente tras de sí. Y ella no pudo evitar hundir los dientes en su labio inferior, deseando tragarse aquella sensación.

Apoyó la mano junto a la de ella, rozándole el meñique. Ella bajó la mirada hasta el punto donde se tocaban. Cerró la mano, queriendo ocultar las tiritas y las heridas de sus dedos.

Holloway hizo un sonido de fastidio.

—No me salga con eso, Whitmore. ¿Me va a decir que usted cree en esas sandeces? Lo de que aquí vivieron brujas no es más que un cuento que alimenta la fama del valle para atraer visitantes. No es real.

El padre se movió hasta apoyar un codo en el archivador. Un fuerte olor ocre hizo que Ethel arrugara la nariz y se la pinzara para no estornudar.

—Bueno, yo solo le digo que a esas mujeres las rodea algo extraño. Y esto parece obra del mismísimo demonio. —Señaló el cadáver con un brazo acusador—. Ya verá usted lo que hace, pero no diga que no se lo advertí.

Entonces, se separó del archivador, dirigiéndose hacia la puerta, y se marchó.

—Fanáticos... —murmuró el alcalde, hastiado, y también se marchó.

El último en salir fue el agente de policía, que echó la llave.

Cuando Ethel alzó la mirada, vio a Nox sonriendo ligeramente, y su lengua jugueteó con el aro de su *piercing*, como si paladeara un pensamiento que no iba a compartir.

—Creo que ya podemos salir —murmuró.

Estaban muy cerca. Su aliento le rozó la punta de la nariz y se entremezcló con el de ella, traspasando el umbral de sus labios.

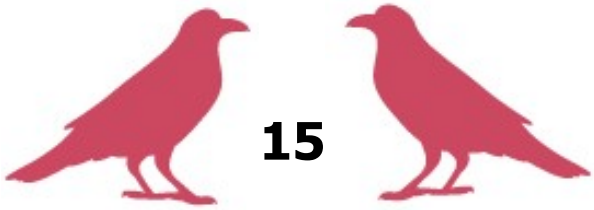
Ethel quedó ligeramente embelesada. Su boca tuvo una nueva necesidad.

Sus alientos dejaron de tocarse porque ninguno de los dos respiraba.

Nox se puso de pie, Ethel juraría que las puntas de sus pómulos tenían un tono rojizo. Pero quizá era el efecto de la luz anaranjada de la habitación.

Nox la observó un momento desde arriba. Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo y él le tendió una mano.

—Este será nuestro secreto, ¿eh, Ángel? —Le dedicó una sonrisa arrebatadora.



15

La mansión Ashbourne dormía. Solo el crujido ocasional de las vigas de madera y el zumbido lejano del viento rompían el silencio. Ethel no podía cerrar los ojos. Desde que había escuchado las palabras del pastor Whitmore en la morgue, no había parado de darles vueltas.

«A esas mujeres las rodea algo extraño. Y esto parece obra del mismísimo demonio».

A estas alturas, estaba tan desesperada que habría creído cualquier cosa que pudiese explicar lo que le ocurría. ¿Y si no estaba enferma? ¿Y si no estaba loca? La medicación desde luego no parecía funcionar. No era una explicación racional, pero... ¿Podría tener razón el pastor? Quizá estaba poseída, quizá dentro de ella habitaba algo más, algo que a veces tomaba el control y que no era ella misma. No era la primera vez que lo pensaba.

Se incorporó. De noche aquellos pensamientos no le parecieron ni ridículos ni disparatados. Bajo el manto de la oscuridad todo le parecía plausible.

Se puso la bata sobre el camisón. Era uno nuevo, puesto que el anterior lo había escondido al fondo del armario, manchado de sangre.

Agarró la palmatoria con la vela que tenía en la mesilla y la prendió con una cerilla. La instalación eléctrica era tan antigua que hacía vibrar la casa cuando se encendía la luz. Así que era preferible no tocar los interruptores para no despertar a las demás.

Salió descalza de la habitación. Los pasillos de la mansión parecían más largos de noche.

Subió las escaleras con cuidado de no hacer ruido. Sus pasos desnudos sobre la madera eran casi imperceptibles. Primero se dirigió a la biblioteca, pero por el camino vio la puerta que subía hacia el desván. El pomo estaba helado. Dudó un instante antes de girarlo. Un chirrido cortó el silencio cuando empujó la madera. Subió los escalones uno a uno, con la vela alzada. El desván olía a polvo. Había baúles apilados, muebles tapados con sábanas y vitrinas viejas cubiertas de telarañas.

Encontró un arcón de madera negra con inscripciones talladas a mano en la tapa. No entendía el idioma. La cerradura colgaba oxidada y rota, como si hubiese cedido hacía tiempo. Levantó con cuidado la tapa, que se abrió con un chirrido de bisagras. Dentro había libros encuadernados en cuero, papeles amarillentos, un espejo de mano cuarteado... Un libro llamó su atención. Tenía grabado un símbolo que Ethel había visto antes, aunque no recordaba dónde.

Lo abrió.

«Grimorio de alquimia», ponía en la primera página en tinta negra.

Le temblaron las manos cuando pasó las páginas. Algo se abrió paso por su cuerpo, una emoción tan grande y poderosa que no tenía nombre.

Había esquemas. Hechizos. Diagramas del cuerpo humano rodeado de símbolos. Algunos escritos en latín. Otros con símbolos

que no conocía.

Ethel tragó saliva. Las letras parecían moverse bajo la luz temblorosa de la vela.

Entonces, se oyó un ruido al fondo del desván.

Se incorporó de golpe, cogió la palmatoria y la movió a su alrededor como si fuese un arma.

—¿Hay alguien ahí? —susurró.

Solo el silencio le respondió. Pero le pareció ver una sombra en la ventana.

Ethel cerró de golpe el baúl, con el libro todavía en las manos, y retrocedió con el pulso desbocado.

Supo, con una certeza aterradora, que no estaba sola.

«Ethel», le pareció oír muy muy lejos. Como si el viento lo susurrase entre las ramas.

Descendió del desván con los pies descalzos. Siguió aquel susurro que la llamaba, que se colaba por las grietas de la casa.

Abrió la puerta principal con manos temblorosas y sintió un fuerte *déjà vu*. Ya había hecho todo eso antes. El viento nocturno elevó su bata haciéndola flotar a su espalda, como si fuera un fantasma.

«Ethel».

Sintió un tirón en el estómago.

Se adentró en el bosque.

La niebla reptaba entre las raíces, más espesa que nunca. Pero no tuvo miedo. Las ramas arañaban su camisón. Las hojas húmedas le pegaban los rizos a las mejillas. Los pies se le hundían en la tierra y el musgo mullido.

Avanzó, como en un sueño lúcido.

«Mi pequeño cordero...».

Se detuvo de golpe tomando una bocanada de aire. Ya había oído eso antes. Imágenes difusas acudieron a su mente, como quien

trata de desentrañar un sueño.

La niebla se arremolinó frente a ella y la vela que sostenía se apagó.

Una figura emergió entre las sombras. Dos alas enormes taparon la luz de la luna que se colaba entre los árboles y la sumieron en la oscuridad más absoluta.

Sus ojos, si es que eran ojos, eran dos brasas púrpura que refulgían.

Dejó caer el libro a sus pies.

—¿Me recuerdas, pequeño cordero? —susurró la figura. Su voz no salía de su boca, sino de todo a su alrededor. Del suelo, de los árboles, del viento.

Se quedó inmóvil. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. El corazón le martilleaba en las costillas.

La figura se acercó un paso. No sonaba al andar, pero la tierra pareció agrietarse bajo su presencia.

Le pareció que algo le tocaba la mejilla y cerró los ojos con fuerza.

Dio un paso hacia él. Voluntario.

Abrió los labios, quiso decir algo que murió en su garganta.

La figura inclinó el rostro.

—¿Qué guardas dentro de ti?

Le acarició el corazón y tembló. Ethel sintió calor allí donde la tocaba. Como si algo despertase. Como si algo de ella respondiese.

—¿Cuándo lo vas a dejar escapar?

—¿Estoy maldita? —preguntó con un hilo de voz.

—Mejor que eso. Eres poderosa.

Ethel parpadeó.

—¿Existes de verdad o solo estás en mi cabeza?

—Claro que existo.

La voz era un nido de agujas y miel.

—Yo...

—Podría ayudarte.

—¿Cómo?

—¿Escucharás lo que tengo que decirte?

Ethel entreabrió los labios.

—Sí...

—No deberías reprimir lo que hay dentro de ti...

—¿Qué es...?

El aire cambió de pronto. Como si la atmósfera se contrajera de golpe.

El ser ladeó la cabeza y alzó los ojos al cielo del bosque.

—Vaya... —susurró, y en su tono se coló algo diferente; fastidio.

Una llamarada de fuego negro se abrió paso entre la niebla, danzando como lenguas vivas. Se arremolinaron en espirales, acechando al demonio, que retrocedió.

Ethel gritó, asustada. La figura que estaba frente a ella se encogió, usando sus alas como un escudo. El fuego lo empujó hacia atrás, y en la bruma se alzó un símbolo ardiente, grabado en el aire.

Gruñó. Un rugido bajo, gutural, tan primitivo que heló la sangre de Ethel. Jamás había oído nada semejante. Y supo, en lo más hondo de su pecho, que lo que estaba ocurriendo no pertenecía al mundo humano.

Giró sobre sí misma buscando el origen del ataque. La niebla fue cayendo y la figura se desvaneció en las sombras, fundiéndose con ellas.

Quedó solo el eco de su voz, diluyéndose entre los árboles.

—Nos veremos pronto, pequeño cordero...

Ethel se tambaleó, sus pies chocaron con unas piedras y cayó al suelo.

Las hojas se agitaron detrás de ella. Unos pasos rápidos, casi inaudibles. Alguien emergió de la bruma.

Ethel, sentada en el suelo, indefensa, levantó la cabeza. Le habría gustado estar soñando, que aquello no fuese más que otra de sus pesadillas.

Apretó los párpados deseando despertar.

«Por favor», suplicó.

Los pasos se oyeron ya a su lado y la angustia le descendió por el cuerpo.

Aterrada, abrió los ojos para enfrentarse a la realidad.

La luz de la luna bañó la figura que había frente a ella. Una mata de pelo cobrizo se sacudía rebelde tapándole la mitad de la cara. Y entre los mechones aparecieron dos ojos verdes claros como cristales, enmarcados por un furioso ahumado.

Seraphine Ashbourne se detuvo frente a ella con la respiración agitada, el pijama —una camiseta vieja con una estrella de cinco puntas y unos bombachos de perros salchicha— estaba salpicado de barro y lleno de hojas y ramitas.

En la palma le brillaba un símbolo, el mismo que había aparecido antes en el aire.

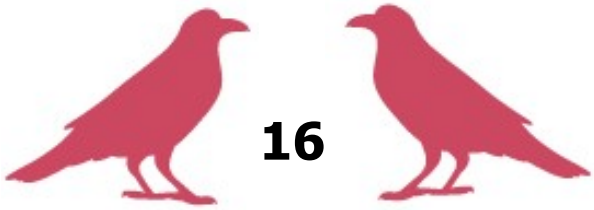
Ethel perdió la fuerza y cayó hacia atrás sobre sus codos.

—¿Tía... tía Sera?

—¿Es que has perdido el juicio? —le espetó su tía.

SEGUNDO CUADRO
Ophelia (1851–1852), John Everett Millais





16

Ethel observaba el grimorio que tía Seraphine había rescatado del bosque junto con la palmatoria y la vela. Estaba sentada en uno de sus cojines enormes y mullidos.

La habitación de Seraphine estaba tan abarrotada de cosas curiosas que no sabía dónde mirar. Estaba situada en la parte alta de uno de los torreones de la mansión. Y aprovechaba el espacio extra con una segunda estancia más elevada que usaba de pequeño laboratorio.

Seraphine bajó la escalera de madera con un frasco humeante y se lo tendió a Ethel.

—Te ayudará a calmarte —le dijo.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo agarrotado que tenía el cuerpo. Los músculos le dolían de la tensión y temblaba involuntariamente.

—¿Es... magia? —preguntó.

Seraphine sonrió mientras se tiraba en su cama sin somier.

—Es más bien alquimia. Una ciencia que la gente común no conoce tan bien como nosotras.

Ethel se lo bebió. Estaba algo amargo, pero a la vez tenía un regusto calmante.

Seraphine meneó la cabeza como si estuviese teniendo una conversación consigo misma.

—Estabas hablando con un demonio, Ethel... Gracias a la Diosa que estaba despierta y te vi caminar hacia el bosque. —Su tía parecía furiosa—. Esto es lo que trataba de explicarle a Isadora.

Ethel parpadeó. Todo aquello se sentía como raspar el barniz de una pintura para revelar, lentamente, lo que ocultaba.

—¿Qué quieres decir?

Seraphine frunció el ceño, contrariada. Parecía reticente.

—No soy quién para hablarte de esto... Bueno, qué narices, soy tu tía y acabo de salvarte de un demonio, claro que soy quién. Pero tu madre se pondrá furiosa cuando se entere.

Se levantó y abrió la puerta de un mueble revelando un interior lleno de copas de cristal tallado y botellas de alcohol sin etiquetar. Se sirvió una copa y le dio un sorbo largo.

—Si voy a hacer esto, necesito una copa. —Se sentó frente a Ethel con las piernas cruzadas y tomó una larga y profunda respiración, como si estuviese meditando—. Como has visto en el bosque, las Ashbourne no somos simples mortales.

—Somos brujas —intervino Ethel, a lo que su tía sonrió.

—Exacto. Supongo que ya habrás oído los rumores que hay por el pueblo. Las Ashbourne procedemos de una larguísima estirpe de brujas. Nuestro aquelarre familiar siempre ha sido grande y próspero... —Se calló de golpe y se aclaró la garganta—. Pero tu madre tomó la decisión de vivir como una mortal común y, por tanto, que tú también lo fueses. Así que a nosotras no nos quedó más remedio que aceptar su decisión, aunque no estuviésemos de acuerdo.

—¿Por qué? —preguntó Ethel.

Debería haberle chocado toda aquella información, pero el efecto había sido justo el contrario. No sabía si era por la pócima que su tía le había preparado o porque por fin todo tenía sentido.

No estaba loca, no estaba maldita ni poseída. Simplemente era el efecto de la magia que tenía dentro. Todo lo que siempre le había ocurrido y no tenía ninguna explicación lógica ahora por fin tenía un porqué, un sentido.

—Cuando una bruja se queda embarazada visita a las Trece. Son nuestras gobernantes, las que se aseguran de que se cumplan las reglas, las que castigan a los que las incumplen y nos ponen en peligro como comunidad. Como ya sabes, las brujas hemos estado siempre muy perseguidas. —Hizo una pausa para beber—. Bueno, debes saber que hay dos tipos de brujas, por así decirlo: las brujas elementales, que seríamos nosotras, y las brujas espiritistas, que tienen un contacto con lo que es intangible, pueden ver el porvenir y el más allá. Es costumbre observar la fortuna de un futuro miembro del aquelarre. —Tía Sera miró hacia otra parte y su expresión se ensombreció—. Dijeron que tu poder sería muy difícil de controlar, que podría ser peligroso... sobre todo para ti misma. Así que tu madre, asustada, decidió que, si no lo desarrollabas y vivías como una mortal común, estarías más a salvo.

En su tono se adivinó que ella no estaba de acuerdo. Ethel se miró las manos y luego las cerró en puños apretados. Se sentía furiosa, engañada...

—Me mintieron —susurró.

Seraphine dejó escapar un suspiro.

—Pensaron que así te protegían. Pero el poder emana de ti, aunque de una forma primitiva y salvaje. Es como tu segundo sistema nervioso, como tener otro órgano que no es de carne y hueso. Y si no lo usas, se atrofia, te envenena y te debilita.

—Me habrían protegido mejor si no me hubiesen dejado creer que estaba loca, que estaba maldita. Que había algo dentro de mí que escapaba a mi control. Si me hubiesen dicho la verdad, al menos no me habría odiado tanto hasta el punto de acabar encerrada en ese hospital psiquiátrico. —Su voz estalló como cristales rotos.

Seraphine arrugó el ceño con pesar y enfado, y abrazó a su sobrina.

—Lo sé. Yo era partidaria de que te enseñasen a controlar tu magia. Es mejor tener herramientas para parar algo, y siempre, siempre es mejor saber la verdad que desconocerla...

Hubo algo en su tono de voz al pronunciar el final de la frase. Algo extraño que Ethel no supo identificar, como si no estuviese convencida del todo de lo que decía.

Ethel se separó de su tía y se limpió las lágrimas de los ojos, tan absolutamente cristalinos que parecían vidrios transparentes.

—Entonces, por favor, tía Sera, enséñame a controlar mi magia.

Seraphine se tensó.

—No quiero hacerle daño a nadie nunca más. Por favor —suplicó Ethel de nuevo.

Seraphine echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un suspiro de derrota.

—Tu madre me matará y me enterrará cuando se entere de esto, pero qué demonios. Al menos deberías saber dominarla. —Miró a Ethel, seria—. Pero será nuestro secreto. Tu abuela y Daphne no deben saberlo. ¿Entendido?

Ethel asintió.

Y por primera vez en años, sintió algo parecido a la esperanza.

—Vale, y ahora tienes que explicarme muchas muchas cosas... Si existen los demonios... ¿Existe el infierno? ¿Y el cielo?

Seraphine se recogió el pelo y trasteó entre sus pilas de libros hasta dar con uno muy grande. Lo colocó en su escritorio apartando las cosas de cualquier forma. Al abrirlo apareció una ilustración de varias capas, como las de la corteza de la Tierra.

—Según la cultura o la religión tienen diferentes nombres, pero son planos dimensionales donde existen seres con grandes poderes que alimentan su magia con la energía que proporcionan las almas.

»El infierno está compuesto por siete círculos. —Pasó las páginas para enseñarle otra ilustración. Bajó el dedo por la hoja, señalándoselos—. Algunos piensan que estamos relacionadas con ellos, o al menos que el origen de nuestra especie lo está. Podría ser que algún demonio se exiliase en la Tierra y de su evolución naciesen las primeras brujas, o que seamos parte de su progenie con otras criaturas... No se sabe.

»Luego está el cielo, como lo has llamado tú, o la *Altura*, como lo conocemos nosotras. —Pasó a otro dibujo—. Allí también usan las almas porque de ellas extraen poder, aunque con distintos fines.

»Es algo por lo que siempre están en guerra, y usan cualquier tipo de artimaña mental para influir en la gente y hacer que se acerque a unos u a otros. Y más allá, existen otros mundos, realidades donde otros dioses reinan y extienden su dominio sobre quienes creen en ellos. —Hizo una pausa para mirarla—. ¿Me explico?

A Ethel le estaba costando seguirla, pero lo estaba intentando.

—¿Somos su alimento? ¿Eso quiere decir que Dios existe?

Seraphine se encogió de hombros y rio.

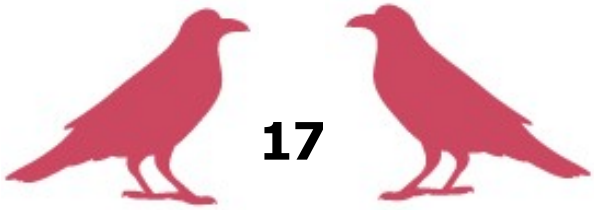
—Nosotras creemos en la Diosa, una fuerza femenina primordial que representa la naturaleza. El Dios por el que me preguntas puede existir, claro, pero es solo uno más entre muchos. No hay una sola verdad, y lo que importa es con quién se alinee tu alma.

—Entonces, al morir... ¿adónde vamos?

Seraphine se encogió de hombros.

—El destino de las brujas no está del todo claro. El alma de los mortales comunes, si eran devotos a un dios, puede ir a su plano. Si pactaron con demonios, probablemente vaya al círculo correspondiente. Si no, puede ser reclamada por cualquiera, y su lugar... —Pasó páginas hasta mostrarle otro dibujo—. Siempre se representa un juicio, así que supongo que de este modo deciden quién se queda con esa preciada alma. Como te digo, no tenemos todas las respuestas, solo conjeturas.

»En cuanto a nosotras, la mayoría creemos que la Diosa nos recibe en un plano secreto donde no tienen poder ni demonios ni serafines. —Se giró y agarró a Ethel de los hombros—. Por eso debes tener cuidado y no firmar nunca un pacto con un demonio. Si lo haces, tu alma le pertenecerá y serás suya por el resto de la eternidad. Así que sé cuidadosa.



17

La campana del instituto sonó con su estridente repiqueteo, y el pasillo se llenó de voces y pasos apresurados. Ethel cerró su taquilla con un leve chirrido y se ajustó la cartera al hombro, intentando pasar desapercibida entre el bullicio. Estaba ansiosa por llegar a casa y ver a tía Sera. No había pegado ojo en toda la noche. Después de volver a su habitación, había leído y revisado el enorme libro ilustrado.

Solo cuando los primeros rayos de sol habían entrado por la ventana, había sido plenamente consciente de que aquello era real. No iba a despertarse y descubrir que lo había soñado.

Estaba aliviada y a la vez muy triste.

Caminaba con la cabeza gacha, perdida en sus pensamientos, cuando una voz la detuvo en seco.

—¡Ashbourne! No sabes lo pesada que está la gente del pueblo con tu familia. Mi padre ha recibido ya una decena de peticiones para que os expulsen del pueblo —parloteó Silas, pasándole un brazo por los hombros—. ¿Qué dices, habéis sido vosotras las culpables de lo del campista?

Ethel lo miró horrorizada y salió de su abrazo. A pesar de que estaban dentro y el día estaba nublado, llevaba unas gafas de sol

muy oscuras.

—No..., claro que no.

—¿Irás a Halloween? Será toda una provocación. En Ebonwick nunca pasa nada, así que está bien caldear un poco el ambiente. De hecho, deberías ir vestida de bruja.

Ethel apretó los labios para ocultar su sonrisa. Tía Seraphine lo encontraría divertido.

—No creo que vaya.

—¿Por qué? —insistió él, deteniéndose justo frente a ella—. Es divertido. Puedo hacerte compañía, incluso.

A Silas le costaba respetar los límites físicos, pero era alguien con quien se le hacía muy fácil tratar.

—Eh... —murmuró, sorprendida por su propuesta—. No creo que a tus amigos les guste que aparezca.

Silas soltó una pequeña risa.

—¿Por quién lo dices? —preguntó, inclinando un poco la cabeza.

Ethel frunció el ceño, sin saber muy bien cómo responder.

—No, lo que quiero decir es que, no quiero incomodar a nadie.

—¿Te refieres a Ivy? No le hagas caso, es la princesita del pueblo porque su padre se cree una especie de dios aquí y, por lo que sea, la gente le sigue el juego. Pero es inofensiva.

—Parece que a su padre no le gusta mucho mi familia.

—Es un fanático desquiciado.

Silas le cogió la cara con una mano. Ethel se tensó un poco, incómoda con el gesto, pues no estaba acostumbrada a que la gente la tocase.

—Pero, si te escondes, solo será peor, hazme caso. —Le guiñó el ojo y se marchó.

Las palabras de Silas siguieron repitiéndose en su cabeza, una y otra vez, como un eco mientras caminaba a ciegas por los pasillos.

No estaba segura de cuánto tiempo había vagado ni en qué dirección, pero apareció en las escaleras traseras del edificio.

Quizá tenía razón. A lo mejor, si se abría un poco a los demás... Bueno, Seraphine le había prometido ayudarla a controlar su magia, así que pronto dejaría de ser un peligro para todos y quizá..., solo quizá... Deseaba tanto acabar con la soledad abrumadora y asfixiante que sentía...

El aire olía a la lluvia reciente y a hojas húmedas. Unas preciosas nubes púrpura amenazaban con volver a descargar en cualquier momento.

Se miró la mano derecha.

Bruja.

Cerró los dedos hasta clavarse las uñas en la palma. Ahora al menos sabía lo que había dentro de ella.

Siempre había deseado poder estrechar lazos con la gente, pero le daba miedo hacer daño a quienes tenía cerca. No podía dejar que su egoísmo y su soledad pusiesen en peligro a otros, no le parecía justo.

Pero... pero ahora eso podía cambiar, ¿no?

Ethel caminaba distraída por el sendero que iba hacia el bosque. Nox se detuvo a la salida del instituto para observarla un momento. La había visto con Silas hablando en el pasillo.

¿Y te molesta?

«No, solo me ha parecido que la estaba incomodando», se contestó a sí mismo con gran confianza.

Se metió las manos en los bolsillos, cogió aire y se acercó a ella.

—Ethel.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. A Nox le crujieron los nudillos y tensó la mandíbula al ver su rostro.

¿Qué ha sido eso?

A Nox le gustaban las cosas bonitas; como el arte, por ejemplo. Era un gran fan. Y daba la casualidad de que Ethel era hermosa, eso era todo. No es que estuviese recordando el tacto de sus labios contra sus dedos o la curiosidad que había sentido por su boca...

Anda, por qué no le suplicas que te deje hacerlo...

«Cállate. Cómo si esa idea me atrajese», gruñó para sí mismo, enfadado. Fue un arrebato del momento, se convenció, la adrenalina de hacer cosas prohibidas. El aire de delincuencia que los rodeaba en aquel momento y que lo confundió.

—Te he visto en el pasillo.

Ethel dibujó una pequeña sonrisa.

—Ah, Silas me estaba invitando a ir a Halloween con...

—¿Vas a ir? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero que nadie se sienta incómodo con mi presencia, y no creo que Ivy... De todas formas, no sé si iré...

Nox asintió para sí mismo, pensativo.

—Tienes razón.

Ethel abrió los ojos, herida.

—¿La tengo?

¿Por qué Silas la invitaba a Halloween precisamente sabiendo cómo estaban las cosas con las Ashbourne en el pueblo? Era el ambiente propicio para que ocurriese algo malo.

—¿No te parece curioso que Silas te invite de la nada?

Ethel lo pensó.

—No entiendo qué...

—Ha tenido que pasarte antes. Me dijiste que no te gusta ser desconfiada, pero este mundo está lleno de malas personas. La gente no es amable sin motivo. ¿Alguna vez alguien ha sido simpático contigo para luego hacerte daño?

Ethel se removió incómoda y Nox vio la tristeza estallar en sus ojos. Sí, ya le había ocurrido antes.

De pronto, se sintió furioso al pensar en ello.

«¿Quién?».

La atmósfera se llenó de humedad y pequeñas gotas se enredaron en el pelo de Ethel. Se abrazó a sí misma.

—Entiendo... —comenzó a decir—. Entiendo que quizá no te guste cómo soy yo. No quiero ser desagradecida, sé que probablemente lo dices porque ya me has ayudado en un par de ocasiones y estás preocupado, pero...

Nox la miró en silencio unos segundos, y el leve temblor de sus labios lo atravesó como un cuchillo.

Enhorabuena, eres un cabrón. ¡Ha sido todo un éxito! La has hecho pensar que la odias.

Nox se frotó la nuca y dejó escapar un gemido.

Ethel se puso la mano por encima de los ojos para cubrirse de la lluvia y él se apresuró a quitarse el cortavientos del equipo de remo y entregárselo.

—Te estás mojando.

—¿Por qué? —susurró ella, negándose a aceptarlo.

—Vamos, cógelo.

—A veces eres distante y otras muy amable. A veces me da la sensación de que no me soportas y otras actúas como... —Se calló el resto de las palabras.

Nox se apartó el flequillo, furioso, frustrado, molesto.

Un rayo iluminó el cielo y la lluvia comenzó a caer más fuerte.

—Vamos, póntelo. Por favor.

—¿Cómo sé cuáles son tus verdaderas intenciones detrás de ese gesto amable? —Ethel se giró y echó a andar, enfadada.

Tocado.

Nox la siguió, un poco desesperado.

—Ethel —la llamó.

Ella no se volvió.

—Ethel.

Estiró el brazo y la tomó de la mano para pararla.

—Espera.

Ethel se volvió.

—Joder. Quería... ¿Estás llorando?

Ella apartó la mirada y se secó la cara con el dorso de la mano libre. La otra se la había robado Nox.

Sintió una profunda oleada de autodesprecio al mirarla. El aire que entró en su pecho quemaba. Le agarró la muñeca y con suavidad se la apartó para poder mirarla a la cara.

Se le encogió el pecho y el estómago le dio una sacudida. Apartó la mano, que cerró en un puño. La luz del atardecer oscilaba dispersa sobre la niebla, acentuando los colores y difuminando las formas. Todo parecía más suave, más tierno, más tenue.

Estás jodido, imbécil.

Nox la miró, abatido, sintiéndose un completo idiota. Antes de que a ella le diese tiempo a protestar, le colocó el cortavientos con la capucha sobre la cabeza.

—Lo siento —dijo con la voz estrangulada—. Lo último que quería era hacerte llorar, Ethel. Lo siento —repitió.

¿Quién es el blando ahora?

Ethel parpadeó. Nox estiró la mano y le pasó el pulgar por la mejilla atrapando una de sus lágrimas.

—Ethel —la llamó Nox.

Ella sintió un aleteo en el pecho. Dijo su nombre como si tuviese algo preciado en la boca, como si estuviese pronunciando un secreto en la más estricta intimidad.

Nunca lo había visto tan serio.

La nuez de Nox subió y bajó en un movimiento rápido y marcado. Ethel separó los labios para coger aire hinchando el pecho.

Los ojos color violeta de Nox bajaron de su rostro a su pecho durante un momento y volvió a tragar como si paladeara algo. Se llevó la lengua a la comisura derecha de la boca y soltó un taco entre dientes, antes de apartarse un metro de ella.

—Pensaba que nos llevábamos bien —le contestó ella.

—Y así es. Pero a veces soy gilipollas. Puedes pegarme, me lo merezco —dijo señalándose el pecho y tensando el rostro, como si se preparase para el golpe.

Ethel soltó una pequeña risa, casi involuntaria. El alivio se reflejó en las facciones de Nox.

—No, gracias, no me gusta hacer daño a la gente.

—Pues, adelante, te doy permiso para que me lo hagas —le dijo con la voz ronca.

Ethel movió la cabeza. Lo que más le había dolido era que durante un breve instante había esperado que él la animase a acompañarlos en Halloween. El rechazo le había astillado el pecho.

—No me gusta la violencia, pero ya sabes lo que dicen de mí, a lo mejor podría maldecirte.

Nox sonrió recuperando su habitual expresión arrogante y segura.

—Mmm... entonces no te contengas, hay muchos que se lo merecen.

Sin darse cuenta, ambos empezaron a caminar.

—Si te contienes tanto, acabas explotando de una forma u otra; es mejor dejar salir las cosas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en un murmullo.

Nox sonrió con cierto secretismo.

—Digamos que tengo experiencia con ese tipo de emociones.

Ethel frunció el ceño sin creérselo.

—Nunca me ha parecido que te contengas.

—¿Me observas? —preguntó arqueando las cejas.

Ethel se sonrojó y Nox soltó una risa baja, como un murmullo ronco. Se frenó y avanzó un paso hacia ella. El mundo pareció encogerse, como si el aire se condensara en el pequeño hueco que compartían. Le apartó un mechón de pelo mojado que le estaba tocando los labios.

Ethel sintió su tacto como una quemadura.

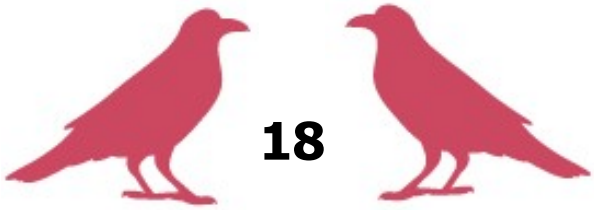
El pulgar de Nox acarició suavemente su mejilla. El roce hizo que se le cerraran los párpados. El calor se propagó por su rostro y luego bajó, capa a capa, arrastrándose por su garganta, recorriendo su pecho y extendiéndose como un incendio lento por su vientre.

Nox sonrió, esta vez de forma genuina.

Sus miradas permanecieron enganchadas, por un segundo.

Nox retiró la mano de su mejilla y se la metió en el bolsillo del pantalón.

—Deberías ir a casa, Ángel —murmuró—. Está a punto de anochecer y te estás calando.



18

La plaza de Ebonwick parecía arrancada de un sueño. Guirnaldas de terciopelo negro y cortinas de encaje ondeaban entre los faroles de gas, teñidos con cristales rojizos, que lanzaban sombras sangrientas sobre el empedrado. Todos los detalles estaban cuidados hasta el extremo, como la música, que salía de un gramófono, de modo que las notas sonaban distorsionadas, antiguas.

Seraphine, vestida de exploradora con un látigo en la cadera, se acercó a una mujer a la que parecía conocer. Se quitó su sombrero y se lo puso a la otra antes de besarla.

Ethel apartó la mirada con una risa. Avanzó entre la multitud, con cuidado. Iba vestida de ángel con un disfraz que le había confeccionado tía Daphne: corsé blanco, sobre una falda fruncida en la parte delantera para ser corta y caer en una majestuosa cola en la parte trasera. Mangas largas fruncidas igualmente, medias de encaje blanco hasta el muslo y botas altas rematadas con botones dorados. En la espalda llevaba dos pequeñas alas emplumadas y el pelo, larguísimo y ondulado, flotando como una cortina entre ellas.

Miró entre la multitud con el corazón latiéndole deprisa.

«¿A quién buscas?», susurró una voz en su cabeza.

Se había alejado de su familia para admirar toda la decoración. Los pequeños espectáculos que había por las calles. Estaba nerviosa, expectante. Notó que llevaba un rato rascándose la piel de la mano y paró.

Tanto su abuela como sus tías la habían animado a disfrazarse, a salir, a participar. Sobre todo, Seraphine. Un par de tardes atrás, cuando habían terminado una de sus lecciones, le había confesado que no estaba segura si iría o no.

—Será una buena forma de probar si has ganado algo de control —le había dicho.

De momento solo estaba practicando el hecho de percibir su magia, conectarse con ella. Lo que requería mucha concentración y relajación. Era un proceso lento y a veces frustrante. Se sentaba en la penumbra del atardecer y visualizaba el flujo de energía de su cuerpo. Hacía pequeños ejercicios guiada por la voz de su tía.

La mayoría de las veces acababa empujándola o tirando una pila de sus cosas.

—Lo siento... —se disculpaba, apenada.

—¡Eres tan fuerte! En cuanto aprendas, vas a ser una gran bruja —exclamaba Sera, emocionada.

Ethel aplaudía a un hombre que echaba fuego por la boca cuando notó unos ojos sobre ella y se giró bruscamente. Hubiera jurado que había visto moverse a alguien entre la gente, pero no tuvo tiempo de discernir su rostro, solo una capa bermellón.

Decidió seguir la mancha de la tela entre la multitud. No era la primera vez que sentía que alguien la observaba. Un par de días atrás, mientras volvía a casa desde el instituto también tuvo la misma sensación.

Fue adentrándose más y más en la plaza principal, donde la gente bailaba. La música ascendió y ascendió en un torbellino de notas

veloces, y los latidos de su corazón se acompasaron al ritmo.

Le faltaba el aire y se encontró atrapada. Ya no veía la capa por ninguna parte. Necesitaba salir de allí; estar rodeada por tantas personas la agobiaba.

De pronto, sintió que una punzada le erizaba la piel. Algo cálido le subió por la columna y se estremeció, como si la hubiesen acariciado. Giró la cabeza y se topó con él.

El disfraz de Nox era simple. Llevaba una camiseta negra, una chaqueta de cuero y vaqueros. Las manos llenas de anillos plateados, una cadena de grandes eslabones al cuello, aros en ambas orejas, los ojos marcados con lápiz negro y unos simples cuernos de demonio en la cabeza.

Los ojos de Ethel se cruzaron con los suyos, que la atraparon.

Y el mundo se detuvo un momento.

La boca de Nox se torció en una sonrisa. Mientras caminaba hacia Ethel, sus ojos la recorrieron minuciosamente y su lengua jugueteó con el aro de su labio.

Ethel sintió un nudo en las entrañas, apretado.

—Irónico, ¿no te parece? —Se señaló los cuernos de plástico rojo de la cabeza. La voz grave y divertida de Nox le provocó un escalofrío.

Ethel rio sin pretenderlo. No estaba en un acantilado o en lo más alto de una noria, pero aun así sintió vértigo y el cosquilleo de una caída inminente bajarle por el estómago.

El aire que los separaba era tan delgado que dolía respirarlo.

—Pareces caída del cielo.

Ella tragó pesadamente.

—Tú no has puesto mucho empeño en tu disfraz, que digamos —contestó.

Nox sonrió, divertido con su comentario.

—¿Ah, no? ¿No crees que dé miedo?

Ethel meneó la cabeza. Tenía la boca seca. No supo qué decir. No era exactamente miedo lo que sentía en ese momento.

Nox bajó la mirada a su cuello, como si estuviera decidiendo dónde morder. Después volvió a subirla con lentitud.

El violín del gramófono chirrió un par de notas distorsionadas. Alguien a lo lejos se echó a reír.

—Dime —dijo acercándose aún más a Ethel—, por qué has elegido este disfraz.

Nox alargó la otra mano. Un ofrecimiento silencioso.

Ethel la posó sobre la suya. El tacto fue eléctrico, como si la noche se hubiese condensado entre sus dedos.

Y entonces él la atrajo hacia su cuerpo pasándole una mano por la cintura con lentitud. Ethel, ruborizada, apartó la mirada de sus ojos violeta. Él ya sabía la respuesta y parecía encantado.

A unos cuantos metros vio a los amigos de Nox observándolos. Las expresiones iban desde la sorpresa hasta el odio más profundo. Se tensó.

—No les hagas caso —contestó Nox, con indiferencia.

—Siempre pareces diferente cuando estás con ellos —soltó Ethel.

—¿Cómo?

—Más terrenal, y a la vez inalcanzable. —La apreciación escapó de su boca antes de procesarla del todo.

Nox le parecía un universo en sí mismo.

Él no pareció molesto con lo que dijo.

—Me gusta que me observes.

El calor de sus mejillas la delató.

—Es que eres popular —se excusó.

Nox hizo un puchero y luego sonrió.

—Y yo que pensaba que te resultaba interesante.

—Creo que le resultas interesante a todo el mundo. Y tengo que reconocer que eso me da cierta envidia.

—Tú eres más interesante que yo.

—Puede que mi apellido lo sea, pero lo que en realidad me da envidia es la facilidad que tienes para ganarte a todo el mundo.

—Es una virtud de fabricación —contestó con una sonrisa enigmática.

Nox movió la mano que tenía en su espalda y la arrastró levemente hacia abajo. Los labios de Ethel se separaron para coger aire y se olvidó de lo que estaban hablando.

—Estás temblando —dijo él, apenas un susurro.

—Es por el... frío.

Nox alzó una ceja. A Ethel le resultó fascinante lo atractivo del gesto, quizá porque esa noche sus ojos estaban aún más marcados. Sintió un deseo pesado y aterciopelado anclarse bajo su ombligo.

—Claro —contestó él—. Entonces... ¿te resulto interesante a ti, Ethel? —preguntó, retomando la conversación.

Ella dio un paso atrás, como si la cordura hubiera tirado brevemente de ella.

—Como a todos.

Nox escondió una sonrisa.

Ethel sintió una punzada en el corazón.

—Quien realmente resulta interesante, sin embargo, eres tú, Ángel. —Observó por encima de su hombro a las personas que los rodeaban y luego se inclinó para hablarle al oído—. Por ejemplo, a los habitantes de este pueblo les obsesionáis tú y tu familia. Os desean y os odian a partes iguales. Así es como funciona, quieres lo que no entiendes, lo que eres incapaz de interpretar. Y deseas poseerlo o destruirlo.

Qué curioso que dijese aquello de ella cuando Ethel se sentía del mismo modo respecto a él. Parecía casi imposible traspasar sus capas, conocerlo, y aquello era lo que más la atraía: todo lo que no sabía de él.

Nox era una manzana dulce, perfecta, jugosa, colocada al alcance de su mano en un día de calor. Pero ella no debía morderla. Algo le decía que, bajo esa capa tan atractiva, había un veneno mortal.

Y, aun así, su estúpida imprudencia le pedía probarla y correr el riesgo.

Los labios le vibraron con expectación, la boca se le humedeció como si ya pudiese sentir el sabor dulce y fresco en la lengua. La garganta se le movió cuando tragó, la sentía árida.

Hundió los dientes en su labio con fuerza.

Qué importaba que estuviese prohibido si deseaba aquello casi tanto como respirar.

«Y el dulce y pequeño ángel no pudo apartar los ojos del demonio. Y el hermoso y solitario ángel se dio cuenta de que se estaba enamorando», recitó en su cabeza Ethel. «No», se dijo a sí misma. No podía.

Cuando Nox se irguió de nuevo, sus rostros quedaron frente a frente. Sus ojos de tormenta bajaron hasta la boca de Ethel.

A ella el corazón le martilleaba en el pecho, que se elevó en busca de aire, comprimido por el corsé.

Había algo hipnótico en los ojos de Nox, una especie de magia oscura, sucia y bella a la vez.

—¿Sabes? Los ángeles que se mezclan con demonios acaban cayendo —dijo haciendo referencia a sus disfraces; la voz le salió estrangulada, sin aire—. Pero nada es tan hermoso como un ángel que cae —añadió más para sí mismo.

La música se elevó llegando a su cénit. Nox irradiaba calor. Ethel lo sentía a través de la tela de su vestido. Su barbilla le rozaba la mejilla. La mano que había posado en su cintura se había ido deslizando hasta el final de su espalda.

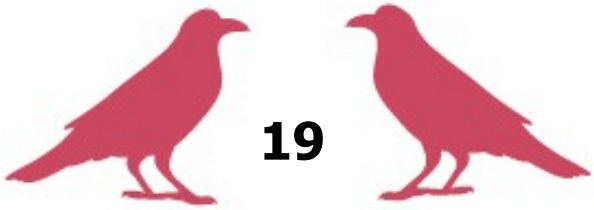
Tenían los rostros casi pegados. Él le miró la boca.

Ethel no se había dado cuenta de cuándo se habían pegado tanto. Le miró el hueco de la garganta, sintió una atracción súbita y repentina. El aliento de ella le rozó la piel a Nox, erizándola, sensibilizándola. En los ojos de él brilló algo febril. Los músculos de su cuello se tensaron y levantó la mirada llevándola a cualquier parte menos a ella. Se separó unos centímetros. Dejó escapar una respiración pesada y giró la cabeza.

De pronto, su expresión cambió, atenta, y frunció el ceño como si hubiera visto algo más allá de ella que lo había contrariado. Estrechó los ojos, cabreado, y se aclaró la garganta.

—Nos vemos por ahí, Ángel.

Dio un paso atrás. Y, sin más, se dio la vuelta y se alejó.



19

Una figura atravesó el umbral del túnel del terror y Nox la siguió con las manos en los bolsillos, sorteando con indiferencia una soga colgante y una muñeca en una horca; le dio un manotazo apartándola de su camino. El hedor a madera podrida y a sangre rancia impregnaba el aire. Luces rojas parpadeaban sobre la piedra húmeda, proyectando sombras deformes que reptaban por las paredes.

La música de fondo eran gritos de terror.

—Es como estar en casa —bromeó.

Pasó por un largo pasillo lleno de hoces que se balanceaban de un lado a otro, cubiertas de sangre de cerdo. Era tan burdo que no comprendía cómo a alguien le podía parecer terrorífico.

—¿Has elegido este sitio por algún motivo en especial? —gruñó Nox, y llegó a una sala llena de telarañas que arrancó molesto.

Ghom sonreía. Su boca era demasiado grande para su cara.

—¿No le parece gracioso, señor? He pensado que la ironía lo divertiría —dijo con esa voz suya que sonaba como un graznido.

Nox contrajo los labios y su expresión se apagó hasta volverse oscura.

—¿Por qué cojones has aparecido?

Ghom le clavó sus ojos afilados y Nox se relajó.

—Porque me pareció que necesitaba mi ayuda. —Llevaba un disfraz de verdugo que le quedaba ridículo.

Nox se frotó la cara.

Querías arrancarle ese disfraz. Has perdido el juicio en cuanto la has visto así vestida.

Joder, se había vestido de ángel por él.

«Y no, no deseaba arrancárselo. Pero en caso de ser así... y es hipotético, se lo habría quitado muy poco a poco, tomándome mi tiempo», pensó.

—Ya sabe que debe tener cuidado, señor.

—Sí, sí, lo tengo claro —se defendió Nox.

Ghom ladeó la cabeza, jugando con la soga que llevaba en la mano.

—El jefe...

Nox le dio una patada a una paca de heno.

—Lo sé... No tienes que recordármelo.

Ghom lo miró con sus ojillos afilados.

—¿Está haciendo pucheros, señor?

—¡No! Pero ¿qué dices?

Nox hizo una mueca y alargó el brazo hacia un lado arrancando una araña gigante de goma de la pared.

—¿Le atrae esa chica?

—No. Lo que pasa es que soy encantador por naturaleza, no hay más. Además... no puedo sentirme atraído por ella si ella no se siente atraída por mí porque eso me haría estar en desventaja y yo siempre juego con ventaja... Entiendes, ¿no?

—Si usted lo dice... —declaró Ghom, poco convencido, mirándolo con pena.

Nox se puso serio y lo miró enfadado.

—Lo que digo, señor, es que no querrá pagar el castigo y las consecuencias si el jefe se entera de que se está distrayendo de lo importante.

Les llegó otra ráfaga de gritos lejanos. Nox estaba cansado de aquella conversación. Aplastó la araña con todas sus fuerzas.

—No me estoy distrayendo. —Se estiró relajando los músculos—. Ahora déjame tranquilo, tengo cosas que hacer.

Un ruido lejano, como de cadenas arrastrándose, recorrió el túnel. Nox desvió brevemente la vista hacia las sombras.

—Y ocúpate de lo que te pedí.

—Sí, señor —contestó Ghom, agachando la cabeza y mirándolo con sus ojos oscuros.

Nox giró sobre sus talones y se marchó por el pasillo iluminado en rojo.

El aire cargado del túnel del terror quedó atrás cuando salió al bullicio de la feria. Los farolillos anaranjados flotaban sobre las cabezas de los asistentes, arrojando un resplandor fantasmal sobre los rostros pintados y las máscaras espeluznantes.

Se pasó la lengua por el aro del labio en un gesto nervioso mientras estudiaba la muchedumbre. Estaba de muy mal humor.

Alguien se acercó por su espalda y lo agarró del brazo.

—¿Dónde te habías metido? Te estás perdiendo toda la diversión —se quejó Ivy, que ya arrastraba un poco las palabras.

Los ojos de Nox bajaron hasta el rostro de la chica, tenía el rímel corrido bajo los párpados y los cuernos de diablesa torcidos. Aspiró y una sonrisa tiró de sus labios.

—¿Has quedado con el angelito en el túnel del terror? —rio Silas.

La sonrisa desapareció de la boca de Nox y su expresión se oscureció.

—¿Qué has dicho?

Silas soltó una risita nerviosa.

—Pensábamos que a lo mejor te habías marchado con Ethel Ashbourne. Va disfrazada de ángel, por eso la he...

Nox dio un paso hacia Silas y le puso una mano en el hombro. Apretó.

—¿Qué pasa, no sabes vivir sin mí ahora, Holloway? —Lo soltó y le dio una palmadita en la espalda—. ¿Me echabas de menos?

—Yo...

Silas levantó la mirada hacia Nox y luego la dirigió hacia Ivy. Había algo siniestro en los ojos azules de la rubia.

—Silas, cállate. ¿Desde cuándo eres tan bocazas? Eres tú el que está siempre pendiente de la rarita. ¿Te has propuesto hacer un proyecto de caridad...? —Las palabras de Ivy se quedaron colgando de su boca al fijarse en la expresión de Nox.

—¡Venga, que va a empezar el espectáculo principal! —los apremió James.

Nox se separó de ellos y se giró. No tenía tiempo para estupideces, debía... Entre el gentío, algo le llamó la atención: un hombre alto y flaco, vestido con un abrigo largo y grande, un sombrero de ala ancha y una cámara fotográfica al cuello. Caminaba de forma extraña, colándose con cierta prisa entre los cuerpos que se movían por la calle principal.

Nox entornó los ojos.

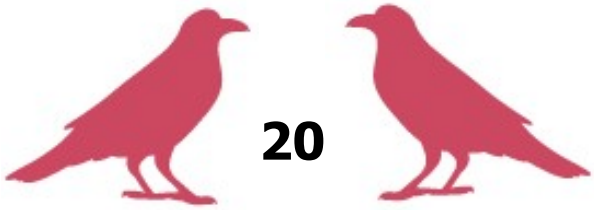
El tipo parecía tener prisa por llegar a alguna parte. Ni siquiera se fijó en el espectáculo de fuego que había en una de las plazas, o en cómo quemaban a las brujas de paja. La gente aplaudía mientras los niños se cubrían el rostro y miraban entre las rendijas de sus dedos.

«Qué extraño», pensó.

—Me voy —se despidió Nox a toda prisa.

—¡Espera! ¿Dónde...?

—Halloween es una noche para hacer cosas inconfesables —dijo mirándolos por encima del hombro mientras se alejaba—. El de arriba se tapa los ojos y el de abajo camina entre nosotros. Divertíos un poco —se despidió llevándose la mano a la sien para hacer un saludo.



20

La música del festival se desvanecía tras Ethel. Mientras ella corría con su vestido blanco ondeando tras sus pies y sus alas sacudiéndose en su espalda, las luces cálidas de la plaza se diluyeron entre las calles.

La había vuelto a ver.

La figura de la capa bermellón.

Estaba en el borde de la plaza principal, al final de una calle secundaria bordeada de faroles temblorosos. Y en cuanto se percató de que Ethel se movía hacia ella, se marchó deprisa.

Se alejaba hacia la parte sur del pueblo y Ethel apretó el paso. Blanco sobre negro. El sonido de sus tacones repiqueteaba en los adoquines y el silencio de las afueras se lo tragaba.

Llegaron al laberinto de maíz y la figura se adentró en él para escapar de Ethel. Ella se frenó asustada y dubitativa. No le gustaba nada la idea de meterse ahí dentro sola.

—No seas cobarde... —murmuró. Y entró.

El laberinto la engulló como una bestia viva.

Las paredes de maíz eran altísimas. Crujían como si algo se moviese entre ellas. La única iluminación provenía de la luna, que hacía creer que las sombras se agitaban entre los tallos.

Ethel se estremeció. Era espeluznante.

El aire ahí dentro era más húmedo y frío que en la parte central del pueblo. La niebla bajaba desde la parte alta de Ebonwick hasta enredarse en jirones alargados entre las paredes de maíz.

Crac.

Una mazorca caída se partió bajo su bota y dio un respingo llevándose las manos al pecho.

Se detuvo, mirando a su alrededor, con la respiración agitada. Tenía que haber avisado a tía Sera, pero no la había visto por ninguna parte.

Dobló una esquina. Luego otra. Y otra más. Cada curva parecía llevarla de vuelta a donde había estado. Era imposible distinguir si estaba caminando en círculos porque todo era igual.

Una sensación claustrofóbica le oprimió el pecho y comenzó a sudar. Ya no le importaba la figura de la capa roja, ahora solo quería salir de allí.

Un zumbido surgió de entre las cañas. Y se le encogieron los músculos de la espalda mientras la sacudía un escalofrío. Debía de ser algún insecto entre las mazorcas. Un enjambre de bichos salió de los tallos, chocó contra su cara y se le enredó en el pelo. Ethel se apartó con un gesto brusco y dio un par de manotazos al aire.

—Maldita sea...

El viento volvió a levantarse. Esta vez más fuerte. Las hojas del maíz vibraban como lenguas susurrantes. Chirriando hasta crear un conjunto de sonidos agudos y espeluznantes.

Se giró. Miró atrás.

Sintió que algo la observaba desde entre los tallos.

Volvió a caminar, más rápido ahora. El corazón le golpeaba en el pecho. Tenía un grito atascado en la garganta que deseaba salir.

Apretó el paso. Torció una esquina. Luego otra.

Una ráfaga de aire le rozó la nuca, removiéndole el pelo, como si alguien hubiese pasado corriendo por su espalda.

Ethel se dio la vuelta en seco.

Nada.

Solo el camino de tierra por el que había venido y más dichoso maíz.

Comenzó a correr. El vestido se le había manchado y desgarrado por el bajo y las plumas de las alas estaban un poco rotas y desmadejadas por haberse enganchado en los tallos, que se agitaban a sus lados como si la empujaran.

Ethel se obligó a caminar de nuevo para recuperar el aliento. El sudor le corría por la espalda, pero el aire estaba helado. ¿Cuánto llevaba ahí dentro? El tiempo parecía deshacerse. Ya no escuchaba el festival. Solo un zumbido grave, como el murmullo de muchas voces muy lejanas, debajo de la tierra.

Agotada y angustiada, volvió a girar, esperando no encontrarse con un camino sin salida... Entonces, se topó con la figura inmóvil de una mujer plantada en medio del camino.

El grito de Ethel rasgó la noche. El susto le llenó la visión de puntos negros. El pánico ascendió por su cuerpo como un volcán en erupción hasta nublarle la mente.

La mujer parecía haber brotado de los tallos. Llevaba un vestido largo y oscuro, de otra época, con cuello alto de encaje y botones de color azabache. Un sombrero ladeado tapaba en sombras todo su rostro. Tenía las manos cruzadas delante del cuerpo, con guantes negros de encaje.

Cuando se recuperó de la sorpresa, Ethel distinguió que el vestido estaba cubierto de los insectos que había visto por el maizal. No era negro en realidad, eran los cuerpos de los bichos.

Se le revolvió el estómago.

Abrieron las alas y el vestido cambió hasta volverse bermellón, como la capa que tenía a la espalda.

Ethel se quedó paralizada. Su cuerpo le gritaba que corriera. Su mente no podía procesarlo.

—Eres una maldición para las nuestras, Ethel Ashbourne —habló la mujer—. Tu madre nunca debería haberte concebido. La pobre Sybilla escupió sangre durante una semana al ver tu futuro.

El aire del maizal se volvió espeso y viciado. Los tallos se mecieron con un crujido extraño, como si algo se moviera entre ellos.

—¿Qué... qué quieres decir? —Ethel dio un paso atrás, tropezando ligeramente con un bulto invisible en la tierra.

La mujer ladeó la cabeza y el ala del sombrero proyectó una sombra alargada sobre su rostro, dejando al descubierto un par de labios pintados de negro.

—Eres un demonio.

Ethel negó con la cabeza, el corazón martilleándole en las costillas.

—No... no sé de qué hablas.

—¿No? —Las manos de la mujer se movieron hacia delante, estirando los guantes de encaje como si fueran parte de su propia carne. Los insectos revolotearon por sus muñecas, dispersándose antes de volver a posarse sobre ella como una marea viviente—. El infierno disfraza sus abominables creaciones para que parezcan hermosas e inofensivas.

Los dientes de la mujer eran negros como su boca, como si hubiese tragado alquitrán.

—Tu familia debería haberse extinguido hace generaciones —prosiguió la mujer, avanzando un paso, arrastrando la falda de su vestido hecho de insectos, que crujían y zumbaban con el movimiento—. No es pertinente que todas carguemos con vuestra

mancha. Y ahora yo me ocuparé de que el legado Ashbourne muera contigo.

Ethel tragó saliva y se giró veloz para echar a correr. El maizal pareció ondularse cerrándole el paso.

Miró por encima de su hombro cómo la mujer se acercaba y no lo dudó: se abrió paso con los brazos y comenzó a correr a través de los tallos.

—No puedes escapar, niña.

La mujer se deshizo en insectos que desplegaron sus alas, como si ella no fuese más que una cáscara vacía a la que le habían dado forma.

Se lanzaron en un enjambre oscuro y zumbante hacia Ethel. Un manto viviente que la envolvió en un vendaval de patas y alas que se enredaban en su pelo, su vestido, su cuello. Ethel gritó, retrocediendo mientras los bichos la rodeaban, rasgando su piel con pequeñas patas afiladas, cubriéndole la vista.

Agitó los brazos, intentando apartarlos, pero eran demasiados. Se colaban entre sus dedos, bajo las mangas, por el cuello del corsé.

Sintió el latido de su corazón en los oídos, el calor creciente en su pecho. El despertar de la magia que Seraphine le había enseñado a llamar, a sentir.

«Es parte de ti».

Pero todavía no la dominaba.

Ethel cerró los ojos con fuerza. La presión en su pecho creció, una especie de corriente ardiente recorriéndole la piel, quemando desde dentro. El maizal crujió a su alrededor, las hojas se doblaron y el suelo pareció vibrar.

Y entonces, explotó.

Una oleada de aire caliente salió disparada de su cuerpo, arrastrando los insectos con un chirrido ensordecedor. Ethel cayó de

rodillas, jadeando, con las manos temblando sobre la tierra fría. Los bichos yacían a su alrededor, patas arriba, retorciéndose en espasmos finales mientras se quemaban.

El aire olía a ceniza. Un crepitar sordo se extendió por los tallos del maíz, que empezaron a arder con rapidez, ansioso por devorar cada brizna seca.

Las llamas se elevaron lamiendo las hojas, retorciéndolas en espirales negras que se desvanecían en el aire. El calor golpeó el rostro de Ethel, seco y abrasador.

A lo lejos, tras el furioso crepitar de las llamas oyó los gritos de la bruja.

Ethel tomó una bocanada de aire que la hizo toser. Las cenizas llovían del cielo. Retrocedió apoyándose en sus manos. El miedo la aprisionó, estrangulándola.

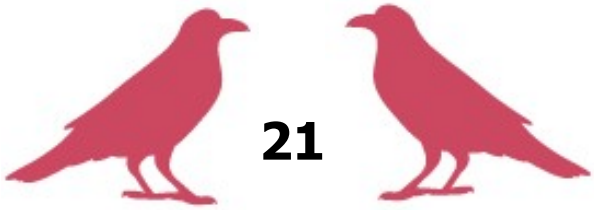
El calor era insoportable.

El humo le llenó los pulmones. Tosió raspándose la garganta. Intentó arrastrarse hacia atrás, pero el fuego la rodeaba, cerrándole todas las salidas. El maizal se alzaba en muros llameantes, deformando el cielo en una bruma de brasas.

El fuego avanzaba, cercándola. El calor le lamía la piel. Los colores se derritieron y sus ojos poco a poco fueron dejando de enfocar las cosas. Le resultaba difícil respirar. Era como estar bajo el agua.

Se desplomó sobre los codos. El mundo se inclinó y los brazos dejaron de sostenerla. Vio el reflejo anaranjado de las llamas danzando a su alrededor. Tan hermoso y mortal.

En los últimos retazos de su conciencia, le pareció sentir una ráfaga de aire frío y cómo las llamas temblaban hasta consumirse.



21

Nox bajaba del pueblo cuando vio la columna de humo negro alzarse. Todos los carteles indicaban la dirección del laberinto de maíz, así que no tardó mucho en adivinar qué era lo que ardía.

El viento traía el olor espeso del fuego, la mezcla agria de madera y tierra quemada. Sin pensarlo, echó a correr cuesta abajo.

Para cuando llegó las llamas estaban remitiendo. La imagen de toda la planicie negra y carbonizada lo impresionó.

Y entonces la vio. En medio del campo carbonizado, entre restos de tallos y ceniza, había una mancha blanca.

Su cuerpo lo supo incluso antes que su cabeza y echó a correr hacia ella.

—¡Ethel! —la llamó.

Estaba tendida de lado, la piel cubierta de polvo y hollín, el vestido chamuscado en los bordes.

Nox cayó de rodillas a su lado y la giró con cuidado.

—Eh, mírame —dijo con la voz llena de urgencia.

Ethel respiraba, pero con dificultad. Tosió. Un hilo de sangre resbalaba desde su nariz. Le pareció que murmuraba algo.

—Tranquila, te sacaré de aquí.

Nox pasó un brazo bajo sus rodillas y otro por su espalda, alzándola. Ethel dejó escapar un gemido débil, perdida en el filo de la consciencia. Apoyó el rostro en su pecho. Sus dedos se aferraron al cuello de su camiseta con un gesto instintivo, buscando refugio. Nox sintió cómo su respiración le rozaba el cuello, irregular y temblorosa.

No deberías disfrutarlo tanto.

Ignoró el comentario.

No sabía muy bien adónde ir o qué hacer. Claramente había ocurrido algo malo y estaba relacionado con ella. Si la llevaba al pueblo, la culparían de quemar el maizal y, la verdad, su reputación y la de su familia ya era bastante mala. Puede que Ethel lo hubiese quemado, aunque lo dudaba, o puede que simplemente se hubiese visto atrapada por las llamas. Quizá alguien había tratado de gastarle una broma pesada o algo peor. En cualquier caso, pensó que era mejor sacarla de allí y que nadie la pudiese relacionar con el asunto.

Entonces, se acordó de la casa abandonada del bosque donde se habían refugiado el día de lluvia. Por suerte, no estaba demasiado lejos.

La penumbra envolvía los muros desnudos y las vigas torcidas, cubiertas de polvo y telarañas. La dejó sobre el viejo sofá donde se habían sentado semanas atrás. Ethel tosió débilmente; el humo la había dejado aturdida. Sus pestañas proyectaban sombras largas sobre sus mejillas manchadas.

Nox se apartó un poco, respirando con dificultad.

Una línea de hollín le marcaba la clavícula a Ethel, y la piel, bajo la suciedad, parecía de porcelana.

A Nox se le secó la boca.

Tragó saliva.

Apretó los dientes y echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared de piedra. Los nudillos le crujieron cuando cerró las manos en puños.

Quizá había pasado demasiado tiempo sin sentir nada, demasiado tiempo anestesiado. Y ahora, de golpe, todo parecía demasiado intenso.

Ethel hizo un ruido y él contuvo la respiración.

—Nox —balbuceó la chica con una voz delicada como plumas.

Se inclinó un poco, intentando ver si estaba despierta, pero sus párpados no se movieron. La respiración de Ethel siguió siendo profunda y rítmica.

¿Soñaba con él? ¿Era eso? Una sonrisa tonta tiró de sus labios.

Tú también has soñado con ella.

«No estoy seguro de que fuese ella, podría ser cualquiera».

Engáñate cuanto quieras.

El recuerdo lo hizo estremecerse y todas sus fibras nerviosas despertaron. Suspiró al sentir su cuerpo tenso.

Extendió una mano hacia ella, y sus dedos rozaron la piel fría de su mano. La sensación fue como una descarga, un pulso eléctrico que le recorrió los nervios de manera fulminante.

Sus ojos bajaron hacia su boca. A esos labios rosados y llenos, entreabiertos.

Antes, en la fiesta, has deseado besarla. Igual que ahora.

Inspiró hondo. «No es deseo, es preocupación», comenzó a excusarse. Pero la mentira le supo amarga. «Y en todo caso, solo sería un deseo pasajero. La clase de deseo que es fácil olvidar y no me costaría nada dejar pasar».

La miró y su interior se agitó. Le puso una mano en la frente, no parecía enferma. Se inclinó un poco, lo justo para notar el olor a ceniza enredado en su cabello.

El ceño de Ethel se frunció y una expresión de dolor le cruzó el rostro. Algo en él se quebró, una astilla que se coló en su pecho y le pinchó las entrañas.

—¿Ethel?

Ella dejó escapar un gemido y se giró. Tenía una lágrima en el borde del ojo.

—Lo siento —murmuró—. No quería hacerlo.

Nox frunció el ceño. No estaba seguro de que Ethel desease que la viese así. Se sentía como estar espiando el interior de su cabeza.

Caminó hacia la puerta. El frío de la noche le golpeó la cara. Lo necesitaba. Se estiró respirando profundamente, queriendo purgar las emociones que tenía atascadas en el pecho.

Decidió que esperaría ahí fuera hasta que amaneciese y viese a Ethel volver a casa a salvo.



22

El laboratorio farmacéutico de tía Seraphine no era un laboratorio convencional. El espacio estaba ubicado en la parte trasera de la mansión, como un anexo al edificio principal. Había un aroma penetrante a hierbas secas y un leve rastro a alcanfor y a lavanda.

Las paredes estaban cubiertas por altos muebles de madera repletos de frascos de cristal con distintas etiquetas y armarios archivadores. Había largas mesas corridas con balanzas, morteros, complicados sistemas químicos que ascendían en un entramado de frascos y tubos de cristal en un equilibrio precario. Máquinas que Ethel jamás había visto y que funcionaban con vapor y fuelles. No había ningún elemento moderno.

—Eres como el doctor Frankenstein —comentó Ethel.

—A tu tía Daphne le agradaría mucho la comparación —rio Seraphine.

Estaba sentada en un taburete con las piernas encogidas. Aquel día llevaba el pelo recogido en trenzas y luego enrollado en dos moños. Una camiseta con una calavera que sacaba la lengua sobre otra de rayas y un pantalón con falda incorporada.

Ethel sonrió al mirarla. No se parecía en nada a la imagen de una farmacéutica convencional, aunque teniendo en cuenta que su tía

era bruja, tampoco encajaba mucho en la palabra *convencional*.

Ethel estaba de pie, con las mangas de la blusa arremangadas y el cabello recogido en un moño desordenado. En la mesa, frente a ella, había un grimorio abierto; sus páginas amarillentas estaban repletas de inscripciones en latín, runas y símbolos arcanos. El pergamino crujía cada vez que Seraphine pasaba una página, murmurando para sí misma.

—Este es un buen punto para empezar —anunció su tía, deteniéndose en un hechizo—. Transmutación menor. Un hechizo sencillo para alterar la forma de un objeto. Ideal para practicar el control.

Ethel asintió. Las brujas elementales conjuraban obteniendo su energía de la naturaleza. Se consideraban alquimistas. Algunas llevaban un ramillete de flores secas, la corteza de ciertos árboles, una pata u otra parte de un animal... Ellas cargaban con pétalos de rosas que provenían del jardín de las Ashbourne. Su abuela las cultivaba de una forma específica, siguiendo un ritual familiar para enriquecer su poder.

Los pétalos se preservaban en sal hasta volverse incorruptibles. Obtenían un ribete cristalino donde la sal se había fundido con la carne de la flor.

Los llevaban encima en pequeños saquitos cosidos en el interior de su ropa para tenerlos siempre a mano.

—Tu abuela está enseñando a Daphy la receta familiar para cultivar las rosas. Cuanto más antiguo es el aquelarre, más fuertes son sus recursos. Son secretos familiares muy valiosos —le había explicado Seraphine.

Ethel no había querido preguntar sobre quién recaería esa responsabilidad en la siguiente generación. Solo estaba ella, y su madre la había apartado del legado familiar.

¿Desaparecería el aquelarre de las Ashbourne, entonces?

—Es tan valioso e importante que algunos aquelarres han entrado en guerra por querer el secreto del elemento de otro. Hay en la historia reciente algunos casos infames de antiquísimos aquelarres destruidos por completo solo porque otros han anhelado su poder.

—¿Y nadie hizo nada? ¿Podría pasarnos a nosotras?

—Para eso están las Trece. Las brujas y brujos que participaron en esa caza y robo están ahora en el Laberinto.

—¿Qué es eso?

—Una mezcla entre una cárcel común y un sanatorio. —Tía Sera se estremeció al pensar en ello y eso le dio a Ethel un alcance de lo aterrador que debía de ser el sitio; su tía nunca se mostraba asustada—. Jamás se sale de allí y quien lo hace suele haber perdido por completo el juicio. No es un lugar agradable.

Ethel hundió los dedos en el saquito y extrajo un pétalo. Seraphine le agarró la mano e inspeccionó las pequeñas heridas que tenía en las cutículas y los nudillos.

—Ethel...

—Lo hago cuando me pongo nerviosa —contestó, y ocultó la mano.

Seraphine suspiró y fue hasta uno de sus armaritos para buscar algo. Volvió con un tarro de cristal que contenía una pomada.

—Póntela, hará que las heridas se cierren más deprisa.

Seraphine quería decirle que parase de hacerlo, pero también sabía que nada era tan sencillo. En cambio, le dio un beso en la sien a su sobrina.

—Cuídate, por favor —le pidió—. Vamos, puedes seguir con el hechizo.

Ethel soltó el aire y frotó con los dedos el pétalo que sostenía hasta deshacerlo. Pintó el símbolo del hechizo en la palma de su

mano mientras recitaba las palabras escritas en el grimorio.

Estiró la mano hacia las piedras que Seraphine había colocado sobre la mesa.

—Es cuestión de confianza. Piensa que la magia es parte de ti y el conjuro saldrá con total naturalidad. Sé que es más difícil para ti que no lo has aprendido de niña, pero la conexión está ahí, en tu ADN, en tu naturaleza.

Ethel se concentró. Había hecho todos los pasos bien. Las imágenes del laberinto ardiendo la sacudieron y las piedras vibraron, algunas cayeron de la mesa.

—Concéntrate —le recordó su tía—. Deja de pensar en otras cosas. —Seraphine adivinó hacia dónde se había dirigido su mente.

Ethel trató de apartar su desasosiego, pensar solo en lo que tenía al alcance de la vista. Dejó escapar una bocanada de aire. Poco a poco, la superficie rugosa de las piedras se alisó, brillando como si estuvieran recubiertas de plata líquida. Las formas se contorsionaron, estirándose y encogiéndose hasta adquirir el aspecto de pequeños y brillantes cristales.

—Increíble... —murmuró Ethel, con la voz teñida de asombro.

—¿Estás estudiando los hechizos?

—Todas las noches. Se me da bien memorizar.

Si aprender todo aquello la ayudaba a controlar el poder que habitaba salvaje en su interior, entonces quería hacerlo cuanto antes. Se sentó en un taburete frente a su tía. Tenía una pregunta que hacerle que la asustaba.

—Si para conjurar necesitamos estar conectadas con los elementos..., ¿cómo podría yo...?

—Porque no hiciste ningún conjuro, la magia simplemente brotó de ti en forma de energía; salvaje, sin transformar. Pura. Como ocurre con el viento, con los rayos...

Tenía sentido, al igual que había pasado con el columpio siendo niña; lo que había ocurrido era propio de la destrucción de un tornado y había sido como si ella fuese el epicentro.

Y eso mismo había pasado en el maizal con el fuego.

Ethel se encogió al pensar en el Laberinto. ¿Acabaría allí encerrada por lo que había hecho?

Ebonwick se había convertido en el escenario de dos crímenes en la noche de Halloween. El primero, un turista que había aparecido en un callejón apartado con el mismo aspecto que el campista muerto en el sendero norte. El segundo, un incendio que había arrasado con el laberinto de maíz.

No había rastro del cuerpo de la bruja, pero Ethel estaba segura de haberla visto arder.

—¿Encontraste algo? —le preguntó a su tía.

Seraphine, que se había levantado a añadir leña a uno de sus calderos, la miró seria. Ethel se había despertado al alba en la casa abandonada del bosque. No tenía ni idea de cómo había llegado allí. Recordaba vagamente a alguien tomándola en brazos, pero no estaba segura de si lo había soñado y había ido hasta allí sonámbula como en otras ocasiones.

Había corrido de vuelta a la mansión deseosa de ver a su tía para contarle lo ocurrido. Y no solo se había encontrado con el caos ocasionado por el incendio, sino también por el de un nuevo asesinato.

En cuanto consiguió estar a solas con Seraphine, le relató el encuentro con la bruja, lo que había dicho sobre ella y sobre su familia, y cómo había intentado matarla.

—Me asusté y, entonces, todo ardió.

—Yo me encargo, ¿entendido? No te acerques al lugar. Si te preguntan, anoche estuviste todo el tiempo en la plaza y viniste a

casa temprano. ¿Te vio alguien?

Ethel dudó. No estaba segura de cómo había llegado a la casa del bosque, pero finalmente dijo:

—Estaba desierto.

—Bien, iré esta noche a ver si encuentro algo —dijo Seraphine, negando mientras removía la cacerola bajo la que había añadido leña—. El pueblo está lleno de policías del condado. Después de que haya aparecido otro cadáver, han llegado más patrullas. Las cosas se van a poner feas, siempre que ocurren desgracias la gente busca culpables...

Esa misma mañana se habían despertado con unas pintadas en el muro de fuera en las que las llamaban cosas como «engendros del demonio» y las invitaban a marcharse del pueblo.

—Siento...

—No te preocupes, Ethel. No hay nada que te relacione con el asunto.

Ethel notó que había algo más que no le estaba contando.



23

El lunes, en el comedor del instituto solo se hablaba de una cosa: el misterio de los asesinatos que acechaba al pueblo. La euforia de la fiesta se había visto opacada por los fúnebres acontecimientos.

Ethel trató de abstraerse. Observó la lluvia que caía fuera y que se escurría por los cristales en hilos finos y entrecortados. Respiró concentrándose en practicar el control sobre su magia.

—Mi madre no me deja salir de casa después de la puesta de sol.

—En las noticias ya lo han titulado como el asesino del valle de Grimvale.

—Mi padre está preocupadísimo. Esta es la temporada turística.

—Pues en las tabernas no cabe un alma más, esto está lleno de periodistas y policías.

Ethel cerró los ojos y se rindió. No era capaz de concentrarse. Se giró y miró hacia el frente. Sus ojos, traicioneros, se desviaron hacia la esquina opuesta del comedor.

Nox estaba de espaldas a ella con los brazos detrás de la cabeza. Sus dedos largos se hundían en su pelo oscuro.

Ethel arrastró las manos por sus medias de encaje de forma inconsciente. Se imaginó acariciando su sien hasta tocar su pelo.

Tragó saliva, sintiendo la boca seca.

El deseo se apagó cuando Ivy se sentó en el regazo de Nox pasándole un brazo por los hombros.

Se clavó las uñas en las palmas hasta que el dolor físico sofocó el emocional.

—¿Es casual? No lo creo. Todo empezó a ocurrir después de que ella llegase. —Oyó que decía alguien.

—El domingo el padre Whitmore rezó por sus almas. Mi madre y otros vecinos se están organizando. Ebonwick siempre había sido un lugar tranquilo hasta que...

Ethel giró la cabeza en su dirección. Cuando las chicas notaron que las miraba, se apresuraron a levantarse con sus bandejas y se fueron. Ethel suspiró.

—Eh, Ashbourne. —Una voz familiar la sacó de sus pensamientos. Silas apartó una silla y la giró para sentarse con el respaldo entre las piernas. La miró con una sonrisa amplia.

Ethel le devolvió el gesto. Agradecida con la distracción.

—Hay una cosa que me intriga —comentó Silas—. ¿Dónde fuiste en Halloween? Te busqué durante el espectáculo principal, pero no te encontré.

Ethel se removió incómoda.

—Estuve por allí un rato y luego me fui a casa temprano.

—¿Por qué? —Un par de chicas pasaron por detrás sonriéndole y él les devolvió el saludo—. Prometí que te haría compañía.

Ella lo miró apenada.

—Lo siento.

Silas sonrió casi enigmático.

—Entonces tienes que venir a la regata de esta tarde —le pidió—. Competimos contra el equipo de Wakefield. —Chasqueó la lengua, divertido.

—¿Yo? Pero yo nunca... —empezó a decir, pero Silas levantó una mano, interrumpiéndola.

—No seas aburrida, Ashbourne. —Sonrió mostrando todos los dientes—. Cómo vamos a hacernos amigos si siempre me estás evitando.

—No te evito.

Silas ladeó la cabeza, como si estuviera estudiándola.

—¿Segura? —Ethel asintió—. Si lo que te preocupa es que alguien se meta contigo, no te preocupes, me pondré de tu parte. No son más que unos paletos supersticiosos.

Ella parpadeó, sorprendida por sus palabras.

—No lo sé. El ambiente está un poco... tenso —respondió.

—Vamos, no les hagas caso. —Silas tamborileó los dedos sobre la mesa, impaciente—. No dejes que te aparten.

Ethel dudó, mordiéndose el labio inferior. Tal vez Silas tenía razón. Además, ahora confiaba más en sí misma y en su capacidad para controlar su poder.

«Podría ver a Nox...». Ese pensamiento le quemó en la garganta, en las manos, en el pecho y desvió la vista de Silas hacia la mesa del otro lado del comedor.

Nox seguía de espaldas y ya no tenía a Ivy encima.

Silas se incorporó en la silla y se apoyó en la mesa.

—Te escondes demasiado, Ashbourne. Quizá por eso todos creen esas cosas raras de ti. A tu familia le vendría bien que te integrases, sobre todo por todos los rumores que han surgido. Mi padre no para de recibir llamadas y llamadas de vecinos que se quejan de vosotras... —Al ver la expresión triste y angustiada de Ethel, añadió rápidamente—: Pero tú podrías cambiarlo, demuéstrales que eres como cualquiera de nosotros...

Ethel lo pensó. Tenía razón y la sorprendió darse cuenta de ello. Lo que decía tenía sentido, cuanto más se apartase y se escondiese, más se especularía sobre ella. Si estaba donde pudiesen verla, nadie sospecharía si pasaba algo... malo.

La sonrisa de Silas se ensanchó cuando notó cómo Ethel cedía.

—Está bien —aceptó al fin.

Silas golpeó la mesa con la palma.

—Así me gusta. —Se levantó guiñándole un ojo—. Te estaré esperando.

El río que discurría junto al instituto, normalmente silencioso y cubierto de bruma, era ahora un hervidero de movimiento y voces. Las gradas de madera, montadas sobre plataformas elevadas, flanqueaban ambas orillas, llenas de estudiantes y algunos profesores, envueltos en bufandas gruesas y abrigos oscuros.

Las barcas, estrechas y relucientes, se alineaban sobre el agua. Los remeros del equipo de Ebonwick llevaban el uniforme reglamentario: un *unisuit* en un verde esmeralda profundo, ceñido al cuerpo, con el emblema del instituto estampado en plata sobre el pecho. Bajo él, camisetas térmicas de manga larga del mismo tono.

—¿Has visto cómo le queda el uniforme? —susurró una chica cerca de Ethel, señalando a Silas.

Ella alzó la vista y su mirada se clavó en una figura entre los remeros: Nox. Estaba inclinado sobre el bote, asegurando el par de remos delanteros. Vestía el mismo uniforme que los demás, pero en él parecía distinto.

Ethel cerró los dedos en torno al borde de su asiento. A Nox el cabello oscuro le caía desordenado sobre la frente y el aro plateado de su labio brillaba cuando hablaba con uno de sus compañeros.

Sonreía, con esa sonrisa torcida y confiada que a veces aparecía en los sueños de Ethel.

Juntó las piernas apretándolas.

—Atención, por favor —anunció una voz a través de un megáfono —. Los equipos, a sus posiciones.

La multitud estalló en aplausos y vítores. Ethel se tensó, expectante, cuando los remeros, alineados, tomaron posiciones en los botes. Silas desvió la mirada hacia las gradas buscando a alguien, hasta que dio con Ethel y le dedicó un guiño.

Ella le dedicó una sonrisa y un gesto de ánimo. Volvió a dirigir su atención a Nox, instalado en el asiento de popa, como marca.

Un disparo seco rompió el aire y las embarcaciones se lanzaron al agua.

Ocho pares de remos golpearon la superficie con una precisión casi mecánica, abriendo surcos perfectos en el río. El bote se estiraba sobre la corriente, avanzando con cada palada, veloz.

Los músculos de Nox se tensaron bajo la camiseta, dibujando líneas de fuerza. Su respiración era rítmica, sus movimientos, fluidos.

Ethel sentía el corazón empujar contra sus costillas.

El frío de noviembre, la humedad que calaba en la ropa y la piel, todo desapareció, sustituido por una abrasadora sensación de adrenalina.

—¡Vamos! —tronó la voz del timonel, y de pronto el ruido explotó a su alrededor.

El ocho de Ebonwick se deslizó por la línea de meta, apenas un palmo por delante del rival. La orilla estalló en vítores, y los alumnos y familiares de Ebonwick agitaron sus banderines, eufóricos.

Ethel se sorprendió a sí misma al dejarse contagiar por la felicidad colectiva. Miró a su alrededor, sintiéndose parte de todo aquello. Fue

una sensación adictiva.

A lo lejos, Silas levantaba el puño al aire, victorioso, mientras Nox se pasaba una mano por el cabello húmedo y miraba desafiante al equipo contrario.

Ethel sintió un vuelco en el estómago al mirarlo.

Nox era como uno de esos depredadores que tienen todos los encantos necesarios para atraer a sus presas a su trampa. Y Ethel tenía la sensación de que, aun sabiendo que acercarse a él sería un error, acudiría gustosa. De que llegado el momento dejaría que Nox le hundiese los dientes en el cuello y se entregaría sin resistencia.

Bajó las gradas siguiendo el río de gente hasta acabar sobre la hierba junto al primer escalón de asientos.

Nox, a unos metros de ella, se bajó los tirantes del *unisuit* para quitarse la camiseta térmica y mostró su torso desnudo. Tenía más tatuajes esparcidos por el pecho, las clavículas y el inicio del estómago.

Ethel tragó saliva.

Nox se secó deprisa con una toalla y se puso una sudadera gruesa con el escudo del instituto y el logo del club.

Ella se dejó caer en el primer banco de la grada, sintiendo las piernas débiles.

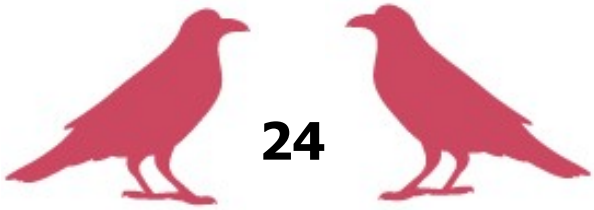
Silas se acercó trotando con una sonrisa amplia, el pelo húmedo pegado a la frente y la camiseta aún empapada. Se detuvo frente a Ethel y se inclinó ligeramente.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —preguntó con la voz ronca por el esfuerzo.

Ethel asintió y le dedicó su expresión más brillante.

—No entiendo absolutamente nada de este deporte, pero gracias por invitarme, Silas. Casi quería remar con vosotros para que ganaseis.

—Me alegra que hayas venido —añadió él, sus ojos se iluminaron con una mezcla de satisfacción y algo más difícil de descifrar.



24

Ethel esquivó a la multitud, quería acercarse a Nox para darle la enhorabuena. Pero estaba con sus compañeros del club y tenía que sobrepasar a todas las personas que había entre ellos.

Los estudiantes de Wakefield habían cruzado el puente sobre el río y estaban ya en esa orilla. Algunos se habían acercado a los remeros de su club para darles ánimos, otros parecían tener ganas de discutir con los alumnos de Ebonwick.

El ambiente estaba tenso. Como si una tormenta eléctrica estuviese a punto de descargar.

«Vete», le pidió su instinto, abrumado por la cantidad de personas a su alrededor. Pero era maleducado no darle la enhorabuena y le apetecía hacerlo.

Nox estaba junto a los carros de los botes, que había ayudado a cargar junto con sus compañeros.

Ethel se rascó el cuello, nerviosa, mientras se decidía a acercarse.

Poco a poco los murmullos y las charlas fueron subiendo de volumen.

Nox se giró e hizo contacto visual con ella.

Ethel sonrió, aliviada.

—Enhorabuena —articuló para que la entendiese a pesar del ruido.

Nox frunció el ceño sin comprender qué decía Ethel. Ella dio un paso en su dirección para repetirlo y chocó con un estudiante de Wakefield que pasaba.

El chico la miró molesto y la empujó a un lado, arrojándola contra un grupo de alumnos de Ebonwick que se habían congregado alrededor de los carros. Fue como una chispa en un polvorín. La tensión latente estalló y los empujones se multiplicaron. La gente comenzó a gritar y a forcejear.

Ethel se asustó. Necesitaba salir de ahí. Notó cómo burbujeaba en su interior su instinto de defensa y supo que, si no actuaba rápido, su magia se descontrolaría.

Se agachó intentando esquivar los cuerpos que se zarandeaban y golpeaban. Alguien le cayó encima, un chaval de Wakefield que sangraba por la nariz.

Ethel tropezó y su espalda chocó contra algo metálico. El golpe la dejó sin aire unos segundos, y antes de procesarlo uno de los carros con botes se inclinó hacia ella cayéndole encima. Solo tuvo tiempo de cerrar los ojos y encogerse.

«No, por favor», suplicó, aunque sabía que no sería capaz de frenar lo que iba a ocurrir.

Se oyó un grito de dolor y un gemido.

No necesitó abrir los ojos para saber que había lanzado el carro contra alguien. Con el cuerpo temblando, se atrevió a contemplar qué había hecho.

Para su horror, vio a Nox en el suelo, con el carro apoyado sobre su espalda. Sangraba por la frente. Su entrenador y compañeros del club le quitaron de encima el armatoste.

Ethel retrocedió un paso con el peso asfixiante de la culpa aplastándola.

La enfermera escolar salió por fin junto con el entrenador. Le había puesto a Nox un par de puntos en la frente y le había vendado el hombro sobre el que le había caído el carro.

Nox oyó el leve crujido de la puerta al abrirse. Cerró los ojos, fingiendo estar dormido. Quería que lo dejasen en paz e irse a casa de una maldita vez.

Solo tardó unos segundos en captar el perfume familiar de Ethel. Su cuerpo se relajó a la vez que se llenó de una emoción efervescente.

Te encanta que se haya quedado esperando por ti.

«Cállate».

Notó cómo se acercaba a la camilla y se paraba a su lado, observándolo. La oyó contener la respiración. No podía verla, pero juraría que estaba preocupada y eso le infló el ego.

Estar cerca de Ethel hacía que todo se volviese borroso. Cada vez que ella aparecía, su instinto rugía, feroz y hambriento.

Y era sofocante.

—Veis cómo tenía potencial —había murmurado Silas en la comida —. ¿No os parece que está menos fantasmal y más guapa?

Deberías usar su cabeza como un balón de fútbol, seguro que bota muy bien.

Le había sugerido su conciencia, a la que Nox había ignorado pacientemente.

Aunque Silas tenía algo de razón, la chica marchita que había aparecido a finales de septiembre parecía estar floreciendo. Sus ojos

estaban menos apagados, su piel tenía color, las ojeras amoratadas estaban desapareciendo...

En el río, los había visto charlando juntos, y Ethel le había sonreído con calidez y adoración, o al menos eso le había parecido a él, y nunca le había sonreído de esa forma a Nox; era una simple apreciación, no es que le hubiese dolido ni nada parecido.

Los dedos de Ethel rozaron la piel de su frente. Nox disfrutó de la pequeña muestra de osadía conteniendo el aliento. La caricia fue tan leve que podría haberla confundido con una brisa suave si cada célula de su cuerpo no se hubiese encendido con su tacto.

Le gustó.

Demasiado.

Tanto, que no pudo evitar inclinar ligeramente la cabeza en su dirección, tratando de no dejarla ir.

Ella se retiró y Nox vio por una rendija de sus ojos su mano temblar en el aire intentando deshacerse de ese atrevimiento. Retrocedió, marchándose.

Él no pudo resistirlo. Con un movimiento rápido, le sujetó la muñeca. Sus dedos se cerraron en torno a ella, impidiéndole escapar.

—¿Ya te vas? —preguntó con la voz áspera. Ethel se giró y lo miró con los ojos abiertos llenos de culpa y sorpresa—. Creí que te quedarías un poco más. —Su tono fue casi suplicante.

—Perdona si te he despertado.

—Estaba despierto —confesó, dedicándole una amplia sonrisa.

Ethel enrojeció y se llevó la mano libre a la espalda.

—¿Cómo te encuentras? —Su voz acompañó la angustia de su expresión.

—He estado mejor —contestó escueto.

Oh, sí, pooobrecito...

La culpa seguía marcada en sus ojos cristalinos, y eso lo desarmaba un poco más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Es mejor que haya caído en mi dirección que en la tuya.

El ceño de Ethel se frunció aún más y esa mueca le resultó tan tierna que le dieron ganas de provocarla un poco más.

—Al menos mi carrera como deportista no corre peligro —suspiró.

¿Qué deportista ni qué demonios? Podrías tener un gran futuro como payaso, en cambio.

«No me estropees el momento».

—¿Es grave?

Nox la observó en silencio, fascinado.

Aunque la angustia en su expresión removió algo en su pecho vacío.

Deslizó la mano con la que agarraba su muñeca hasta tomarla de la mano para acercarla a él.

—No pongas esa cara, Ángel —le pidió, acariciándole los nudillos —. Estoy bien. Solo ha sido un rasguño.

Los dedos de Ethel se apretaron en torno a los suyos y a él se le cortó la respiración. Se le ocurrió, en un arrebato de locura, que podría tirar de Ethel y besarla. Sería sencillo. ¿Cuál sería el fin? Ninguno.

Ninguno…

—Debería dejarte descansar.

La sonrisa de Nox se ensanchó.

—¿Vas a dejarme solo estando herido? —Chasqueó la lengua—. Qué despiadada.

Ella abrió la boca para replicar, pero se frenó estudiándolo con cierta suspicacia.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No. Lo digo en serio, ya sabía que eras cruel, pero esto... —Movió la cabeza con aire apenado.

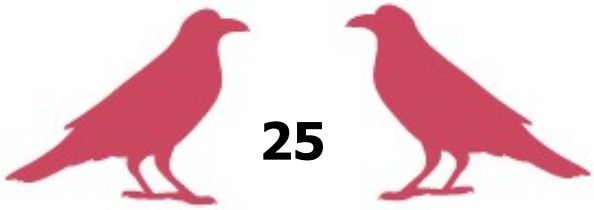
Ethel apretó los labios para no reírse y el gesto le calentó el corazón a Nox.

—Podría ser amable y acompañarte a casa, supongo. Para asegurarme de que estás bien —contestó siguiéndole el juego.

Nox sintió la pequeña victoria morderle el pecho como fuego dulce. Le encantaba cuando Ethel se dejaba ver. No entendía por qué no lo hacía más a menudo, tendría a ese pueblo a sus pies.

Aunque a una parte retorcida de su ser le gustaba que fuese algo que solo se permitía con él.

Vamos, regodéate...



25

El olor a champú y a loción de Nox la envolvió cuando salió de los vestuarios. Le pareció absurdo que un olor fuese tan estimulante. Pero sintió las rodillas flojas.

«Estoy enloqueciendo», pensó.

La noche casi había caído sobre Ebonwick, tiñendo el cielo de un tono gris plomizo y arrastrando una bruma baja que se aferraba a los adoquines. Las farolas se encendieron en ese momento parpadeando.

Nox hizo una mueca de dolor al ponerse la chaqueta y ella se apresuró a ayudarle.

—¿Te ha gustado la regata? —preguntó bajando los ojos hasta ella.

Ethel sonrió y la boca de Nox se curvó reflejando su gesto.

—Ha sido fascinante.

Nox se pasó la lengua por el aro del labio.

—Te sienta bien sonreír. Deberías hacerlo más.

Ethel parpadeó tomada por sorpresa. Abrió la boca como un pez y la cerró sin encontrar qué responder a aquello.

Nox sonrió satisfecho y su mirada, engreída, descendió hasta sus labios por un instante, antes de volver a sus ojos. Se aclaró la

garganta y se echó hacia atrás.

Ethel lo acompañó en silencio al principio, intentando ignorar el calor que le quemaba las mejillas cada vez que el brazo de Nox rozaba el suyo.

—¿Te gusta vivir aquí? —preguntó Ethel.

Nox lo pensó un momento.

—Sin duda.

—¿Dónde vivías antes?

—En una ciudad grande.

—¿Y no te aburre Ebonwick?

Nox la miró de reojo un momento.

—No. Antes sí que estaba aburrido. Apático. Venir aquí ha sido de lo más estimulante, te lo aseguro. Mi vida había dejado de resultarme interesante. Ahora es justo lo contrario.

Ethel frunció el ceño. Le pareció que Nox escondía deliberadamente significados más profundos entre sus palabras. Pero tenía razón, ella se sentía exactamente igual, ir a Ebonwick lo había cambiado todo.

«Me ha salvado», pensó.

—¿Has venido con tu familia?

—Familia. —Nox repitió la palabra como si le tomase forma—. No, no tengo exactamente una familia. He venido con mi... tutor.

—¿Es el hombre con el que estabas en el Ayuntamiento?

Nox sonrió ampliamente.

—Ghom —explicó—. ¿Me estabas observando?

Ella se encogió de hombros.

—Vamos, tienes que reconocer que te parezco interesante —comentó él, regodeándose.

Ethel apretó los labios ocultando una risa. Desvió la mirada y vio unos niños corriendo por la calle.

—¿Qué harás cuando acabes el instituto?

Nox hizo un gesto de indiferencia.

—¿Nunca has deseado algo concreto? —insistió ella.

—No... —A Ethel le pareció que iba a añadir algo más, pero cortó la frase ahí—. ¿Y tú, en qué deseaba convertirse la pequeña Ethel?

—En invisible —susurró antes de procesarlo.

Nox se detuvo en seco. Ella también, desconcertada, al darse cuenta de lo que había dicho.

Nox se giró para mirarla de frente. Su mirada se había oscurecido, sus ojos prácticamente ocultos tras sus densas pestañas.

—Eso sería una pena, Ángel. —Su voz descendió, profunda—. Porque sería un desperdicio que el mundo no te viera.

Ethel sintió que el corazón se le desbocaba y se apresuró a seguir caminando. Una emoción extraña le subió por la garganta, una sensación de algo roto y cosido al mismo tiempo.

—No soy especial, en realidad —quiso explicarle.

Nox frenó y señaló un edificio de tres plantas.

—No hables así de ti.

—¿Por qué? —preguntó. Una parte de ella deseó que él le explicase que ella le importaba. Otra se había revuelto, desafiante y a la defensiva, esperando que aquello no fuese simple compasión.

El silencio se estiró entre los dos. Los ojos de Ethel reflejaban una vulnerabilidad y una esperanza demasiado delicadas, demasiado fáciles de herir. Ella contuvo el aliento esperando su respuesta.

Nox por un instante pareció a punto de decir algo. Sus labios se abrieron..., pero enseguida desvió la vista, en sus ojos brilló algo triste y dio un paso hacia los escalones de la entrada.

«Ah, siente pena», comprendió.

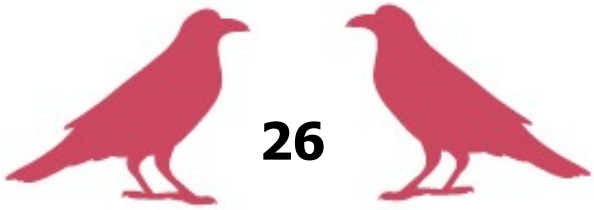
—Porque no está bien que te desprecies de esa forma. —Empujó la puerta—. Buenas noches, Ethel. —Entró.

Ethel se quedó inmóvil, viéndolo alejarse con el corazón martilleando.

«Claro».

Claro que era compasión. Y ella no deseaba su compasión, ella quería otra cosa.

Sintió una herida abierta en el corazón. La punzada amarga de haber mostrado demasiado.



26

Ethel estaba sentada en un taburete junto a la mesa de la cocina, con una gran taza de chocolate caliente entre las manos. Las gotas de lluvia tamborileaban en los cristales.

El aroma a canela y a vainilla flotaba, mezclándose con el crepitar de la leña en la chimenea.

—¿Y entonces? —preguntó tía Daphne mientras removía un caldero de hierro con un cucharón de madera. Llevaba el cabello recogido en una larga trenza y un delantal manchado de harina atado a la cintura.

—Se ha marchado —contestó Ethel, fulminando con la mirada la taza de chocolate desconchada.

Unas carcajadas suaves se escaparon de la abuela, que estaba pelando manzanas con una destreza que bordeaba lo sobrenatural; la piel caía en una espiral perfecta, sin romperse.

—Eso no es lo importante —intervino Seraphine, sentada en la encimera con una copa de vino—. Lo importante es... ¿te ha mirado?

—¿Qué?

—Cuando se ha ido, ¿se ha girado a mirarte?

Ethel lo pensó. Cuando había entrado en su portal..., ¿se había girado?

—No sé... —murmuró, jugando con el borde de su taza.

—La clave está en no ceder primero. Mantente firme.

Daphne salpicó harina en dirección a su hermana.

—No le hagas caso a tu tía, sabe de relaciones lo mismo que una roca de recitar poesía. Nada.

Seraphine saltó de la encimera y bordeó a su hermana para meter un dedo en la mezcla y luego llevárselo a la boca.

—¿Acaso tú eres experta?

Daphne intentó pegarle con el cucharón a su hermana, que lo esquivó hábilmente y se dirigió al gramófono para poner música.

—Si te gusta ese chico, podrías invitarle a... —empezó a decir Daphne sirviéndose vino.

—No, no me gusta. Bueno, no en ese sentido. Quiero decir... Me gustaría pensar que somos amigos.

Las tres mujeres compartieron una mirada cómplice.

—¡Parad! Quiero que seamos más... cercanos, eso es todo.

—Quieres que te meta la lengua hasta la...

—¡Bruta! —chilló Daphne, tirándole una ramita de canela a su hermana.

Ethel dio un sorbo de chocolate para disimular sus mejillas rojas.

Seraphine la señaló y soltó una carcajada.

—¡Mírala, claro que quiere! Si necesitas condones, dímelo.

Ethel se atragantó.

—¿Cómo le dices eso? Tiene diecisiete años —le reprendió su hermana.

—Oh, por favor, Daphne, tú tenías su edad cuando te pillé con Duncan Taylor —dijo su abuela.

A Seraphine le dio un ataque de risa y sus ruidosas carcajadas llenaron la cocina mientras se burlaba de su melliza.

Ethel dejó caer la cabeza hasta apoyarla sobre la mesa con un suspiro resignado.

—Aunque yo quisiera, no sé si él se fijaría en mí de esa forma.

Estaba segura de que Nox y ella habían conectado de algún modo. Pero no le había parecido que hubiese algo más...

—Esto lo soluciona un poquito de *bourbon* —canturreó su abuela.

—¡No, madre! —Ethel oyó un forcejeo y la risa estridente de su tía Seraphine. Cuando levantó la cabeza, se peleaban por agarrar la botella de alcohol—. Isadora nos mataría —sentenciaba Daphne.

A Ethel se le escapó una carcajada.

—En esta familia conocemos demasiado bien lo que es el mal de amores. No te preocupes. Tengo un remedio que te hará sentir mucho mejor —dijo Morgana sacando botellas de los armarios.

Seraphine se sirvió otra copa mientras giraba al ritmo de la música.

—Ojalá tuviese tu misma confianza, tía Sera.

En esta ocasión fue Daphne quien soltó una carcajada. Le quitó la botella a su hermana y se sentó junto a Ethel. Su abuela deslizó un vaso hacia su nieta con lo que le había preparado. Ethel juraría que la había visto echar alcohol a la mezcla.

—¿Crees que a Seraphine nunca le han roto el corazón? Que no te engañe. Tu tía le tiene pánico al compromiso, pero eso no quiere decir que no se haya enamorado más de una vez. Hubo una...

Seraphine se acercó a su hermana a toda prisa y movió la cadera, dándole un golpe para echarla de la silla.

—Bocazas...

Ethel tomó un sorbo del «remedio» de su abuela. Estaba algo amargo y especiado, pero descendió suave y cálido por su garganta.

—¿Y no hay otro chico que te guste? Siempre puedes probar la táctica de... —comenzó a decir Seraphine.

—Nunca aceptes consejos de ligar de tu tía —la cortó su hermana.

—Bueno, Silas Holloway también ha sido simpático. El resto me tiene miedo, diría.

Las tres mujeres compartieron una mirada.

—¿El hijo del alcalde? —preguntó Daphne, interesada.

—Hoy me ha invitado a ir a la regata.

—Por la Diosa, cómo echo de menos mis días de instituto —rio Seraphine, y se puso a bailar.

—Promiscua... —le dijo Daphne por lo bajini, que también iba ya un poco achispada.

—¿Qué has dicho, mojigata?

Ethel soltó una risa.

Ethel bajó las escaleras con los párpados aún pesados por el sueño y un dolor sordo en la cabeza, secuelas de la noche anterior y el «remedio» de su abuela. El olor a café recién hecho y a pan horneado ascendía hasta la planta de arriba.

—Hmmm. —El estómago le rugió y siguió el aroma olisqueando como un sabueso.

En la cocina el ambiente estaba tenso. Su abuela sostenía un sobre de color negro entre los dedos. Se lo guardó en un bolsillo cuando Ethel apareció.

Daphne se estaba preparando un café, con el ceño fruncido, y Seraphine estaba sentada, con la cabeza hundida entre las manos.

—Buenos días... —murmuró Ethel, sintiendo la atmósfera espesa.

Nadie respondió de inmediato. El único sonido era el del temporizador del horno. Finalmente, Seraphine levantó la cabeza y

le dedicó una sonrisa forzada.

—¿Has dormido bien?

—Sí... —Ethel se quedó de pie, dudando si avanzar o no—. ¿Ocurre algo?

—Puede que tengamos que ausentarnos el siguiente fin de semana —explicó Morgana.

Ethel se tensó y compartió una mirada con tía Seraphine, que le hizo un gesto de asentimiento.

—¿Por qué?

—Una convención de farmacia a la que se nos ha invitado. No te preocupes.

El desayuno se desarrolló en un silencio tenso y pesado. Ethel no paraba de darle vueltas al asunto. Suponía que tenía que ver con las Trece y algo dentro de sus huesos le decía que estaba relacionado con la bruja del maizal.

Cuando salió para marcharse a clase, Seraphine la estaba esperando en la verja de fuera con una sudadera peluda con capucha de gato.

—No tienes de qué preocuparte. Es algo rutinario —le dijo mientras caminaba con ella alejándose de la mansión.

—No lo parecía.

—La mujer que te atacó... era Rowena Ravenswyck, una de las Trece. —A Ethel se le disparó el pulso y se sintió mareada—. Había estado en casa unas semanas antes. ¿Recuerdas el día que te llevamos al pueblo? Rowena tenía la misión de vigilarte. Después de lo que ocurrió en tu anterior instituto, querían asegurarse de que todo iba bien...

Ethel la miró alarmada.

—¿Cómo?

—Las Trece propusieron en su momento llevarte a una institución de brujas, en vez de a un hospital psiquiátrico normal. Nada que ver con el Laberinto —se apresuró en aclarar—. Nuestro anonimato es crucial y pensaban que así te controlarían y sería más seguro para ti y para todas. Por supuesto nos negamos. Tu abuela es una persona influyente. Así que consiguió que te dejasen bajo su tutela.

—¿Qué?

—No viniste al pueblo porque la psiquiatra se lo recomendase a tu madre. Fue condición de las Trece. Aun así, algunas no estaban del todo convencidas, sobre todo Rowena. Nos tiene... tenía —se corrigió— especial inquina. Vieja bruja loca —masculló para sí misma —. En la carta nombran que ha desaparecido y convocan una reunión de emergencia de todos los aquelarres.

Ethel sintió una oleada de vértigo y la acera bajo sus pies pareció tambalearse. El aire se volvió difícil de respirar.

—No... no sabía... —intentó decir, pero las palabras se le atascaron en la garganta—. ¿Por qué...? —Ethel se pasó una mano por la frente, fría y húmeda.

—Tú no hiciste nada, Ethel. Rowena te atacó y tú te defendiste. Era una bruja experta y tú ni siquiera sabes lo básico, nosotras con cinco años conocíamos más hechizos que tú a esta edad.

—Pero la maté... —Ethel dio un paso atrás, el corazón galopando como un tambor en su pecho.

—No, tu instinto de supervivencia trató de defenderse. Sí, el fuego la alcanzó, pero tú no intentaste atacarla. Fue ella la que cometió un crimen y una negligencia. Nadie sabrá que has sido tú. Ni siquiera tu abuela o Daphne lo saben. —Seraphine la cogió de los brazos con cuidado.

—¿Y si os pasa algo por mi culpa? —El rostro de Ethel se llenó de lágrimas.

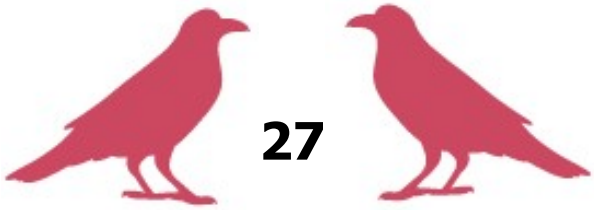
—Ethel, no. —Seraphine le agarró la cara para que la mirase—. Estoy contigo, ¿vale? No va a pasarnos nada. Tú te quedarás aquí, tranquila y a salvo. ¿Me oyes? A Rowena podría haberle pasado cualquier cosa, un accidente, un fanático. Las brujas no estamos exentas de peligros y eso las Trece lo saben bien.

Ethel apretó los labios para evitar que le temblaran. Las imágenes de aquella noche en el maizal volvían a su mente como un relámpago: el fuego, el aire denso y abrasador, la energía que crepitaba en sus venas.

—No te preocupes. Iremos, responderemos a las preguntas que tengamos que responder y volveremos. Y mientras tanto tú serás fuerte. Sigue estudiando. Lo estás haciendo muy bien.

Las últimas palabras le sonaron a petición, como si le dijese que se preparase por si acaso necesitaba defenderse.

—Está bien —aceptó al fin; podía hacer eso, podía mejorar, hacer todo lo posible por que no volviese a pasar nada igual.



27

La noche anterior, mientras caminaba de vuelta a casa, Nox había escuchado la conversación de dos policías. Desde la aparición del segundo cuerpo había mucha más vigilancia, tanto policial como ciudadana.

—La inspectora no quiere que el pastor Whitmore vuelva a acercarse por aquí.

—Ese tipo se pasea como si esto fuese su iglesia. Me pone de los nervios.

—Entre su presencia y la de los vecinos que constantemente vienen a preguntar si ya hemos investigado a las Ashbourne...

—La inspectora Harper irá en los próximos días a casa de esas mujeres para entrevistarlas.

Aquello le dejó una mala sensación. ¿Quizá habían averiguado que Ethel estaba relacionada con el incendio del maizal?

Y luego, estaba el extraño interés del pastor en todo el asunto. Podía entender que era un fanático lleno de supersticiones extrañas, pero de ahí a ese empeño por pasarse todo el tiempo por el lugar de la investigación... Ese hombre tenía una inquina personal contra las Ashbourne, eso seguro.

Nox oyó a lo lejos los graznidos de un cuervo. Se había adentrado en el bosque siguiendo a Ethel, a la que había visto tomar ese camino al salir del instituto. La había notado ausente todo el día.

Empujó la puerta de madera podrida de la casa abandonada, que se abrió con un chirrido. El perfume familiar de Ethel, a rosas, llenaba el espacio.

Nox inspiró despacio.

Ethel estaba sentada junto a una ventana. Al oír la puerta se había vuelto hacia él, sorprendida.

Maldita sea, si no tenía el aspecto de un ángel.

Tenía los ojos enrojecidos, profundamente tristes y llenos de lágrimas que apenas retenía.

Su imagen le provocó una sensación de amarga tortura.

—¿Nox? —jadeó.

Él elevó las cejas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, fingiendo sorpresa.

Ethel bajó la mirada, sus dedos juguetearon con la manga de su americana. Se removió incómoda.

Nox tragó saliva.

—Me... me apetecía estar un rato a solas. ¿Y tú? —contestó esquiva.

—Yo tampoco quería volver a casa.

La observó. ¿Qué le había ocurrido? Quería saberlo.

—¿Problemas con tu familia? —preguntó, acercándose a ella.

Ethel se encogió de hombros.

«Alguien le ha hecho daño».

Se agachó frente a ella para que ambos estuviesen a la misma altura.

—No —respondió evasiva, escueta.

Te está apartando.

Sí, lo había notado. Ethel se estaba mostrando distante, como si no desease dejarle entrar.

Se tensó, irritado.

—Puedes contármelo. ¿Ha pasado algo en el instituto?

Ethel levantó la cabeza y lo miró. Sus labios se separaron para tomar aire, como si sus palabras la hubiesen sorprendido. Las lágrimas brillaron en sus ojos tristes, y su pecho dio una suave sacudida.

—Puedes hablar de lo que quieras conmigo —insistió con la voz suave—. No te voy a juzgar; nunca.

A Nox se le aceleró el pulso. Se dio cuenta de que deseaba su confianza, de que la ansiaba. El cuerpo le temblaba.

Te vuelve loco la forma en la que te está mirando.

No iba a reconocerlo en voz alta, pero sí. Hizo que quisiese prometerle cualquier cosa, lo que fuese.

Un pensamiento peligroso.

La advertencia lo noqueó. No esperaba sentirse así, le había pillado con el paso cambiado, le había golpeado de sopetón.

Pero Ethel sonrió y a Nox se le olvidó lo que estaba pensando. Estiró las manos y tomó la de ella entre sus dedos. La respiración de Ethel se detuvo, entrecortada. No se apartó. Nox sintió algo aletear fuerte entre sus costillas.

La miró esperanzado.

«Vamos, cuéntamelo».

Ethel respiró hondo y su cuerpo se relajó, la tristeza desapareció de su expresión. El cambio fue diminuto y, sin embargo, lo atravesó como un rayo.

Creído.

—Gracias, ya me siento mejor —murmuró ella.

«No debería sonreír así».

No estoy de acuerdo, debería hacerlo siempre.

«Sí, si es solo a mí», pensó, avaricioso.

Nox le soltó la mano. Se frotó la palma contra el pantalón deseando apagar el fuego de su piel.

—¿Eso es todo?

Ella asintió.

—Vamos... —replicó, más serio—. No me lo trago. ¿Qué ha pasado?

Ethel agachó la cabeza y, aunque seguía sonriendo, sus ojos estaban tristes de nuevo.

—Nada. Solo estoy preocupada por todo lo que está pasando —dijo de nuevo, evasiva.

El gesto de Nox se endureció al instante. Apartó la mirada un segundo, inspirando aire para tragarse el fastidio. Cuando volvió a mirarla, había un brillo de enfado contenido en sus ojos oscuros.

Nox quería decirle que, si estaba relacionado con lo del maizal, podía contárselo, que no la juzgaría. Pero no lo haría, estaba esperando que Ethel decidiese compartir ese secreto con él. Si aquello la estaba atormentando, explicarle que fue él quien la sacó de allí solo lo empeoraría.

—¿Por qué querías tú estar solo? —preguntó ella de pronto, cambiando el foco.

¿Qué iba a decirle, que en realidad la había seguido hasta allí?

¿Por qué no le dices que no te la sacas de la cabeza?

«Porque no es la verdad». Estaba mintiendo. Ethel ocupaba gran parte de sus pensamientos, lo cual resultaba bastante molesto. Se sorprendía repasando las conversaciones que habían tenido y las reacciones de Ethel.

Las carcajadas de su conciencia lo irritaron.

Alguien está un poco embelesado con el angelito.

—Quería un descanso de mi tutor —improvisó, aunque era cierto en parte.

Giró la cabeza hacia la ventana y vio un cuervo posado en la rama de un árbol observando.

—¿Qué te parece si vamos al sofá? —ofreció.

Ethel lo siguió, sentándose en la punta contraria a él.

Nox la miró de reojo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿No tienes buena relación con él? —susurró ella.

Él apoyó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos.

—Sí, pero le gusta decirme qué hacer y qué no, y como la mayoría de las veces tiene razón, me fastidia.

Ethel se recostó haciéndose un ovillo y soltó una carcajada.

—¿No es eso lo que hacen los padres? Bueno, perdón... Aunque él no sea el tuyo como tal, es su rol, ¿no?

—No lo sé. El concepto de familia es algo que se me escapa.

—Son complicadas —admitió ella.

—Tú tampoco estás viviendo con tus padres —comentó, desviando la conversación hacia Ethel de nuevo.

Ella se tensó. Era un tema delicado, adivinó Nox.

—¿No te llevas bien con tus tías? —preguntó.

Ethel negó con la cabeza.

—Las adoro, y a mi abuela. Son lo que más quiero en la vida.

—¿Entonces...?

Sus ojos se encontraron con los de él, y Nox vio en ellos una mezcla de vulnerabilidad y coraje que lo desconcertó.

—No quiero ser la causa del sufrimiento de las personas que quiero. Me gustaría poder protegerlas.

Ethel se miró las manos. Eran la única parte de su aspecto que revelaba lo que escondía en su interior, ahora no tenía heridas, pero sí pequeñas cicatrices.

Algo se sacudió en el interior de Nox.

Ethel se clavó los dientes en el labio inferior con fuerza, como si se sintiese mortificada por lo que había dicho. Y Nox tuvo que reprimir el impulso de alargar la mano y tirar de su labio para liberarlo.

—¿Por qué piensas que eres el castigo y no el premio, Ethel?

Ella levantó la cabeza sorprendida por sus palabras. La expresión de su rostro hizo que una emoción extraña y abrumadora bailase en su pecho. Tan grande que comprimió las paredes de su caja torácica hasta hacerle daño.

—Nox. —Su voz fue un susurro, apenas un soplo que se perdió en el aire—. ¿Por qué eres tan amable conmigo?

Él soltó una risa irónica.

Eso... ¿Por qué lo eres?

—No creo que sea amable.

Ella sonrió sin creérselo.

Deja de mirarle la boca.

Nox se removió y apretó la mandíbula.

—Y, sin embargo, lo eres. Al menos conmigo.

«Sí, eso parece. Solo contigo», pensó.

Un escalofrío recorrió el aire y, de pronto, la habitación se volvió más pequeña.

—No pienses que tengo buen corazón, es solo que...

«Que eres tú», el pensamiento escapó a su voluntad.

—Dices que no debería pensar así de mí misma, y, sin embargo, tú te das muy poco crédito. Sé que no te conozco tanto, pero las acciones no engañan y las tuyas dicen mucho más de ti de lo que crees. Sé de lo que hablo.

Nox sintió que Ethel había acertado a tocar un punto vulnerable de su ser. Un hueco suave y tierno que creía tener bien escondido. Se acercó un poco a ella, sin querer, sin pretenderlo. Ethel

permaneció inmóvil, observándolo, la respiración contenida en su pecho.

Tragó saliva y su mirada bajó hasta la boca de Nox durante un segundo.

Él lo notó. Claro que lo notó.

«Joder».

El espacio que los separaba se volvió insignificante, como el silencio entre dos notas de una canción. Nox alzó una mano lentamente, como si estuviese dándole espacio para retirarse. Sus dedos rozaron un mechón de su cabello y luego su pómulo.

Ella no se movió. No respiró.

—¿Tienes miedo? —preguntó él con la voz áspera.

Los ojos torturados de Nox recorrieron su rostro en busca de algún indicio de que ella deseaba que se apartase.

Ethel negó lentamente con la cabeza. Sus ojos delataban una mezcla de incertidumbre y algo más.

En la mirada de Nox ardió algo oscuro y triste.

Ella tragó saliva. El aliento se le escapó pesado entre los labios, casi jadeaba. Nox sintió cómo cada una de las fibras de su cuerpo le pedía más. El deseo rugió queriendo tomar el control. Agarrarle el rostro, abrirle la boca y hundirse en ella...

El aire entre ellos era un hilo tenso, a punto de romperse. Un milímetro más cerca y todo estallaría.

Se le ocurrió que, cuando a uno le atraían los pecados y las cosas bonitas, era fácil que le gustase Ethel Ashbourne si no se andaba con cuidado. Porque, sin duda, tenía el aspecto etéreo de un ángel, pero no era nada frágil; al menos no se lo pareció en ese momento, mientras le miraba la boca. Tampoco se lo había parecido en la morgue ni entre las cenizas del maizal...

Pero no podía ser tan estúpido, era una imprudencia que le costaría cara. El jefe no le permitiría esa clase de distracciones, y a él le gustaba tener la cabeza sobre los hombros.

Dejó caer su mano con los dedos todavía hormigueándole. Y se apartó.

Maldita sea, ¿por qué paras?

Ethel parpadeó, como si regresara de un trance, y el momento se rompió en mil pedazos invisibles que flotaron en el aire.

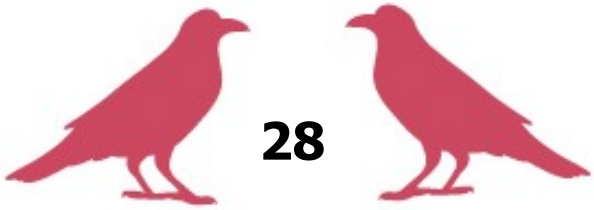
—Debo irme —anunció Nox, poniéndose de pie—. Se ha hecho de noche. Es peligroso.

—Sí. —La voz le salió soplada al responder. Se aclaró la garganta —. Tienes razón.

La observó.

Tenía que salir de ahí antes de hacer una tontería.

Nox se marchó a toda prisa. ¿Qué había ocurrido ahí dentro? ¿Qué narices le estaba pasando?



28

Daphne colocaba un ramo de flores en el centro de la mesa de la cocina: unas rosas tan oscuras que parecían negras, y unas ramas de salvia que desprendían un aroma terroso y fuerte. A través de las ventanas, el sol otoñal se filtraba en haces dorados, creando figuras en el suelo de madera. De fondo sonaba la tetera hirviendo.

Ethel estaba sentada en la encimera, descalza y con el pelo recogido en una trenza desordenada, hojeando con cuidado de que Daphne no viera las notas que había tomado sobre hechizos. Ya había conseguido hacer unos cuantos con tía Seraphine. Eran cosas sencillas, como hacer flotar algo, encender una vela, aunque le había tomado varios intentos que la mecha no estallase en llamaradas y le chamuscase las cejas a Seraphine. O pronunciar algunos ensalmos básicos, palabras que insuflaban una emoción y que servían para variar el ánimo de alguien.

También había conseguido acelerar el crecimiento de una flor. Pero había tardado toda la semana en evitar que se marchitara al instante.

Aunque, sin duda, lo que más le había costado había sido preparar su primera poción; la alquimia se le resistía porque necesitaba una cantidad muy concreta de magia para que la mezcla fuese perfecta.

Seraphine le había propuesto hacer una sencilla: un brebaje para calmar y suavizar el ánimo de quien lo bebiera. Pero en las primeras mezclas solo había conseguido un líquido agrio que ofuscaba a quien lo tomaba.

—Poco a poco. La práctica hace al maestro, querida —le había aconsejado, entonces.

El sonido de unos nudillos contra la puerta resonó por la casa sobresaltándolas.

Ethel todavía no se había quitado el camisón, siquiera. La mañana de sábado discurría lenta y perezosa.

Tía Seraphine se asomó a la cocina frunciendo el ceño.

—¿Quién narices se presenta en casa ajena un sábado tan temprano? —gruñó, frotándose los ojos con restos de rímel y lápiz de ojos. Tenía una marca rojiza en el cuello.

—Son las once, Sera. Para el resto de los mortales es casi mediodía.

Seraphine movió una mano en dirección a su hermana.

—Ya abro yo.

—Pero ¡si no llevas pantalones! —gritó Daphne, soltando lo que tenía en las manos para correr a la puerta.

Ethel dejó el cuaderno en la repisa y también se apresuró a asomarse al vestíbulo.

En la puerta apareció una mujer de unos treinta y tantos vestida con un traje *beige* impecable. Era alta y de pose elegante, llevaba el pelo castaño recogido en una coleta y tenía una mirada seria de ojos verdes.

Bajó la vista hacia el pijama de tía Seraphine y enarcó una ceja antes de volver a mirarla a los ojos.

—Buenos días. Soy la inspectora Vivian Harper. Estoy investigando las muertes de los dos turistas. ¿Podría hacerles algunas preguntas?

—¿Somos sospechosas de algo? —preguntó Seraphine, cruzándose de brazos.

—Es algo rutinario, señora...

—Señorita —corrigió Seraphine—. Seraphine Ashbourne. —Le tendió la mano a la inspectora, que se la estrechó firmemente.

Daphne apartó a su hermana del quicio de la puerta para dejar pasar a la inspectora Harper.

—Pase, por favor. Soy Daphne Ashbourne, por cierto. Mi madre debe de estar en el invernadero. Sera, ¿por qué no vas a vestirte y llamas a madre?

Harper avanzó intentando no mirar demasiado fijamente las paredes cubiertas de pinturas y antigüedades. Su mirada afilada se topó con Ethel, que se enderezó nerviosa.

—Oh, esta es nuestra sobrina, Ethel. Vive con nosotras —explicó Daphne.

Ethel le dedicó un asentimiento a la mujer a modo de saludo. Harper sonrió brevemente antes de volver a escanear el espacio.

—Acompáñeme al salón. ¿Le apetece una taza de té?

—Claro —dijo la mujer mientras caminaba perdida en sus cavilaciones.

Daphne se acercó a Ethel y le susurró en voz queda:

—Ve con ella. Ahora llevo el té.

Ethel asintió entendiendo lo que su tía le pedía. Que vigilase a la mujer. Con el rabillo del ojo vio a Daphne abrir un armario de la cocina y sacar unos tarros con hierbas. Se preguntó si planeaba hechizarla.

La inspectora se sentó en un sillón orejero junto a la chimenea, dejando el sofá para el resto, creando una distancia entre ellas.

—¿Hace mucho que vives aquí?

Ethel se dejó caer en el sofá. Se colocó un par de mechones sueltos tras las orejas en un gesto nervioso antes de responder:

—Desde finales de septiembre.

Harper asintió y cruzó una pierna sobre la otra. Sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo.

—¿Y dónde vivías antes?

—En Arven.

—Vaya, menudo cambio, ¿no? —Harper sonrió, aunque sus ojos seguían siendo analíticos—. ¿Y tus padres?

—Sus trabajos están allí, así que solo vine yo.

Ethel sintió el peso de esa mirada escrutadora y trató de mantenérsela.

La inspectora tomó algunas notas rápidas y levantó la mirada de nuevo.

—La noche del 17 de octubre —comenzó, eligiendo bien sus palabras—. ¿Estabas en casa?

Ethel se aseguró de mostrarse firme, a pesar de que las imágenes de su camisón manchado de sangre, de ella en mitad del bosque, de su carrera desesperada por volver a la mansión explotaron en su memoria.

—Sí —contestó—. Cenamos las cuatro juntas y nos fuimos a la cama.

—Claro. —Anotó algo más en su libreta—. He oído algunos... —Parecía incómoda con lo que estaba a punto de decir.

Ethel tragó saliva.

En ese momento, Daphne apareció con la bandeja del té.

—¿Con azúcar, inspectora? —preguntó con una sonrisa radiante mientras servía el líquido humeante en una taza de porcelana decorada con motivos florales.

Ethel parpadeó al mirar a su tía. Daphne siempre tenía un aspecto delicado, etéreo, pero juraría que en aquel momento parecía más suave, inocente y encantadora que nunca. ¿Había usado un encantamiento?

Esto la hizo apretar los labios para no sonreír.

La mujer movió la mano negando. Seraphine apareció en ese momento vestida con una falda larga de cuadros y un chaqué entallado a la cintura, estilo *belle époque*, más largo por detrás que por delante. Lo llevaba decorado con pines. ¿No se había arreglado demasiado?

«Menudo contraste», pensó al mirar a sus tías.

—Ya viene madre —dijo, dejándose caer en un sillón frente a la inspectora.

—Le estaba preguntando a su sobrina dónde se encontraban la noche del 17 de octubre —comentó, y le dio un sorbo al té. Le había costado apartar la mirada de las mellizas. Después de beberlo, miró el líquido con interés—. Y también me gustaría saber qué hicieron la noche del 31.

Seraphine levantó una ceja y se cruzó de piernas con delicadeza.

—Estábamos aquí, en casa. Cenando, como todas las noches. —Le sostuvo la mirada.

—Estoy segura de que Ethel ya se lo ha dicho —sonrió con calidez Daphne.

Harper asintió.

—¿Y en Halloween?

—Me marché pronto de la fiesta con una amiga. Estuvimos toda la noche en su apartamento —contestó Seraphine.

—¿Puede darme su nombre? —insistió.

—Gillian Owens.

—¿Y el resto?

—Volvimos a casa temprano, antes de que quemaran a las brujas de paja —contestó Daphne.

Harper hizo una anotación rápida.

—Los vecinos parecen... inquietos con respecto a ustedes. —Los ojos de la inspectora brillaron con un atisbo de curiosidad.

—La gente en los pueblos pequeños necesita algo de lo que hablar —replicó Seraphine con despreocupación—. Son unos viejos aburridos y cotillas.

Daphne se aclaró la garganta y le dio una patada a su hermana.

Harper asintió, como si sopesara sus palabras.

—Aun así, es curioso... tantas leyendas alrededor de un solo apellido.

Seraphine sonrió casi complacida.

—¿Y? ¿Qué dicen exactamente, inspectora? —susurró como si compartiera un secreto—. Me fascinan los rumores.

Vivian le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Por ejemplo, que las plantas de su jardín florecen incluso en pleno invierno. Que se las ha visto por el bosque de madrugada. —Hizo una pausa para mirar su libreta—. Que usted hizo que un hombre perdiese el pelo por ser grosero. Que mandaron una plaga de sapos a los cultivos del señor Hallet. Podría seguir.

Seraphine rio por lo bajo, un sonido casi musical que resonó en la estancia.

—¿Qué quiere que le digamos? Viejos locos, aburridos y envidiosos.

—Lo que mi hermana quiere decir es que no encajamos en la norma. No estamos tan *integradas* en la vida y costumbres de Ebonwick como a muchos les gustaría. Y lo diferente suele castigarse. Los pueblos pequeños son así.

—¡Ah, qué imaginación tan vívida tiene la gente! —exclamó Seraphine, sirviéndose un poco más de té—. Quizá debería usar todo esto para escribir un libro, inspectora.

Ella la miró con seriedad.

—Aunque no creo en la magia, a veces las habladurías tienen algo de verdad —dijo en un murmullo bajo—. Aunque sea un atisbo. Encierran algo.

—¿Y qué cree que encierran en este caso? —Seraphine estrechó los ojos, su voz fue un susurro aterciopelado.

El silencio se extendió por la habitación. Harper se permitió un segundo para observar a Seraphine, la luz del fuego danzaba en sus ojos como llamas.

—Rencillas. Está claro que los vecinos tienen algo en contra de ustedes. No entiendo bien por qué, aunque el motivo más común suele ser el dinero, a veces es envidia también... Son ustedes muy ricas, tengo entendido, ¿no? Y poseen varias tierras por aquí.

—¿Y qué tiene eso que ver con la muerte de los dos turistas?

Las dos se observaron en un duelo de miradas. Daphne carraspeó, rompiendo el momento, y se levantó con una sonrisa forzada.

—Voy a ver qué hace madre... No debería tardar —anunció, dejando la estancia a la vez que le lanzaba una mirada de advertencia a Seraphine.

La inspectora apoyó la espalda en el sillón, sin dejar de mirar a la mujer que tenía frente a ella.

—¿Puede ser que crea que alguien nos quiere inculpar? —preguntó Ethel, intentando mediar entre ambas.

Vivian Harper escapó del duelo con Seraphine y se giró hacia ella. Juraría que la vio suspirar y se removió en el sillón.

—No descarto nada, es un caso bastante complejo. Nunca me había encontrado con algo similar.

—Y dígame, ¿de dónde es usted, inspectora? ¿Le importa que la tutee? Debemos de tener la misma edad —dijo Seraphine.

Vivian se aclaró la garganta y le dio otro sorbo al té. Ethel movía la cabeza de izquierda a derecha llevando su atención de una a otra, como si estuviese presenciando un partido de tenis.

—Estoy de servicio y es una visita oficial, así que no sería profesional por mi parte. Soy de la costa Oeste, pero hace poco me han destinado a este condado.

—Supongo que Ebonwick le parecerá aburrido, en comparación.

—Oh, no crea. —Los dedos de Vivian juguetearon con el borde de su taza—. Ebonwick tiene su propio encanto... Es peculiar.

—Eso es quedarse corto. —Los tres pares de ojos se giraron hacia el umbral. Morgana Ashbourne, con su cabello cano recogido en un moño trenzado y un vestido de terciopelo oscuro, apareció en el salón con sus abalorios tintineando al compás de sus pasos.

—Madre, esta es la inspectora Vivian Harper —anunció Daphne.

La mujer se puso de pie y le tendió la mano con un gesto cortés. De hecho, hubo algo reverencial en la forma en la que se movió. Era el efecto que la abuela de Ethel causaba en la gente.

—Un placer conocerla, inspectora —dijo Morgana, apretando su mano—. Me han dicho que está haciendo preguntas sobre esos desafortunados turistas. Me ha pillado cuidando las plantas y le he preparado este ramo de flores de mandrágora. ¿No me dirá que no son hermosas?

Morgana le tendió unas flores color púrpura en forma de estrella. Ethel arqueó las cejas. Aparte de un guiño a la brujería y un gesto osado, teniendo en cuenta los rumores del pueblo, darle aquellas flores solo podía significar una cosa. Su abuela quería adormecer los instintos de la inspectora. Sedar su conciencia.

La parte favorita de Ethel de la magia era la que tenía que ver con la botánica, así que se había aprendido sus usos deprisa.

Se sintió orgullosa de haber captado lo que ocurría. Las Ashbourne eran especialistas en plantas, como le había explicado su tía, y por eso tenían la farmacéutica, que siglos atrás había sido un laboratorio de pócimas y alquimia clandestino, por supuesto. Así que había heredado la facilidad y la predilección por ese campo del conocimiento.

—Incluso se hacían filtros de amor. Tienen un efecto pasajero y, la verdad, no es muy ético. —Le había explicado tía Sera—. Además, es muy triste saber que en el fondo esa persona no te ama, solo está hechizada. Tu abuela una vez pilló a Daphne preparando uno y la castigó una semana entera. Le hechizó la lengua para hacerla cacarear cada vez que hablaba. Fue desternillante...

La charla con la inspectora fue breve. Esta parecía menos sagaz que en sus conversaciones anteriores y decidió acabar con la entrevista.

—Vuelva cuando lo necesite —le dijo Morgana amablemente.

Seraphine se ofreció a acompañar a Vivian a la verja de fuera. Estaba claro que la encontraba atractiva.

Salieron al porche. El viento levantó un poco las hojas secas del camino mientras caminaban en silencio. Era uno de esos días raros en los que las nubes dejaban pasar los rayos del sol, que reflejaban los colores otoñales del valle.

—Debo admitir que su casa... —comenzó, dudando un segundo antes de continuar—. Es curiosa. Y su familia, muy interesante.

—Gracias, interesante ni siquiera alcanza a definirnos.

Harper pasó la verja. Su coche estaba aparcado a la derecha. Se giró para observar a Seraphine, el viento alborotó un poco los mechones sueltos de su coleta.

—No es que crea en lo que dicen los rumores, pero no puedo negar que tienen algo... —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas— único.

Seraphine esbozó una sonrisa juguetona y se inclinó un poco hacia ella, reduciendo la distancia entre ambas.

—¿No me dirá que la hemos asustado, inspectora? —susurró, y los ojos le brillaron con un destello travieso.

Vivian Harper entreabrió los labios. Se aclaró la garganta y enderezó los hombros.

—No me asusto fácilmente.

—Me alegra oír eso. —Seraphine le tendió la mano a modo de despedida. Vivian la miró dudando y se la estrechó—. Espero verla más a menudo por el pueblo...

Harper tragó saliva, un leve rubor tiñó sus mejillas. Se metió la mano en el bolsillo de la americana.

—Que tenga un buen día, inspectora.

Harper asintió y, antes de subir al coche, lanzó una última mirada hacia ella. Sin más, arrancó el motor y desapareció por el camino de vuelta al pueblo mientras Seraphine la observaba marcharse con una sonrisa apenas contenida.

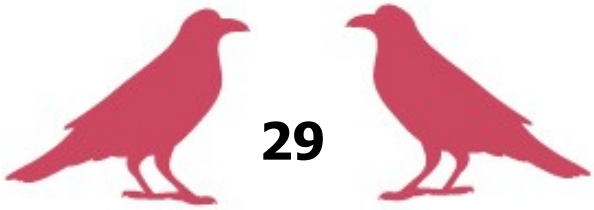
La verja se cerró con un leve crujido y, al volverse, se encontró con Daphne y Ethel en el porche, observándola.

—¿Te has divertido? —preguntó su hermana, negando con la cabeza.

Ethel, en cambio, sonreía divertida.

Seraphine le guiñó un ojo a su melliza, con un destello de travesura en su expresión.

—Oh, querida... Ni te imaginas. Solo acabo de empezar.



29

Ethel acarició el bulbo de un *Anthurium*, que se abrió floreciendo de un intenso rojo. Sonrió para sí misma. Pasó a un crisantemo, cuya blancura resaltaba bajo la luz tenue que se filtraba a través de los cristales empañados del invernadero del instituto. Aquel rincón era su refugio en las horas libres, un lugar donde podía relajarse y donde se sentía libre para ser ella misma.

—Vaya, así que aquí es donde te escondes.

Ethel se giró, sobresaltada. Silas estaba apoyado contra la puerta, con las manos en los bolsillos de su sudadera del club de remo.

—Hola —lo saludó ella.

Silas avanzó un par de pasos, observando las flores.

—¿Qué haces aquí, Ashbourne? —preguntó, tomando una hoja entre sus dedos.

—Me gusta estar sola —confesó, aunque no era del todo cierto. Simplemente le resultaba más cómodo.

Silas se acercó un poco más, hasta quedar lo suficientemente cerca como para que Ethel percibiera su colonia.

—No esperaba menos de una Ashbourne —dijo, ladeando la cabeza para mirarla mejor—. Siempre tan... misteriosas.

—No es eso. Es que estar siempre bajo el escrutinio de los demás es agotador. Les incomoda mi presencia.

—Ya, los asesinatos. —Se giró para apoyarse sobre una de las mesas y la miró con una sonrisa divertida—. Dales algo diferente de lo que hablar.

Ethel levantó la cabeza y arrugó la frente sin comprender a qué se refería.

—¿El qué?

Él se inclinó ligeramente hacia ella, bajando la voz en un susurro confidencial.

—Este viernes es mi cumpleaños. Daré una fiesta en mi casa. Mis padres no están, y creo que nos hace falta algo de diversión con todo lo que está pasando.

—Ajá... —contestó Ethel todavía descolocada—. No sé si es el ambiente más adecuado para una fiesta.

Silas encogió los hombros, con un gesto despreocupado.

—Lo importante es que quiero que vengas.

Ethel parpadeó, desconcertada por un segundo.

—¿Que yo...?

—Sí, tú. —Silas se separó de la mesa con las macetas para erguirse.

Había algo travieso en su expresión. Un brillo de picardía en sus ojos que contrastaba con el gesto seductor de su boca.

Ella negó con la cabeza, soltando un suspiro.

—No creo que sea buena idea.

La perspectiva de estar en una fiesta rodeada de gente hizo que se le disparara el pulso y le sudaran las manos.

Silas alzó una ceja y sonrió más ampliamente.

—¿Y eso? ¿Tienes otros planes?

Ethel abrió la boca para responder, pero se quedó en blanco. No tenía otros planes. De hecho, iba a estar sola todo el fin de semana porque su familia se marchaba al cónclave de aquelarres.

—No, pero...

—Entonces, no hay excusa —la interrumpió con un tono firme, pero amigable—. Vamos, solo un par de horas. Si te aburres, te largas. Te lo prometo.

—Es que yo...

—Te lo pasaste bien en la regata, ¿no? Prometo hacerte compañía toda la noche si es eso lo que te preocupa.

Ethel dudó, jugueteando con los pétalos del crisantemo entre sus dedos. Tía Seraphine le había dicho que debía dejar de vivir con miedo, que fuese a por las cosas que deseaba. Ahora confiaba más en sí misma, pero una no se deshace de sus demonios y de sus miedos de la noche a la mañana. Le habría gustado no ser ella misma, no vivir en su piel, no tener tantas cicatrices. Eso la haría sentirse más libre. Ethel era presa de su pasado, de sus traumas y, lo quisiera o no, la conformaban y la moldeaban.

Silas la observó con paciencia.

Aunque, pensó Ethel, también podía comenzar a sobreponerse a ellos.

—Como te he dicho antes —insistió Silas—, dales algo diferente de lo que hablar.

Ethel frunció el ceño.

—No entiendo. ¿Quieres que hablen de ti y de mí? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Silas se inclinó. La sombra de sus pestañas le rozó la mejilla cuando bajó la vista un instante, como si considerara su respuesta. Cuando volvió a mirarla, el brillo en sus ojos era casi eléctrico.

—Creo que eres consciente del interés que despiertas. Pero, por si no lo has notado, hay muchos a los que les gustaría conocerte mejor. No sé si me explico.

Ethel se quedó en silencio sopesando sus palabras.

—No estoy segura de estar siguiéndote del todo.

—Las cosas que no comprendemos y que no parecen a nuestro alcance son las que más nos obsesionan, las que más curiosidad nos provocan. Quizá si te desmitifican, dejarás de ser objeto de especulación.

Ethel arqueó las cejas.

—Vaya... No lo había visto así. Tienes razón —reconoció—. Debería esforzarme en ser menos distante. Es... un defecto que tengo, siempre doy por hecho que la gente prefiere mantenerse lejos de mí.

Silas enarcó las cejas y luego dejó escapar una carcajada. Era como un niño en un cuerpo de un adulto, o al menos esa es la energía que transmitía. Quizá por eso le había parecido una persona cercana y fácil de aproximarse.

—Genial, es una promesa, entonces.

Silas se enderezó metiendo las manos en los bolsillos y, caminando hacia atrás, se dirigió hacia la puerta del invernadero.

—El viernes a las ocho. ¡Te estaré esperando!

Nox se frotó los ojos, cansado. Llevaba un par de noches sin dormir. Conforme traspasó la verja de entrada al instituto, vio a James y a Silas que charlaban con un par más de alumnos de su curso junto a la puerta y se acercó a ellos.

—... así que hoy voy a decirle que se tome algo conmigo después de clase —decía Silas.

—Te va a rechazar.

—Por supuesto que no, Ashbourne quiere ser mi amiga —rio.

Nox se tensó al oír su nombre.

Te dije que usases su cabeza como un balón. Deberías hacerme caso.

Las risas y los comentarios del resto se perdieron en un murmullo.

Nox sintió un pinchazo molesto en la boca del estómago. Se giró en el último momento y entró en el instituto.

«Muy gracioso. No puedo hacer eso, pero puedo hacer otras cosas».

Subió los escalones hasta la primera planta de dos en dos. Sus dientes toqueteaban el aro de su boca en un gesto impaciente.

¿Buscas al angelito?

Nox ignoró el canturreo molesto de su voz interior.

No tardó en dar con ella. Estaba sacando los libros de su taquilla mientras murmuraba algo para sí misma una y otra vez, como un mantra, a la vez que trazaba un patrón sobre la cubierta de uno de los libros.

Nox apoyó el hombro en la taquilla contigua sonriendo para sí mismo.

—Ángel.

Ethel dio un respingo y dejó caer el libro. Nox se dio prisa en atraparlo mientras ella tosía recomponiéndose del susto.

—¿Cuándo has aparecido? —preguntó, medio ahogada tomando el libro de vuelta.

Nox dejó escapar una carcajada.

—Puedo ser muy sigiloso si quiero, pero es que estabas distraída.

Ella terminó de guardar las cosas en su bolso y cerró la puerta de la taquilla. Se giró para mirarlo con una sonrisa radiante.

«Guau... Por todos los...», pensó.

Nox cogió aire.

Sintió la necesidad de frotarse el pecho. Tenía algo atravesándolo.

Imagina si la alzases de la cintura y te rodease con sus piernas y le pegases la espalda a las jodidas taquillas y susurrase tu nombre...

«Para», gruñó para sí mismo.

—Necesito que me eches una mano esta tarde. Nada complicado. —Hizo una pausa breve, pensando una excusa creíble—. Tengo que practicar para unas pruebas de resistencia del club de remo y necesito que alguien me cronometre.

Cuando habían hablado en la biblioteca le había quedado claro que Ethel no tenía ni idea de aquel deporte, así que tuvo la esperanza de que aquello le pareciese creíble.

—Ah, claro. Pero ¿no sería más útil si lo hicieses con Silas?

No, porque entonces acabará ahogado en el río.

—Está ocupado.

Lo que no era técnicamente mentira dado que pretendía quedar con ella esa tarde. Eso le dio ganas de reír.

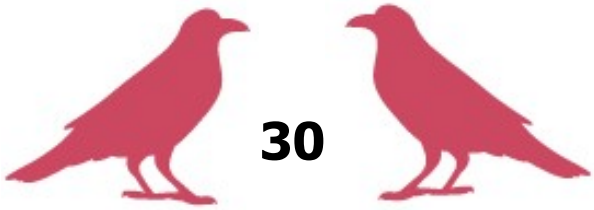
Pobre criatura ilusa.

—No es nada difícil. Y te prometo que no es tan aburrido como suena. Te espero en el camino que baja al río al terminar las clases.

—Genial —dijo ella, y le pareció que lo esperaba con ganas.

Te hace ilusión quedar para pasar el rato en un barquito. ¿Qué excusa tienes para eso?

La burla y el tono ácido no consiguieron aplacar su sensación de júbilo.



30

Nox la estaba esperando vestido con su chaqueta cortavientos abierta, una camiseta ajustada que delineaba los músculos de su torso y unos *shorts* deportivos.

—Ya he bajado el carro con los kayaks.

Los árboles de la ribera habían dejado caer parte de su follaje, y las hojas rojas y doradas se arremolinaban en el agua, viajando como pequeños barcos hacia ninguna parte.

La bruma se extendía por la superficie, atrapada entre las laderas de las montañas, y arriba las nubes cubrían el cielo, aunque algún rayo travieso escapaba de vez en cuando.

Era un cuadro perfecto de otoño.

Ethel se quedó a un lado, observando cómo Nox arrastraba el kayak hasta la orilla. Sus músculos se tensaban y definían con sus movimientos.

Se apoyó en el tronco de un árbol con las manos detrás de la espalda. Inquieta, aterrada, eufórica. Todo a la vez. Hacía frío, objetivamente, pero Ethel sentía su cuerpo arder desde dentro, como si alguien hubiese encendido una llama en su estómago.

—¿Lista? —le preguntó Nox.

Ella le mostró el cronómetro que él le había entregado y lo sacudió como confirmación.

«Céntrate», se dijo. Le había pedido ayuda, no estaba allí para recordar cómo era su torso bajo la camiseta y rememorar los distintos tatuajes que tenía. Tía Seraphine se habría reído orgullosa si la hubiese visto dándole un repaso a Nox.

Se subió al kayak individual de un salto ágil y, al hundir el remo en el agua, su cuerpo se tensó. Los músculos de sus brazos y hombros se contrajeron con cada movimiento, dibujando líneas firmes bajo la tela húmeda de su camiseta. El agua se rompía en ondas suaves a su alrededor. Ethel no pudo evitar quedarse embelesada.

Le parecía injusto que fuese tan atractivo y atlético, que tuviese el pelo perfecto y las pestañas largas y espesas; que, combinadas con el raro color de sus ojos, lo afilado de su ceño y aquel *piercing* que adornaba una de sus cejas, dotasen a su mirada de un aspecto tan incisivo. Era bastante injusto que sus facciones fueran tan armónicas, sus pómulos tan altos, que su boca estuviese realzada por aquel aro plateado. Que pareciese problemático y, aun así, resultara tan encantador.

Era injusto porque despertaba en ella una clase de deseo difícil de ignorar. Soñaba con él, con el tono de su voz y con su boca. A veces dormida y otras despierta.

—¿Y? —preguntó al regresar a la orilla jadeante, pero con una sonrisa arrogante—. ¿Qué tal mi puntuación?

Ethel se aclaró la garganta, intentando que su voz sonara ligera, aunque el calor en sus mejillas la traicionaba. Quiso, con todas sus fuerzas, no mirarle.

—Mmm..., bien, supongo. No lo sé.

Él chasqueó la lengua, fingiendo una decepción exagerada. Su pelo se sacudió húmedo cuando movió la cabeza.

—Qué cruel. Me esfuerzo al máximo y solo consigo un bien. Y yo que pensaba que habría conseguido impresionarte.

Ethel abrió la boca y tomó aire.

Estaba segura de que Nox sabía el efecto que tenía en ella y disfrutaba perturbándola.

—No sabría decir... —contestó, indiferente, tratando de fastidiarlo un poco.

Nox dio un paso más hacia ella. Ethel se esforzó por sostenerle la mirada.

—¿Segura? Yo diría que pareces bastante impresionada, Ethel.

—Puede que un *poco* impresionada —dijo, acercando el índice y el pulgar, todavía con los ojos clavados en él.

Nox inclinó la cabeza. Una chispa de júbilo iluminó sus pupilas.

—Cruel —susurró.

Ethel le dedicó una sonrisa arrebatadora.

¿Ves? Así se hace.

—¿Quieres subir a la piragua? —preguntó Nox—. Ven, monta conmigo.

La invitación la tomó por sorpresa. Una corriente de nervios recorrió su pecho, pero asintió. Y el tornado que tenía en el vientre se transformó en un huracán.

—Pero es individual.

Nox señaló otro kayak, ese de dos personas. Y Ethel se preguntó si ya lo tenía pensado. No quería ilusionarse de más, pero la esperanza comenzó a inflarle el corazón.

Nox se agachó para estabilizar la embarcación mientras ella se acercaba con paso indeciso.

—Sube —dijo, ofreciéndole la mano.

El contacto de su piel cálida la hizo estremecerse. Cuando por fin se sentó, todavía con el corazón acelerado, Nox se colocó tras ella.

—Relájate. Yo remaré primero.

El kayak se deslizó sobre la corriente, y Ethel se dejó llevar, embriagada por la sensación de intimidad y la cercanía de él a su espalda.

La neblina se abrió en jirones delicados revelando el paisaje. El dorado, bronce y escarlata de los árboles salpicado de vez en cuando por un intenso verde. El reflejo de los rayos en el agua, como si de purpurina se tratase. Las hojas, que caían como suave confeti, cada vez que el aire soplaba.

El murmullo de la corriente era el único sonido, salvo el roce del remo y la respiración rítmica de Nox, cuyo aliento le hacía cosquillas en la nuca.

Ethel inspiró llenándose el pecho con el olor a tierra húmeda y a bosque.

Nox paró de remar. La embarcación quedó suspendida en la quietud, como si el tiempo se hubiese detenido también. Ethel alzó la vista y dejó escapar un suspiro.

—Ethel —la llamó Nox con la voz suave.

Ella se giró sobre su hombro para mirarlo.

—¿Qué?

Él tardó un rato en contestar. Sus ojos recorrieron despacio cada una de sus facciones y su nuez subió y bajó, marcándose.

«Vaya», pensó.

—Nada... —contestó con la voz apretada.

Su boca se estiró ligeramente hacia un lado y su lengua acarició la comisura, presionándola.

Ethel sintió envidia. Ella también deseaba recorrer aquel labio.

Se giró hacia el frente.

—Gracias por dejarme montar. Es precioso.

En ese instante, con él tan cerca y la inmensidad del paisaje desplegándose alrededor, sintió que todo se había vuelto casi sagrado. Deseó que el momento no terminase nunca. Pero los deseos rara vez se hacen realidad.

Nox se aclaró la garganta.

—¿Quieres probar tú mientras volvemos?

Ella dudó, pero él no le dio tiempo a responder: sus manos atraparon las de Ethel sobre el remo, guiándolas con un movimiento lento. Su respiración rozaba la nuca de ella mientras le enseñaba el gesto. Cada contacto era un pequeño incendio que se propagaba por su piel.

Ethel apenas escuchaba las instrucciones. Solo podía pensar en lo cerca que estaba de él. En lo fácil que estaba cayendo, y en lo inevitable y adictivo del vértigo que Nox le hacía sentir.

Ayudó a Nox a llevar los kayaks al almacén. Él estaba más callado desde que habían salido del agua, perdido en sus pensamientos.

Ethel sintió un nudo en el estómago. Parecía un poco distraído.

Antes de que pudiese decir algo, Nox se detuvo y se volvió hacia ella. Con un movimiento casi automático, le pasó la sudadera del club que llevaba en su bolsa de deporte.

—Llevas un rato temblando —explicó.

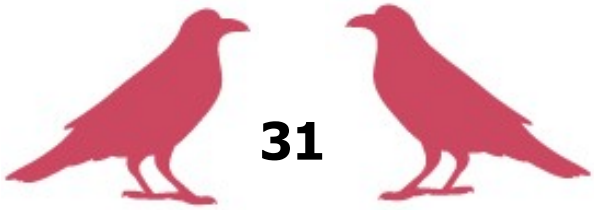
Ethel se quitó la americana y se colocó su sudadera. Susurró un «gracias» que sonó más ahogado de lo que pretendía. Nox la observó durante unos segundos, frunciendo ligeramente el ceño, y luego apartó la mirada hacia otro lado. Lo oyó suspirar.

Ethel se obligó a respirar con normalidad. El corazón le latía con fuerza, confundido por la mezcla de cercanía y distancia que Nox había dejado entre ellos.

—Yo... debería... —comenzó.

—Claro —contestó él—. Hasta mañana —se despidió dirigiéndose a los vestuarios.

Ethel se quedó un momento en el almacén observando cómo se alejaba.



31

Ethel había caminado hasta el centro del pueblo con el sobre arrugado de una carta en la mano.

¿Qué tal estáis, papá?

Yo estoy bien. Ya sabes cómo es la mansión, tan bulliciosa y silenciosa a la vez, y, aunque parezca que estás solo, nunca lo estás. Me gusta esa sensación. Me siento bien aquí.

¡Creo que he hecho un par de amigos!

Siento que aquí puedo soñar con que todo es posible. Quizá es por el encanto de la mansión, y por lo especiales que son mis tías y la abuela. Me estoy contagiando de algo de su pasión por las cosas.

No te preocupes por mí. Si las cosas no funcionan, he encontrado una casita en el bosque, está un poco derruida, pero podría arreglarla e irme a vivir ahí, en medio de los árboles.

Creo que pertenezco a este lugar porque mi corazón es más ligero aquí.

Dale recuerdos a mamá.

Con cariño,

Ethel

Deslizó la carta por la ranura del buzón y se quedó un instante inmóvil. Quedaban unas cuantas horas para la cena, así que decidió aprovechar que había caminado hasta el pueblo para dar una vuelta.

Terminó entrando en un pequeño local que hacía las veces de librería, café y anticuario; un poco de todo. Ethel se detuvo frente a un libro que tenía el cuadro de *Ophelia* en la portada. Lo abrió con curiosidad. Era un recopilatorio de pinturas.

—*La belle dame sans merci,* Dicksee —leyó para sí misma.

Pasó la página, el siguiente mostraba a una hermosa mujer de larga cabellera rojiza a punto de besar a un caballero con armadura.

Por un momento, perdió la noción del tiempo observando, con el pecho cargado de sensaciones, aquellas pinturas de colores vivos.

—¡Oye, tú! —gritó una mujer acercándose. El chillido la hizo dar un respingo y tiró el libro al suelo—. ¡¿Qué haces?!

—Lo siento.

Ethel lo recogió con cuidado.

—Lo has estropeado.

—Yo...

La señora, que llevaba un delantal con el nombre del local y parecía la dueña, la apuntó con el dedo chillando furiosa. La recordaba de la reunión de vecinos en el Ayuntamiento.

—Mira. Lo has manchado. ¿Quién te ha dado permiso para ojearlo? Esto no es una biblioteca.

—Perdone —se disculpó apurada.

La mujer se lo arrancó de las manos de malas formas y lo mostró a los demás clientes que estaban por allí.

—¡Mira, mira esto!

Otra mujer, que debía det rabajar allí también, soltó una risa despectiva.

—Es cosa de esa familia. Maleducadas.

Ethel sintió la sangre subirle a la cara.

—¡Págalo! Ahora tienes que pagarlo.

—Sí, por supuesto. A-ahora mismo no llevo dinero encima, pero puedo volver mañana...

—¡De ninguna manera! —La voz se le clavó como un látigo—. ¿Por qué me fiaría de ti?

Ethel sintió un calor conocido subirle por la nuca. Soltó aire despacio tratando de calmar la sensación de pánico que se le estaba enroscando en el pecho. Tenía que salir de allí antes de que su magia se descontrolase.

—Lo traeré mañana, se lo prometo —balbuceó, con la garganta seca. Dio un paso hacia la puerta.

—¡Ni lo sueñes! —La mujer avanzó para cortarle el paso extendiendo un brazo—. Llamaré a la policía ahora mismo. ¿Os creéis por encima del resto de nosotros?

Ethel retrocedió, nerviosa.

—Pu-puedo llamar por teléfono y que vengan...

Escuchó otra risa despectiva.

—Pretende que esas brujas se presenten aquí para maldecirnos.

—¡La policía, llama a la policía!

Ethel se movió hacia la puerta, esquivando a la mujer que le gritaba.

Se frotó las manos tratando de calmarse. Sentía la piel arderle, al igual que la cabeza.

Al salir hacia la zona de cafetería, chocó con un hombre que llevaba una taza de café en la mano. El líquido caliente le llenó la camiseta de color blanco.

—¡Ah! —gimió tirando de la tela para separarla de su pecho.

—¡Encima agredes a mis clientes! —chilló la dueña fuera de sí.

Ethel se precipitó hacia la salida, necesitaba escapar. Empujó la puerta con fuerza y el aire fresco de la calle le agitó el pelo.

La dueña la agarró bruscamente del brazo, clavándole los dedos con fuerza, y tiró de ella, sacudiéndola.

—¡Adónde crees que vas, engendro! —escupió furiosa.

Ethel tiró de su brazo con violencia. Las uñas largas de la mujer se aferraron un instante a la tela de su abrigo antes de resbalar. Al soltarla, desestabilizó a Ethel, que cayó hacia atrás. Trató de parar el golpe con las manos, pero acabó dándose en la cabeza con los adoquines de la calle.

El sonido del golpe arrancó un jadeo colectivo en los presentes.

Ethel dejó escapar un quejido de dolor y, mareada, intentó sostenerse sobre los codos.

El grupo de personas que había salido a la calle ahogó una exclamación de sobrecogimiento, cuando un hilo de sangre le resbaló de la sien, donde se había golpeado.

—Yo... Yo... —balbuceó nerviosa la dueña del local—. ¡Yo no la he empujado! ¡Ha sido ella sola, que se ha tirado al suelo! —exclamó indignada—. Lo ha hecho a propósito.

Ethel se tocó la cabeza e hizo una mueca de dolor. Respiró muy muy despacio. Tenía que relajarse o perdería el control.

—Todo para librarse de pagar. Lo habéis visto, ¿cierto? —seguía gritando la mujer.

—Cállese de una puta vez. —La voz seca y afilada de Nox hizo que el silencio se extendiera por la calle.

La mujer retrocedió al verlo, aunque su expresión se retorció entre indignada y furiosa.

Nox le tendió una mano a Ethel, que al verlo dejó escapar una lágrima. Sus labios temblaron y soltó el aire poco a poco.

Había alguien de su parte...

Le agarró la mano y él la ayudó a ponerse de pie.

—Tranquila —murmuró.

En cuanto lo tuvo cerca, el pánico fue aplacándose lentamente.

—Ven, mi piso está ahí al lado. —Nox sacó un par de billetes de cincuenta y se los tiró a la mujer—. Ya no le debe nada.

El sol ya casi había caído por completo cuando entraron en el edificio donde vivía Nox. El apartamento tenía los techos altos, ventanas estrechas que daban a una de las calles principales y muebles antiguos. La penumbra se teñía del naranja del atardecer.

—Gracias —murmuró Ethel

—Cuando quieras.

Nox señaló el baño.

—Puedes cambiarte si quieres. Te lavaré y secaré la ropa.

Ethel se miró. Tenía una enorme mancha marrón en su camiseta de flores bordadas, que se había escurrido hasta su falda corta a juego. Además de salpicaduras de sangre.

—No es...

—Toma. —Nox le tendió una sudadera gris oscuro, sin darle la oportunidad de replicar.

Ethel se encerró en el baño, se quitó la ropa manchada y se colocó la prenda. El algodón olía a él, y eso la reconfortó.

Se lavó las manos, raspadas y sucias, e inspeccionó la herida que tenía en la sien derecha.

Nox llamó con un par de golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar?

Ethel se aclaró la garganta.

—Sí.

—Siéntate —le pidió empujando un taburete hacia ella con el pie.

Ethel obedeció.

Nox tomó sus manos y limpió los raspones con desinfectante. Después pasó una gasa por su frente. Jugueteaba con el *piercing* de su boca, concentrado en la tarea. Ethel no podía dejar de mirarle los labios, el gesto la distraía.

También la forma en la que sus pestañas caían sobre sus ojos, casi cubriéndolos por completo. Era demasiado guapo.

Hizo una mueca de dolor y él paró al instante.

—¿Duele? No estoy acostumbrado a esto.

—¿A qué?

Nox se aclaró la garganta y sacudió la mano, como si la tuviese agarrotada. Juraría que parecía nervioso.

—A curar a alguien...

Ethel levantó la mirada hacia sus ojos. Sus rostros estaban muy cerca. Sus bocas también. Contuvo la respiración. Apretó las piernas. Estaban solos, le recordó una parte de su cabeza, él se lo había dicho al entrar...

La nuez de Nox se movió marcándose.

—Listo —dijo con la voz ronca.

Ella, sonrojada, bajó la cabeza.

—Gracias.

—Voy a... Voy a poner tu ropa en... Ya sabes —tosió—. Lavadora, eso.

Cogió sus prendas y se marchó. Solo en ese momento Ethel soltó el aire que retenía.

Se quedó unos segundos en el baño, apoyada contra la puerta. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que Nox lo escuchara desde fuera. Se llevó las manos al pecho y respiró hondo.

—«Inspira, espira, los nervios se retiran. Que a la cuenta de tres mi mente se aligere» —recitó. Un momento, ¿era aligere o despeje?

Se salpicó agua a la cara y salió del baño esperando haber pronunciado correctamente el pequeño ensalmo y que funcionase.

Una sensación de ligereza le recorrió el cuerpo mientras se dirigía al salón.

—¿Quieres ver algo en la tele mientras esperamos? —preguntó Nox apareciendo desde la cocina—. No debe tardar mucho, en cuanto haya terminado de lavarse, se seca. Una máquina fascinante...

Ethel lo miró y soltó una risa.

—¿Qué? —preguntó Nox—. No me puede fascinar una lavadora-secadora.

—No, claro. —Ella trató de aguantarse la risa—. Si tienes toda la razón.

Nox dio un paso hacia Ethel y la miró desde arriba con el ceño fruncido, ella se distrajo un momento con su *piercing* de la oreja.

—¿Te estás riendo de mí, Ethel? —dijo con la voz queda.

A ella se le olvidó de lo que estaban hablando. Las palabras y todo su intelecto se fundieron, dejándola en silencio absoluto, perdida en el rostro de Nox. Tragó y movió la cabeza, negando.

—Bien. —Nox le pasó el pulgar por la mejilla y fue a poner la tele —. Ponte cómoda.

Ethel se sentó en el sofá. Él tardó un rato en conseguir encender el aparato. Ella observó divertida cómo se peleaba con la tele, sentía la cabeza ligera y nublada. Echaban un capítulo de una serie de brujas, a Ethel le pareció muy graciosa la ironía y soltó una carcajada.

Nox la miró divertido, casi nunca oía a Ethel reírse en voz alta.

Ella se llevó una mano a la boca y señaló la pantalla, donde había un hombre con apariencia demoniaca.

—Vaya, pone la misma expresión que tú cuando te enfadas. La dueña de la tienda tendrá pesadillas contigo esta noche —rio ella.

—¿En serio? —Le lanzó una mirada—. ¿Crees que me parezco a *ese*?

Ethel asintió.

—Sí, eres igualito.

Nox giró la cabeza, incrédulo.

—Yo soy mucho más guapo.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—Me ofendes —le dijo sonriéndole insolente—. ¿Ves cómo en el fondo eres cruel?

Ethel se inclinó hacia él, estudiándolo con descaro. La sudadera, enorme, se le descolgó del cuello, dejando entrever la piel de su escote. Nox se quedó rígido, y miró al techo.

Oh, vamos… ¿Qué haces?

Los ojos de Nox volvieron a bajar hacia ella y a subir.

«Intento no mirar».

Pero estás mirando.

Cierto, su mirada había vuelto a descender.

Tragó.

«Bueno, la intención es lo que cuenta».

Ella sonrió, como si hubiera resuelto un enigma.

—Puede que tengas razón.

—¿Qué? —preguntó descolocado. Ethel señaló a la tele y él recordó de lo que estaban hablando—. ¿Cómo que *puede*? —replicó. La observó entrecerrando los ojos—. ¿Has tomado algo? Pareces ebria.

Ella negó mostrándole las manos en señal de inocencia, como si él fuese un policía. A Nox le hizo gracia.

—¡No! —negó meneando la cabeza—. Me siento bien. Relajada. Es que tú... me impones.

Nox elevó las cejas y apretó los labios para no reírse.

—¿Estás coqueteando conmigo, Ethel?

Ella lo miró inocente y se encogió de hombros.

—Puede. No lo sé.

Nox tensó la mandíbula y tomó aire despacio. Verla con su ropa bastaba para tentarlo, pero su actitud no ayudaba.

—Vale... Creo que prefiero a la Ethel tímida. Esto es casi demasiado para mí.

Ethel alargó un dedo y le apuntó el pecho, presionando con suavidad. Nox siguió con la mirada el recorrido de su tacto, tragando saliva.

—¿Te doy miedo? —rio ella.

—Puede... —respondió él, con la voz ronca.

Ethel soltó una carcajada.

—Tiene gracia que yo te dé miedo. ¿Qué? ¿Crees que podría echarte un maleficio?

—No. Eso no es lo que me da miedo —reconoció Nox con la voz apretada.

Ella deslizó el dedo por la línea de sus músculos, entretenida.

—Estás fuerte. Te vi sin camiseta en la regata. Estás muy... bien.

—¿Bien? —Le costaba respirar—. ¿Solo bien?

La mano de Ethel siguió tocándole el pecho. Se le encogieron los músculos del vientre, tensos.

—No, muy bien.

Nox echó la cabeza hacia atrás, torturado.

«Joder...», pensó.

Cerró los ojos un instante, reprimiendo un gemido.

Ghom no está en casa...

—No puedes hacerme esto, Ángel. No es justo.

—¿El qué? —preguntó ella riendo sin entender.

Nox bajó la mirada un momento a su boca, luego fue hasta la mano con la que lo seguía tocando y, por último, hasta sus ojos. La contempló con adoración..., con deseos de profanación.

En ese momento, pitó la secadora. Nox se levantó de golpe, salvado. Fue a la cocina a toda prisa, con la cabeza llena de una reproducción muy gráfica de lo que deseaba hacer con ella. Se recolocó los vaqueros, tenso, y dejó escapar un suspiro.

Sacó las prendas de la secadora y se volvió, chocando con Ethel, que lo había seguido hasta la cocina. Ella perdió el equilibrio y se aferró a su camiseta, agarrándolo del cuello para no caer hacia atrás. Sus uñas le arañaron ligeramente la piel.

Nox se quedó quieto. Se miró el pecho donde sus dedos le habían dejado marcas rojizas y luego a ella, que trataba de estabilizarse. Le puso una mano en la espalda para sostenerla, y ella apoyó ambas palmas en sus pectorales.

—Ups —murmuró Ethel.

Nox bajó la mirada hasta sus manos, y volvió a alzarla hasta su rostro, contiendo el aliento.

Ethel levantó la cabeza y sus bocas quedaron muy cerca.

Nox sintió un hueco abrirse en su estómago. Por un segundo creyó que iba a besarlo. Abrió los labios para tomar aire. Sus ojos se detuvieron en la boca de Ethel. Se sacudió, turbado, expectante.

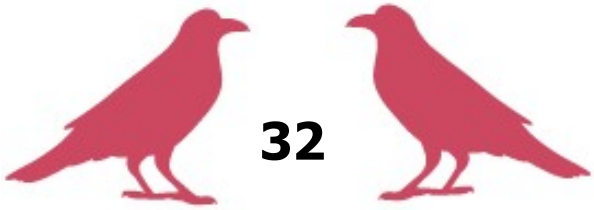
El anticipo, abrasador, quemaba su voluntad como una mecha.

Entonces Ethel, con un gesto repentino, alzó la mano como si acabara de recordar algo, y sus dedos rozaron sus labios.

—¡La ropa! Cierto. —Le quitó las prendas y le dedicó una sonrisa radiante—. Gracias, voy a cambiarme.

Y lo dejó ahí, clavado al suelo de la cocina, frustrado, aturdido y más perturbado de lo que quería admitir.

Alguien necesita una ducha fría.



32

La mansión de los Holloway era una reliquia victoriana. Los ventanales arqueados reflejaban los destellos de las luces que parpadeaban en su interior. La verja de hierro del pequeño jardín delantero estaba abierta de par en par, y grupos de jóvenes iban entrando, algunos con botellas en la mano, otros encendiendo cigarrillos en el porche. Era una fiesta, pero también era un espectáculo; todos querían estar allí, formar parte de aquello, ser vistos.

Nox cruzó el umbral y lo envolvió el retumbar de la música, el bajo palpitando a través del suelo de madera. Se quitó la chaqueta y la tiró sobre un sillón en el vestíbulo. El aire estaba cargado de humo y alcohol.

Se pasó una mano por el pelo. Hacía demasiado calor allí dentro. Agarró un vaso de un aparador y le dio un trago mientras esquivaba cuerpos. Las lámparas de araña proyectaban sombras oscilantes sobre los rostros de los adolescentes, cuyas risas se perdían entre canciones y gritos de euforia.

Bostezó.

—¿Qué te parece? —preguntó Silas, apareciendo a su lado con un vaso en la mano y una estúpida corona de plástico en la cabeza.

Llevaba camisa y pantalón negro, y un reloj caro en la muñeca.

Niñato presumido.

El chico de oro de Ebonwick los tenía a todos comiendo de la palma de su mano.

—Fascinante —respondió Nox sin entusiasmo. Recorrió el salón con la mirada. A su alrededor, chicos y chicas bailaban, charlaban, se enrollaban al ritmo de la música esparcidos por toda la casa, bebiendo y riendo.

Las luces eran tenues, teñidas de un rojo carmesí.

Silas asintió, dando un trago largo a su vaso, y luego observó a la multitud. Nox lo siguió con la mirada. Había algo tenso en su expresión, una especie de inquietud que no era propia de él.

—¿Nervioso? —inquirió Nox, arqueando una ceja.

—¿Nervioso? —repitió Silas, como si la idea le resultara absurda—. ¿Por qué iba a estarlo? Es mi fiesta.

Nox no respondió, pero algo en la forma en que Silas apretaba el vaso con los dedos le hizo sospechar. Un mal presentimiento.

—Ivy anda como loca buscándote —agregó Silas, cambiando de tema con demasiada rapidez—. Enróllate con ella de una vez para que podamos descansar. La princesita no va a parar hasta que lo consiga.

Nox esbozó una sonrisa irónica y se recostó contra una mesa. Iba a necesitar algo más fuerte que el alcohol para divertirse.

Todavía no has conseguido desprenderte de lo que pasó con el angelito en el apartamento.

La odiaba, la odiaba por ocupar su mente sin permiso, por haberle toqueteado de aquella forma y luego haberse comportado como si nada. ¿Cómo se atrevía? Su falta de reacción lo mataba.

—Mmm... Hacer que un pastor pierda los nervios. Eso puede ser divertido —le contestó a Silas mientras apuraba su bebida.

Quizá así acabarás con la tortura de tu obsesión por el angelito...

«No estoy obsesionado con ella», se defendió.

Silas le dio una palmada en el hombro y se alejó entre la multitud, repartiendo saludos. Justo cuando se llevaba un nuevo vaso a los labios, Ivy apareció ante él, envuelta en un vestido rojo de terciopelo.

—Hola —lo saludó inclinándose hacia él para que pudiera oler el perfume dulzón que llevaba—. Te estaba buscando.

Nox la dejó hacer. Estaba de mal humor. No podía sacarse de la cabeza el rostro de Ethel, sus ojos grandes y transparentes, su boca al sonreír. Lo guapa que estaba con su ropa...

Dejó escapar un sonido de frustración.

—Estás serio... No pareces tú.

Nox le quitó la copa de las manos a Ivy y echó la cabeza hacia atrás para bebérsela de un trago. Le pasó un brazo por los hombros.

—Vamos a cambiar eso. Dime dónde guarda Silas el alcohol bueno, esto está malísimo.

Ivy lo miró ilusionada y lo guio hacia la parte de arriba.

Ethel, sentada frente al fuego y arrebujada en un chal tejido por tía Daphne, observaba los libros que tenía esparcidos por la mesita de café. Grimorios que Seraphine le había prestado, textos polvorientos de botánica mágica... Pero, en aquel instante, el que ocupaba su atención era un volumen encuadernado en cuero oscuro con un hechizo que rezaba: «Despojar de los grilletes del miedo y fortalecer el corazón. Temporal, poderoso, desinhibido*».*

Su dedo se deslizó por el texto, repasando los pasos. No era complicado.

Sus tías y su abuela habían salido temprano para la reunión con las Trece, dejándola sola en la mansión.

Llevaba toda la tarde debatiendo consigo misma. Quería ir a la fiesta de Silas. Una parte de ella se moría de ganas por estar allí, por sentirse parte de algo. Por un segundo, incluso se permitió fantasear con la idea de ser una chica normal de diecisiete años, riendo y bebiendo como las demás.

Y quería verlo a *él*.

Sin embargo, el miedo la paralizaba, como un veneno que le entumecía las extremidades. El pulso le latía en las sienes y sentía las manos frías, húmedas, con solo imaginarse allí, rodeada de desconocidos. Aquella sensación de angustia la ahogaba. Había desarrollado esa fobia social como consecuencia de sus años en el colegio y el instituto, de los accidentes, los cuchicheos, las miradas. Le daba pánico exponerse. Era un monstruo invisible que pesaba sobre sus hombros.

Ethel leyó todo el hechizo de nuevo. En letras finas y estilizadas, el texto describía cómo liberar los bloqueos emocionales y permitir que el verdadero yo floreciera, libre de miedos.

Fue a la cocina con el libro en las manos. Se recogió la larga melena en un moño rápido y se remangó. Sacó algunas hierbas de la despensa: lavanda para la calma, romero para la claridad y ajenjo para el coraje. Sobre la mesa dispuso un cuenco de cerámica y vertió un poco de agua de lluvia que tía Seraphine guardaba siempre en la nevera. Le había dicho que era esencial para conjurar bien.

Corrió escaleras arriba. Guardaban las velas en una alacena estrecha y abarrotada. Se llevó una negra y otra plateada. Las

encendió colocándolas a cada lado del cuenco de vuelta en la cocina.

Ethel cerró los ojos y respiró profundamente, permitiendo que la esencia de las hierbas la envolviera.

—«Que el miedo se disipe, que la oscuridad se aclare, que el valor se alce y la confianza me ampare» —susurró, repitiendo las palabras del grimorio.

Esta vez se aseguró de hacerlo bien y de no equivocarse, como le había ocurrido en casa de Nox unos días atrás. A tía Seraphine casi se le sale el café por la nariz cuando le contó lo que había pasado por culpa del ensalmo.

«Vamos, concéntrate», se dijo. La magia era parte de sí misma y debía dominarla y no permitir que fuese al contrario. Tomó unas cuantas respiraciones y sintió cómo fluía por su cuerpo, suave.

Desmenuzó las hierbas y las dejó caer en el agua, observando cómo flotaban y se entrelazaban, creando un vórtice lento y armonioso. Tomó un hilo rojo, que había encontrado en el costurero de tía Daphne, y lo sumergió en el cuenco, dejándolo empaparse por completo. Después, lo sacó y escurrió el exceso de agua con cuidado. A continuación, lo ató alrededor de su muñeca izquierda.

El aire se sintió diferente, más liviano, más limpio. Ethel observó su reflejo en el agua del cuenco y esbozó una sonrisa amplia y confiada.

Apagó las velas y subió las escaleras de nuevo, con paso decidido. Su cuerpo se movía ligero, sus pulmones se hincharon al completo. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risa antes de seguir subiendo hacia el cuarto de tía Daphne.

Les había hablado a ella y a Seraphine de la fiesta de Silas Holloway. Las dos la habían animado a ir.

—Tengo un vestido perfecto. Está guardado en una funda de terciopelo rojo en el armario de la derecha. Prométeme que lo usarás —le pidió Daphne.

—No sé...

—¿Por qué no quieres ir? —preguntó Sera.

—Sí que quiero. Silas me cae bien y quiero intentar ser menos distante. Pero...

—¿Pero?

Sus tías, sentadas frente a ella en el salón, habían dejado de prestar atención a la película en blanco y negro que habían puesto. En momentos como ese se hacía más evidente que eran mellizas.

Ethel había dejado escapar un suspiro.

—Me encontraré con Nox. Y... —Estaba muy avergonzada por su comportamiento—. La fastidié el otro día en su apartamento. No sé con qué cara mirarlo ahora. —Se echó hacia atrás tapándose el rostro y soltó un sonido de frustración—. Ni siquiera sé si a él le atraigo...

—Entonces enróllate con Holloway. El alcalde es un memo, pero el chaval no está mal.

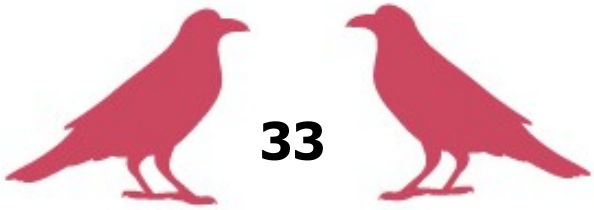
—¡Sera! —La empujó su hermana—. Ay, cariño, que alguien no te vea como tú deseas es devastador. Pero quién sabe, quizá eso cambie.

Al irse, tía Seraphine le había entregado el grimorio que contenía el hechizo para combatir el miedo.

—Cuando volvamos espero que me cuentes que has ido y que te lo has pasado genial. —La apuntó con un dedo, amenazándola.

Ethel, frente al espejo, se observó por unos segundos. Algo había cambiado en sus ojos. Brillaban.

—Vamos a darles algo de qué hablar... —se animó a sí misma recordando las palabras de Silas.



33

Nox esquivó a un par de chavales que se enrollaban en el primer piso, junto a las escaleras, y sobrepasó a otro, que dormitaba en un escalón, saltándolo por encima.

Ivy lo miró arrugando el gesto.

—Silas es idiota y ha invitado a todo tipo de... —se quejaba mientras intentaba esquivar al chico con cara de asco—. Antes no era así, antes habría hecho otro tipo de fiesta...

Nox no la estaba escuchando, miraba hacia el vestíbulo, planteándose saltar por encima de la barandilla y huir.

No soporto a esta chica.

La puerta principal se abrió y el frenesí y la euforia que llenaban el ambiente se esfumaron.

El mundo pisó lento.

El mundo se silenció para Nox.

El torrente de su sangre se detuvo, se espesó y, finalmente, se aceleró.

Ethel Ashbourne traspasó el umbral y se paró en el recibidor, bajo la tenue luz de la lámpara de araña. Llevaba un vestido rojo sangre con un corsé ajustado que le ceñía el pecho y definía su cintura de una forma casi provocadora. La falda, llena de encajes y volantes

desestructurados, se desplegaba en capas asimétricas, revelando sus muslos. Sus piernas, largas y esbeltas, estaban enfundadas en unas botas de tacón alto, con cordones que se ajustaban hasta las rodillas.

Y el cabello... Su melena rubia caía como un río dorado sobre sus hombros, suelta y ondulada. Había algo etéreo y salvaje en ella. No quedaba nada de la delicada tristeza que siempre la envolvía.

Nox se quedó inmóvil. Sus dedos se clavaron en la madera de la barandilla tan fuerte que crujió. En su interior, algo primitivo se removió, abrasador.

Y el ángel prendió el mundo en llamas.

Y el ángel se transformó en demonio.

—¿Nox? —La voz de Ivy se coló en su oído, irritante y molesta, como un insecto zumbando demasiado cerca—. ¿Estás bien?

Todos los ojos se volvieron hacia Ethel, las conversaciones murieron durante unos segundos, para luego alzarse en forma de murmullos.

Silas apareció entre la multitud, abriéndose paso con rapidez. Su rostro se iluminó con una sonrisa triunfal, depredadora, en cuanto la vio.

Nox lo entendió al fin. Su nerviosismo de antes se debía a que la estaba esperando a *ella*.

Un rugido sordo se formó en el pecho de Nox y le quemó la garganta. Silas llegó hasta Ethel y le dijo algo que Nox no alcanzó a oír, pero sí vio la forma en que ella sonrió; no había rastro de su timidez ni inseguridad habitual.

—Silas es un imbécil, tenía que invitar a la rarita. Mi padre no quiere que esté cerca de esas mujeres —se quejó Ivy.

—Bueno, así conseguirás que te haga caso de una maldita vez. ¿No es eso lo que quieres? —escupió Nox perdiendo la paciencia.

Ivy abrió los ojos avergonzada y herida a partes iguales.

Silas le cogió la mano a Ethel y la llevó hacia el salón. Nox apretó los dientes, sintiendo cómo el calor le subía por el cuello.

Ethel se miró la muñeca donde tenía atado el cordel rojo. Se preguntó cuánto duraría el efecto del hechizo. Era curioso, porque sus miedos aparecían y desaparecían como una luz intermitente.

En el salón la gente se retorcía en los sofás de terciopelo, riendo, bailando, besándose. Apartó la mirada y tragó. Sentía un peso en el estómago. Algo cálido y grande que la hacía respirar en jadeos cortos.

—Vaya... Ashbourne —dijo con una media sonrisa Silas, repasándola de arriba abajo—. Debo decir que este es el mejor regalo que he recibido por mi cumpleaños.

Ethel parpadeó. Se aclaró la garganta, sus dedos jugaron con los encajes de su falda.

—Prometí que sería menos distante —replicó.

Él se inclinó un poco, acercando los labios a su oído para que su voz vibrara contra su piel.

—Estás impresionante y estoy seguro de que te has dado cuenta al mirarte al espejo —susurró—. Y confieso que llevaba toda la noche esperando que aparecieses.

Ethel se obligó a mantener la compostura, aunque su corazón latía desbocado. El hechizo aún recorría sus venas, encendiendo su valentía como una cerilla. Lo miró directo a los ojos dando un paso hacia atrás.

Las palabras de su tía diciéndole que se enrollase con Silas la asaltaron en ese momento. Era mono. Pero al mirarlo solo podía pensar en otro rostro con ojos violeta.

—Gracias, es de mi tía Daphne —dijo, mirando su atuendo.

—Ten cuidado esta noche.

—¿Por qué?

—Porque a todos nos gustan las cosas bonitas. Y cuanto más inalcanzables, mejor. Y tú eres las dos cosas.

Ethel frunció el ceño. No creía que fuese ni una cosa ni la otra. Para ser justa, en las últimas semanas, desde que había empezado a practicar con su magia, ya no se miraba y veía un rostro marchito. Se sentía mejor consigo misma, más en paz quizá. Pero definitivamente no era inalcanzable, sino lo contrario. Todo lo que había deseado siempre es que la quisieran, que la eligieran. Quería tener relaciones normales, quería tener lazos, quería pertenecer a otros.

Más que cualquier cosa, eso es lo que deseaba. Quería ser amada. Su padre la quería, aunque se debatía entre su madre y ella en muchas ocasiones, y su madre... a veces no lo tenía claro. Había momentos en los que la miraba con pesar, con dolor, como si hubiese cometido un error al traerla al mundo. Diría que había culpa. ¿Se sentía culpable por no amarla y eso la hacía rechazarla aún más? ¿O se sentía culpable por haberla traído al mundo aun sabiendo el destino que la acompañaría?

Ahora comprendía muchas cosas. La entristecía a la vez que la enfurecía que su madre hubiese decidido tenerla, sabiendo que heredaría su naturaleza de bruja, y que la rechazase por ello.

¿Por qué tener una hija si no puedes quererla?

Era diferente con sus tías y su abuela. Sí, al principio había sentido una barrera que las separaba, pero aun así podía sentir su amor, cómo deseaban su felicidad y que fuese parte de su familia.

—No soy inalcanzable. No quiero serlo.

Silas la miró con una pregunta implícita en los ojos.

—A veces la gente solo tiene miedo —explicó Ethel—. A hacer daño y que eso les haga daño a ellos mismos. A que los rechacen. A equivocarse, a decir lo que no deben, a actuar como no deben, a no encajar, a resultar incómodos o extraños.

—¿Y cómo sabes que va a ser así?

—No lo sabes. Pero si tocas algo caliente y te quemas una primera vez, la siguiente vas con cuidado, aprendes que eso te causa daño y no lo haces. Es igual con las personas, tu cuerpo aprende a defenderse, a evitar la herida. Ni siquiera tienes que ser consciente de que lo haces, es un mecanismo que se implementa solo.

—Supervivencia —reflexionó Silas.

La estudió atentamente.

Ethel apretó los labios, el cordel no le permitía tener miedo, pero se sintió incómoda, como si hubiese dicho más cosas de las que debía. Recorrió el salón con la mirada deseando escapar.

Su corazón tropezó contra su pecho cuando captó un vistazo de Nox. Algo crepitó en el aire, un calor conocido le recorrió la piel. El hechizo aún ardía en sus venas, impulsándola a acercarse, a desafiar esa mirada oscura y salvaje que la sostenía con una fuerza inexplicable.

Silas siguió su mirada y soltó un bufido. Pero ella dejó de prestarle atención. Sus pies la llevaron hacia él mientras una sonrisa ilusionada tiraba de sus labios pintados de rojo.

Nox no se movió. Su mirada se paseó por el vestido encorsetado, por la línea de su escote y la curva de su cintura. Bajó por la falda de encajes y después por las botas que trepaban por sus piernas. Su mandíbula se tensó y se pasó la lengua por el labio inferior.

Ethel inspiró profundamente, buscando el valor que había sentido hacía un segundo, y alzó la barbilla.

—Hola —saludó. El huracán en su estómago subió hasta su garganta.

Los ojos de Nox se oscurecieron cuando frunció el ceño. Su expresión era dura, pero se suavizó ligeramente al escucharla. A Ethel le gustaba la forma en la que él cambiaba cuando estaban solos, como si fuese más suave, más vulnerable, más él mismo con ella.

Nox dejó el vaso que sostenía en un aparador y dio un paso hacia ella. El salón se encogió. El corazón de Ethel galopó tras sus costillas.

—Ven —le pidió, tomándola del brazo.

La piel de Ethel se estremeció al contacto.

Salieron al jardín, lejos de la música y de las miradas curiosas. El aire era frío, y la luna brillaba alta y plateada sobre ellos. Nox la soltó y Ethel retrocedió un paso, llevándose una mano al brazo. El lugar estaba vacío, rodeado de arbustos oscuros y macetas secas.

—¿Qué haces aquí? —espetó con la voz rasgada y baja.

Ethel parpadeó, su tono fue como una bofetada.

—Silas me invitó.

Los músculos del cuello se tensaron y destensaron, parecía irritado.

—Claro que te invitó... —Nox dejó escapar una risa—. Pero por qué has venido... —La recorrió con la mirada, haciendo que un calor incómodo se arremolinara en su estómago.

Ethel se irguió, dolida.

—¿Cuál es el problema?

Nox se movió perdiendo la paciencia. Cerró los ojos y se apretó las sienes.

—El problema es que no deberías estar aquí.

Ethel agradeció el hechizo porque sentía un nudo inmenso de lágrimas presionarle la garganta.

—¿Por qué...? Pensaba que... Quiero decir, somos amigos.

El rostro de Nox se estremeció con una mueca.

—Por todos... ¡Deja de pensar que todo el mundo tiene buenas intenciones! N-no sabes por qué me he acercado a ti, puedo haberlo hecho por pena o por... —la voz se le quebró— por otro motivo. No deberías fiarte de la gente con tanta facilidad, y menos de Holloway. Aprende la maldita lección, Ángel.

—No me llames así —lo cortó ella, enfadada.

Nox permaneció inmóvil, con las manos crispadas a los costados y los ojos entrecerrados. Su expresión era una máscara pétrea, como tallada en mármol. El silencio se alargó entre ellos; un precipicio invisible y afilado.

Ethel tragó saliva. El hechizo que había lanzado para sentirse segura parecía desvanecerse con la misma facilidad con la que él la destrozaba. Se obligó a mantener la barbilla en alto, a no desmoronarse delante de Nox.

Lo peor... lo peor es que, aunque fuese verdad, aunque él solo hubiese sido simpático con ella por pena, igualmente la había hecho feliz.

—No entiendo... —musitó al fin—. No entiendo por qué te comportas así... ¿Qué te importa a ti si dejo que la gente me utilice?

—¿Cómo? —Nox dio un paso adelante; su sombra devoraba la de ella.

El viento sopló entre los arbustos, agitando su melena dorada y despeinándola aún más. Los dedos de Nox se crisparon.

—No tienes por qué ser cruel —continuó ella—. Yo elijo cómo son mis relaciones.

La sonrisa de Nox fue lenta y le marcó un hoyuelo. Incluso, con esa expresión de desagrado le pareció tan atractivo...

«Soy estúpida», se dijo.

—Te avisé de que yo no tengo buen corazón. De que no era como tú creías —dijo furioso—. Ahora no me mires como si te hubiese decepcionado.

Ethel sintió el calor ascenderle por el cuello hasta teñirle las mejillas. La rabia y el dolor se mezclaron en su pecho, formando una bola incandescente que la quemaba desde dentro.

Agachó la cabeza y sonrió comprendiéndolo.

—Ya lo entiendo —balbuceó para sí misma.

—¿El qué?

—Te ha molestado que me haya acercado a ti delante de todos. Lo comprendo, Ebonwick es un pueblo pequeño y mi familia y yo no tenemos una buena reputación. Si es por eso, fingiré que no nos conocemos, no te preocupes. Jamás le contaría a la gente que... Pero no tenías que ponerte así, si me lo hubieses dicho, lo habría entendido, no me importa.

Algo parpadeó en la mirada de Nox, un destello oscuro y visceral. Sus palabras parecían haberlo enfurecido aún más. Se acercó, acortando la distancia entre ambos. El frío de la noche quedó sepultado por el calor que emanaba de su cuerpo.

—Sí, exacto, lo has entendido perfectamente. —A Ethel le dio la impresión de que estaba siendo sarcástico—. Así que, si puedes marcharte, será lo mejor...

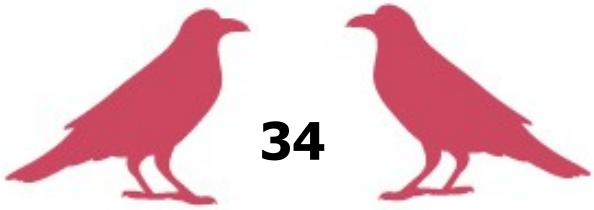
Ethel levantó la barbilla y cogió aire hinchando el pecho.

—No. No pienso esconderme nunca más. Pero, tranquilo, te dejaré en paz. —Y antes de que él pudiera decir nada más, giró sobre sus talones y volvió dentro, con los tacones resonando contra el suelo de piedra.

Necesitaba olvidarlo, necesitaba dejar de pensar en esos ojos oscuros y en esa boca cruel. Sin pensarlo dos veces, se dirigió a la mesa de las bebidas y se sirvió un vaso. El líquido le quemó la garganta, pero no lo suficiente para apagar el fuego que ardía en su interior.

Silas la agarró de la mano y la condujo hacia otro de los salones, donde la gente bailaba. Había apartado los muebles para hacer espacio. Las luces estaban tan atenuadas que prácticamente todo era penumbra y la música se bebía todos los pensamientos. No había espacio para la razón en aquel lugar.

Era mejor así. Perderse hasta que no quedara nada.



34

Nox se apoyó en una de las paredes de la cocina. Sus ojos repasaban fríos y analíticos el salón contiguo donde la fiesta seguía su curso: una pareja discutía acaloradamente, Ethel mordía un trozo de *pizza*, alguien vomitaba en un jarrón, Ethel se reía de algo que Silas le decía, un idiota se rociaba con cerveza, Ethel bailaba... Le invadieron unos celos salvajes. No debería ser así de posesivo con alguien que no le pertenecía y a la que no deseaba poseer, por otra parte. O no debería desear... porque era ridículo y temerario. Y Nox a veces podía ser un poco temerario, pero jamás ridículo.

Yo más bien tiraría por gilipollas.

«Nadie se odia a sí mismo más que yo en este momento».

Quizá el angelito sí.

Aquello le asestó un golpe mortal.

«A lo mejor consigo que me perdone, si se lo explico...».

Oh, claro, ¿y cuál es tu excusa?

«Que soy, en efecto, gilipollas», admitió.

¿Qué hacían los demás cuando no eran capaces de manejar sus emociones? Intentaban atenuarlas. Nox no tenía experiencia en ese campo. Él rara vez sentía demasiado. Casi todo le daba igual.

«Odio esto», se quejó mientras bebía. Quería arrancarse ese nudo de cosas que tenía en el pecho: la culpa, el desprecio, el dolor, la tristeza, los celos y el anhelo. Sobre todo, el anhelo.

La fiesta era una estela de colores, movimientos, sonidos. Todo iba demasiado deprisa, demasiado difuso y descolorido. Y él solo conseguía enfocarla a *ella*.

«No soporto que piense que me avergüenza que me vean con ella en público», se quejó.

Ethel bailaba con Silas. Su melena dorada ondeaba cada vez que giraba. Su vestido rojo sangre era como una quemadura.

Ese podrías ser tú si no fueses imbécil. Deberías ponerle fin a esta miseria.

Rara vez su conciencia suplicaba, y ahora sonaba como un animal lastimado, gimiendo.

Ethel bailaba con delicadeza, manteniendo cierta distancia con Silas. Eso lo apaciguaba, aunque no lo suficiente.

Era una visión peligrosa... y deseaba que fuese suya.

Silas se agachó para decirle algo al oído por encima de la música y Ethel sonrió asintiendo. Nox vio la reacción de Silas. Ethel Ashbourne no debería jamás sonreír a nadie de esa forma, como si fueses el sol regalándole los primeros rayos del amanecer. Te hacía sentir especial, te hacía sentir mejor persona de la que probablemente eras. O al menos eso le había ocurrido a él. Y ahora podía ver el mismo efecto en Silas.

Nox maldijo entre dientes.

Si ibas a lloriquear tanto, no haberla apartado así.

Ethel se separó del chico y se encaminó sola hacia uno de los pasillos.

Nox sintió algo dentro de él resquebrajarse y se encontró cruzando la estancia a zancadas, empujando a cualquiera que se

interpusiera en su camino, con la mirada fija en ella.

El pasillo solo estaba iluminado por una lámpara que emitía una suavísima luz anaranjada. Ethel esquivó a una pareja y miró las puertas buscando algo.

Nox le dio alcance y la agarró del brazo frenándola casi con brusquedad. Ethel se giró, tensa, hasta que sus ojos se encontraron.

Un choque eléctrico que los paralizó.

—¿Nox...? —murmuró, pero no llegó a decir nada más.

Pon fin a esto, pobre desgraciado...

—Él no lo merece.

Los ojos de Ethel, brillantes y gigantes, se estrecharon.

—¿El qué? —preguntó ella.

—A ti, nadie en este pueblo te merece. Yo no te merezco, Ethel. Esa es la verdad.

Ella cogió aire.

Nox nunca se había sentido tan torturado por la expresión de alguien.

—¿Qué quieres de mí, Nox? —le preguntó, volviéndose del todo hacia él.

Nox bajó la barbilla para mirarla; estaban demasiado cerca.

Vamos, díselo.

La miró. Demasiadas cosas. Tantas, que no sabría por dónde empezar... y algunas de ellas eran injustificables. Podría pedir cosas sencillas, como su atención. Pero si quisiese ser codicioso... Entonces, la besaría. La desnudaría. Le gustaría asegurarse de que nadie podía apartarla de su lado, pero aquello estaba fuera de los límites.

Inspiró despacio, conteniendo el temblor de sus manos.

—Nada —jadeó.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

Nox cogió aire.

—Sacarte de un error.

—¿Cuál?

La cercanía de Ethel, lo oscuro de su mirada, el roce de sus cuerpos, demasiado cerca... Todo ello, mezclado con el alcohol, le calentaba la sangre. Volvió a tener pensamientos prohibidos con su boca. Nox se estremeció, aquello era clandestino, estaba mal.

¿Era acaso uno de esos idiotas que se obsesionan con lo que no pueden tener?

—Me da igual que nos vean juntos, no me avergüenzo de ti, Ethel. De hecho, es todo lo contrario —admitió.

Ethel asintió despacio. Una. Dos veces.

Sus ojos se estrecharon y bajaron a su boca. Era el anticipo de un beso.

Se alzó sobre las puntas de sus botas. Estiró el cuello, sosteniéndole el rostro, y lo besó.

Ah... Nox se quedó petrificado.

El corazón le martilleó con tanta fuerza que sintió vértigo.

Ah... La sensación fue abrumadora.

Se tambaleó, mareado.

Fue el más tierno de los apocalipsis.

«Debo estar borracho, debo estar alucinando. Debe ser cosa de la mezcla de alcohol y... lo deseo tanto que quizá...», se aturulló con sus emociones.

Cerró los ojos, convencido de que deliraba, que el anhelo que sentía había terminado por trastornarlo. Fue demasiado y, al mismo tiempo, demasiado poco.

Su garganta se movió apretada. Su cuerpo tembló.

Ethel empezó a apartarse y él movió el brazo para retenerla. La rodeó por la cintura y la pegó contra su cuerpo besándola de verdad. Presionó sus labios hasta que los abrió y coló la lengua dentro.

Su sabor lo incendió.

Demasiado posesivo para que ella no signifique nada…

¿De qué valía ya mentirse a sí mismo?

Él, que solo sabía ganar, se estaba sumergiendo en un juego del que se sabía perdedor.

La empujó contra la pared y el beso se llenó de una urgencia casi violenta. Sus bocas colisionaron voraces, salvajes. Se ahogó en ella, dejando escapar un gemido de alivio. Sintió un hambre desmedida, una necesidad insaciable.

La atrapó contra su cuerpo, una mano enredándose en su cabello mientras la otra le ceñía la cintura, obligándola a acercarse aún más, a borrar cualquier distancia.

Ethel jadeó contra su boca, entregándose con la misma intensidad. Sus manos subieron por la espalda de Nox, agarrándose a él, aferrándose como si pudiera desmoronarse en cualquier momento. El sabor del alcohol, del deseo, de algo más oscuro y prohibido se mezcló entre sus labios.

El jefe no tiene por qué enterarse.

Solo un poco, solo esta vez…

Porque han sido unos días difíciles y estás en tu límite. Y ella lo ha empezado y eres incapaz de rechazarla. Y es imposible respirar a su alrededor. Y llevas días sin dormir…

Ethel le acarició el pelo y Nox gimió, como si hubiese aplicado un calmante a una herida abierta. Le sostuvo el rostro con las dos manos y le inclinó la cabeza hacia atrás para morderle el labio y luego recorrerlo con la lengua.

El pulso le latía en la garganta, desbocado. Era un caos de sensaciones; la calidez de su piel, el roce del encaje bajo sus manos, el temblor en sus labios mientras la besaba más profundo, más duro. Ella respondió con un gemido que se perdió entre ellos, y ese sonido, esa diminuta muestra de entrega, fue suficiente para que Nox perdiera el poco control que le quedaba.

—Te dejaré cicatrices, Ángel —murmuró contra sus labios, sin apartarse, sin dejar de rozar su boca con la de ella.

Ethel abrió los ojos, sus pupilas dilatadas, la respiración entrecortada. Sus dedos se aferraron a sus hombros. Esta vez fue ella la que recorrió su labio inferior con la lengua, acariciando el metal de su *piercing*.

Por todos los demonios...

Su cabeza se llenó de blasfemias.

—Puede que no me importe —susurró ella.

Nox cerró los ojos un segundo, conteniendo la brutal oleada de deseo que lo sacudió. La besó otra vez, más lento, más profundo.

El mundo a su alrededor se volvió borroso, insignificante.

El aliento de Ethel ardía contra sus labios, y Nox no pudo evitar hundirse más en ese beso. Llevaba demasiado tiempo reprimiendo algo que finalmente había explotado.

Sus manos la aferraron por la cintura, acercándola aún más, eliminando cualquier espacio entre ellos. Podía sentir el latido acelerado de su corazón contra su pecho, el calor de su cuerpo filtrándose a través de las telas.

Sin apartar sus labios, Nox descendió por su mandíbula, rozando la piel pálida de su cuello. Ethel jadeó, arqueando la espalda, entregándose al contacto. Él sonrió contra su piel, sus dientes rozaron con una delicadeza engañosa la curva de su garganta. Le mordió el cuello, haciéndola estremecer.

—Nox... —su nombre escapó de sus labios en un susurro entrecortado, un ruego silencioso que le encendió aún más.

Las manos de Nox viajaron hacia abajo, deslizándose por el corsé, siguiendo el contorno de su cintura hasta llegar al borde de la falda. Coló los dedos por debajo del tejido, encontrando la piel desnuda de sus muslos. Ethel se tensó un segundo, dejando escapar un suspiro que se transformó en un gemido ahogado cuando él cerró la distancia entre sus cuerpos, pegándola contra él.

Ni su imaginación, ni siquiera sus sueños habían conseguido emular aquellas sensaciones. Era mejor, era infinitamente mejor.

Sus manos continuaron su recorrido, subiendo por la curva de sus piernas hasta apretar su culo con firmeza, acercándola aún más. Ethel se mordió el labio, cerrando los ojos, perdida en la sensación.

Y entonces, se movió. Y el roce de sus caderas contra las de él le arrancó un sonido grave, profundo, directo desde el pecho.

Nox enredó los dedos en su pelo y tiró para dejar su cuello expuesto. Le hundió los dientes en la carne. Su olor, su respiración, su sabor... Todo lo estaba llevando al límite, como si fuese la primera vez que lo experimentaba. Como si acabase de descubrir todas aquellas emociones y sensaciones.

—Joder. Ethel... —masculló, apretando los ojos un segundo mientras trataba de contenerse. Pero ella volvió a moverse, buscando más fricción, más de esa sensación abrasadora que los recorría de pies a cabeza.

Nox la miró a los ojos.

Ethel se alzó un poco de puntillas, presionando sus labios contra los de él una vez más, tomando la iniciativa. Y al contrario que al principio no fue delicada ni suave. No hubo rastro de timidez. Su boca se movió experta, malvada. Su lengua lo acarició como si conociese sus puntos débiles.

Es el maldito diablo.

Nox rio peligrosamente complacido a la par que atormentado. «Qué ironía», pensó.

—Dime qué quieres —le pidió Ethel todavía de puntillas, todavía con las manos aferradas a su pelo, todavía con su nariz rozando la de él, todavía con su sabor en la boca.

Los dedos de Nox se hundieron un poco más en su nalga, rozando el borde de su ropa interior.

—Quiero...

«Te quiero *a ti*».

A ti.

A ti.

A ti.

¡Díselo!

Nox no quería renunciar a esos ojos cristalinos que se llenaban de fe y fascinación al mirarle. Anhelaba que ella lo viera siempre así, como si fuese alguien extraordinario. Que esa candidez no se apagara jamás.

Pero sabía que no era real. Cuando la verdad cayera sobre ellos, ella se sentiría decepcionada, traicionada. Descubriría que aquel chico que estaba frente a ella no existía. Que en su lugar había otra cosa. Y entonces lo odiaría. Lo odiaría por lo que era y por lo que le había hecho.

Y Nox sabía que no podría soportarlo.

A veces la despreciaba por anticipado, por lo que haría la Ethel del futuro. A veces se enfadaba con ella por mirarlo con esa adoración, sabiendo que un día cambiaría de opinión.

Se arrepintió del beso, porque desdibujaba las líneas ya de por sí borrosas entre ellos. Porque él era lo que era y no podía cambiarlo, porque le había gustado. Demasiado.

—Lo digo en serio. —Su voz se tornó grave y sombría. Tenía que parar antes de empeorarlo más, antes de que el daño fuese demasiado grande—. Esto no puede pasar. Es mala idea.

Ethel no se movió. Sus dedos seguían enredados en su pelo, y su aliento se mezclaba con el de él en la pequeña distancia que los separaba. Lo miró con esos ojos transparentes, cristalinos y sinceros.

—¿Por qué? —susurró sin voz.

Nox se movió involuntariamente pegándola contra la pared mientras la presionaba con su cuerpo. Sus palabras y sus acciones corrían en direcciones opuestas.

—Porque te haré daño —murmuró contra su boca—. Porque no voy a enamorarme de ti.

«O no debería».

Tarde...

Los ojos de Ethel se oscurecieron, como si esas palabras en lugar de asustarla hubiesen dado voz a algo que ella ya sabía. Sus dedos descendieron por su nuca hasta la base de su camiseta, agarrándola con firmeza.

—Lo sé —lo apaciguó—. No espero nada, en realidad.

Algo en los ojos de Nox se quebró, un destello de tormento puro.

—Esto... —Los dedos que se aferraban a su piel temblaron, y sus ojos recorrieron su rostro como si quisiera memorizar cada detalle antes de dejarla ir. Se llevó la lengua al carrillo, molesto, como si el simple acto de hablar le doliera—. Mierda. Me he dejado llevar, pero no significa nada.

Menos mal que no siempre mientes así de mal.

Ethel se apartó y se recompuso con una sonrisa extraña en el rostro. A Nox le dolía el pecho, el agujero donde debería tener el corazón.

—Ethel... —comenzó, pero ella levantó una mano, interrumpiéndolo.

—No pasa nada. Siento haberte besado. No sé por qué lo he... —Parecía tan arrepentida que lo hirió—. He bebido y esta noche no pienso con claridad. Es culpa mía. Pero de verdad que no... No le des demasiadas vueltas, podemos olvidarlo.

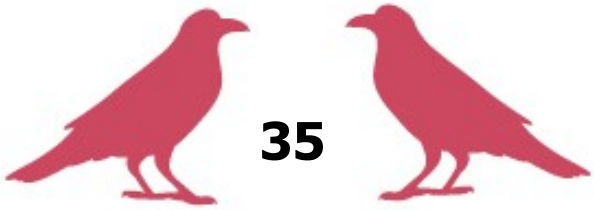
Ella retrocedió otro paso. Nox notó la ausencia de su calor de inmediato, como si el aire se enfriara en cuestión de segundos.

Ethel se alisó la falda y se volvió hacia él con una sonrisa que era demasiado dulce.

—Nos vemos. —Y, sin más, le dio la espalda, dejando a Nox en el pasillo con las palabras atrapadas en la garganta.

Por un segundo, él se quedó allí, observando cómo se alejaba.

Deseó no haber conocido su sabor ni el calor de su cuerpo.



35

Ethel dejó atrás las luces del pueblo y se internó en la carretera solitaria que conducía a la mansión Ashbourne. La noche estaba helada.

El sonido de sus botas resonaba con firmeza contra el empedrado de la calle. Con cada paso que daba el valor que aún le quedaba tras su encuentro con Nox se desvanecía; al igual que lo hacía el hechizo, dejando tras de sí una resaca emocional pesada y punzante.

Se miró la muñeca. El hilo casi había perdido su color.

Los dedos de su mano izquierda fueron inconscientemente hacia sus labios y los acariciaron. Los notó hinchados.

Nox sabía como sus más oscuros sueños. A pecados y a dulzura.

El recuerdo hizo que un nudo le retorciese las entrañas, pesado y caliente.

Odiaba que sus acciones y palabras tuvieran el poder de encender una pequeña vela de confianza en su maltrecha autoestima, pero que pudiese apagarla con la misma facilidad.

Lo deseaba tanto que se olvidaba del daño que él podía hacerle. Incluso del que ella podía causarle a él. Nada importaba cuando estaba con Nox.

Apretó los labios y dejó escapar un gemido de frustración.

Qué narices se le había pasado por la cabeza para besarlo. Por qué había hecho eso...

Aunque él se lo había devuelto. ¿Por pena? ¿Por no hacerle daño? No, nadie besa de esa forma por pena, ¿no?

Al menos no había causado ningún accidente en la fiesta, se consoló. Lo único que había terminado dañado era su corazón.

Ya era más de lo que había experimentado antes y debía enfocarse en lo que tenía y no en lo que no. En lo positivo, en sus avances...

Se detuvo en seco y miró por encima de su hombro, abandonando su discurso motivacional. Le dio la impresión de que había alguien detrás de ella.

—¿Hola?

Apretó el paso, inquieta.

A lo mejor lo había imaginado. El camino estaba bordeado por el bosque y no había ni un alma. Tampoco pasaba por allí ningún coche, dado que se salía de la carretera principal. Quizá solo era cosa de la oscuridad...

El corazón se le aceleró.

Tragó saliva. Caminó deprisa.

«Es absurdo», se dijo, tratando de quitarle importancia.

Solo era su mente jugando con ella presa de aquella atmósfera tenebrosa. Allí no había nada raro. Puede que algún animal y nada más... Seguro...

Algo crujió justo delante de ella.

Ethel se sobresaltó y frenó. Las pulsaciones se le dispararon.

«No es nada, no es nada».

Oyó un sonido viscoso. Como si algo húmedo se arrastrara por el suelo. Y una respiración.

El corazón se le subió a la garganta y dio un paso atrás. Su cuerpo se tensó, cada una de sus fibras se puso alerta.

Una figura salió de entre los árboles con un movimiento lento.

Un hombre...

La respiración de Ethel eran jadeos.

«Corre, corre, corre».

La claridad de la noche tocó su rostro y Ethel contuvo un grito. Tenía la piel manchada, cetrina. Era alto y su cuerpo parecía un poco descompensado.

«Corre, corre, corre».

—Ash...bourne —le pareció que decía.

El horror se le metió entre las costillas como una garra.

Y corrió.

El hombre se lanzó tras ella. Se movió con una agilidad espantosa. Las ramas arañaron a Ethel en la cara mientras se adentraba a trompicones en el bosque, con un grito de espanto atrapado en la garganta.

Si lo despistaba... Si conseguía llegar al jardín trasero de casa... Si...

Un tacón se le hundió en un bache del sendero y tropezó.

Cayó de rodillas y se torció el tobillo con un chasquido seco. Gimió de dolor. Volvió la cabeza para ver cómo el monstruo la alcanzaba.

Ahora sí, el pecho se le partió con un alarido de miedo.

Ethel rodó justo a tiempo para evitar que la agarrara por el pelo con una mano enorme.

—Bruja... —balbuceaba—. Bruja... —Olía fatal, a una mezcla de químicos y descomposición—. Sangre podrida —bufó el tipo.

Ethel se arrastró sobre los codos, jadeando de miedo, hasta alcanzar una piedra, que le lanzó, y le acertó en el pecho, pero solo consiguió que se tambaleara un poco. Se levantó a duras penas,

partiéndose las uñas y arañándose las palmas de las manos en su afán por moverse deprisa. Tenía que pensar. Seguro que había algún hechizo que podía usar contra él, pero era como si todo lo que había memorizado se hubiese esfumado de su cabeza.

El hombre la embistió y la lanzó contra un árbol.

Ethel dejó escapar un gemido de dolor, pero no paró de moverse. Con el brazo presionó sus costillas doloridas y volvió a encaminarse hacia el camino principal. Si su familia estuviese en casa, podría gritar pidiéndoles ayuda, pero estaba sola.

El hombre gruñó algo que no llegó a comprender, no le pareció del todo humano. Sintió un impacto en el hombro que la desestabilizó y, de nuevo, lo tenía encima gimiendo palabras incomprensibles.

Ethel chilló tan fuerte que se quebró la voz.

Notó algo caliente que le corría por el abdomen. Sangre.

La había herido.

El pánico se disparó por todo su cuerpo.

—¡Aléjate! —gritó, extendiendo las manos como acto reflejo.

Un destello rojizo brotó de sus dedos. El ser retrocedió, sorprendido.

Temblando, Ethel se incorporó. Recordó lo que había sentido en el laberinto de maíz. Si no podía recordar ningún hechizo, permitiría que la magia tomase el control.

Dejó que la energía que fluía por su cuerpo se desbordase, dejó que el pánico prendiese cada célula de su ser en llamas. Lo había sentido tantas veces que su memoria sensorial lo tenía grabado.

Fijó los ojos en el cuerpo del intruso y permitió que el fuego brotase de sí misma. Una llamarada prendió el suelo bajo él, quemándolo. Chilló, pero no se detuvo del todo; como si el dolor no le afectase.

No, definitivamente aquello no era un hombre, sino un monstruo, eso seguro.

Ethel retrocedió asustada mientras el cuerpo ardiendo seguía moviéndose hacia ella. Podía ver la carne quemándose, desprendiéndose. Contuvo una arcada y trató de echar a correr de nuevo.

Apenas había avanzado unos metros cuando el tobillo que se había herido cedió, y cayó. La criatura se le echó encima. Ethel gritó asustada y el aire vibró como si algo hubiese estallado rompiendo la atmósfera. El monstruo voló lejos hasta chocar contra el tronco de un árbol.

La onda expansiva vibró a su alrededor haciendo que los animales aullasen y las ramas se sacudiesen.

Justo como había pasado meses atrás, en el gimnasio de su antiguo instituto, su miedo la defendió con rabia, con saña. Un monstruo atacando a otro.

Durante un momento el silencio lo tomó todo, ni siquiera oía su respiración agitada. Sentada en mitad del camino, sus ojos se quedaron fijos en el cuerpo inerte. Mientras su cabeza procesaba lo que acababa de ocurrir.

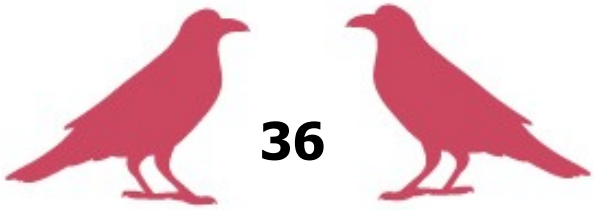
Aturdida por el *shock*, no fue hasta unos minutos más tarde que captó el sonido de unos jadeos ahogados. Giró la cabeza muy despacio hacia el camino que subía desde el pueblo.

La sangre se le espesó hasta convertirse en hielo en sus venas y el corazón se le detuvo.

Aterrada miró a los ojos de Nox, que estaba a unos metros de ella, observando la escena.

TERCER CUADRO
La belle dame sans merci (1893), Frank Dicksee





36

Los brazos de Ethel dejaron de sostenerla y cayó de espaldas mientras la sangre le teñía el vestido. Un gemido de profundo dolor escapó de su garganta y se dobló sobre sí misma.

Nox había tardado demasiado en recuperar la calma y salir tras ella para asegurarse de que llegaba bien a casa.

Se movió deprisa para agacharse a su lado.

Haz algo. Está herida, si le pasa algo…

Sostuvo su rostro entre las manos con excesiva suavidad .

La buscó con la mirada. Pero los ojos de Ethel se apagaban. Y su respiración era demasiado superficial.

Soltó una sarta de palabrotas entre dientes.

Se inclinó sobre ella, tratando de ver la herida. No parecía muy profunda, pero el olor era inconfundible: sangre, y algo más...

El miedo lo golpeó con una fuerza que no esperaba. Un miedo extraño, que no había conocido antes. El corazón se le encogió dolorosamente en el pecho con una punzada aguda y detrás de ese miedo surgió algo violento.

—No te desmayes, ¿me oyes? —le ordenó.

Le cogió la cara entre las manos de nuevo, notando cómo la piel ardía bajo sus dedos.

Ella intentó decir algo, pero solo le salió un murmullo. Sus ojos se cerraban, los párpados cada vez más pesados. Estaba perdiendo la consciencia.

Nox la levantó en brazos.

—¿Dónde tienes la llave de tu casa? —le preguntó, caminando ya a zancadas hacia la verja de la mansión.

—En... el pico del cuervo... El porche —balbuceó ella mientras apoyaba la cabeza en su pecho—. Te estoy... manchando de sangre.

—Como si eso me importara, Ethel.

Nox abrió la puerta de hierro del jardín y caminó deprisa hacia el porche. Cogió la llave y abrió la enorme puerta de madera con un crujido.

—¿Por qué estás aquí? —susurró Ethel con voz débil.

Nox tragó saliva.

—Porque me preocupaba que volvieses sola —respondió.

—Gracias... —murmuró ella contra su piel.

La respiración de Nox se detuvo un momento y sus brazos la apretaron con más fuerza.

Las luces de la mansión estaban encendidas y la chimenea crepitaba con un pequeño fuego. La dejó sobre el sofá con cuidado, apartando los cojines, y acercó una lámpara.

—Tengo que... Tengo que ver bien la herida —le pidió con la voz áspera.

Ethel asintió. Las pestañas le temblaban contra las mejillas pálidas.

—Hazlo...

Sus dedos dudaron un segundo en la tela húmeda. Luego, sin decir nada más, bajó con cuidado la cremallera del vestido. Ethel apenas llevaba un sujetador con ribetes de encaje, la tela tan fina y pálida que dejaba entrever su pecho.

Nox tragó saliva y siguió bajándole el vestido con cuidado hasta las caderas.

La herida supuraba algo negruzco, además de la sangre. Las venas de alrededor estaban amoratadas, retorcidas como si algo estuviese envenenándola.

Un dolor agudo le atravesó el pecho.

«Mierda, mierda, mierda...».

—¿Está muy mal? —preguntó Ethel, tratando de incorporarse para verlo.

Nox se dio cuenta de que había maldecido en voz alta. Se pasó una mano por el flequillo echándoselo hacia atrás.

Empujó a Ethel con suavidad para que se recostase. No tenía ni idea de cómo curarla.

—¿Me estoy muriendo? —murmuró ella.

—No. Solo tengo que...

Ethel sonrió con tristeza e hizo una mueca.

—No te asustes, pero..., bueno, estoy segura de que has visto algo ahí fuera. —Tosió y su cuerpo tembló—. Gracias por no salir corriendo...

—Ethel, eso no importa. Estás herida, así que, si sabes cómo arreglar esto, dímelo. —Vio miedo, duda y angustia en sus ojos. Como si esperase que, en cualquier momento, él se apartase asqueado—. Mírame. —Los ojos vidriosos y enrojecidos de Ethel se fijaron en él—. Podría haberte visto sacarle el corazón a esa cosa y comértelo y me daría igual. No me asusta lo que seas. No me importa. Lo que sí me importa es que te estás muriendo, así que habla.

Ethel dejó escapar una respiración entrecortada y dos lágrimas resbalaron por los bordes de sus ojos hacia sus sienes, pequeñas y silenciosas. Nox supo que había tocado una parte rota de su alma.

Lo vio en la forma en la que su rostro se contrajo, en la que el dolor brotó y la quebró.

«Gracias», trazaron sus labios en silencio. Como si llevase toda la vida deseando oír aquellas palabras.

Aquello lo hizo sentir como un jodido dios sentado en su trono, omnipotente y poderoso.

Y deseó poder sanar cada parte rota de Ethel Ashbourne.

Tú la romperás incluso más que todo esto.

¿Cómo se puede desear tener la capacidad de sanar a alguien a quien sabes que vas a destrozar? Era una maldita contradicción.

—Hay un grimorio... entre esos libros... —señaló la mesita de café — de curación.

Nox pasó las manos por las portadas cubiertas de polvo y símbolos arcanos. Su vista se detuvo en uno encuadernado en cuero azul con un lazo deshecho y marcas de uso.

Rituales de restauración vital

Lo abrió. Estaba escrito en un latín rudimentario mezclado con glosas en inglés antiguo y anotaciones más modernas en los márgenes. Las ilustraciones mostraban cuerpos abiertos, manos alzadas, raíces que brotaban de costillas.

—¿Qué busco?

—Todavía no sé demasiado... —Le costaba hablar—. Pero algo que parezca un conjuro de restauración o purificación...

Pasó las páginas velozmente leyendo para sí mismo hasta que encontró algo que encajaba con lo que necesitaban. Había un cuerpo humano dibujado con ramificaciones oscuras como venas. A los lados tenía anotaciones de ingredientes y cómo prepararlos.

—Lo tengo —anunció mostrándole la página.

—Tienes que ir al laboratorio —dijo Ethel con la voz más apagada que antes—. Allí habrá de todo... Yo... quizá debería ir...

—No —la cortó con firmeza—. Sabré encontrarlos.

—Está en el anexo. Por el pasillo de la izquierda.

El salón olía a sangre, a velas quemadas y a algo terroso.

Nox había dibujado en el suelo un círculo con sal negra y pétalos secos de belladona, siguiendo el patrón de las instrucciones del grimorio.

«Un ancla», enumeró para sí mismo.

Ayudó a Ethel a colocarse en el centro del círculo. Se pinchó un dedo dejando que una gota de su sangre cayese en las velas.

«Un sacrificio».

Con mucho cuidado quitó la tapa del frasco que contenía agua bendita. La vertió sobre la herida de Ethel intentando no salpicarse los dedos.

«Algo puro».

Ella hizo una mueca y chilló de dolor arqueándose. Los ríos negros que corrían por su piel se agitaron y encogieron.

—Aguanta —le pidió Nox.

Ethel quiso morderse la mano para soportar el dolor, pero Nox se la apartó poniendo sus propios dedos en su boca para que lo mordiese a él.

Ethel agarró un puñado de pétalos de su bolsita y los sostuvo fuertemente entre sus dedos, deshaciéndolos en polvo, mientras recitaba el conjuro:

—«Donde la carne se corrompe, que nazca una flor en su nombre. Que el fuego y el agua borren el mal, y todo regrese a su forma inicial».

Las velas se alzaron y una brisa fría sacudió el salón. La sangre de Ethel comenzó a bullir sobre su piel, como si respondiera.

Y entonces... todo se detuvo.

El hechizo colapsó y las llamas se apagaron.

La mano de Ethel se abrió y el polvo de rosas se derramó entre sus dedos. Sus dientes dejaron de morder a Nox.

Sus párpados cayeron, estaba tan pálida que parecía que los tenía amoratados.

Se encontraba tan débil que no podía conjurar.

Se moría.

Por primera vez en toda su existencia, Nox sintió verdadero pánico. Un miedo frío, visceral.

¡Haz algo!

Sus dedos temblaban cuando la tomó del rostro.

—Ethel... —la llamó impotente—. No te vayas... Vamos, tienes que aguantar.

Pero ella no respondía. La herida no sangraba. Pero la ponzoña se extendía por su cuerpo.

Nox bajó la frente hasta apoyarla en la suya. Cerró los ojos.

Por todos los demonios, haz algo de una maldita vez.

Dejó escapar una respiración temblorosa.

Había prometido que no se involucraría en aquello más de lo necesario. Pero, fiel a su naturaleza, había resultado ser un mentiroso.

—Maldita sea... —jadeó.

Solo había una posibilidad de salvarla. Si es que se le podía llamar así.

De todas formas, su destino está sellado.

Nox apretó los dientes.

Hazlo.

No deseaba hacerlo, pero era la única forma que se le ocurría.

Lo había hecho decenas de veces, no debería resultarle tan difícil. Sus ojos se desviaron hacia ella, torturados.

El aire pareció contraerse. Nox dejó escapar un suspiro derrotado. Los contornos de su forma se desdibujaron y en la penumbra del salón las velas proyectaron la sombra alargada de unas alas enormes y unos cuernos afilados en las paredes. Su piel se llenó de vetas oscuras y sus ojos refulgieron como brasas. Sus dedos se alargaron hasta acabar en puntas afiladas.

Nox dejó atrás su disfraz de carne y hueso y adquirió su verdadero aspecto, el de un demonio.

Vamos, deprisa, firma el contrato.

Lo apremió su voz demoniaca.

Una vez que lo hiciese, el destino del alma de Ethel dejaría de pertenecerle a ella misma, le quitaría parte de su libre albedrío, y él podría reclamar una parte de ella, si así lo deseaba..., cuando así lo deseara.

Los contratos parecían inofensivos, pero siempre trastocaban. Cambiaban el equilibrio de las cosas.

Ethel gimió, su pulso estaba muy débil.

Cualquier cosa es mejor que el castigo de perderla.

«Para mí puede, pero no sé si lo será para ella».

No eres un ser altruista. Eres un puñetero demonio, un heraldo. ¿Desde cuándo tienes ética? El jefe te matará si a ella le pasa algo.

Se frotó los ojos, cansado. Por supuesto que así era, a quién pretendía engañar. La naturaleza de cada uno es la que es...

Se inclinó hacia su oído.

Y él era un demonio, tampoco importaba tanto, su trabajo era corromper.

«Pero me importa. Me importa», pensó.

—Si puedes oírme... —dijo con una voz como terciopelo negro. Profunda y áspera—. Dime que deseas que te sane. Dime que deseas vivir, Ethel Ashbourne.

Ella respiró entrecortadamente y tosió.

Le queda muy poco, en cuanto la corrupción llegue a su corazón...

—Dilo, Ethel —dijo usando su tono más persuasivo.

—Lo... deseo...

—¿Deseas que te sane yo, Alenox, heraldo de la Soberbia, súbdito del primer círculo del infierno? —susurró—. Entonces, pídemelo, llámame por mi nombre y pídemelo. —El salón tembló sacudido por el eco de su voz.

Sus pupilas eran llamas líquidas.

—A-ayúdame, Alenox... —murmuró ella.

En cuanto pronunció su nombre, un crujido invisible llenó la atmósfera, como si se desgarrara el velo entre mundos.

Nox se inclinó y la besó. Sellando el contrato.

Ethel se arqueó con un espasmo. Desde ese día sería suya para reclamar. Su vida le pertenecería y, en el final de sus días, su alma debería descender a los infiernos para servirle.

En la cara interior de su muslo derecho apareció una marca en forma de medialuna —como un mordisco— de un tono rojizo oscuro: el sello del diablo. Todavía palpitaba, como si respirara.

Y Nox le concedió su deseo. La ponzoña que se extendía por sus venas remitió, replegándose hasta desaparecer. El cuerpo de Ethel se relajó y su herida comenzó a cerrarse.

¿Ves? Ella está mejor cuando está contigo. Está a salvo. No deberías haberla apartado. Ethel debería estar siempre en tus manos.

El susurro lo sacudió mientras la observaba. Lo pilló con la guardia baja, demasiado vulnerable para frenarlo.

Reconócelo de una vez, ella te gusta. La deseas…

Nox agachó la cabeza y se frotó la cara con las manos, nervioso.

Sientes algo por ella…

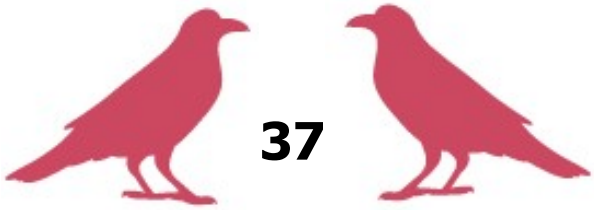
«CÁLLATE», rugió para sus adentros.

Se levantó y caminó por el salón. Le ardía el rostro. ¿Qué cojones le estaba pasando? ¿Podían los de su clase tener ese tipo de emociones?

No. Se negó.

Si Altairon, el príncipe de la Soberbia, se enteraba de que había cruzado la línea con ella, lo mandaría a los fosos. Pero si se enteraba de que sentía algo por ella...

Lo mataría.



37

Ethel despertó con la sensación de haber flotado en una marea cálida y viscosa. Como si la hubieran empapado en fuego y luego en agua helada.

Parpadeó.

El techo del salón giró lentamente sobre ella.

Inspiró. Ya no olía a sangre.

Se incorporó con torpeza y la manta que la cubría cayó hasta la cintura. Miró hacia abajo: su abdomen estaba limpio. Ni rastro de la herida, ni siquiera quedaba cicatriz. Se pasó los dedos por la zona donde ese extraño ser la había cortado. Estaba lisa, perfecta. Casi parecía que lo había soñado.

—Nocte, las cucarachas... Te alimentaré con ellas si no te vas —murmuró una voz a su izquierda.

Nox estaba sentado en uno de los sillones orejeros durmiendo profundamente. Soñaba. A pesar de que fruncía el ceño, tenía un aspecto divertido, como el de un niño enfurruñado que hace pucheros.

Ethel quiso reírse al pensar en la comparación. Se quedó perdida en él unos segundos. Estaba guapo, tan guapo que habría merecido una pintura que lo recogiese oscuro, desaliñado, suave, encantador.

Le dolió el corazón.

Entonces, todo lo que había sucedido en las últimas horas se le vino encima como una ola furiosa.

El salón estaba hecho un desastre, con los restos del hechizo. Debía haber funcionado dado que estaba viva. No podía explicar cómo había conseguido estabilizar su magia en ese estado, quizá había mejorado más de lo que pensaba.

Se levantó con cuidado, se sentía muy débil por la cantidad de sangre que había perdido. Dejó a Nox durmiendo y subió a su habitación para vestirse.

Al observar su casi desnudez, enrojeció avergonzada. No era como le habría gustado que terminase la noche. Se puso ropa cómoda y bajó de nuevo al salón.

Casi no recordaba nada después del ataque de la criatura semihumana. Retazos de conversaciones e imágenes.

Se apoyó en la puerta observando a Nox. Al menos no se había marchado, lo que era una buena señal.

La tenue luz que entraba por la ventana indicaba que pronto amanecería.

Los párpados de Nox se sacudieron y pestañeó despertándose. La buscó con la mirada irguiéndose hasta que dio con ella.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó, bostezando y desperezándose.

Le recordó a un gato y eso la hizo sonreír.

—Cansada. Y hambrienta. Y como si me hubiese pisoteado una manada de bisontes.

—Bueno, te apuñaló una criatura que no era humana. Debe de ser bastante similar —dijo con una media sonrisa.

Ella hizo una mueca. Lo había dicho con tanta naturalidad...

—El hechizo..., ¿funcionó?

—Sí —respondió Nox, desviando la mirada—. Funcionó al final.

Ethel asintió débilmente. Nox se levantó pasándose las manos por el pelo despeinado y se acercó a ella.

—Deberías comer.

La cocina de la mansión estaba invadida por ese tipo de calma que solo existe antes del amanecer. Todo parecía suspendido en una bruma azulada y suave.

Nox abrió la nevera y la inspeccionó con curiosidad.

—¿Sabes cocinar? —preguntó ella, observándolo divertida.

—Depende. ¿Recalentar cosas cuenta?

Ethel soltó una carcajada. Abrió uno de los armarios y sacó cereales y un cuenco. Nox los miró con cierto asco.

—Eso no es comida.

—Acabas de sonar como mi padre, Nox Harker. ¿Cuántos años tienes? —se burló.

Él se giró para observarla. Ethel se sintió muy consciente de sí misma de pronto y apartó la mirada. Oyó que Nox se aclaraba la garganta.

—¿Qué pasa, no pueden no gustarme las cosas con textura acartonada? —Sacó un paquete con beicon y unos huevos y descolgó una de las sartenes de hierro.

Ethel dejó a un lado los cereales y abrió el congelador. Sabía que tía Daphne debía de tener...

—Oh, aquí... ¡*Tachán*! —exclamó sacando tortitas congeladas.

—Esto sí que es un desayuno —comentó Nox, y echó los huevos en la sartén—. ¿Os gusta cocinar? —preguntó, mirando la cocina.

Ethel sonrió. Esa calidez. Esa normalidad. El hecho de que él estuviera ahí, sin hacer preguntas ni mirarla con repulsión le daba la sensación de haber despertado en otra vida.

—No a todas. Seraphine habría carbonizado las tortitas tanto que habrían servido únicamente como *frisbee.* Es tía Daphne la que tiene

talento para estas cosas.

El olor del beicon y los huevos llenó la cocina, y el estómago de Ethel rugió en respuesta. Se sentó en la encimera mientras veía cómo él preparaba el desayuno.

—Sabes más que recalentar cosas, Nox.

—Ghom..., mi tutor —explicó—, es un cocinero terrible. —Nox meneó la cabeza con disgusto, recordando algo—. Así que he aprendido algunas cosas básicas, como poner comida en una sartén sin quemarla.

—Quizá es por eso por lo que pareces mayor.

Nox arqueó la ceja en la que tenía el *piercing*.

—¿Me estás llamando viejo, Ethel?

—¡No, claro que no!

Nox se rio y le dio un mordisco a un trozo de beicon mientras servía.

—Eres demasiado blanda, Ángel.

—¿No decías que era cruel?

—Deberías serlo más.

Cuando puso el plato humeante frente a ella, el olor hizo que la boca le salivase.

—Por la Diosa —exclamó Ethel, la palabra se le atragantó y tosió. «Qué raro», pensó. Le había parecido que se le cerraba la garganta al decirlo—. Tengo tanta hambre... —susurró, inclinándose con el tenedor.

Soltó un gemido al llevarse a la boca un trozo de beicon y huevos revueltos, y puso los ojos en blanco. Cuando miró a Nox se dio cuenta de que él la observaba fijamente. Había un hambre en su mirada que nada tenía que ver con la comida.

Ethel lo sintió por todo su cuerpo y tragó despacio. Él se inclinó sobre la mesa y estiró el brazo en su dirección. El corazón de Ethel

se detuvo mientras contenía el aliento.

Nox le pasó el pulgar cerca de la comisura de la boca en la que se le había quedado un trozo de comida. Se lamió el dedo y ella sintió que se deshacía como la mantequilla calentada por el sol.

Apartó los ojos de él y los fijó en su plato.

Juraría que lo oyó reírse. Y enrojeció aún más.

—¿Me estás provocando? —se quejó.

—Eres irresistible.

Era injusto que tuviese ese poder sobre ella y lo ejerciera. Sobre todo, porque la noche anterior la había rechazado.

—Nox.

—¿Hmm?

—¿Quieres saber lo que... soy?

Él se quedó inmóvil.

—Si tú quieres —respondió con calma.

Los dedos de Ethel acariciaron el borde del tenedor, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Es curioso porque hasta hace un mes no podría habértelo explicado. Pensaba que algo estaba mal en mi cabeza. Se puede decir que he convivido toda mi vida con lo sobrenatural. Así que cuando lo descubrí fue como si todo encajase por fin.

Nox no dijo nada. Se mantuvo quieto, atento. Había algo en su silencio que le daba espacio a Ethel para hablar.

—Durante mucho tiempo creí que estaba mal. Que había algo roto en mí. Me pasaban cosas... —Tragó saliva—. Cosas que no podía explicar. Cuando me enfadaba, cuando tenía miedo..., sentía que algo dentro de mí se desbordaba.

—¿Por qué no lo sabías? —A pesar del control sobre su voz, Ethel notó la curiosidad genuina colándose en su tono.

Sus ojos se encontraron.

—Mi madre nunca me lo dijo. Creo que quería protegerme, tenía la esperanza de que no desarrollase mi magia si no la usaba. —Respiró hondo. Se miró las manos, se le habían curado hasta las heridas de los dedos—. Solo mi tía Seraphine sabe que lo sé, me está enseñando todo lo que no he aprendido hasta ahora.

Nox enarcó las cejas.

—¿Así que lo llevas en secreto?

Ethel hizo una mueca. Se sentía mal ocultándoles la verdad a su abuela y a Daphne, incluso a sus padres. Pero, bueno, ellos le habían guardado el secreto durante diecisiete años...

—Cuando esté preparada, lo hablaré con mi madre. Quiero sentirme parte de lo que somos. Desde que sé la verdad, me siento mucho mejor conmigo misma. Seraphine tiene la teoría de que el hecho de rechazar una parte de mi naturaleza me estaba envenenando. —Dio la vuelta a los huevos con el tenedor—. Al rechazarla, ella me rechazaba a mí. Y ahora he restablecido el equilibrio.

Hubo un silencio largo. El tipo de silencio que acompaña las confesiones importantes. Nox estiró el brazo y deslizó su plato vacío hacia un lado, apoyando la barbilla en su mano.

—Así que los rumores son ciertos. Ethel Ashbourne es una bruja —musitó pensativo.

Ethel hundió los dientes en su labio inferior. Aturdida por lo atractivo que le resultaban sus gestos.

—Haces que suene como si fuese algo... cautivador.

Nox sonrió.

—Eso depende de la persona, supongo. Pero sí que es interesante.

Ethel lo miró, sorprendida.

—¿No te da miedo?

—¿Debería?

—Quizá —susurró.

Nox se acercó un poco más. No la tocó, pero su presencia lo llenó todo.

—No me asusto con facilidad, ya te lo dije.

Ethel se sintió mareada. Por él, por su proximidad, por la forma en que sus palabras parecían medidas para hacerla temblar de anticipación.

Se obligó a mirar hacia otro lado, a concentrarse en algo que no fuera la línea de su mandíbula o la curva de sus labios cuando sonreía.

No quería fijarse en su boca porque le hacía recordar lo bien que besaba. Ni tampoco en la intensidad que adquiría su mirada cuando se posaba en ella.

Y en las ganas que le entraban de confesarle sus más oscuros deseos.

Nox ladeó la cabeza, como si leyera sus pensamientos. Su voz rompió la quietud, más baja ahora:

—Ángel... —comenzó a decir él. Guardó silencio un momento y se aclaró la garganta—. ¿Y lo de anoche...? ¿Qué era aquello?

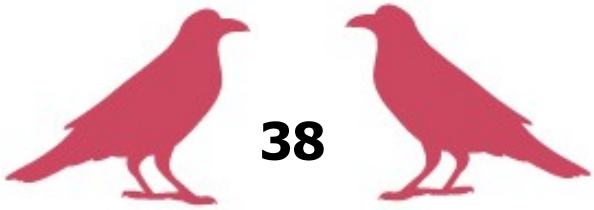
Ethel parpadeó, desubicada por un momento.

—No lo sé. Nunca había visto nada igual. No paraba de decir mi nombre, me llamaba bruja. —Se estremeció.

Lo único que se le ocurría es que tuviese algo que ver con las Trece y con la bruja que trató de matarla en el laberinto de maíz. Pero estaba muerta, o eso había pensado su tía.

Ethel levantó la cabeza rápidamente. Se puso en pie de golpe con el corazón latiéndole en el pecho.

—¡Mierda! Ya es de día y el cuerpo... Debe de seguir ahí, en el camino. ¿Y si alguien lo ve?



38

Nox se levantó y la siguió hacia el vestíbulo. Ethel se puso su abrigo largo y se calzó las botas de agua que usaba tía Daphne para cuidar el jardín.

El sol de la mañana apenas lograba atravesar la espesa niebla de noviembre. Nox le echó una mirada de reojo a Ethel, como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—Fue por aquí... —murmuró ella, bajando la voz sin saber bien por qué.

Nox asintió. Era imposible ver más allá de dos metros por delante.

Él estiró una mano para frenarla agarrándola del codo. Se podían ver las zarzas y los troncos quemados por el fuego.

—Debe de estar ahí.

Nox caminó delante de ella sin soltarla, aún. Hasta que vieron el cuerpo. Yacía justo en la curva del camino, medio oculto entre los matorrales y los helechos.

Ethel se detuvo en seco y se cubrió la boca con la mano. Aquello no era simplemente un cadáver. Estaba consumido, contraído sobre sí mismo, como si hubiese ardido desde dentro, en vez de desde fuera.

—¡Es igual que el cadáver de la morgue! —jadeó Ethel.

—Hmm —susurró Nox, inclinándose curioso.

Ethel tragó saliva. ¿Eran todos la misma cosa?

—La... la primera vez pensé que podría haber sido yo quien mató al turista. Me desperté esa madrugada en mitad del bosque, a unos cuantos kilómetros de aquí, con el camisón lleno de sangre y no era mía... Pero yo no... yo no pude ser quien mató al otro... Al que murió en Halloween.

Nox frunció el ceño, algo de lo que ella había dicho pareció perturbarle.

—¿Cómo que despertaste en mitad del bosque?

—Camino sonámbula.

El rostro de Nox se contrajo alarmado y su ceño se tiñó de oscuridad.

—¿Viste algo raro? ¿Tienes idea de qué o de quién podría ser esa sangre?

—No, cuando desperté estaba sola. Había soñado con...

Nox dio un paso hacia ella.

—¿Con qué?

Ethel se sorprendió por su insistencia.

—Con que huía de unos cuervos, creo recordar... —Se apartó un poco, intimidada por su cercanía—. Lo que quiero decir es que, yo... Si mi magia lo mató y es igual que los demás...

—A lo mejor es simplemente el estado en el que quedan estos seres cuando los matas —conjeturó él—. Podría ser...

Ethel observó el cuerpo con los brazos cruzados sobre el pecho mientras reflexionaba. Si aquel ser no era del todo humano, eso quería decir que los otros dos tampoco. Por eso la policía no conseguía identificarlos.

—No sé qué o quién mató a los otros dos, pero de alguna forma está relacionado con mi familia. Rondaba la mansión como si

esperase encontrarse conmigo, y me llamó bruja y habló de mi apellido y de mi sangre.

Nox se colocó a su lado. Pensativo, se llevó una mano a la barbilla.

—Es decir, que alguien trata de haceros daño o... de inculparos por estas muertes.

Ethel levantó la cabeza hacia él. Parecía tan tranquilo a pesar de la situación... En la morgue había reaccionado igual al observar el cuerpo.

—Pero ¿quién? Hubo... una bruja que trató de matarme en Halloween, en el laberinto de maíz.

Nox alzó las cejas.

—Así que fuiste tú quien lo quemó... Para tener este aspecto angelical, te acercas mucho a lo demoniaco, Ethel —bromeó Nox.

Ella lo miró sorprendida.

—Esto no debería resultarte divertido.

—¿Ah, no? —preguntó, dibujando una sonrisa malévola.

Ethel se estremeció, pero no tuvo nada que ver con el miedo. Se le secó la boca. Nox debería venir con un aviso de *peligro*: «Puede provocar una atracción adictiva y romperte el corazón».

—Tengo que confesarte algo —continuó Nox, más serio—. Esa noche vi el humo y bajé corriendo hacia el maizal. Te encontré en medio de las cenizas...

—¿Así que no lo soñé? ¿Fuiste tú quien me llevó a la casa del bosque? —Ethel estrechó los ojos. ¿Por qué no se lo había dicho?—. Pensaba que había vuelto a caminar sonámbula...

—No quería que nadie te encontrase allí, te habrías metido en un lío. Pensé que, si me hablabas del asunto, te lo contaría, no quería ponerte presión.

—¿Y viste algo más?

—No, solo estabas tú.

Ethel dejó escapar un suspiro. Luego volvió a estudiar a Nox.

—Deberías estar asustado, extrañado... Eso sería lo normal. Estás demasiado tranquilo.

—*Normal*... Esa palabra me ofende. ¿Te parezco normal? Además, ya te avisé de que no me asusto con facilidad.

Ethel se aclaró la garganta, queriendo ocultar una carcajada.

—En todo caso —dijo volviendo al tema—, estos... *seres* no pueden estar relacionados con esa bruja, porque desapareció en Halloween.

Nox frunció el ceño, observando el cuerpo consumido como si esperara que este le diera alguna pista.

—¿Tenéis algún enemigo? ¿Alguien que odie a tu familia? —preguntó.

Ethel se encogió de hombros.

—Si lo tenemos... no lo sé. Todo esto es nuevo para mí. Pero en Ebonwick hay muchas personas a las que no les gustamos, tú mismo lo viste.

Y luego estaban las Trece. Pero no parecía su estilo enviar algo así. Era llamar mucho la atención, justo lo contrario de lo que predicaban. Poner una diana en un aquelarre de brujas era más perjudicial para ellas que otra cosa.

—Aunque... hubo algo en la forma en que esta cosa se movía. Como si no actuara por voluntad propia. Como si estuviera... poseído.

Nox arqueó una ceja.

—¿Hay otras brujas por la zona?

—No, que yo sepa. Y si hicieran algo así, serían castigadas muy seriamente. Más bien, debe de ser al contrario.

—¿Alguien que odie a las brujas?

Ethel asintió. Demasiados candidatos en ese pueblo.

Nox esbozó una sonrisa radiante, casi traviesa. Si el fuego tuviese rostro y expresión, estaba segura de que habría sido algo así.

—¿Quién está liderando las protestas al alcalde y a la policía contra vosotras?

A Ethel se le aceleró el corazón. Nox dio un paso hacia ella, inclinando la cabeza para mirarla fijamente a los ojos.

—¿Quién no para de predicar y convence a sus fieles de ir contra vosotras?

Ethel abrió mucho los ojos.

—El pastor Whitmore. Pero... es un cura, él no puede... ¿Cómo ha creado a esos monstruos?

—Estaba en la morgue el día en que nos colamos y parecía tener motivos.

Ethel asintió, sopesándolo. Nox podía tener razón, aunque no imaginaba a un pastor practicando magia, y más de ese tipo.

—Puedo consultarlo con tía Seraphine.

—No podemos dejarlo aquí —dijo Nox—. Si alguien lo ve, os relacionará con él.

—¿Crees que debería llamar a la policía y decir que lo he encontrado esta mañana?

—No. No tienes coartada, desde que te fuiste de la fiesta estuviste sola.

Ethel entrecerró los ojos.

—¿Por qué sabes tanto de esto?

Nox le sonrió enigmático.

—Te advertí de que no era quien creías que era.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy el chico amable que pensabas a principio de curso —contestó.

¿Habría tenido Nox problemas con la ley antes? En realidad, conocía muy poco de su historia. Y, sin embargo, ella no se veía capaz de apartarse de él. Desde el primer momento Nox Harker había sido un sendero por el que deseaba adentrarse, aunque las señales de advertencia estuviesen ahí.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Lo escondemos? —preguntó, buscando sus ojos.

Al girar la cabeza se dio cuenta de lo cerca que estaban sus rostros.

La sonrisa de Nox se quemó en las comisuras de sus labios. Sus ojos descendieron, apenas un segundo, a su boca. Fue un gesto breve pero devastador. A Ethel le falló el aire.

Se pasó la lengua por los labios casi involuntariamente.

La boca de Nox dejó escapar una maldición muda y los músculos de su garganta se tensaron cuando tragó.

Bajó la voz.

—¿Y si lo llevamos a tu casa? —Le apartó un mechón de pelo que le rozaba las pestañas. La yema de su pulgar rozó su pómulo.

Ethel separó los labios para coger aire.

Nox inclinó apenas la cabeza, como si tratara de escuchar lo que ella pensaba.

Ethel dio un paso hacia atrás separándose de Nox. No podía volver a lanzarse sobre él.

—Gracias por ayudarme anoche y ahora con esto. Significa mucho para mí que... estés ahí, que seas mi amigo.

Los ojos de Nox se oscurecieron y tragó saliva. Dejó escapar una respiración profunda.

—¿Amigo?

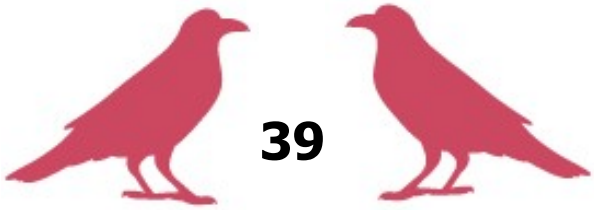
Ethel levantó la mirada hacia Nox.

—¿No lo somos? —La idea le dolió, después de todo lo que habían compartido pensaba que ya habían alcanzado ese punto.

Nox asintió y su boca se curvó en un gesto amargo.

—Sí, claro. Somos... amigos.

—Podemos llevarlo al laboratorio de Seraphine. Le contaré todo cuando vuelvan, a ver si ella averigua algo más.



39

Se pasó las manos por el pelo, alborotándolo, y se echó hacia atrás en la silla. Miró la libreta de papel amarillo que tenía delante y la arrugó. No podía escribir nada decente. Cada detalle que apuntaba le parecía una traición.

Pronto tendría que mandar algún reporte a Altairon. Aunque contaba con la ventaja de que el tiempo en el Inframundo transcurría más despacio, tenía que ponerse a ello.

Normalmente cuando estaba de tan mal humor dejaba que Nocte lo distrajese o buscaba pelea con Kaelth. O, simplemente, se centraba en el trabajo. Había estado tan apático últimamente que nada lo había perturbado tanto desde hacía... años.

Hacía tiempo que no le encontraba sentido a su existencia.

Las fiestas, las recepciones, los juicios por almas, las confabulaciones propias de Umbraeth y los círculos..., nada lo entretenía ni llenaba. Ni siquiera cruzar el umbral entre los mundos y firmar unos cuantos contratos. Antes llevar a las almas por el mal camino, encontrar los puntos débiles en la moral de alguien y conseguir tentarlo era divertido y estimulante.

Pero hacía tiempo que se preguntaba qué sentido tenía todo aquello. Ya no le llenaba.

Otra vez nos hemos puesto existencialistas… Eres un demonio, qué más sentido necesitas.

Y, entonces, había llegado a Ebonwick y había comenzado a conocer a Ethel y toda esa apatía se había transformado en lo contrario. Un torbellino de sensaciones, estímulos y emociones que no había conocido antes.

Además, para complicarlo todo más habían aparecido esos subyugados que perseguían a Ethel. Estaba claro que alguien quería matarla y Nox tenía que mantenerla con vida, así que los había estado asesinando. De hecho, si no se hubiese entretenido siguiendo a aquel extraño turista la noche de Halloween hasta acabar con él en el callejón, probablemente habría llegado antes al maizal para ayudar a Ethel.

Por suerte, había salido ilesa.

Después de Halloween había estado más atento a todo si cabe; a veces Ghom vigilaba la casa de las Ashbourne, otras lo hacía él. Como un par de días antes de la fiesta de Silas.

Esa noche, Nox, colocado en la linde del bosque, seguía la figura de Ethel moverse por la mansión a través de las ventanas.

Jugueteó con el frío metal de su *piercing*.

Una de sus tías le gritó algo desde la escalera y Ethel rio. Era fascinante observar cómo estaba cambiando. Era como ver una flor florecer.

«Va conforme el plan», se había recordado a sí mismo.

Sí, sí… el plan. Es igual que el de darle un paseíto por el río, ¿no?

El sarcasmo lo irritó. Justo la tarde anterior había estado con ella en la piragua.

Ethel entró en su habitación.

El aleteo de un pájaro lo distrajo y se giró para ver a Ghom en su forma de cuervo posarse en una rama junto a su cabeza.

—Es inquietante. —La voz de Ghom irrumpió en la quietud del bosque—. La observa como un acosador.

—Me iré en un rato, solo vigilaba que todo esté bien —se justificó.

Nox no apartó la vista. Ethel se asomó a la ventana y miró hacia la oscuridad escrutando las sombras, como si percibiese que había alguien allí.

Corrió las cortinas.

Ghom graznó.

—Tengo una pregunta.

Nox se removió incómodo y deseó huir.

—Parece que se preocupa por ella —señaló el cuervo.

Nox miró por encima de su hombro a Ghom y se cruzó de brazos.

—No sé de qué me hablas...

Ghom saltó de la rama para aletear frente a su cara, atravesándolo con esos ojos brillantes e incisivos de cuervo.

—Es evidente que ella le gusta. Y ya conoce las normas, el jefe lo castigará si se entera de que ha tenido algo con la chica.

—Lo sé, no paras de recordármelo. Y no me gusta... Ethel Ashbourne es la clase de persona que no soporto. No conoce su valía, se deja pisotear, es demasiado amable, piensa bien de los demás, aunque siempre le hayan demostrado lo contrario...

Su mano subió inquieta hasta su pelo y chocó con uno de sus cuernos.

Mentiroso.

Su voz interior se rio a carcajadas.

Era cierto que una parte de él la odiaba porque ella le había colocado en un pedestal y le apartaría de él de un plumazo. Eso, aunque no se lo admitiría ni siquiera a él mismo, le jodería.

«Es culpa suya por pensar bien siempre de todo el mundo, a pesar de que he intentado avisarla», pensó.

—No es lo que me pareció en el río, señor —puntualizó Ghom.

Ibas a besarla, estuviste a punto de hacerlo, eufórico y embriagado porque aquella expresión en su rostro la habías causado tú. Borracho de triunfo. Si ibas a torturarte tanto por ello, al menos podrías haberlo hecho, ¿sabes? Te torturarías más a gusto y con más motivo si al menos le hubieses hundido la lengua en…

«No va a pasar. No puedo. Y no deberíamos tomarnos nuestra muerte a la ligera. Te recuerdo que Altairon no es nada benevolente».

Todo su cuerpo se puso rígido hasta dolerle.

—No es solo eso, ¿cierto? —insistió Ghom—. La mortal le atrae.

—Es hermosa, eso es evidente —contestó Nox, fingiendo indiferencia. Se apoyó en un árbol y evitó mirar a Ghom—. Pero yo soy más guapo y no veo que ella se torture por ello... —La arrogancia era su especialidad.

El cuervo se posó en una rama frente a él y ladeó el cuello observándolo.

Nox miró a la ventana de Ethel, que debía estar practicando magia porque las luces de las velas se sacudían y cambiaban ligeramente de color.

—No suele encapricharse, señor.

—Y no lo estoy haciendo.

Mentiroso.

—Se está encariñando...

Nox soltó una carcajada estridente que hizo que varios animales se alejasen de su alrededor asustados. Se pasó una mano por el cabello e inspiró recuperando el aliento.

Ghom, que había sido una especie de nodriza durante su infancia y luego un ayudante/mano derecha cuando había crecido, lo conocía demasiado bien. Aunque tenían una relación de señor y súbdito porque sus rangos eran diferentes, era lo más parecido a un confidente o a familia (al estilo mortal) que podía tener.

En el círculo de la Soberbia, los demonios no nacían como tal y, por tanto, no tenían familia de la misma forma que los mortales. Solo Altairon podía moldear las almas hasta dar vida con su energía a un demonio. Un ser que nacía de lo más impío. Según la imagen y poder de su creador. De esta forma se aseguraba de controlar su población.

Aunque luego las familias podían adoptar y acoger a esas nuevas criaturas y criarlas como sus descendientes. Sobre todo, era un privilegio para las familias nobles.

Aun así, Nox, al ser un heraldo, había sido criado por Altairon directamente.

—¿Encariñarse? —cuestionó Nox con voz baja, ronca—. ¿Desde cuándo los demonios sentimos cariño o afecto? Ni siquiera conocemos esa emoción. ¿Alguna vez me has visto encariñarme con algo en estos veinte años? —Tragó—. No soy tan estúpido o temerario como para hacerlo. Además, estaría cavando mi propia tumba. Ella... cuando ella sepa lo que soy me despreciará. No puedo esperar lo contrario.

Ghom lo miró con sus pequeños y agudos ojos. Nox giró la cabeza, incómodo.

—No sería el primero ni el último que comete esa imprudencia, señor. Y usted siempre fue diferente a los demás heraldos. Ya sabe que el jefe usó...

Nox le echó una mirada al cuervo, que cerró el pico.

—Mejor, quieres decir —contestó—. Soy mejor que el resto.

El jefe es el mayor cabrón de los siete infiernos y tú eres su creación favorita, por un motivo...

—Si me lo ordenase, mañana mataría a esa chica sin pestañear —continuó.

—Es el favorito porque sabe ser más encantador que el resto. Kaelth es un bocazas y Nocte tiene un sentido del humor retorcido —explicó Ghom.

Nox le dedicó una sonrisa al cuervo.

—Pero, señor, hasta el rey de los infiernos puede ser presa de su propio corazón —le advirtió.

Nox se frotó el rostro.

Iba a replicar cuando un movimiento en la lejanía llamó su atención. Alguien vestido con un abrigo largo y un sombrero que le cubría el rostro avanzaba entre los arbustos que rodeaban la mansión. Nox frunció el ceño y le hizo un gesto a Ghom para que observase en silencio.

Nox afinó la vista. El tipo sacó una especie de bolsa, de esas que usan los cazadores para guardar presas pequeñas. Con cuidado, la lanzó al jardín de las Ashbourne haciendo que cayera entre los parterres de rosas.

—¿Qué está haciendo?

Ghom se elevó para acercarse.

—La bolsa... Parece que está usando algún tipo de magia. Debe ser...

La figura se incorporó, observando el jardín por última vez antes de dar media vuelta.

Nox no se lo pensó dos veces.

—Hay que seguirlo —susurró, y echó a correr.

Durante un instante, sopesó la idea de lanzarse tras él en su forma demoniaca. Sería mucho más sencillo alcanzarlo, pero las

estrechas calles empedradas de Ebonwick y la presencia constante de la policía lo frenaron. Desde los últimos incidentes, el alcalde había intensificado la vigilancia; habían reforzado la iluminación nocturna y algunos vecinos, paranoicos y supersticiosos, organizaban patrullas por su cuenta.

Nox maldijo en silencio. No podía arriesgarse.

El cuervo ascendió con un batir de alas y se perdió entre las nubes bajas. Con un gruñido de frustración, Nox retrocedió unos pasos, sintiendo su cuerpo reconfigurarse. Los cuernos desaparecieron. Las alas se plegaron en su espalda fundiéndose con su piel. Se subió la capucha de la sudadera oscura que llevaba y corrió siguiendo el eco de los pasos del hombre misterioso.

La niebla se espesaba con rapidez, descendiendo como un sudario sobre las calles, ahogando la luz de las farolas, que se deshacía en círculos borrosos.

Se dejó guiar solo por el sonido de los pasos en los adoquines.

El tipo giraba en esquinas estrechas y callejones semiocultos. Se movía con la seguridad de alguien que conocía cada rincón del pueblo.

Nox se concentró en no perderlo, a pesar de que no veía más allá de un par de metros.

La humedad era tal que opacaba todos los olores, casi como si estuviese lloviendo, y eso lo complicaba aún más.

Oyó un graznido de Ghom en la distancia que sonó como una queja.

El hombre se detuvo abruptamente. Nox, que había estado a punto de chocar con él, se pegó contra el muro de piedra de una casa, pisando las plantas de su pequeño jardín. Necesitaba saber adónde se dirigía.

Al menos la bruma también lo escondía a él. Podrían estar rodeados de gente en ese mismo momento y no la distinguiría.

«Maldito clima de mierda», pensó.

Los haces de luz de unas linternas rasgaron la oscuridad.

—Me ha parecido ver a alguien. —Oyó decir.

Por el otro lado de la calle, captó los pasos y los murmullos de una pareja de policías que caminaba en su dirección.

El desconocido se giró, alzó el cuello de la gabardina para cubrirse aún más y, sin mirar atrás, echó a correr. Nox maldijo entre dientes. Esperó a que los policías pasaran, fundiéndose con la casa y oculto tras el manto de niebla. Cruzó la calle en diagonal hacia donde había visto que desaparecía la figura del hombre y retomó la persecución.

Esperaba que Ghom hubiese tenido más suerte, aunque con esa niebla, lo dudaba.

Al doblar la siguiente esquina, se detuvo en seco.

El tipo se había esfumado. Escudriñó a su alrededor, pero no había ni rastro.

Dio un esprint tratando de alcanzarlo. Conocía esa zona, estaban cerca de la plaza principal, un lugar más abierto donde sería más fácil verle.

De pronto, chocó con alguien que le salió al paso.

—¡Vaya, Harker! —exclamó Silas, sorprendido. Se frotó la nariz, dolorido—. ¿Qué haces aquí?

Nox entrecerró los ojos. Echó una ojeada a la espalda de Silas, pero solo vio un grupo de hombres armados con sus linternas.

Ya te dije que deberías haberlo matado, quién puede echar en falta a este gilipollas.

—Iba al Lantern —contestó Nox, tratando de contener el mal humor—. ¿Y tú qué haces?

—Patrullar, mi padre me ha pedido que lo haga. Da buena imagen, según dice. Y como me va a dejar la casa para mí este finde, hicimos un trato.

Nox apretó los puños, lanzando una última mirada hacia los hombres que se dispersaban bajo la luz amarillenta de las farolas.

Quizá Ghom había tenido más suerte...

Estaba a punto de largarse, cuando Silas lo interrumpió.

—Oye. ¿Cómo es que tenemos «unas pruebas de resistencia» del club y no me he enterado?

Nox giró la cabeza y lo miró enarcando las cejas.

Silas, ante su silencio, continuó:

—Ethel me dijo que había quedado contigo para ayudarte.

—¿Y? Todavía no entiendo cuál es la pregunta exactamente.

Silas dejó escapar una risa nerviosa.

—¿Te gusta?

—¿Por qué?

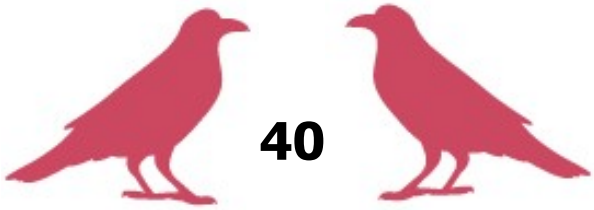
Silas lo miró descolocado.

—¿Cómo que por qué?

—Sí, que por qué te importa. Lo que yo haga o deje de hacer con Ethel Ashbourne no es asunto tuyo. —Nox le dedicó una sonrisa de superioridad y se marchó.

Deberías haberlo aplastado como a un gusano y dejar que la lluvia limpiara su mísera existencia.

Nox ignoró la voz enrabietada. Debía tener cuidado con Silas y con el interés que mostraba por Ethel. Era algo que no podía llegar a oídos de Altairon, y su jefe era muy meticuloso.



40

Aquello había pasado hacía unos días y no había averiguado nada más. Miró el papel en blanco, frustrado. ¿Qué cojones le iba a decir a Altairon?

—Señor, ¿está enfermo? Parece enfermo. Tiene un aspecto deplorable.

Ghom, vestido con un frac que le quedaba espantoso, apareció en el salón. Se dobló para poner la cabeza a su altura y mirarlo de cerca.

—Eso es imposible, yo nunca tengo mal aspecto... —gruñó Nox. Se dejó caer sobre la mesa—. La he cagado —confesó contra la madera—. ¿Por qué no puedo actuar con normalidad con ella? Me nubla el juicio.

Ghom carraspeó.

—¿Se está sonrojando, señor?

Nox se irguió y lo fulminó con la mirada.

—No, claro que no. No digas gilipolleces. Que me esté comportando como un adolescente hormonado no me convierte en uno. Soy mayor que ellos, de hecho.

—Solo ha vivido usted veinte años, señor.

—Pero en esos veinte años en la Tierra han transcurrido como... ¿sesenta?

—Sigue habiendo vivido usted solo veinte años —le replicó con lógica aplastante.

Ghom, que era un demonio cambiaformas y su sirviente, sacudió la cabeza, y su pelo, del mismo color que sus plumas de cuervo, se movió lanzando reflejos azulados. Se creía muy listo.

—Lo que sea —contestó Nox.

—¿Quiere que le prepare algo? ¿Un trago, un discurso motivador, unas palmaditas en la espalda? —le ofreció Ghom.

—¿Puedes hacer que el tiempo retroceda?

—Lamentablemente, no todavía. Pero insístame en unos milenios...

Nox dejó escapar un gemido.

Le encantaría deshacer el desastre de la noche anterior. Si no hubiese ido a la fiesta del maldito Silas Holloway...

Te dije que lo matases... Pero piensa en positivo. El angelito cree que no quieres nada con ella. Te dijo que eras un buen amigo.

—¿Quiere contarme lo que le atormenta? —preguntó Ghom, acomodándose en el sillón frente a él. Cruzó las piernas con calma y apoyó una mano en su barbilla—. ¿Ella?

—Déjame en paz —refunfuñó Nox. La hoja de papel que sostenía se desintegró en cenizas.

—¿Pasó algo en la fiesta de ayer?

Nox desvió la mirada. Se aclaró la garganta y cruzó los brazos sobre el pecho tratando de aparentar tranquilidad.

—No...

Ghom se inclinó hacia delante y lo estudió con atención.

—¿Se acostó con ella?

Nox se giró hacia él y lo miró serio.

—No.

—Pero quiso —concluyó.

El silencio que siguió fue una confesión. Nox se levantó de golpe y caminó hacia la cocina con pasos demasiado rápidos. La voz le salió seca, apenas un murmullo para sí mismo:

—Cada maldito segundo.

Aún podía sentir su boca, el temblor de su cuerpo pegado al de él.

Abrió un armario y sacó una bolsa de chocolatinas.

—Fue ella la que empezó. Yo... yo solo... —gimió—. ¿Qué querías que hiciera?

—Mmm, lo pensaré un momento. ¿Rechazarla?

—Lo hice. Le dije que no había significado nada.

—Señor, si me permite. ¿Es usted idiota?

—Sí, por lo que se ve lo soy —contestó resignado—. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—A los mortales no les gusta que jueguen con sus corazones. Si se comporta así, ella lo odiará.

Nox se frotó un ojo.

Es preferible que te odie a que no piense en ti.

—Gracias por este gran consejo —contestó sarcástico—. No pretendo jugar con ella. Ethel Ashbourne está vetada, fuera de los límites, pero... juro que no pienso con claridad cuando la tengo delante.

—Va a ser su ruina.

Nox rio con amargura.

—Lo importante es que evité que muriese —aseguró.

Se metió una chocolatina en la boca, dejó escapar un suspiro y volvió al salón.

—Al jefe no le va a hacer ninguna gracia que alguien esté intentando matar a la chica.

—Por eso no se lo vamos a contar todavía. —Los ojos de Nox llamearon mientras miraba al otro demonio—. Además, me ha contado algo muy extraño que necesito vigilar.

—¿El qué?

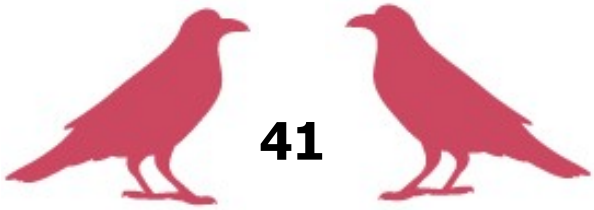
—Es sonámbula y hace unas semanas se despertó en el bosque con sangre. Me preocupa. Tendré que prestar más atención...

—¿Es una excusa para pasar tiempo a su lado?

Pajarraco sabelotodo.

Ghom vio el brillo culpable en los ojos de Nox y supo que había acertado.

—Cuanto más lo niegue, peor será.



41

El coche de las Ashbourne cruzó los portones de la mansión. Desde su lugar junto a la ventana del salón, Ethel contuvo el aliento.

Fuera, el día moría lentamente tiñendo el cielo de tonos rojizos.

Las esperó en el recibidor, donde se deshicieron de los abrigos con cansancio.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó, deteniéndose junto a la puerta del salón.

—Largo. Infructuoso. Y bastante más desagradable de lo que esperábamos —contestó Morgana.

—No entiendo el gusto por el estilo medieval del norte del continente. Hemos pasado un frío terrible —se quejó Daphne.

—Es que no estaban especialmente acogedores los farmacéuticos... —comentó Seraphine, haciendo énfasis en la palabra mientras miraba a su sobrina.

—Espero que no tengamos otra de estas en mucho tiempo. —Daphne se dirigió a la cocina, y empezó a sacar cacerolas.

Morgana anunció que necesitaba darse un baño antes de cenar y desapareció escaleras arriba. Ethel aprovechó el momento para agarrar a su tía Seraphine del brazo y tirar de ella hacia un lado asegurándose de que nadie las oía.

—Tenemos que hablar. Ha pasado algo... —murmuró casi temblando.

Seraphine enarcó las cejas, asustada.

—Vamos a...

—No —la cortó Ethel—. Al laboratorio. Necesito enseñarte algo.

Seraphine la siguió hasta la parte trasera de la casa por donde se accedía al anexo. Se paró junto a la puerta del laboratorio con los nervios de punta.

—Me estás preocupando...

—El viernes fui a la fiesta de cumpleaños de Silas Holloway. —A Seraphine se le iluminó el rostro, pero Ethel la frenó antes de que le diese tiempo a hablar—. Y cuando volvía, algo... que no era humano me atacó. Parecía que acechaba la casa. Habló de nuestra sangre, repetía que éramos unas brujas.

Seraphine frunció el ceño y palideció.

Ethel tragó saliva.

—Lo maté. Aunque me hirió. —Se guardó el hecho de que Nox había estado ahí. Estaba segura de que iba contra las normas que se supiera que eran brujas, y no sabía qué podía pasarle si se enteraban. Movió las manos tranquilizando a su tía—. Hice un hechizo de curación y salió bien. Pero el caso es que el cuerpo tiene el mismo aspecto que los turistas que han aparecido muertos en el pueblo.

—¿Qué hiciste con él?

Ethel abrió la puerta del laboratorio y pasó con su tía. Lo había dejado en una de las mesas de trabajo cubierto por una sábana.

—Lo traje aquí para que lo investigaras.

Seraphine se colocó unos guantes y le pidió a su sobrina que echase la llave a la puerta por si Daphne venía a llamarlas para la

cena. Retiró la sábana y su rostro se contrajo con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Cómo sabes que tiene el mismo aspecto que el resto? —murmuró muy seria mientras inspeccionaba el cuerpo.

—Porque me colé en la morgue del Ayuntamiento. Temía haber sido yo quien mató al primero porque esa noche estuve caminando sonámbula por el bosque.

Los ojos de Seraphine atravesaron a Ethel cuando levantó la mirada. Luego suspiró, cansada.

—Esto es un subyugado, Ethel. Nigromancia, un tipo de magia que está absolutamente prohibida.

—¿Qué es un subyugado? —preguntó Ethel, sintiendo un escalofrío.

—Un cadáver al que se le introduce un trozo de alma y al que se puede controlar como una marioneta.

—Entonces, esto no puede ser cosa de las Trece, ¿verdad?

Seraphine volvió la atención al cuerpo y se mantuvo en silencio un rato reflexionando.

—No. Esto es otra cosa... Por supuesto, no todos los brujos o brujas están bajo el control de las Trece. Hay muchos tipos de magia por el mundo, formas diferentes de activarla, de llevarla a cabo. Pero suele ser una norma común no tocar aquello que tiene que ver con la muerte y con el alma. Es algo oscuro, retorcido y que suele tener consecuencias nefastas.

Su tía se dejó caer en una silla y echó la cabeza hacia atrás mientras se frotaba el cuero cabelludo despeinándose.

—¿Y cómo se puede conseguir un trozo de alma? —preguntó Ethel.

—Mmm... se puede arrancar uno propio. O quien sea podría haber hecho un trato con una entidad superior que se lo proporcione... No

sé. No conozco ese tipo de rituales. —Dejó escapar un largo suspiro —. Vamos a tener que poner al tanto a Daphne. —Hizo una mueca —. Y a tu abuela. Y eso implica que vamos a tener que contarles que sabes la verdad...

Ethel la miró nerviosa.

—¿Y a mi madre?

Seraphine abrió los ojos con miedo.

—No. A Isadora la dejaremos en paz. Esto es algo de lo que podemos ocuparnos nosotras. De todas formas, ella lleva décadas sin tener nada que ver con nuestro mundo, poco puede ayudarnos.

Ethel se acercó a su tía y le acarició la espalda con dulzura.

—¿Por qué pareces más asustada por esto que por el cuerpo del subyugado?

Seraphine le pasó un brazo por los hombros mientras se encaminaban hacia la puerta.

—Porque preferiría lidiar con quince de estos que escuchar el sermón de Daphne y lo histérica que se va a poner. Prepárate, va a ser una cena interesante.

La cocina olía a pan recién horneado y a sopa de cebolla. A Ethel le rugieron las tripas. Se sentó en su asiento habitual mientras observaba, nerviosa, a tía Daphne trasteando por la cocina.

Seraphine, que había subido a su habitación, entró en ese momento. Le hizo un gesto para que guardase silencio y vio cómo vertía un líquido negro en las copas de vino de su melliza y su madre.

—¿Eso es...? —murmuró Ethel bajando la voz.

—Una pócima de relajación —respondió su tía, sin dejar de remover—. Ligera. Apenas un susurro de amapola y raíz de lirio. Solo

para que el susto no las mate antes de que puedan procesarlo.

Ethel alzó una ceja.

—¿Estás drogando a la abuela?

Seraphine puso los ojos en blanco.

—*Drogar*... Eso son palabras mayores. Estoy suavizando su espíritu —replicó Seraphine, quitándole importancia—. Las ayudo a que puedan procesarlo mejor. Mi madre ya tiene una edad, ciertos sustos no son buenos...

Daphne se dio la vuelta en ese momento, cargando la fuente sopera. Seraphine se sentó y dejó escapar un bostezo.

—Huele de maravilla, Daphy. —Extendió la cuchara para probar la sopa y su hermana le dio un manotazo.

Morgana entró en la cocina en ese instante. Se había dejado la larga melena gris suelta y llevaba una bata con bonitos brocados.

Ethel tragó saliva al observar a su familia llevarse las copas a la boca y beber. Seraphine, en cambio, comenzó a comer sin la menor preocupación. Eso la llevó a preguntarse si ya había *suavizado sus espíritus* alguna otra vez.

No cambió nada en ninguna de las dos, más allá de que Morgana miró un momento la copa como si algo en el sabor le hubiese llamado la atención, pero pronto siguió comiendo.

Seraphine se aclaró la garganta, entonces, y miró a su hermana y a su madre.

Ethel se sentó recta preparándose.

—Bueno —empezó—, hay algo que tenemos que contaros. No es grave. Es solo... relevante. Como cuando descubres que hay una familia de zarigüeyas alojadas en tu desván alimentándose de tus fármacos, hasta el punto de haber desarrollado cierta conciencia y...

Morgana levantó una ceja. Daphne se limitó a fruncir los labios.

—¿Adónde... quieres llegar?

—Ethel sabe que es una bruja —soltó finalmente Seraphine.

Silencio.

Daphne parpadeó varias veces. Abrió la boca como para decir algo, pero la cerró de nuevo, como si le costase organizar los pensamientos. La abuela se había quedado con la cuchara a medio camino de la boca y se le derramó la sopa. La cocina pareció detenerse durante un breve instante, justo para estallar al siguiente. Solo que no fue así.

Daphne quiso levantarse, pero en vez de ser un gesto impetuoso, fue lento, suave. Cuando habló, la voz le salió como si estuviera hablando bajo el agua.

—¿Cómo... has... dicho?

Ethel observó la escena entre fascinada, divertida y preocupada.

—Sí, sí, sí, antes de que me digas nada, déjame explicarlo todo.

Daphne se tambaleó haciendo esfuerzos por moverse para alcanzar el cucharón de servir. Seraphine se levantó de su silla y estiró las manos hacia delante protegiéndose.

—La pillé en el bosque. Un demonio trataba de engatusarla y tuve que intervenir. No me quedó más remedio.

Morgana frunció el ceño y miró a su hija.

—¿Qué... nos has... dado?

—Nada. Un brebaje relajante para que os toméis esto con calma.

Daphne ya había alcanzado el cucharón y movió el brazo hacia atrás, despacio, para lanzárselo a su hermana.

Seraphine lo esquivó con facilidad. Soltó el aliento con fastidio.

—Por favor, vamos a tranquilizarnos. Lo de que Ethel sepa la verdad es lo de menos, lo importante es que debemos contaros algo...

—¡Lo... de... menos! —exclamó Daphne, furiosa. Era curioso porque su rostro no conseguía mostrar la emoción, trataba de

contraerse, pero perdía efecto y se relajaba.

—No hagamos un drama de esto. Las cosas se han dado así y punto. ¿Por qué quedarnos en el pasado? Además, Ethel es más feliz ahora que lo sabe. —Su tía la apremió con la mirada para que le echase una mano.

Ethel la miró confusa y luego encaró a su abuela y a Daphne, y asintió sonriente.

—Si yo os perdono por haberme mentido durante toda mi vida, creo que podréis perdonar a tía Seraphine por lo que hizo —empezó con voz suave—. Al fin y al cabo, fueron las circunstancias las que hicieron que me lo contase. —Se miró las manos—. Y la verdad es que me siento mucho mejor conmigo misma desde que lo sé. —Se aclaró la garganta—. No sabéis lo que era vivir pensando que estaba loca. No lo soportaba. Era como si hubiese algo dentro de mi cabeza, algo que no era yo y que actuaba por su cuenta. —Tragó saliva con dificultad—. Me aterraba. Me asustaba existir. Me odiaba profundamente, hasta el punto de desear... desaparecer.

»Descubrir la verdad, y lo que tía Sera me ha enseñado, me ha ayudado a controlarlo, a tener respuestas. —Se clavó las uñas en las palmas—. No entendéis lo que se siente al no saber qué te está ocurriendo... Es algo que te desquicia, que te destruye por completo y te va drenando poco a poco... —Cogió aire y lo soltó despacio, como si se liberase de un peso—. Vivir en tu cuerpo, convivir con tu cabeza, pero sentir que no eres dueña del todo de ninguno de los dos, que eres un huésped, es... —Parpadeó.

Nunca encontraría la forma de explicar el pánico que el descontrol sobre sí misma le provocaba. Sobre todo, porque iba acompañado de una incertidumbre total. No era bipolar, no tenía ningún tipo de enfermedad mental, todo estaba bien en su cabeza y ninguna de las

medicaciones que había tomado le había servido. Y ese miedo se había acrecentado mucho más al no tener esas respuestas.

—Cuando supe la verdad me sentí tan bien..., tan libre. —Sonrió —. De verdad, desde entonces, me siento mucho más feliz.

Tía Daphne, que se había movido despacio mientras lo contaba, la rodeó con los brazos estrujándola con cariño. Seraphine se unió a su hermana y la abrazó igualmente.

—*Fawnlet*...

—Solo quería que supierais que esto lo ha cambiado todo para mí —explicó—. Hablaré con mi madre llegado el momento porque sé que la decisión de ocultármelo fue suya.

Morgana estiró el brazo muy despacio y le cogió la mano. A Ethel le encantaba el tacto de su abuela. Tenía la piel fina, delicada y suave. Sus dedos temblaban ligeramente, pero su agarre era muy muy firme.

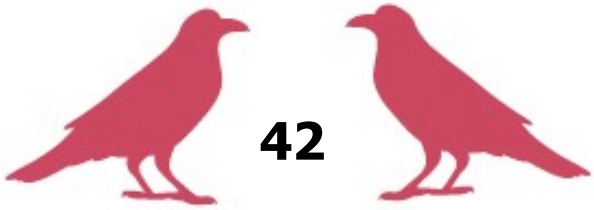
—A veces las madres no somos racionales en lo que tiene que ver con nuestras hijas. Ella quería protegerte y pensó que así lo hacía... —dijo Morgana.

Ethel deseaba ser comprensiva con Isadora. Pero, aunque fríamente podía entender sus motivos, le dolía igual.

Seraphine soltó a Ethel. Cogió su copa de vino y le dio un largo trago echando la cabeza hacia atrás. Dejó escapar un suspiro y dio una palmada para llamar su atención.

—Bueno, bien. Aclarado este punto, vamos a lo importante... Un subyugado ha atacado a Ethel y tenemos su cadáver en el laboratorio.

Hablando de sutilidad y tacto...



42

Había dormido mal por culpa de unas extrañas pesadillas. No podía describirlo en imágenes, pero sí en sensaciones. Se le habían quedado enredadas en el estómago una serie de emociones nerviosas que escarbaban sus entrañas. No sabía qué era lo que la había hecho sentir así, pero no era capaz de deshacerse de esos sentimientos.

La puerta de su taquilla crujió al abrirla. Buscó los libros para su siguiente clase.

—Desapareciste sin despedirte. —Silas se apoyó en la taquilla contigua. El flequillo húmedo se le pegaba a la frente. Llevaba un café en una mano y el cuello de la sudadera aún mojado por la llovizna.

—Me fui temprano —explicó Ethel.

—Habría estado bien que le dijeses adiós al anfitrión.

Ethel se sintió culpable. Tenía toda la razón.

—Lo siento, fue muy desconsiderado por mi parte. La verdad es que me lo pasé bien en tu fiesta y estoy muy agradecida por que me invitases.

Él se quedó un momento en silencio y su expresión se ablandó. No entendía por qué Nox insistía tanto en que no se fiase de Silas.

Solo había sido amigable y bueno con ella.

Pocas personas habían sido así de simpáticas con Ethel a lo largo de los años. Las recordaba, de hecho; recordaba cómo habían conseguido que su día fuese mejor, que su corazón fuese más ligero y que todo pareciese más fácil y menos hostil. Ethel deseaba poder causar ese efecto en los demás.

Silas sonrió y sacudió ligeramente la cabeza. Bebió un sorbo de café sin dejar de mirarla.

—Deberías quedar conmigo después de clase para compensarme.

Ethel ladeó la cabeza.

—¿Y qué quieres hacer?

Comenzaron a caminar hacia clase.

Silas sonrió.

—Podríamos ir al cine. No aquí, claro. En Grimford hay un viejo cine en el que ponen reposiciones. Durante todo octubre y noviembre hacen un ciclo de películas escalofriantes. Habría que ir antes de que empiecen con las de Navidad.

Ethel parpadeó sorprendida.

—¿Cine?

—Sí. ¿Te da miedo?

Ethel levantó el rostro hacia él. No recordaba la última vez que había hecho algo así. Seguramente cuando era una cría y todavía quedaba con sus amigas del cole.

Para cualquiera podría ser insignificante; para ella, era como asomarse a un mundo que siempre había estado vetado, algo que había anhelado desde la distancia.

—No. Claro que me encantaría ir —admitió con una sonrisa que le iluminó el rostro.

La expresión de Silas se llenó de orgullo.

—Perfecto. Te recogeré en tu casa esta tarde, entonces.

Ethel descorrió las cortinas para que entrase la luz del atardecer, aunque el cielo parecía amenazar lluvia. Se colocó frente al espejo. Se pasó los dedos bajo los ojos, el intenso morado se había atenuado hasta volverse de un suave violeta.

Sonrió. Estiró las comisuras de sus labios hasta que su imagen reflejó alegría.

«Vamos», se dijo, estaba a punto de ir por primera vez al cine con alguien. Sus tías la habían animado, repitiéndole que le haría bien distraerse de todo lo que estaba ocurriendo: el subyugado, los rastros de hechicería que su abuela había encontrado en él y el ritual que iban a practicar en la próxima luna llena.

—No mucha gente es capaz de hacer algo así —le había explicado Seraphine mientras las cuatro miraban el cadáver consumido sobre la mesa del laboratorio.

—Deberíamos informar a las Trece, es un asunto muy grave que alguien use subyugados contra un aquelarre —dijo Daphne.

—No. Ya has visto cómo estaban los ánimos. Conseguirán darle la vuelta para inculparnos a nosotras o a Ethel... —se negó Seraphine.

—Esto es algo personal. Tiene grabado en la lengua nuestro apellido en runas —anunció Morgana.

—¿Tenemos enemigos? —preguntó Ethel.

Las tres mujeres la miraron con distintas expresiones de preocupación.

—Las brujas siempre los hemos tenido. Pero hace siglos que nadie nos persigue. Conforme avanzamos en la modernización, más fácil es ocultarnos.

Se agarró la mitad superior del pelo y se lo recogió para apartárselo de la cara. Claro que estaba preocupada por el

subyugado, pero ese no era el motivo por el que sus ojos no le habían devuelto la sonrisa.

Se abotonó la blusa de rayas hasta que quedó ajustada al torso como un corsé. Pasó las manos por las solapas que dejaban los hombros al descubierto y luego tiró de los puños de las mangas largas. El tejido estructurado marcaba sutilmente su silueta. Bajo el escote amplio se asomaba el encaje negro de su top. En cuanto les había contado a sus tías lo del cine, las dos habían revuelto sus armarios para buscarle qué ponerse.

Al menos su entusiasmo exagerado la había animado y distraído.

No dejaba de pensar en los murmullos que había oído esa mañana en clase. Todo el mundo hablaba de la fiesta de Silas, tanto los que habían asistido como los que no. Y, sobre todo, lo hacían de un rumor en concreto: Ivy Whitmore y Nox Harker.

—Yo los vi subir juntos al piso de arriba.

—De la mano.

—Se besaban en el pasillo de abajo, estaba oscuro, pero eran ellos, y no fui el único que los vio.

—Puedo confirmarlo, pasaron por encima de mí cuando bajaban la escalera.

No era asunto suyo, se recordó. ¿Qué más daba? No tenía derecho a sentir celos. Pero no podía detener la avalancha que su cabeza le estaba volcando encima.

Bueno, él le había dicho que su beso no significaba nada y puede que la razón fuese que sentía algo por Ivy. Y la verdad era que los había visto juntos prácticamente todo el día.

Respiró hondo, intentando calmar el temblor en su pecho. «Porque te haré daño. Porque no voy a enamorarme de ti». Repitió mentalmente las palabras de Nox para grabárselas en la piel; como

quien se tatúa con una cuchilla. Ahora las entendía mejor. Él había tratado de avisarla de que no estaba disponible para ella.

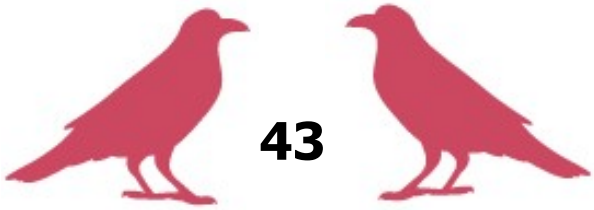
El hueco que se abrió en su estómago fue tan profundo que tuvo que sentarse en el borde de la cama. El dolor se expandía por dentro, áspero, como si le faltase el aire.

Abajo, sonó un claxon. El coche de Silas.

Respiró hondo. Al menos tenía a Nox como amigo; alguien que conocía su mayor secreto y la había aceptado. Nox estaba de su parte. Era alguien con el que podía ser ella misma. Vale, sí, ella deseaba más. Pero pillarse por alguien podía ser algo pasajero, mientras que la conexión que tenían era mucho más profunda e iba más allá de la atracción.

Sí, le gustaba. Pero su amistad era igualmente valiosa para ella.

Cogió su abrigo, tomó una respiración profunda y salió.



43

El trayecto en coche a Grimford, el pueblo más grande del valle, no era muy largo, aunque sí sinuoso. Y como había empezado a llover a mitad de camino, habían tardado más de lo normal.

Grimford, al igual que Ebonwick, estaba envuelto en la neblina perpetua del lugar, parecía sacado de una vieja postal, pero tenía un aspecto más industrial.

Tuvieron que correr desde el coche hasta el cine, un edificio antiguo con una marquesina *art déco*, donde las letras negras encajadas en la franja blanca de la fachada anunciaban *Frankenstein*. Los carteles, descoloridos por el tiempo, colgaban enmarcados a ambos lados de la entrada.

Estar con Silas era sencillo porque llenaba los silencios hablándole de cualquier cosa con esa ligereza que le caracterizaba. Eso la hacía sentir relajada.

—Es una cita. Ir al cine es una cita —le había dicho tía Seraphine mientras buscaban ropa.

—Pero ¿quién invita a una chica a ver películas de terror antiguas como una cita?

—Daphy, eres una sosa. A mí me parece una cita perfecta.

—No creo que lo sea —intervino Ethel—. No lo ha planteado en ese sentido. Silas es simpático y nada más, en serio, es así con todo el mundo.

—Ethel, espabila. Le gustas —le espetó Seraphine con su delicadeza habitual.

—No tiene por qué ser así —insistió—. Además, si lo hubiese planteado como una cita, no habría ido.

—¿Por qué? —preguntó Daphne.

—Porque Silas me cae muy bien, pero nada más.

—¡Ah, no! Debes ir. Las citas son divertidas y forman parte del juego. Que vayas no quiere decir que estés aceptando nada, solo pasar un rato agradable —le espetó Daphne.

—¿Juego, qué juego? —rio Seraphine dándole codazos a su hermana.

—El de crecer, conocer a gente, conocerte a ti misma.

Ethel miró a Silas mientras compraba las entradas. No era una cita, estaba segura, pero sus tías le habían metido ahora esa posibilidad en la cabeza. «Las muy brujas... —pensó con una carcajada—, solo quieren que luego les cuente todo el cotilleo».

Dentro, olía a polvo, a palomitas rancias y a terciopelo viejo. Las lámparas *art déco* derramaban una luz tenue sobre los asientos rojos, gastados por décadas de espectadores. Apenas una docena de personas ocupaban el lugar, dispersas, como sombras en el anfiteatro.

Silas le ofreció asiento en la penúltima fila. Ethel se dejó guiar, sintiéndose muy consciente de sí misma. Era culpa de sus tías por meterle cosas en la cabeza.

Cuando las luces comenzaron a apagarse, notó cómo su respiración se aceleraba sin razón.

—Si tienes miedo, puedo abrazarte, Ashbourne —susurró Silas en tono de broma.

—No creo. —Había visto cosas más espeluznantes en las últimas semanas.

—¿Acostumbrada a los monstruos?

—Diría que dan más miedo los humanos.

Silas asintió divertido con su respuesta.

El murmullo de los otros espectadores se apagó hasta quedar solo el crujido ocasional de las palomitas y el traqueteo del proyector al fondo de la sala.

Silas se inclinó hacia ella.

—Tiene algo de romántico, ¿no crees? —murmuró.

—¿El qué?

—El deseo de encontrar amor, aunque el mundo te vea como un monstruo.

—Bueno, no creo que el aspecto de alguien sea indicador de su alma.

—Oh, sí. Los mayores monstruos vienen en envoltorios bonitos.

Ethel se miró las manos. Se había abierto una herida en uno de los nudillos y le sangraba.

—Al menos, lucha contra lo que los demás dicen que es, contra la idea de ser un monstruo...

Las luces parpadeaban en la pantalla, proyectando destellos verdes y plateados sobre sus manos. Ethel apartó la mirada; el aire cargado y el aroma dulzón de las palomitas le revolvió el estómago. Había algo en el monstruo tambaleándose en la pantalla, con sus cicatrices, su torpeza, su soledad..., algo que la atravesó de forma visceral, recordándole a sí misma, a lo que llevaba dentro.

El rumor de las voces de su pasado se mezcló con los diálogos de la pantalla. La repulsión de los otros personajes le escocía como si se la dirigieran a ella.

Su deseo de ser amado la sacudió muy profundamente.

El pecho le ardió con una llamarada áspera, casi sofocante.

Silas le dijo algo al oído, pero las palabras se perdieron en el eco metálico de su propia respiración.

—Creo que necesito un minuto —susurró, poniéndose de pie.

El pasillo la recibió silencioso. Las pobres bombillas que trataban de iluminar el largo corredor parpadeaban, como si fueran a apagarse en cualquier momento. El aire olía a moho y a detergente barato. Ethel avanzó, sujetándose a la pared tapizada, tratando de recuperar el equilibrio.

El eco de sus botas se deformó, como si hubiera más pasos siguiéndola. Apoyó la frente contra un embellecedor de latón, esperando que el frío del metal la ayudase. Debía haber comido algo en mal estado porque se sentía enferma.

Cuando se separó de la pared captó su reflejo de forma parcial. La imagen distorsionada la asustó. El parpadeo de la luz y las sombras que parecían moverse y estirarse hacia ella la estaban confundiendo. A lo mejor la película sí que le había afectado.

Miró por encima de su hombro, le había parecido que alguien se acercaba por detrás. ¿Cuándo había caminado tanto? La puerta de la sala estaba ya a unos cuantos metros.

Se pasó la mano por la frente. Estaba ardiendo y el sudor le empapaba la piel. Sentía un zumbido de pánico en los oídos.

«Es simple paranoia», se dijo. Allí no pasaba nada. Se obligó a seguir avanzando, arrastrando los pies. El pasillo parecía retorcerse en una espiral, alargarse. Ethel contuvo un acceso de náuseas. ¿Por qué estaba tardando tanto en llegar a la puerta del baño?

Giró la cabeza, alarmada al captar algo que se movía a su derecha. Era ella misma, reflejada en un espejo. Pero no parecía ser ella, la imagen se movía por sí misma. Sus ojos eran muy grandes, su piel muy pálida, sus manos tenían los dedos largos acabados en uñas afiladas. Una gota de sangre resbalaba de su boca.

Ethel gimió y trató de acelerar el paso.

De repente, el pasillo se abrió a los baños. Ethel entró a trompicones, cerró la puerta tras de sí y se dejó caer contra la madera, jadeando. El corazón le golpeaba dentro del pecho, desbocado, y todo su cuerpo temblaba.

Se obligó a moverse. Caminó hasta los lavabos, abrió el grifo y se mojó la cara. Al levantar la vista, el espejo le devolvió su reflejo de siempre. Nada extraño. Nada fuera de lugar. Seguramente era cosa de la fiebre.

Tomó aire, profundo, y por un instante se sintió aliviada. Todo estaba bien. Todo estaba en calma.

Entonces las luces parpadearon y se apagaron de golpe. La oscuridad cayó sobre ella como una sábana helada. Se aferró al borde del lavabo con los dedos entumecidos.

«No pasa nada. No pasa nada», se repitió, aunque el pánico ya le recorría la piel como un filo afilado.

El destello súbito de la luz de emergencia iluminó el baño, rojo y palpitante. Ethel volvió a verse en el espejo y... Un chillido desgarrador escapó de su pecho reverberando en los azulejos.

No estaba sola.

A su espalda había aparecido una figura alta, cubierta de plumas negras con cientos de ojos parpadeantes. De su cuerpo chorreaba un líquido denso y oscuro como la brea.

Se giró a toda velocidad, aterrorizada. Sus manos se aferraron al borde del mármol. Oía su respiración amplificada.

—¿Qué quieres de mí? —dijo con la voz ahogada.

La luz roja bañaba las baldosas en un resplandor viscoso.

La figura se deslizó hacia ella.

El corazón le latía tan deprisa que dolía. El aire se le atascaba en la garganta, la cabeza le daba vueltas.

El pánico le subió en oleadas y sintió la sangre latir bajo la piel de sus manos.

La figura monstruosa abrió la boca dejando escapar un sonido chirriante que le puso los pelos de punta.

Ethel trató de recomponerse. Le ardían las sienes, y sentía la cabeza ligera y el cuerpo pesado. El estómago revuelto. Se estaba clavando la piedra en la parte trasera de los muslos, no le quedaba espacio para retroceder.

Agarró la bolsita de los pétalos y, con la sangre de sus dedos heridos, dibujó una runa en su palma. La misma que había usado tía Seraphine en el bosque cuando espantó al demonio, la que más le había insistido en que aprendiese.

El símbolo de expulsión lanzó una llamarada oscura, cuyas lenguas alcanzaron a la criatura. La onda de energía golpeó a Ethel y la lanzó contra los espejos con una fuerza descontrolada. Las puertas de los baños se azotaron con violencia. Los cristales se agrietaron y una nube de esquirlas llovió sobre Ethel, cortándole la piel del rostro y de los hombros.

—¡Eh! —La voz de Silas la alcanzó desde muy lejos—. Ethel, ¿me oyes?

Parpadeó. Al inclinar la cabeza, vio su silueta recortada contra la claridad; Silas estaba de rodillas a su lado con el gesto contraído del

susto. Tras él, dos trabajadores del cine la observaban con rostros pálidos.

Oía algo chirriante y estridente. Sirenas.

—Ha tenido que ser la tubería, que ha estallado.

Ethel se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor, nerviosa. Ni rastro de la criatura.

—Eh, cuidado. No te muevas. La ambulancia está aquí.

—¿Qué?

En ese momento, entraron dos enfermeros con uniformes blancos portando una camilla.

—Te van a llevar al hospital. Los trabajadores del cine han llamado a casa de tu abuela y están de camino.

Se le contrajo el estómago. Deseó desmayarse otra vez.

—No, pero estoy bien —dijo con un hilo de voz.

Los enfermeros se habían agachado y colocaban la camilla junto a ella. El roce del nailon, el chasquido seco del metal ajustándose le devolvieron el recuerdo de ese verano con la fuerza de un puñetazo; los días encerrada entre paredes pálidas, el olor químico de los pasillos, la sensación del tiempo detenido.

—Ashbourne, estás llena de cortes y te has dado un golpe muy fuerte. No estás bien.

Mientras los enfermeros la ayudaban a incorporarse, sintió el mismo frío estéril en la piel, las manos sujetándola con firmeza. Se removió. No deseaba volver a revivir esas sensaciones.

—¿Te duele? ¿Quieres que te demos algo...?

—No. No me duele. Estoy bien.

Por suerte, el hospital de Grimford era muy pequeño y solo servía para consultas y urgencias leves. Además, el edificio era tan antiguo que no se asemejaba en nada a los hospitales de Arven.

Después de hacerle unas cuantas pruebas e inyectarle algunas medicinas, la dejaron tranquila.

—Deberían cerrar ese cine. Siento que...

—No pasa nada, no es culpa tuya.

—Mañana le diré a Ivy que cancele sus planes de ir.

—¿Ivy Whitmore? —preguntó Ethel sintiendo un dolor distinto al de sus golpes, uno que los calmantes no pudieron atenuar.

—Sí, fue ella la que me habló del ciclo que estaban haciendo. No es que le gusten mucho este tipo de películas, pero vendrá con...

Sus tías irrumpieron con ímpetu en la sala, cortando lo que decía Silas. Ethel no necesitaba que terminase la frase, ya imaginaba de quién hablaba. Daphne se dirigió hacia su sobrina con rapidez y comenzó a examinarla. Seraphine, que llevaba un conjunto de prendas desparejadas como si se hubiese puesto la ropa a ciegas y a toda prisa, fue hacia el médico.

El hombre, joven, de unos treinta y pocos, la miró intimidado. Seraphine parecía un policía realizando un interrogatorio.

—¿Cómo estás? ¿Qué te duele? ¿Cómo ha sido? —comenzó Daphne.

Ethel le dedicó una sonrisa para calmarla.

—Estoy bien, de verdad.

El rostro de Daphne se arrugó, como si estuviese a punto de echarse a llorar. Y Ethel, al verla, se quebró. Dos lágrimas gruesas resbalaron por su cara. No lloró porque le doliese. Sí un poco por el bajón de la adrenalina y por el susto que todavía tenía en el cuerpo. Pero, sobre todo, lloró porque se sintió a salvo, porque sintió que se lo podía permitir. Porque la sensación de alivio al verlas y su preocupación la conmovió profundamente.

—No... no llores..., porque, si no...

Daphne también se echó a llorar mientras la abrazaba bajo la mirada atónita de Silas.

—¿Se puede saber qué hacéis? ¿Por qué lloráis las dos? —espetó Seraphine, que por fin había dejado de atosigar al pobre médico—. ¿Qué espectáculo tan bochornoso es este?

Ethel y Daphne se separaron para mirarla. Con su pose imponente, de brazos cruzados y ceño fruncido, tenía los ojos algo rojos.

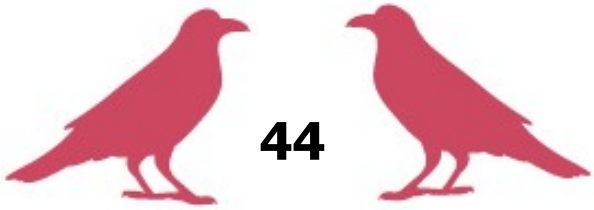
—Pero si tú también estás a punto de llorar, tonta —le dijo Daphne.

—Es por esta luz tan blanca, me hace daño en los ojos. ¿Y tú qué miras? —dijo mirando a Silas—. ¿Nunca has visto a nadie alterado?

Silas negó aguantándose la risa.

Daphne se secó la cara y le dio unas palmaditas a su hermana.

—Anda, vámonos a casa.



44

Nox recostó la cabeza sobre su mano dejando escapar un bostezo de aburrimiento. Los cuerpos mortales eran un fastidio, le dolía todo después del entrenamiento de la tarde anterior.

—Esta revista dice que el deporte es una buena forma de despejar la mente, señor. —Ghom sostenía un ejemplar que mostraba a un tipo ultramusculado en la portada—. Y de liberar la tensión acumulada.

Pero al menos había dormido profundamente y sin soñar.

—... te juro que fue surrealista —dijo Silas.

—Eso te pasa por ir al cine con Ashbourne... —añadió James, estremeciéndose—. Ya te he dicho que hay algo espeluznante en esas tías.

Nox, de pronto, dejó de sentirse dolorido y aburrido.

—Menuda primera cita...

La sangre le zumbó en los oídos.

¡CITA!

—Da igual, el resto fue de maravilla.

Apretó la mandíbula. ¿Ethel había tenido una cita con Silas? ¿En el cine? ¿Había ido al cine con el puñetero Silas Holloway? ¿Por qué? Y lo que era peor aún, ¿por qué no había tenido una cita con él?

Te dije que lo matases. Si lo hubieses matado, nada de esto habría pasado. Tendrías que hacer caso a mis consejos. Pero aún estás a tiempo. Puedes matarlo esta tarde y todo se solucionará fácilmente. Con Silas muerto Ethel solo te tendrá a ti como... amigo... o lo que sea.

Que se ahogue en el río. Es factible. Los mortales mueren por cualquier chorrada.

Algo le estrujó el pecho a la altura del corazón. Era una sensación incómoda, dolorosa y árida.

Mierda. Seguro que Ethel le había dedicado *esa* mirada. Esa que te hacía sentir como si fueras lo mejor que existe en la puta Tierra, como si tu sola presencia bastara para hacerla feliz. Y cuando Ethel te miraba así, era imposible no desear que lo hiciese otra vez. Imposible no querer ser, de verdad, tan especial como te hacía creer.

Se removió intranquilo en la silla.

Si ibas a estar tan celoso del gusano, haberla invitado tú.

Celoso de un humano... Por favor..., cómo iba a estar un demonio de su estatus celoso de...

Su imaginación reprodujo, para su tortura, una secuencia de imágenes de Silas tocando a Ethel, besándola, y perdió la poca calma que le quedaba. Sintió el pinchazo de sus cuernos en la frente. De pronto le apetecía muchísimo arrasar con la humanidad al completo.

Arrastró la silla, levantándose de golpe.

Si no lo vas a matar, pégale un poco, aunque sea. Vamos, te mueres de ganas de darle un puñetazo en esa cara tan fea. No tienes por qué matarlo del todo, solo un poquitín.

«La muerte es un estado absoluto, no se puede matar solo un *poquitín*», bramó mientras se largaba de ahí.

Cuando giró el pasillo, vio a Ethel frente a su taquilla, dejando en ella una bolsa de papel.

El calor le subió a la cabeza.

—¿Qué haces? —Su voz sonó ronca.

Ethel alzó la vista, sorprendida. Como un animal asustado. Su reacción lo enfureció aún más.

—Te devuelvo la sudadera que me dejaste —murmuró, evitando sus ojos.

Nox frunció el ceño.

—¿Y por qué no has venido a dármela a mí?

Ella miró a todas partes, incómoda.

«¿Por qué?», se preguntó.

—No quería... —buscó la palabra.

Nox apretó los puños. El nudo en su garganta se tensó. Dio un paso hacia ella, agarró la bolsa y se la devolvió.

—No te la he pedido de vuelta. Puedes quedártela.

Ella parpadeó, desconcertada.

—No estaría bien. Ahora que sales con Ivy Whitmore.

Nox se quedó helado.

¿Qué ha dicho?

—¿Que yo qué? —preguntó con un tono tan bajo que parecía un gruñido.

Ethel se rascaba la piel de las manos con insistencia mientras miraba a todas partes menos a él.

El demonio dentro de Nox rugió.

—Nos besamos el sábado, Ethel. —Su tono fue duro—. ¿Qué coño te hace pensar que siento algo por Ivy?

La respiración de Ethel se agitó.

Así es como ella te ve.

A su alrededor, la gente se frenaba para mirarlos o para intentar escuchar de qué hablaban.

Le agarró la mano con firmeza, sin darle opción a apartarse, y tiró de ella.

—Ven conmigo.

Atravesaron la primera planta hasta las escaleras de la parte de atrás. Bajaron al patio y lo cruzaron hasta llegar al invernadero.

Dentro hacía más calor y la humedad se les pegó a la piel. El sonido rítmico de la lluvia contra los cristales se mezcló con el de sus respiraciones. Nox soltó a Ethel, que se alejó un par de pasos para poner distancia. Él la observó con los músculos tensos y el ceño fruncido.

—Explícame una cosa, Ethel. ¿De dónde has sacado que estoy con Ivy?

—Es lo que he oído. Todo el mundo lo dice.

Nox apretó los dientes. Respiró despacio.

—¿Y si fuese cierto? —preguntó con la voz ronca—. ¿A ti te parecería bien?

Todo en él imploraba escuchar un «no». Necesitaba que ella lo negara. Su cuerpo ardía y temblaba. Nunca se había sentido más expuesto e insignificante en su entera existencia.

Ethel alzó los ojos por fin, y la sonrisa que le dedicó fue un puñal frío.

—Si es lo que deseas..., claro.

Nox inspiró. Se llevó la lengua a la comisura de la boca dejando escapar una sonrisa amarga.

Su dulzura es como un veneno. El maldito ángel es un demonio.

La indiferencia de Ethel era peor que cualquier otra cosa. De nuevo, arrasó con él.

Nox soltó una risa seca.

—De puta madre, podemos tener citas dobles.

—¿Qué?

—¿No saliste ayer con Holloway?

Ethel parpadeó, sorprendida.

—Sí, pero no es... No era una cita.

—¿Ah, no? ¿Y sabe eso Silas?

—Es un buen amigo, y se portó muy bien conmigo —explicó.

Nox perdió la poca paciencia y cordura que le quedaban. Dio un paso hacia ella.

—¿Un amigo? —dijo entre dientes. Ethel retrocedió y él volvió a acortar la distancia—. ¿Un amigo igual que yo? —preguntó con ironía.

Ethel se movió y se golpeó con una de las mesas de hierro. Dejó caer la bolsa con la sudadera al suelo. La respiración se le aceleró.

Nox, frente a ella, la miró con los ojos llenos de rabia. No quería oír la respuesta, no podría soportar un «sí».

Ethel quiso moverse, pero él la frenó. Le puso una mano en la cara y le acarició la boca con el pulgar. Ella separó los labios. Su respiración estaba tan acelerada como la de él. Sus enormes ojos cristalinos bajaron hasta la boca de Nox, que él se había humedecido.

«Mierda», maldijo para sí mismo.

Retiró la mano, apretándola en un puño. Se ordenó contenerse.

Sus ojos le suplicaron clemencia.

Ella alzó la barbilla, sus alientos se mezclaron. La punta de la lengua de Ethel bordeó el filo de su propio labio de forma distraída. Nox apretó los dientes tan fuerte como pudo.

Ethel se tambaleó. Echó una mano hacia atrás para apoyarse en la mesa que tenía a la espalda y con la otra se sostuvo a él, tirando de

su camisa. El gesto los acercó. Las puntas de sus narices se rozaron.

Nox hizo el amago de descender hasta su boca, pero se frenó apretando los párpados, conteniendo el aliento. Fue Ethel la que se estiró, separando los labios, hasta acariciar su boca en un acto reflejo, movida más por el deseo que por la lógica misma.

Y antes de que le diese tiempo a retroceder, Nox la besó con violencia perdiendo la batalla contra su autocontrol.

Ethel gimió suave mientras le hundía la lengua en la boca.

—Lo estoy intentando... —dijo Nox.

Ella parpadeó y su cuerpo se estiró como si él fuese el imán más potente del mundo y ella estuviese hecha de metal.

—¿El qué? —susurró con la voz ahogada.

Nox enarcó una ceja. Bajó la mano hasta su rodilla izquierda y la empujó suavemente hacia un lado para colocarse entre sus piernas. Sus dedos subieron despacio por el encaje de las medias hasta rozar el borde de la falda.

No respondió. Solo respiró hondo. Una vez. Dos. Luego se pasó la lengua por el labio inferior, rozando el metal del *piercing*.

—Ser bueno.

—No tienes por qué...

Entonces, con una mano en la nuca de Ethel y la otra tirando de su pierna, la atrajo hacia él y la besó de nuevo.

Su boca descendió sobre la de ella con una fuerza que le robó el aire. Nox la sujetó por la cintura, encajando su pelvis entre las piernas abiertas de Ethel. Ella soltó un jadeo ahogado.

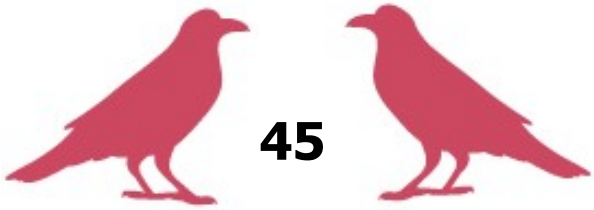
—Joder, Ángel... —murmuró contra su piel.

Con dedos ágiles, le desabrochó el chaleco del uniforme y deslizó la mano por debajo de la camisa. Subió hasta su pecho, acariciándolo por encima del sujetador. Cuando su palma le rozó el pezón, Nox dejó escapar un gemido. Apartó la tela con impaciencia.

La espalda de Ethel se arqueó y su torso quedó completamente apoyado sobre la mesa. Rodeó la cintura de Nox con las piernas, tratando de sostenerse a él.

—Nox...

No podía ser racional. No, si decía su nombre de esa manera.



45

Los labios de Nox bajaron por su cuello; mordiendo, lamiendo, dejando un reguero de marcas suaves en su piel. El mundo se encogió, se comprimió hasta quedar reducido a aquella emoción.

Con un movimiento fluido, le sujetó ambas muñecas con una sola mano y las inmovilizó por encima de su cabeza. Su otra mano desabotonó la camisa con calma, hasta que pudo bajar las copas del sujetador y dejarla completamente expuesta.

El aire húmedo del invernadero le erizó la piel. El contraste entre el frío y el calor abrasador de la mirada de Nox la hizo estremecerse.

Él la observó, y sus ojos se oscurecieron. Había algo salvaje en su expresión. Algo insaciable.

Su boca descendió sobre su pecho, despacio. Lengua, dientes, el metal frío del *piercing*... Ethel apretó los párpados con fuerza.

—Nox... —jadeó, cerrando aún más las piernas alrededor de su cintura.

—Eres preciosa, Ángel. Más incluso que en mis sueños —murmuró antes de volver a besarla.

El mundo entero giraba alrededor del roce de sus bocas, del jadeo quebrado que le salía cada vez que él la tocaba. La mesa crujía bajo

sus caderas. Nada existía fuera de esa sensación adictiva, de ese deseo que se arrastraba como un fuego vivo bajo la piel.

—No estoy hecho para ser suave contigo —confesó él, con la voz rasgada—. Deberías...

Ethel cerró los ojos.

Lo deseaba. Más de lo que había deseado cualquier cosa en su vida.

Nox volvió a inclinarse agarrándole la cara con ambas manos. Su lengua entró en la boca de Ethel, que le arañó los hombros y hundió las manos en su pelo. A Nox no le importó que fuese brusca, pero ella murmuró una disculpa.

—No me pidas perdón —le exigió.

Las manos de Nox recorrieron su torso hasta aferrarse a su cintura. Y entonces, al apretarla contra sí, Ethel se encogió con un gemido ahogado.

Nox se apartó de golpe. Su mirada descendió y se quedó helado al descubrir la leve marca azulada de un moratón que se extendía por sus costillas.

—¿Te he hecho daño? —Su voz salió ronca, pero cargada de pánico. Ethel podía ver y hasta sentir lo excitado que estaba. El fuego del laberinto le pareció una brisa fresca en comparación con lo que sintió al verlo así.

—Ethel... —la llamó.

Ella negó con rapidez, intentando recuperar el aliento.

—No... No has sido tú.

Él frunció el ceño. Sus ojos comenzaron a fijarse en las pequeñas heridas, cortes y magulladuras que tenía. Estaban casi curadas. Tía Seraphine le había aplicado todo tipo de cataplasmas y Daphne le había dado una serie de pociones curativas. Por algo eran dueñas de una «farmacéutica».

—¿Qué... qué te ha pasado? —preguntó Nox.

Con cuidado la ayudó a incorporarse. Ethel se abotonó de nuevo la camisa deseando cubrir su desnudez.

Se miraron en silencio. Sin tocarse.

Una respiración. Dos.

—Anoche, en el cine...

El rostro de Nox se oscureció y se llenó de algo asesino.

—¿Fue Silas?

Ethel sacudió la cabeza.

—No. Algo... algo monstruoso apareció en el baño. —Se estremeció al recordarlo—. Cuando me defendí... Todavía no controlo bien mi magia y la onda expansiva de mi hechizo me golpeó.

Nox bajó la mirada, respiró hondo y se recolocó la camisa y la corbata. Se pasó un pulgar por la boca. Ethel se dio cuenta, con un vuelco en el estómago, de que lo había mordido y le había hecho una herida. Nox se pasó la lengua por el labio despacio, como si saborease el escozor.

El gesto encendió una llama en su vientre; apretó los muslos. Era incapaz de apartar la mirada de él, que se estaba pasando una mano por el pelo tratando de recolocárselo, después de que ella se lo hubiese despeinado salvajemente. Le había dejado marcas rojas en el cuello, rastros de sus uñas y dedos.

Tragó saliva. Nunca había sentido la garganta tan seca.

—Cuéntame qué pasó —le pidió Nox, interrumpiendo el tren de sus pensamientos.

Ethel respiró hondo y apartó la mirada parpadeando deprisa.

«¿Qué me pasa?». Le ardía la cara. Tosió y le relató todo lo que recordaba.

—¿Crees que puede estar relacionado con el ataque del viernes? —preguntó Nox.

—Puede. Mi familia examinó el cuerpo —le explicó—. Es un subyugado, un cadáver al que se le insufla vida, pero no conciencia, para que obedezca las órdenes de su creador.

Nox frunció el ceño y asintió, sopesando la información.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Mejor de lo que pensaba. Aunque si tienen algún sospechoso en mente, no lo han compartido conmigo.

Nox entrecerró los ojos, pensativo. Cruzó los brazos sobre el pecho y los músculos se le tensaron con el gesto.

—Si son cadáveres, deben salir de alguna parte...

Ethel se apoyó en sus manos, echándose hacia atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Que si averiguamos de dónde saca esos cadáveres, quizá nos dé una pista de quién es.

Ethel trató de no emocionarse demasiado por el uso del plural.

«No debería involucrarlo en esta clase de asuntos, es peligroso...», se recordó.

—Nox...

—Podría ser un cementerio o una funeraria. Y si necesita crear más, en algún momento debe ir a por otro cuerpo.

—Pero en Ebonwick no hay funerarias y no se han reportado robos de tumbas en el pueblo —argumentó ella.

—No, aquí no. Pero en Grimford sí que hay una funeraria.

Ethel abrió los ojos y Nox sonrió.

—¿Quieres decir que quien está detrás podría estar en Grimford y por eso ayer...?

—Es una posibilidad, ¿no? Deberíamos ir a echar un vistazo —sugirió Nox, acercándose a ella.

Ethel se puso de pie y negó.

—No. Se lo diré a mis tías. Es peligroso que...

Lo último que quería era que algo le ocurriese por su culpa. La idea de arrastrarlo a algo tan oscuro... No podría perdonarse jamás si Nox salía herido.

Él dio un paso hacia ella, lo bastante cerca para que Ethel notara el calor de su cuerpo. Su mirada se clavó en la suya, firme.

—¿Qué?

—No puedo hacer que corras ese riesgo.

—¿No quieres que te acompañe? —preguntó, más bajo, llevándose una mano al pecho con dramatismo—. Siempre tan cruel...

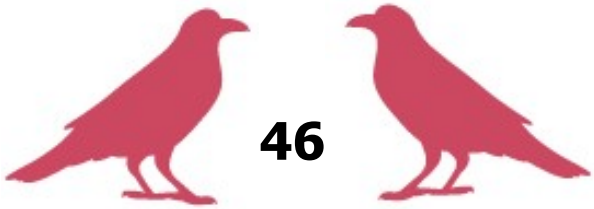
Ethel sintió cómo el corazón se le desbocaba en el pecho. Se mordió el labio para evitar sonreír.

—Está bien —cedió finalmente—. Iremos, pero si la cosa se pone peligrosa, se acabó. Además, mis tías se enfadarán si se enteran de que lo sabes.

—Hecho.

Ethel fue recompensada con una de las sonrisas amplias de Nox. Le cogió la cara con una mano y frotó el pulgar contra su mejilla en una caricia delicada. Tierna. Ethel sintió aletear algo entre sus costillas. Quería preguntar qué era lo que estaba pasando entre ambos, pero temió complicarlo. Está bien. Había vivido diecisiete años sin saber qué era ella misma, podía esperar un poco para obtener aquella respuesta. La incertidumbre no se le daba mal.

—Iremos el sábado. Te recogeré en tu casa, Ángel —se despidió Nox.



46

La sala de estar olía a romero quemado, a cáscara de naranja y a vino caliente. Las lámparas estaban apagadas, solo las velas colocadas en los candelabros iluminaban el salón con una luz temblorosa que dibujaba sombras danzantes.

Ethel estaba sentada en la alfombra, rodeada de cuencos con ingredientes: sal negra, pétalos de lavanda, ojos de azabache y un recipiente con pequeñas piedras de luna. Tía Daphne le indicaba con paciencia cómo envolverlos en retazos de tela negra y coserlos con hilo rojo mientras recitaban en voz baja una oración de protección.

En la mesa de café, además de los materiales para los amuletos, había un gran cuenco con galletas de almendra y pistacho, palomitas con mantequilla y romero, y una botella de vino especiado para las adultas. A Ethel le habían preparado una infusión de hibisco y manzana.

—Cuando la magia se hace junto al aquelarre es más fuerte. Por eso es mejor preparar los amuletos en conjunto —le dijo su abuela.

—Las brujas existimos en comunidad. No seríamos nada sin nuestro aquelarre, somos nuestra red de protección —añadió Daphne.

Tía Seraphine le dio un sorbo a su copa.

—¿Se debilita la magia si estás sola? ¿Mi madre la ha perdido? —preguntó Ethel.

Sus tías se miraron e hicieron una mueca. Pocas veces parecían mellizas; de hecho, no eran nada similares. Pero aquel gesto las delató.

—Ninguna de nosotras eligió nacer con nuestros dones. Es difícil luchar contra la naturaleza. La gente siempre desea ser lo contrario a lo que es y hay cosas más fáciles de cambiar, pero... no puedes extirpar tus genes por mucho que te empeñes. Tu madre quiso desde muy pequeña ser «normal». Pero ¿qué es normal? ¿Existe siquiera lo normal? Pensaba que se le pasaría, es habitual no querer ser como tus padres cuando eres joven. Bueno, era su elección y la tomó —le explicó su abuela con suavidad.

—Pero mi padre lo sabe, ¿no?

Morgana asintió.

Seraphine se estiró de manera teatral y le dio un trago lento al vino antes de mirarlas a todas.

—Tuve una cita esta tarde —anunció cambiando la conversación.

Ethel levantó la cabeza, interesada. Alargó la mano para coger un puñado de palomitas. Daphne sacudió la cabeza y Morgana sonrió, divertida.

—Por favor, dime que no has llevado a cabo tu plan absurdo —se quejó Daphne.

Seraphine había decidido que era necesario sacarle información a la inspectora Harper sobre el caso de los turistas, los subyugados. Así que se había pasado la semana rondando por el pueblo para averiguar dónde tomaba el café y emboscarla.

—Nos harás parecer sospechosas, Sera.

—Ante situaciones desesperadas, hay que tomar medidas desesperadas.

—Solo querías ligar con ella, mentirosa... —la contradijo Daphne.

Seraphine movió la mano quitando importancia a las palabras de su hermana y se acomodó en uno de los cojines mientras comía unas cuantas galletas y se preparaba para narrar su cita.

—Fue fácil averiguar su rutina. Vivian es una mujer de costumbres, es como un maldito reloj, todos los días a la misma hora aparece en el Bean Coven. Se sienta preferiblemente en la mesa más alejada, la única que no tiene visibilidad desde la barra, y allí consulta sus notas.

—Da miedo lo psicópata que eres —dijo su hermana.

—¿Quieres que lo cuente o no?

—Por favor —le pidió Ethel mientras cogía más palomitas y se acomodaba para escuchar a su tía llena de curiosidad.

—Me senté en la barra como cinco minutos antes de su llegada habitual. Con un libro sobre Mary Corinna Putnam Jacobi.

—La táctica de llamar la atención sobre tu inteligencia y conocimientos de farmacia —comentó Daphne.

—Vivian Harper llegó con puntualidad. Seria e impecable, como siempre. —Rememoró la imagen.

Puede que a Seraphine le gustase fingir que se tomaba las cosas a la ligera, pero estaba claro que la inspectora la había impresionado, tanto por su aspecto como por su personalidad recta y honesta.

—Fingí sorpresa al encontrármela. Y ya sabes lo bien que se me da actuar. Me dieron al protagonista en esa obra que hicimos en primaria...

—Ah, ya me acuerdo —exclamó su abuela—. Cuando le diste un beso a Jennifer Jenkins vestida de príncipe.

Los ojos de Seraphine se llenaron de nostalgia.

—Ahí descubrí que me gustaban las chicas...

—Su madre organizó una protesta vecinal contra nosotras porque estábamos acabando con los valores cristianos.

—¡Mmm! —exclamó Daphne, que estaba comiéndose una galleta —. Los niños nos metieron un montón de crucifijos en la mochila.

Seraphine, que estaba bebiendo vino, lo escupió cuando se le escapó una carcajada y manchó la alfombra. Su hermana le dio un tortazo reprendiéndola. Seraphine tosió mientras se seguía carcajeando y contagió a Ethel la risa, que se tumbó sobre la alfombra aguantándose las costillas.

La risa se apagó poco a poco y miró al techo mientras recuperaba el aliento, con una sonrisa tirándole fuerte de los carrillos. Qué dolor más dulce el de reír.

Le gustó saber que su familia había pasado por cosas similares a las suyas y que eran capaces de tomárselo con humor. Se preguntó si, de haber sabido la verdad, las cosas habrían sido distintas para ella... Si se habría sentido menos sola y más comprendida.

Se llevó una mano al pecho, todavía oyendo las carcajadas de su abuela y su tía, y los comentarios de tía Daphne de fondo.

Ethel no deseaba que sus traumas y sus miedos la definiesen, pero no podía hacer nada. De una forma invisible habían forjado la persona que era, le habían dado forma a su personalidad, a sus pensamientos, ideas, actitudes, hasta a sus gestos.

Giró la cabeza y miró a las tres mujeres.

Su aquelarre, su familia.

Cuando llegó a Ebonwick se estaba ahogando. Ahora no solo flotaba, sino que nadaba contra las olas.

Sonrió.

No hay nada más poderoso que el hecho de que alguien te tienda la mano cuando tú no puedes. Ni nada que sane más que existir en comunidad.

—¡Bueno, basta! —interrumpió Daphne, algo achispada—. ¿Qué ha pasado con la inspectora?

—Ajá, ya sabía que te interesaba. Eres una chismosa —se rio Seraphine—. Pues me miró como si estuviese decidiendo si aquello era casualidad o no. Una tía lista... Pero se acercó a mí. —Se pasó las manos por los contornos de su torso—. Porque soy irresistible. —Les guiñó el ojo de forma exagerada y se ganó una arcada de su hermana—. La invité a un café y...

—Estoy segura de que le soltaste toda la...

Daphne se puso de pie y comenzó a imitar a su melliza. Puso una voz más grave y exageradamente seductora y comenzó a moverse como ella. Era evidente que se conocían a la perfección porque lo hacía muy bien, tanto que a Ethel y a Morgana les volvió a dar la risa.

—Me pillas aquí leyendo. Ah... Es que soy taaaan culta, interesante y emocionalmente inaccesible. —Se contoneó y frunció el ceño como si le doliese lo que decía profundamente—. Pero bueno..., ya que estás aquí, te invito a un café y al placer de mi compañía. Siéntete afortunada, tengo a cientos esperando por mi tiempo.

Seraphine le tiró un cojín a Daphne, que le acertó en toda la cara. A Ethel le dolían las costillas de tanto reírse, y eso que ella era la única que no había tomado vino.

—Vivian es una tía seria que va de mujer fría, pero, en realidad, no es así. Está claro que es meticulosa y que le gusta seguir las reglas. Hablamos un poco de las dificultades añadidas que tiene ser mujer y joven en un trabajo como el suyo, por ejemplo.

Daphne, Morgana y Ethel compartieron una mirada. Había un brillo en los ojos de Seraphine que la traicionó. Mientras hablaba,

tenía dibujada una sonrisa, casi de admiración, de la que no parecía consciente.

«Le gusta», articuló su abuela en silencio.

«Le gusta mucho», le respondió Daphne.

—Bueno, el caso es que después del café tomamos una cerveza, y Vivian se fue relajando. Estoy segura de que de pequeña era la típica delegada de clase, algo repelente, a la que le gustaba sacar dieces. Es mona...

Ethel apretó los labios para no sonreír. Seraphine había bebido de más y parecía no ser consciente del todo de lo que decía.

—Y entre unas cosas y otras, dejó caer que tenían una pista y mencionó algo de unos perros.

Ethel se irguió alertada por aquello y se inclinó sobre la mesa para acercarse a su tía.

—¿Perros? ¿De rastreo?

—Eso pensé yo. Pero han pasado semanas desde que aparecieron los cadáveres...

Ethel se quedó pensativa. Si habían traído perros era porque tenían algo que debía de haber aparecido recientemente.

—¿Te dijo algo más? —interrogó a su tía.

—No se le escapó demasiado, pero... habló de «esta nueva denuncia», es decir, que alguien habrá visto algo para lo que pueden necesitar esos perros.

A Ethel aquello no le dio buena espina. ¿La habrían visto a ella en el bosque con el subyugado? ¿Y si el olor los llevaba hasta su casa?

Morgana vio su cara de preocupación y le dio un beso en la sien.

—No te preocupes, *fawnlet*. Este amuleto te protegerá de los malos augurios. Pase lo que pase estaremos conectadas. Además, pronto habrá luna llena.

Seraphine hizo un chasquido mientras apuraba su copa y señaló a su hermana.

—¿Sabes lo que sería realmente divertido?

—Tengo miedo.

—Ya... —estuvo de acuerdo Ethel.

—Saca las cartas y hagámosle una tirada a Ethel.

Ethel, que estaba llevándose una palomita a la boca, se atragantó.

—¿Qué? No, no, no. Conmigo no.

—Claro que sí —canturreó Seraphine, abrazándola por detrás con dramatismo—. Eres la que tiene la vida amorosa más interesante y complicada.

—Yo no tengo vida amorosa —negó Ethel, aunque en cuanto Nox apareció en su cabeza y recordó lo que había pasado entre ellos en el invernadero, la sangre le subió a las mejillas.

Morgana alzó las cejas y Seraphine le dedicó un gesto cómplice. Daphne ya estaba rebuscando en una caja de madera preciosa, gastada en los bordes. Sacó un mazo de cartas envueltas en terciopelo morado.

—Aquí está la baraja.

—Vamos, desembucha. ¿Qué es lo que no nos has contado?

—Nada —tosió ella.

Daphne barajó y dispuso las cartas sobre la mesa. Seraphine dio una palmada emocionada.

—El destino nos hablará. Vamos a ver qué secretos guarda para nuestra pequeña *fawnlet*.

Ethel se tapó la cara, en realidad sentía curiosidad. Pero también miedo, algunas cosas es mejor no descubrirlas. Separó los dedos y miró entre ellos.

—Esto es extorsión.

—Coge tres, concentrándote. Deja que sea tu instinto el que las elija.

Ethel pasó la mano sobre las cartas. Cerró los ojos y tocó en las que sintió un cosquilleo especial.

—Primera carta. —Daphne le dio la vuelta—. El Dos de Copas.

Seraphine se inclinó con interés comiendo galletas.

—¡Oh, la carta de la unión! ¿Qué significa esto, Daphne?

Daphne la miró de reojo, disfrutando del momento.

—Significa que nuestra sobrina está metida hasta las orejas en un vínculo romántico, aunque lo niegue.

Ethel miró a las tres mujeres. Había llegado el momento de reconocerlo en voz alta.

—Vale, sí, me gusta mucho.

—Es una conexión poderosa, *fawnlet*. Es tan fuerte que no podrás huir de ella, por mucho que lo intentes.

Ethel se mordió el interior de la mejilla. Si supieran...

—Segunda carta —pidió Seraphine.

—El Diablo.

Todas guardaron silencio durante unos segundos, observando la imagen del arcano mayor: cadenas, fuego, deseo.

—Bueno. —Seraphine alzó las cejas y miró a su sobrina con descaro—. Esto se pone interesante.

—¿Qué significa? ¿Es malo?

—No, no —intervino Daphne con voz seria, aunque los ojos le brillaban de diversión—. El Diablo no siempre es negativo. Puede hablar de la pasión, del deseo irrefrenable, de una atracción peligrosa. Una relación que puede consumirte si no tienes cuidado.

En eso también tenía razón...

El corazón de Ethel latió tan fuerte que temió que todas pudieran oírlo.

—Tercera carta —dijo Seraphine intrigada por el desenlace.

Daphne volteó el naipe. La Torre.

El dibujo mostraba una fortaleza en llamas, atravesada por un rayo, y figuras cayendo desde lo alto hacia la nada.

—Vaya. —Seraphine intentó aligerar la tensión, pero incluso su voz sonó más apagada—. Eso sí que es... dramático.

—La Torre anuncia quiebres inevitables —explicó Daphne con cautela—. Algo que se rompe para siempre. A veces es liberación..., a veces, tragedia.

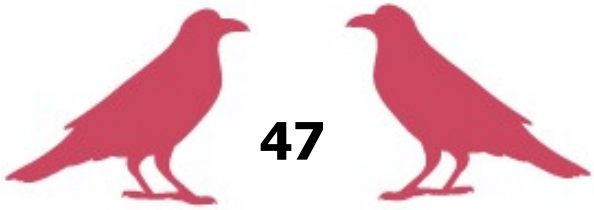
Ethel sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Miró las tres cartas alineadas sobre la mesa: el amor, el deseo, y después... la ruina.

El nudo en su garganta se apretó.

Daphne recogió las cartas y se las entregó a Ethel.

—El destino no está escrito en piedra. Cambia como las mareas y el viento, cambia como el paisaje; por la fuerza de la naturaleza y los acontecimientos. Te enseñaré a leerlas para que puedas llevarlas contigo y usarlas cuando necesites echar un vistazo.

Ethel asintió, ojalá fuese cierto.



47

Nox observó el salón vacío. Ghom volvería al día siguiente de su bajada al Inframundo, había ido a entregar su informe de situación al jefe. Se movió intranquilo por el espacio hasta dejarse caer en el sofá.

No debería estar nervioso, llevaba haciendo misiones para Altairon fuera del Inframundo cinco años. Todas habían salido a la perfección; de hecho, se habían vuelto algo mecánico que hacía en piloto automático. Aburrido.

Incluso había superado a Nocte y al imbécil de Kaelth, aunque él era más joven que ellos.

Había sido el más precoz entre los suyos. En Umbraeth todos lo conocían y su fama le precedía.

Altairon confiaba en él. No tenía de qué preocuparse.

Si no fuese porque la desnudaste hace unos días y estás obsesionándote con ello.

«¿Cómo podría no estarlo?».

Apoyó la cabeza en el sofá y cerró los ojos. Mierda. Dejó que su cuerpo resbalase hasta acabar tumbado.

—Soy imbécil.

Si el pajarraco estuviese aquí, lo confirmaría, sin duda, y añadiría algunos adjetivos más…

No era racional en lo que tenía que ver con Ethel.

Los castigos del jefe eran brutales. Lo había visto acabar con la existencia de alguno de sus mejores demonios sin pestañear. Él era su creador, quien les había dado vida, así que podía apagarla con facilidad.

—Se necesita la energía de muchas almas para dar forma a una criatura verdaderamente poderosa. Y, además, la fuerza de un gran señor infernal. La clave está en el equilibrio: de lo contrario, surgen alimañas como los del círculo de la Ira. Kathar —le había explicado Altairon haciendo referencia al príncipe de la Ira—; por ejemplo, no conoce evolución; estúpido hasta la médula. Por eso, controlo la natalidad del círculo de la Soberbia. Así cada uno de vosotros es único, distinto y poderoso.

Nox se apretó las palmas de las manos contra los ojos.

Tenía que recordar que no era libre; lo era más que los demonios menores como Ghom, pero al final del día era un siervo más. Y debía obedecer a Altairon. Jamás le perdonaría saltarse sus órdenes y, peor aún, jamás había permitido a un demonio desarrollar emociones o encariñarse de un mortal.

Nox era lo que era y no podía cambiarlo. Pretender lo contrario le costaría la vida y algo más...

Las consecuencias de un corazón roto son un infierno en sí mismo. No hay mayor tormento.

Debía borrar el sabor de Ethel que aún le ardía en la lengua, y la imagen de su cuerpo arqueado sobre la mesa, con las mejillas encendidas y los labios temblando con su nombre.

«Pero le gusto, al menos sé que se siente atraída por mí».

Eres atractivo. Enhorabuena, eso ya lo sabías. ¿Sabes lo que también eres? ¡Un demonio! Ella nunca se enamorará de ti, del verdadero tú. El resto es mentira.

Gruñó y se incorporó. Trató de encender el televisor. Quería ver la serie que había hecho reír a Ethel.

Desear a un mortal era tabú. Te enloquecía. Te hacía querer saltarte las reglas. Anhelar cosas que escapaban a tu naturaleza y al propósito propio de tu creación. Te hacía cuestionar tu propia existencia. Odiarla. Desear cambiarla.

El veneno mortal de la resignación lo mataría.

Siempre supe que tu estupidez sería la causa de tu propia muerte.

«Gracias por la confianza, siempre es de agrado saberlo».

Nox ya era consciente de que estaba recorriendo un camino peligroso. De que estaba siendo estúpido e imprudente.

El viernes se dirigía a clase de Filosofía cuando reconoció el sonido de la risa de Ethel. Luego, la voz de Silas, grave, suave, y con ese deje burlón que usaba para hacerse el interesante.

Se mantuvo en la sombra de una columna observándolos.

Ethel tenía un libro en las manos y escuchaba a Silas con atención. Él le echaba miradas de reojo mientras le contaba algo.

La codicia era evidente en sus ojos.

El gusano la desea. Tiene hambre de ella. De su atención. De su amabilidad.

Nox sintió cómo algo le crecía dentro, caliente y venenoso.

«Ni siquiera es guapo, es muy normalito. Y tampoco tiene gracia, es gilipollas».

Quién sabe, quizá para los estándares de los mortales es un buen espécimen.

«No, sin duda, yo estoy por encima de ese mortal».

Silas rio. Le puso una mano en el hombro.

Nox apretó las manos contra la piedra de la columna. La estructura vibró ligeramente bajo sus yemas.

A lo mejor ella no piensa lo mismo.

Observó a Silas como un cazador observa a un zorro, pequeño e irrelevante, pero atrevido. Ethel sonrió ante algo que él dijo, y Silas inclinó la cabeza como si acabara de ganar una batalla.

Golpearlo sería fácil. Pero lo fácil no es divertido. Deberías ir más allá.

Nox no tenía permitido hacer daño o interferir con los humanos a no ser que Altairon se lo ordenase expresamente. Y nunca mataban así como así. Solían hacer otra clase de trabajos más... sutiles.

Podrías enroscarte en su mente como una sombra. Hacer que cada vez que vea al angelito, sienta que se le derrite la piel de los huesos. Que las pesadillas lo vuelvan loco por la noche y que al mirarse al espejo encuentre algo moviéndose bajo su piel hasta que sus propios dedos abran una herida en su carne.

Jugar con lo psicológico, alargar el tormento.

Su conciencia demoniaca se relamió.

Ni siquiera sabrá qué le ocurre.

«Cállate de una puta vez. No me tientes».

Aburrido.

Respiró hondo cuando los perdió de vista. Su cuerpo se relajó y dejó de clamar por volver a su forma demoniaca. La nube de celos que lo había cegado se deshizo.

El profesor anunció que ese día verían una película. Apagó las luces del aula y pidió que corriesen las cortinas. De todas formas, llovía y el cielo estaba gris..., poca luz podía entrar.

Empujó un viejo televisor colocado en un carrito de ruedas hasta el centro de la sala. Tardó un rato en hacer funcionar el reproductor de vídeo.

Nox buscó a Ethel, que estaba sentada en última fila. Y antes de que le diese tiempo a pensarlo siquiera, se deslizó fuera de su asiento junto a James y se dejó caer en la mesa vacía al lado de ella.

Ethel giró la cabeza, sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —murmuró.

—Cabe la posibilidad de que me quede dormido y este lugar es perfecto —contestó con naturalidad, como si tuviese el motivo más lógico del mundo.

Ethel asintió tragándose su pobre excusa.

¿Tanto le costaba darse cuenta de que no podía alejarse de ella por mucho que lo intentase, o es que simplemente le daba igual?

El profesor le dio al *play* y la película, en blanco y negro, comenzó.

La oscuridad lo volvió todo más íntimo, como si el resto de la clase hubiese desaparecido. Ethel se echó hacia delante, atenta. Sus dedos no dejaban de recorrer una y otra vez el encaje de sus medias.

Estaba nerviosa.

Bien.

Nox la miró de reojo y se topó con sus ojos. Al verse atrapada volvió a mirar hacia delante.

Tragó. El aire era irrespirable. Hacía calor. Nox se quitó la americana y se dobló las mangas de la camisa hasta los codos.

Pilló a Ethel siguiendo sus gestos un par de veces. Se removió inquieta en la silla. Hinchó el pecho y dejó escapar un suspiro.

«Joder».

Ahora era el turno de Nox de recolocarse en la silla, tenso.

Se inclinó hacia delante, cruzó los brazos sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre ellos, recostándose. La postura le permitía mirar el perfil de Ethel a la perfección.

Ethel sonrió al oír un diálogo de la película.

«Es adorable». El pensamiento lo sacudió y cerró los ojos.

Eres gilipollas.

«Gracias, soy consciente».

Entonces, notó la suave caricia de los dedos de Ethel en su pelo. Se quedó muy quieto. Dejó de respirar.

Su interior ronroneó.

El pulso se le disparó.

¿Sabes cómo se llama esto?

«No lo digas».

—Tenías una hoja en el pelo —susurró Ethel, su aliento le acarició el rostro—. Hoy hace mucho viento...

Ethel apartó la mano.

—Puedes seguir si te apetece —dijo dedicándole una sonrisa arrogante.

Ella se sonrojó y apartó la mirada.

Nox sonrió contra sus brazos, como un depredador satisfecho. Le encantaba verla perder la compostura.

Ethel señaló el tatuaje del ojo en el interior de su codo.

—¿Significa algo? Tienes muchos.

Nox frunció el ceño. No podía decirle que, como en su forma demoníaca tenía la piel llena de sombras, al crear su apariencia mortal le había resultado natural y familiar tener tatuajes. Ese era el

único significado. Los motivos... había escogido los que le habían parecido más interesantes junto a Nocte.

—¿Te intimidan? —Alzó la voz apenas lo justo para que solo ella lo oyera—. Cuando llegué a este pueblo todos me miraban espantados. Algunos padres se quejaron de mi aspecto; son todos unos puritanos.

Ella lo miró. Y luego dibujó una sonrisa pequeña.

—No.

—¿Segura? La primera vez que nos vimos te quedaste mirándome fijamente, pensé que ibas a desmayarte del susto —exageró.

Ethel puso los ojos en blanco.

—Bueno, tienes un aspecto llamativo, sobre todo para este lugar, pero a mí me gusta. —Bajó la voz hasta casi un suspiro. Sus ojos se movieron hasta posarse en su boca—. Y tus *piercings*. Sobre todo, el del labio.

Nox levantó la cabeza despacio. Sus ojos se ensancharon. El corazón le subió hasta la garganta. Cogió aire despacio.

Ethel se echó hacia atrás, como si se hubiese asustado al oírse. Enrojeció hasta la raíz del cabello. Se ahogó con su propia respiración.

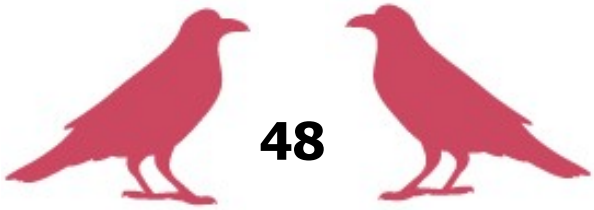
Entonces, la luz se encendió bruscamente y el aula salió de su letargo.

—Seguiremos en la clase siguiente.

Ethel se puso de pie a toda prisa, mirando a todas partes menos a él.

—Nos vemos —exclamó, y se marchó antes de que Nox pudiera responder.

Él se quedó en su asiento, observando la puerta cerrarse tras ella, con los labios todavía curvados en una media sonrisa.



48

Nox conducía en silencio. Tenía la vista fija en la carretera, una mano en el volante y la otra descansando sobre la palanca de cambios. En la penumbra del coche, sus rasgos parecían más marcados y sus ojos más brillantes.

La lluvia caía fina, casi como vapor, con una cadencia hipnotizante sobre los cristales del coche.

Ethel lo observó de soslayo.

Retorció los dedos aguantando las ganas de tocarlo. «Contrólate». Estar cerca de él era peligroso, como había ocurrido en clase de Filosofía. Tía Seraphine había escupido la sopa cuando se lo había contado ayer por la noche.

—¡Qué atrevida!

—En el grimorio que estoy estudiando hay un conjuro para hacer que se reproduzcan polillas en la ropa —la avisó Ethel apuntándola con un dedo.

—¿Dónde está la chica que llegó hace dos meses? —dijo su tía quitándose un sombrero imaginario y haciendo una reverencia.

—¿Cómo he podido decirle eso? No voy a ser capaz de mirarle a la cara.

Sus ojos se desviaron de la ventanilla a Nox de nuevo. La embargó una sensación de vértigo que le descendió por el estómago. Era demasiado perfecto para ser real y, sin embargo, estaban compartiendo aquel pequeño espacio. Tenía ese tipo de belleza que dolía al mirarla por mucho tiempo, porque era salvaje y casi irreal.

Sabía que se estaba aferrando a una espada de doble filo, pero había decidido que no le importaba cuál fuese el resultado final. Guardaría con cariño la herida. Aunque acabase mal, recordaría estos momentos como sus mejores cicatrices.

Pensó en todo lo que no se atrevía a decirle. En todas las cosas que temía preguntar. En el deseo que la había arrasado en el invernadero. En las manos de Nox recorriendo su cuerpo.

La carretera se estrechó al cruzar el último tramo de bosque y, tras una curva, Grimford emergió entre la niebla. La ciudad se extendía en las faldas de la cordillera Duskmoor, salpicada de tejados empinados y fachadas de piedra oscura cubiertas de musgo.

Como era sábado, estaba lleno de turistas que visitaban sus calles históricas. La mayoría tenían pinta de campistas que aprovechaban las últimas semanas de otoño para visitar el valle y sus impresionantes paisajes.

Nox giró por una calle estrecha bordeada de árboles desnudos hasta que encontró aparcamiento junto a una fuente seca. Al bajar, Ethel se ajustó el largo abrigo de cuero para cubrirse del aire helado que soplaba. El cuello alto de su camiseta de encaje marfil asomó por encima del abrigo.

Nox apenas llevaba un jersey con algunos rotos y una cazadora de piel desgastada. No parecía tener frío a pesar de que diciembre estaba a la vuelta de la esquina.

Los ojos de Ethel se entretuvieron demasiado en su aspecto y él arqueó una ceja notándolo.

—Está por allí —indicó ella después de consultar el plano de la ciudad que habían traído.

Normalmente, Nox habría soltado una risita al verla azorada, pero no lo hizo. Caminó delante de ella en silencio.

Estaba serio. Parecía preocupado por algo.

A medida que avanzaban hacia el centro, las casas se volvían más altas, con vigas expuestas y balcones de hierro forjado. Había tiendas de antigüedades, librerías y cafés diminutos con nombres escritos en tipografía antigua.

La funeraria estaba en una esquina apartada, junto a un parque de tilos. El edificio era sobrio, funcional. Fachada de ladrillo envejecido, ventanales opacos, un cartel de letras doradas sobre madera en el que se leía:

FUNERARIA GRIMFORD DESDE 1843

Ethel se detuvo.

—Está abierta —dijo Nox en voz baja.

Las luces del interior estaban encendidas. Tras las cristaleras opacas, se intuían siluetas borrosas y movimiento de personas en el interior.

—Deberíamos esperar a que cierren.

Ethel se acercó a la placa de la puerta y leyó la información.

—Hacen una pausa para comer, quizá sea un buen momento.

Nox se había movido hasta el otro lado del edificio, donde había un estrecho callejón que lo separaba del siguiente.

—Hay una puerta. Podríamos colarnos por ahí.

Había una valla de hierro, no muy alta, que cerraba el paso hacia la parte trasera del edificio. Más allá se apreciaba una puerta

metálica sin distintivos. Probablemente una entrada de servicio o acceso al almacén.

—¿Y si no se van todos? —preguntó.

—Entonces, improvisamos —dijo Nox, y por fin giró el rostro hacia ella.

Durante un segundo, el silencio entre ambos se llenó de muchas cosas. No quedaba nada de la ligereza despreocupada habitual en él.

Se le erizó el vello del cuerpo mientras se quedaba atrapada en sus ojos violetas.

Y luego, como si nada de eso hubiese ocurrido, Nox giró la cabeza y se alejó de la valla caminando hacia el otro lado de la calle.

—Vamos a buscar un sitio donde sentarnos hasta que cierren —anunció.

Ethel tardó un par de segundos en seguirlo.

Caminaron entre la gente que entraba y salía de los locales, se tomaba fotos y señalaba aquí y allá, fascinada. Pronto los colores del otoño desaparecerían para dar paso al blanco y gris del invierno, y el encanto del valle se apagaría hasta primavera.

Acabaron en un café estrecho, con farolillos de cristal color ámbar colgando del techo. Tenía una decoración curiosa, una mezcla de estilo oriental y cierto esoterismo. Se sentaron al fondo. En un escenario improvisado alguien recitaba un poema bastante peculiar.

Nox pidió una cerveza y el camarero ni se molestó en pedirle el carné. Quizá porque aquel día su aspecto era más intimidante que de costumbre, o quizá porque daba la sensación de ser mayor. Ethel por su parte pidió un café con pistacho.

Se calentó las manos con la taza y dudó.

—No tiene por qué volver a pasar —se atrevió a decir por fin.

Nox frunció el ceño y la miró sin comprender a qué se refería.

Ethel sonrió, aunque en sus ojos había un punto de tristeza.

—Me refiero a lo del invernadero.

—¿Por qué lo dices? —Nox frunció el ceño, descolocado.

—Porque hoy pareces preocupado, y si es por eso, no tienes por qué estarlo. En serio, está todo bien, no tienes que ir con cuidado conmigo.

Nox la miró un rato en silencio y dejó escapar un sonido seco.

—Ya... Claro. —Giró el vaso entre los dedos mientras lo fulminaba con la mirada—. De todas formas, no estoy yendo con cuidado.

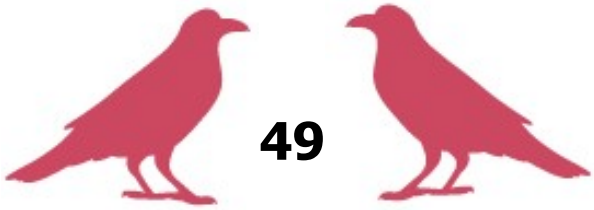
—Entonces, ¿qué es lo que te ocurre hoy? —preguntó preocupada.

Nox se mordisqueó el aro del labio. Los músculos de su pecho se tensaron cuando cogió aire.

—El tipo que lee poesía acaba de rimar distancia con sustancia... Alguien debería pararlo.

A Ethel le dolió que Nox no quisiera contarle lo que le ocurría. Le habría gustado escucharlo, ser su apoyo como él lo había sido para ella. Quería que confiara en ella; y, en el fondo, su parte más codiciosa anhelaba que lo hiciera más que en nadie.

Le dio vueltas al café. «El amor y el deseo nos vuelven codiciosos, sin duda», ya no le bastaba con tener su compañía, quería más.



49

El reloj marcaba la una y media pasada cuando se acercaron de nuevo al callejón de la funeraria. La calle estaba prácticamente vacía. Algunas ventanas del edificio seguían iluminadas, pero no se percibía movimiento.

Nox apoyó una mano en la valla y la saltó con agilidad felina. Cayó con ligereza al otro lado y le hizo una seña a Ethel.

Ella dudó un instante antes de impulsarse. El abrigo se le enganchó brevemente en una punta oxidada, pero logró soltarlo y pasar la pierna hacia el otro lado. Al saltar, Nox la sostuvo por la cintura y la retuvo un segundo más de lo necesario.

Sus ojos se encontraron en la penumbra.

—Lo que me has preguntado antes...

—No pasa nada si no quieres contármelo. Lo entiendo.

Ethel trató de moverse. Pero Nox acompañó su movimiento impidiéndoselo.

—Es... —parecía estar pasándolo mal.

—¿Qué? —susurró ella.

—Se espera algo de mí, pero y si yo... yo no... Es difícil cumplir con las expectativas de los demás y con las tuyas propias, ¿verdad? ¿A quién traicionas?

Nox cogió aire, como si acabase de salir de debajo del agua e inspirase por primera vez. Ethel parpadeó sorprendida por su arranque de sinceridad y por lo cruda que había sonado su voz. Abrió la boca dispuesta a decir algo. Conocía tan poco de Nox...

Él la miró por encima del hombro.

—Se nos va el tiempo, deberíamos darnos prisa.

La puerta metálica trasera estaba cerrada, pero no con llave. Nox giró el pomo con lentitud, prestando atención a cualquier sonido. Un suave clic respondió a su presión. Empujó dejando una rendija abierta. El pasillo al otro lado estaba oscuro, silencioso. Ambos se adentraron en él con paso sigiloso.

El interior olía a desinfectante y a ambientador. Las paredes eran de ladrillo visto y el suelo de baldosas desgastadas. El pasillo conducía a una pequeña sala con archivadores y luego se bifurcaba hacia otras puertas.

—¿Por dónde empezamos? —murmuró Ethel.

Nox extrajo la pequeña navaja que llevaba oculta en el interior de su chaqueta.

—Busquemos el depósito. Si alguien roba cuerpos, tiene que acceder a ellos mientras los preparan, es el momento más adecuado.

—¿Y los registros? —preguntó ella.

—Tú ve a por eso. Archivos, libros de ingresos. Lo que sea que no cuadre.

Ethel entró en la oficina, fue fácil encontrarla dado que las puertas tenían placas identificativas. La mesa del despacho tenía la lámpara encendida, un abrigo colgado en la silla y un café a medio tomar.

Lo tocó. Aún estaba caliente.

Miró ansiosamente a su alrededor, quien fuera no podía estar muy lejos, sobre todo, porque se había dejado el abrigo.

Respiró y se giró buscando en los archivadores los registros de los últimos dos meses, centrándose en las semanas cercanas a la aparición de los dos cadáveres.

Pasó las fechas a toda prisa deslizándolas con los dedos hasta encontrar las que podrían encajar y sacó las carpetas.

En el desorden del escritorio encontró papel y boli y anotó los nombres, las fechas de las muertes y dónde habían sido llevados los cadáveres para enterrarlos. Era una lista larga, pues había tres fechas distintas y múltiples opciones. Los cuerpos podrían haber sido robados semanas antes...

La mano le temblaba mientras escribía a toda prisa.

Se fijó en algo que no había notado hasta ese momento. Todas las ceremonias religiosas se habían oficiado en la misma iglesia, donde los ataúdes se habían trasladado desde la funeraria.

Mientras tanto, Nox bajó por una escalera hacia el sótano. El depósito tenía una fila de compartimentos metálicos cerrados con pestillos. Había una carpeta con una hoja de registros pinzada. Tenía anotados los nombres de los tanatopractores y sus horas de trabajo, además de los cuerpos que habían preparado cada uno.

Arrancó la hoja y se la guardó en el bolsillo.

Arriba, Ethel estaba terminando de guardarlo todo de nuevo cuando oyó pasos detrás de la puerta. Se quedó paralizada como un animal frente a los faros de un coche. Miró a su alrededor a toda prisa, pero no había otras puertas ni lugares donde esconderse. Se quedó congelada mientras su mente valoraba las opciones que tenía. Se rebuscó en los bolsillos hasta que dio con el pequeño grimorio que su tía Daphne le había regalado.

«Contiene hechizos útiles, llévalo siempre contigo hasta que lo memorices. Te servirá para mantenerte a salvo si te atacan de nuevo», le había dicho.

Temblaba tanto que se le cayó al suelo. Se agachó a toda velocidad, pasando las páginas. Sus ojos leían más rápido que nunca, captando palabras sueltas mientras sus dedos volaban.

Tenía el saquito de pétalos, del que cogió un pequeño puñado.

La puerta comenzó a abrirse.

Leyó el hechizo para sí misma y rezó para hacerlo bien. Cerró los ojos y tomó una bocanada de aire antes de murmurar:

—«No estás viendo nada. No recordarás esto. Soy solo aire. Soy solo viento. Me olvidarás en un momento».

Luego sopló el polvo de los pétalos de rosa que había estrujado y se puso de pie colocándose a la vista del hombre que había entrado. La magia tejió una hebra sutil que se deslizó por la habitación.

El señor parpadeó un poco confuso y Ethel temió haberlo hecho mal. Pero al instante, él se movió de nuevo hacia su silla como si ella no estuviese allí.

Ethel lo esquivó y fue presurosa hacia la puerta, agarrándola antes de que se cerrase. Se deslizó fuera, todavía mirando hacia atrás por si el tipo salía del despacho tras ella.

Se alejó varios metros por el pasillo, hasta que por fin dejó de contener la respiración. Pensó que el corazón le estallaría.

Cuando se giró hacia el frente, vio a Nox que se acercaba desde el otro lado. Eufórica por la adrenalina de haber escapado y haber hecho bien el encantamiento, le sonrió y se acercó hasta tocarle el brazo.

—Acabo de..., acabo de hacer un hechizo controlado. M-me ha salido perfecto.

Nox se quedó inmóvil. Sus ojos bajaron despacio hasta el punto en el que ella lo agarraba. Su nuez se marcó cuando tragó.

—¿Qu-qué? —le salió un sonido estrangulado.

—Ha entrado un hombre en el despacho y he hecho un hechizo para que me olvidara mientras me veía —susurró emocionada.

Nox se movió dando un paso hacia atrás. Su pecho se hinchó y giró la cabeza mirando a otro lado mientras soltaba el aire. Su lengua recorrió la esquina de su boca con nerviosismo.

—Genial...

Ethel sonrió aún con el temblor en las manos.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Encontraste algo?

Nox sacó el papel que había guardado en su bolsillo.

—Registros de los tanatopractores.

Ethel frunció el ceño mientras hojeaba la lista.

—Mira esto. —Le mostró la hoja con sus anotaciones rápidas—. Todos los cuerpos relacionados con las fechas clave fueron llevados a la misma iglesia para la ceremonia.

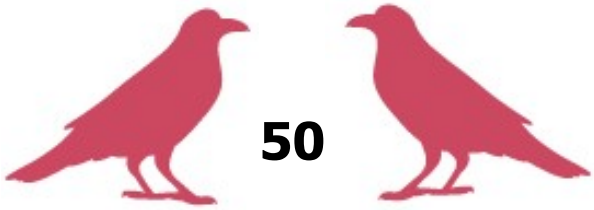
Nox la miró con atención, comprendiendo.

—¿Crees que allí...?

—Podría ser —respondió ella— que el robo ocurra en la iglesia o incluso en el cementerio. He anotado los nombres, las fechas y todo lo que nos pueda servir, pero son bastantes.

Nox reflexionó un momento.

—Salgamos de aquí primero.



50

La lluvia caía en tromba cuando salieron. Corrieron hasta el coche para refugiarse y pensar qué hacer a continuación. Nox encendió la calefacción al ver las mejillas y la nariz enrojecidas de Ethel. Ella acercó las manos al conducto de aire. Se habían calado.

Nox agarró el volante. No podía quitarse de la cabeza la expresión de Ethel, la forma en la que se había iluminado su rostro. Retorció el cuero con los dedos apretándolo con fuerza.

Se había sentido como tocar algo bendito. Como mirar un fuego sagrado. Demasiado para soportarlo. Doloroso. Agonizante.

Porque eres un demonio…

«No se me olvida».

Pero ella no es un ángel, no uno real.

«Es lo mismo, está fuera de mis límites».

—Lo más rápido sería mirar en el mismo cementerio, ver si los ataúdes están vacíos o no. Pero no me agrada la idea de profanar tumbas.

Nox la observó de reojo. Podía poseer a un mortal y de esa forma entrar, pero no podía ir a lugares sagrados con su propio cuerpo. No era una experiencia nada agradable, lo dañaba. Así que no había modo de llevar aquello a cabo sin revelarle a Ethel su verdadero ser.

—Normalmente en la cadena de traslado participan el conductor, el pastor que oficia la ceremonia y el enterrador... —continuó Ethel.

—Podemos investigar a esas tres personas, ver si coinciden, si podrían tener algo en contra de tu familia... —dijo Nox, apoyando el antebrazo en el volante.

—Tiene sentido —estuvo de acuerdo.

Afuera, la lluvia resbalaba por los cristales del coche en hilos lentos. Dentro, el calor empezaba a subir. Ethel se frotó las manos y estiró los dedos aún entumecidos. Nox le echó un vistazo y bajó el volumen de la radio, que susurraba apenas un lamento instrumental.

—Tienes frío —murmuró él, mientras se quitaba el jersey y se lo daba, fijándose en que tenía los nudillos rojos y agrietados.

—Estoy bien —respondió—. Tú solo tienes este jersey.

Nox se lo dio igualmente.

Ethel se estremeció con un escalofrío. Se giró ligeramente para mirar a Nox, que tenía la cara medio iluminada por la tenue luz del salpicadero. El cabello le caía húmedo sobre la frente. Una gota de lluvia se deslizaba lentamente por la piel de su mandíbula.

—Gracias —susurró ella, y se puso el jersey. Después se quitó las botas empapadas. Tenía los calcetines mojados y los cubrió con sus manos para calentarse los pies. Al mover la rodilla rozó el lateral del muslo de Nox. Él no se apartó—. Sabes... —empezó—. Que sepas lo que soy y no te hayas asustado significa mucho para mí. —Cogió aire, como si en el coche no hubiese suficiente y le estuviese costando reunirlo—. Quiero decir que... si alguna vez quieres contarme algo, lo que sea, puedes hacerlo.

Díselo. Dile la verdad.

La carcajada despiadada lo hizo estremecerse.

Nox arrugó la frente. Comenzaba a dolerle la cabeza.

—Gracias...

Ethel sonrió para sí misma. Estaba acostumbrada a la soledad. Siempre había esperado que la gente acabase marchándose al poco de conocerla. Era una defensa adquirida, un mecanismo que había nacido de la forma en que la habían herido.

Pero esta vez le gustaría retener a Nox. Esta vez no quería esperar lo peor.

—¿Crees que se puede ir en contra de la naturaleza? —preguntó Nox, apoyándose sobre el volante y mirándola.

—¿En qué sentido?

Nox meditó la forma de explicarlo.

—Por ejemplo, ¿podría un león dejar de cazar otros animales y, no sé, hacerse vegetariano? ¿Podemos dejar de ser, hacer y actuar como se nos ha programado? ¿Existir diferente?

Los ojos de Ethel se llenaron de algo melancólico.

—Me gustaría pensar que sí...

Pero esa no era su experiencia. Durante años había tratado de frenar eso que vivía dentro de ella, de no liberarlo. Había querido luchar contra sí misma y nunca lo había conseguido.

«Hasta ahora, hasta que supiste cómo», se recordó.

—Creo que se puede, pero no del todo... Creo que si te esfuerzas, puedes cambiar tu esencia, pero el impulso siempre estará ahí y, en cuanto bajes la guardia, volverá a salir —admitió con sinceridad.

Los ojos de Nox parecían torturados. Apenados. Ethel quería hacer lo posible por aliviar la carga que parecía estar aplastándole.

Se inclinó un poco, sin darse cuenta, solo un centímetro más cerca. El corazón le golpeaba en las costillas como si también quisiera acercarse a él. Le acarició la sien y tocó un mechón de pelo que le caía sobre la ceja, trazó su forma bordeando el *piercing* que la adornaba. Bajó hasta dibujar la piel de su ojera, las tenía oscuras,

algo más que de costumbre. Era la única persona en la que las encontraba atractivas.

Él se quedó muy muy quieto. Ni siquiera respiró. Cerró los párpados y los apretó.

Ethel rozó la piel de su pómulo y la hondonada de su mandíbula hasta acercarse a su boca. Dudó un momento y, finalmente, tocó el aro plateado.

Nox abrió los ojos. Ethel pasó el dedo índice suavemente por su labio inferior. Era más grueso y estaba más lleno que el de arriba. Era tan guapo que dolía. Le dolían las manos, las costillas, era un dolor físico, el de sentir algo inabarcable, demasiado grande para retenerlo. Los dientes de Nox atraparon su dedo y le dio un mordisco suave.

—Ángel... —Su voz sonó áspera y grave.

Ethel pensó que era su nuevo sonido favorito.

—No hagas eso.

Ella apartó la mano. La estiró, le hormigueaba.

—Perdona.

—No te das cuenta de lo fácil que sería arrastrarte conmigo.

Ella tragó saliva.

—¿Y si no me importa? —confesó.

Los ojos de Nox se abrieron y oscurecieron. Pareció furioso, agitado. Metió la mano derecha en el pelo de Ethel y lo agarró tirando con suavidad para echarle la cabeza hacia atrás. Le besó la garganta expuesta. Su boca presionó la piel donde le latía el pulso acelerado.

Ethel dejó escapar un gemido.

Y él se echó hacia atrás tan deprisa como se había acercado. Le había dejado una marca roja. Soltó el aire entre los dientes, giró el

rostro hacia el parabrisas y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Mierda, lo siento. Lo siento.

—No pasa nada —susurró ella.

—No debería... No debería haber hecho eso. —Nox se frotó la frente y apretó los párpados como si algo le doliese profundamente.

—¿Estás bien?

—Sí... Bueno, no. —Dejó escapar un suspiro—. La verdad es que no. Ethel...

—No sé qué es exactamente lo que ocurre y, de verdad, no tienes que explicármelo. Pero no quiero que esto te haga alejarte. Eres un amigo importante para mí —se atrevió a decir. Temió que Nox quisiera poner distancia entre los dos. Claramente estaba agobiado por algo y Ethel no quería presionarlo—. Creo que deberíamos continuar. Se está haciendo tarde.

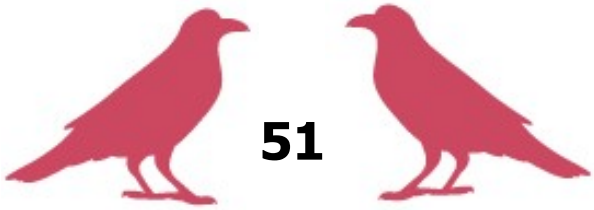
Nox guardó silencio un rato. Después Ethel le oyó coger aire y soltarlo despacio.

—Bien —suspiró, cansado—. ¿A quién investigamos primero? —preguntó tras unos segundos. Abrió los ojos. Miró al frente. Y luego a ella—. ¿Al enterrador? ¿Al pastor?

Ethel consultó la lista.

—Al pastor.

El coche arrancó, pero algo invisible permaneció en el aire. Algo no dicho. Algo suspendido entre ellos que, tarde o temprano, acabaría estallando.



51

Después de alejarse de la funeraria, Nox condujo hacia la iglesia de Grimford, el lugar más sencillo para empezar a investigar, dejando que las calles estrechas del centro los envolvieran con su hermosa decadencia. El cielo seguía encapotado, y la lluvia, aunque fina, caía con persistencia.

—No parece que vaya a estar abierta a esta hora —apuntó Ethel, observando por la ventanilla.

Nox asintió con un gesto seco.

—Podríamos esperar en el coche a ver si entra o sale alguien.

—¿Y luego qué? ¿Lo seguimos?

Nox aparcó a un lado y se estiró poniéndose cómodo.

—Es una buena opción.

A Ethel la idea de pasar un tiempo indefinido a solas con él en el coche le parecía tan atractiva como mortificante.

Era indudable que ambos se atraían. Pero también lo era que Nox no quería o no podía tener una relación. No sabía los motivos, aunque en realidad poco importaban.

Si no podía ser, tenía que acabar con esos sentimientos ya, porque empezaban a doler y ni siquiera era capaz de ver el tamaño de la

herida que le dejarían. Lo mejor sería que ninguno de los dos volviese a cruzar la línea.

—Entonces, preguntemos, será más rápido —propuso, y abrió la puerta del coche.

Nox se giró sorprendido, pero no tuvo tiempo de decir nada. Ethel ya se estaba acercando a unas señoras que bajaban la calle con impermeables.

Nox la observó desde el coche. Aunque la lluvia era suave, caía con más persistencia que antes y acabó de empapar el pelo de Ethel.

Las mujeres bajaron la guardia en cuanto vieron su rostro sonriente y sus maneras amables. Quién no se fiaría de ella, quién no desearía ayudar a aquella chica. Ethel no era consciente del poder que tenía, de que, si quisiera, podría gobernar el mundo. Solo tenía que mirar a alguien con aquellos ojos cristalinos para que hiciese cualquier cosa que ella le pidiese.

Tú lo harías, sin duda.

Pero Ethel no era así.

Tenía demasiada luz. Demasiada.

Nox no se merecía su compañía. Lo sabía bien. Y aun así ahí estaba. Así de débil y avaricioso era.

Algún día, Ethel Ashbourne lo despreciaría hasta la médula y él era tan egoísta que le imponía su compañía a pesar de ello.

¿Por qué luchar contra lo que eres? Así estás hecho.

Antes no luchaba contra ello. Lo aceptaba de una forma apática e indiferente. Pero ahora... Había veces en las que se encontraba deseando ser algo distinto.

Lo que es tremendamente estúpido, porque uno nunca deja de ser lo que es. Un mortal no puede ser un jaguar o un serafín, del mismo modo que tú no puedes ser otra cosa.

Ethel volvió diez minutos más tarde. Cuando entró en el coche, estaba empapada de nuevo, pero con el rostro iluminado por una sonrisa triunfal.

—Se llama Arthur Fielding —dijo sentándose—. Me han dicho que es mayor y que últimamente ha estado teniendo algunos problemas de salud. Vive en la casa parroquial al lado de la iglesia.

Nox frunció el ceño.

—¿Cómo has averiguado todo eso tan rápido?

—Les he dicho que estaba haciendo un trabajo de clase sobre las iglesias del valle y me lo han contado todo. —Ethel entrelazó las manos en el regazo y sonrió satisfecha.

—¿Y te han dicho quién lo ha sustituido?

—Ahí viene lo bueno —replicó, levantando la cabeza hacia él. Sus ojos lanzaban chispas.

Nox tragó. Inspiró bruscamente, sintiéndose embriagado, aturdido, noqueado... Bajó la mirada hasta su boca; recorrió la curva ilusionada de sus labios rojizos, brillantes.

Te encantaría ser lo único que se refleje en sus pupilas. Tragártela por completo y que cuando acabes solo quede tu rastro por todo su cuerpo.

Nox apartó la mirada deprisa.

«Me gustaría incluso más que sea ella quien lo haga conmigo».

—Una de las mujeres me dijo que han venido dos párrocos a sustituirle, y que uno de ellos es el de Ebonwick.

—Whitmore —repitió Nox, serenándose y concentrándose.

De repente, el interior del coche pareció volverse más frío.

Ethel sacó la hoja donde había anotado toda la información de la funeraria. La miró atentamente.

—Estoy segura de que, si lo cotejamos, veremos que coincide con los días de los funerales... —Se quitó el abrigo—. Tengo que

decírselo a mi familia. Tienen que saber que seguramente es cosa de Whitmore. No entiendo cómo un pastor puede practicar la nigromancia ni qué tiene en contra de nosotras exactamente, pero todo apunta en su dirección. Parece odiarnos y claramente ha tenido el acceso y la oportunidad...

Nox se quedó en silencio un rato, pensativo. Necesitaba pruebas claras para pedirle permiso a Altairon para eliminar a Whitmore.

Se frotó los ojos, cansado. El dolor de cabeza se intensificó. Una visita a Umbraeth es lo que menos le apetecía en ese momento.

—Es tarde —dijo Ethel, mirando el reloj del salpicadero—. Debo volver a casa.

Nox, que seguía analizando la situación, se volvió hacia ella. Todavía faltaba un par de horas para la cena.

¿Por qué te molesta que quiera marcharse? ¿No es lo que deseas, apartarla?

«No, pero es lo más sensato y lo que debo hacer».

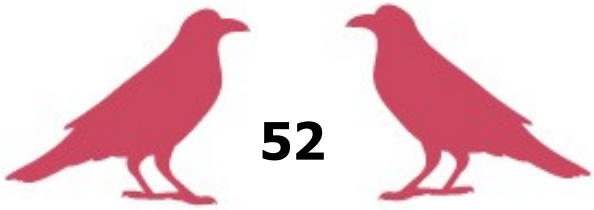
—Claro —aceptó, y puso el coche en marcha.

—Gracias por ayudarme hoy —susurró Ethel con sinceridad.

—Ya... De nada.

CUARTO CUADRO
Lamia y el soldado (1905), John William Waterhouse





52

En esa zona del bosque los árboles eran más altos que una casa de dos pisos, y de sus ramas colgaban larguísimas tiras de musgo que se mecían con el viento como fantasmas. Espíritus que danzaban en la noche, suspendidos sobre sus cabezas.

Era espeluznante y tétrico. Era hermoso.

Ethel avanzó junto a sus tías y su abuela por el lecho de hierba y ramas, con los pies descalzos y el largo vestido negro arrastrándose a su espalda.

Todas vestían igual, con un delicado encaje que les cubría los brazos, se cerraba en un cuello alto y caía en una falda lánguida y etérea.

Todas con el pelo suelto y salvaje, y sombreros puntiagudos a juego, caminaban en fila empezando por Morgana y acabando por Ethel.

Llegaron a un claro circular, un hueco en la espesura del bosque donde la luz de la luna llena entraba como un cañón. Perfecta.

—Apagad los faroles —pidió su abuela.

Seraphine y Daphne soplaron las velas dentro de los faroles y dejaron que únicamente la luna las iluminase.

Ethel no les había contado que había ido a Grimford con Nox a investigar el tema de los subyugados; eso habría implicado admitir que él conocía su secreto. No sabía cómo confesar lo que había averiguado.

Pero al menos esa noche llevarían a cabo el ritual de protección. Empezando por unir a Ethel al aquelarre.

Un rayo iluminó el cielo y unos segundos después el sonido lejano de un trueno golpeó la tierra.

—Ahora —anunció su abuela.

Ethel se quitó el sombrero y lo dejó a un lado. Su familia formó un triángulo, dejándola en el centro. Bañada por la luz plateada, levantó el rostro. Su cabello rubio se veía casi transparente. Era un copo de nieve. Era un lirio floreciendo en la noche.

Morgana movió la mano derecha susurrando un conjuro tan bajito que Ethel no entendió las palabras.

Llovió, a pesar de que no había nubes, y el agua, suave como el rocío, le cayó en la cara.

—«En la tierra te consagramos. Con la luna, con el agua, con la noche, al aquelarre te entregamos. Bruja, hermana; en la sangre y en el espíritu, a nosotras te ligamos».

Morgana caminó hasta ella. En sus manos llevaba una daga ceremonial, de mango de roble tallado. Se cortó la palma izquierda en diagonal. Ethel se arrodilló frente a su abuela y levantó la cabeza exponiendo su frente.

Morgana dibujó con su sangre una variación del hexagrama sobre la piel blanca de su nieta. La unión, el lazo irrompible del aquelarre.

Ethel sintió su sangre calentarse y pronto su cuerpo devoró la runa que su abuela le había dibujado. No quedó marca visible, pero ella la percibió grabada en su frente como si se tratase de un tatuaje.

Se puso de pie y se colocó junto a sus tías hasta formar un círculo estrecho entre las cuatro.

—Nos acechan tiempos convulsos. No es la primera vez que las Ashbourne se enfrentan a algo así y, por tanto, debemos protegernos. Ahora con un nuevo miembro seremos más fuertes. Su espiritualidad hará crecer nuestro vínculo y el poder de nuestro aquelarre —declaró su abuela.

Tía Daphne sacó una madeja de hilo rojo cuidadosamente entretejido hasta formar una hebra gruesa.

—Por cada nudo hay una barrera de protección. Llévalo siempre contigo, Ethel.

Daphne comenzó a caminar en sentido de las agujas del reloj, pasando el hilo por detrás de Morgana, luego por delante de Ethel, envolviéndolas una a una y a ella misma mientras recitaban:

—«Uno por la doncella. Dos por la madre. Tres por la anciana. Uno por la sangre. Dos por el vínculo. Tres por el porvenir».

La madeja fue anudándose y envolviéndose entre ellas mientras giraban, danzaban y se movían en una sincronía perfecta. Hasta que el rojo cubrió sus vestidos negros.

Una ráfaga de viento cruzó el claro. Las Ashbourne crepitaban como llamas de una hoguera. El hilo rojo vibró entre ellas. Por un instante, la luna pareció más grande, como si hubiese descendido un poco, queriendo observar de cerca.

—«Uno para proteger. Dos para purificar. Tres para defender. Un nudo, dos nudos, tres nudos. Cabeza, corazón, entrañas. Un nudo, dos nudos, tres nudos...».

Daphne fue la primera en cortar su trozo. La siguió Seraphine, mientras el cántico continuaba cada vez más deprisa, más veloz. Ethel agarró la daga ceremonial y cortó su cuerda a la vez que las

palabras abandonaban su boca sin control. El cuerpo bañado en sudor, el éxtasis floreciendo en sus cuerpos.

Y, por último, Morgana separó la hebra que unía su cuerda a la de Ethel.

Ethel corrió a abrazar a sus tías y a su abuela mientras dos ríos de lágrimas mojaban su rostro sonriente. Algo le burbujeaba en el corazón. Le besaron las manos y la sien.

—Ya eres una auténtica bruja, *fawnlet.*

La felicidad de su abuela se vio empañada por un leve titubeo en su voz. Debía de estar pensando en su madre, pensó Ethel. Estaban haciendo todo esto a sus espaldas y sin su consentimiento. Ethel nunca había deseado desafiar a nadie, pero en este caso no le importaba.

Su familia parecía feliz de tenerla entre ellas y Ethel ya no se sentía un vértice distante, un punto lejano. Ya no era una espectadora silenciosa que sonríe con añoranza mientras observa. Ahora estaba ahí. Era un pilar más. Era parte de ese *todo*.

No estaba sola.

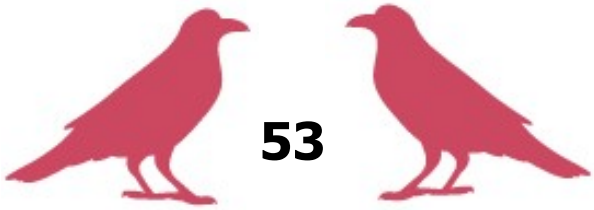
—Pero aún te queda mucho por aprender —le dijo tía Seraphine. Le cogió la mano y la hizo girar sobre sí misma—. Serás una gran bruja como...

—No dejes que Sera te enseñe a conjurar, solo aprenderás maleficios.

—Ethel tiene mucho camino que recorrer. Pero debemos hacerlo con cuidado —intervino su abuela.

Ethel se volvió ligeramente y se encontró con sus ojos serios. Recordó lo que le habían dicho a su madre sobre su poder: difícil de controlar y peligroso. Su abuela debía estar pensando en ello, seguramente.

Pero Ethel lucharía por controlarlo. El porvenir no era algo exacto, así que impediría que los augurios se hiciesen realidad.



53

La voz del profesor de Ciencias resonó sobre los murmullos de la clase, acallándolos. Ethel estaba nerviosa; según tía Daphne, ese era el día en el que iban a traer los perros de rastreo. Lo había visto en las cartas.

Además, todas se habían despertado con un sabor amargo en el fondo del paladar. Señal de mal agüero.

—Para esta práctica vais a trabajar en parejas —anunció el profesor, alzando la vista desde su carpeta con gesto indiferente—. Tenéis cinco minutos para formarlas.

El murmullo en el aula creció de inmediato. Sillas arrastrándose, risas, movimientos rápidos. Todos parecían saber ya con quién querían trabajar.

Ethel no se movió. Pensó en preguntarle a Nox o a Silas. Pero quizá ellos ya lo habían hablado para hacerlo con sus amigos. Esperaría a ver si alguno se quedaba libre. Respiró hondo y miró hacia la ventana, distraída.

El ruido del taburete junto al suyo arrastrándose la sorprendió. Se giró a toda prisa. Pensó en Nox. No habían hablado mucho desde el sábado. Ethel sentía que los dos necesitaban un poco de espacio.

Se estaba enamorando de él y necesitaba poner en orden sus emociones. Nox era la única persona que conocía su secreto, el único con el que podía compartir esa parte de su vida. Era alguien demasiado importante y quería hacer las cosas bien.

Pero fue a Silas al que se encontró sentándose a su lado.

Trató de apartar el pequeño ápice de decepción.

—¿Serás mi compañera, Ashbourne? —Silas le dedicó una sonrisa de medio lado.

Ethel le devolvió el gesto.

—¿Quieres?

—Por eso estoy aquí —respondió él.

Ethel lo miró agradecida. El brillo en sus ojos cristalinos fue deslumbrante.

Silas le hizo un gesto con las cejas preguntando sin palabras.

—Ah, por supuesto —contestó Ethel.

En la otra punta del aula, Nox los observaba en silencio con el bolígrafo atrapado entre sus dedos, girando sin parar.

Ivy se acercó a su mesa y siguió la dirección de su mirada oscura hacia Silas y Ethel. Chasqueó la lengua.

—No va a parar hasta que lo consiga. Es idiota. Siempre ha sido un lelo, pero este curso está muy raro, ya ni siquiera viene a los sermones de mi padre...

Nox apenas giró el rostro hacia ella, lo justo para mostrar que la había oído. Luego volvió la vista hacia Ethel.

Y, entonces, como si lo hubiera sentido, ella levantó la mirada. Sus ojos se encontraron; un deseo que se anhela y no se termina de alcanzar, dos manos que se buscan y no llegan a tocarse. El instante tuvo el peso de una tragedia inevitable.

Ethel fue la primera en ceder: pestañeó, ladeó el rostro y fingió escuchar lo que Silas le decía.

—¿Hacemos pareja? —preguntó Ivy, sacando a Nox del mar profundo en el que se había sumergido.

—Estoy con James —contestó.

Ivy miró a su otro amigo furiosa y este se encogió de hombros, como si él no hubiese decidido nada.

—Estoy segura de que a James no le importa...

—¿No entiendes un «no»? —Normalmente se le daba mucho mejor controlar su mal humor o su exasperación.

—Os dejaré el tiempo de clase para hacer la práctica de laboratorio, pero para el trabajo escrito y la presentación debéis poneros de acuerdo y hacerlo fuera de horario. Tendréis esta semana, el lunes quiero los trabajos encima de mi mesa —explicó el profesor mientras les entregaba una hoja con las instrucciones y repartía los materiales—. Cada pareja tiene tres muestras. Quiero que anotéis los cambios diarios durante la semana.

Silas sonrió y se recostó sobre su mano mirando a Ethel.

—Vamos a tener que pasar tiempo juntos, Ashbourne.

—¿Has hecho esto más veces? —preguntó ella mientras leía la hoja.

—Alguna práctica similar, sí.

Ethel frunció el ceño.

—Yo no. Pero mi tía Seraphine puede echarme un cable...

Silas le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, tengo una media de diez.

Ethel levantó la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos, lo que hizo reír a Silas.

—No parezcas tan sorprendida —se carcajeó Silas.

Ethel enrojeció y soltó una tos nerviosa.

—Perdón —rio—. No quería ofenderte.

—No me has ofendido.

—Entonces, confío en ti para el trabajo. Aprendo rápido.

Silas la miró y el brillo de chulería en sus ojos se apagó sustituido por algo más serio, más intenso. Alargó la mano para coger una de las muestras a la vez que lo hacía Ethel. Sus dedos se tocaron y ella apartó los suyos con cuidado.

—Perdona —se disculpó ella.

—¿Por qué me pides perdón?

Ethel arrugó el ceño. Era una vieja costumbre, a sus antiguos compañeros de clase no les gustaba toparse con ella porque decían que traía mala suerte.

—Por si te he incomodado —explicó, quitándole importancia.

Silas soltó una carcajada y el pelo rubio le cayó en la frente sobre los ojos verdes. Era tan evidente que se sentía cómodo en su propia piel. A Ethel le habría gustado saber qué se sentía.

—Está bien —respondió él, como si comprendiera a qué se refería —. Yo, en cambio, soy fan de que me toquen. Y de tocar, es muy divertido...

Ethel se topó con Nox saliendo de su clase de Filosofía, de camino al comedor. Sonrió nerviosa y se llevó las manos a la espalda sin saber qué hacer con ellas.

—Hola —lo saludó de pasada mientras seguía su camino.

Nox arqueó una ceja. Alargó la mano y le cogió la muñeca. Con suavidad, tiró de su brazo hasta que Ethel quedó frente a él. Ella se había hecho una herida en la cutícula de la uña, de tanto rascársela.

—¿Todo bien? —preguntó Nox.

Ethel apretó los labios y asintió.

Nox todavía no le había soltado la muñeca. De hecho, su pulgar estaba trazando un círculo, acariciándole la piel. Y el gesto,

demasiado íntimo, demasiado agradable, la estaba haciendo perder el hilo de la conversación.

—Eh. Sí.

Nox frunció el ceño, como si le doliese la cabeza y hubiese sentido una punzada atravesarlo. Tenía las ojeras más oscuras y marcadas ese día.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Ethel tiró de su brazo despacio. ¿Qué haces cuando algo te gusta tanto que te hace daño? ¿Cómo vives, respiras, caminas, cómo existes con ello? ¿Cómo sigues siendo tú si ese sentimiento lo está ocupando todo de ti, si pronto no quedará un espacio vacío en tu cuerpo que no haya conquistado?

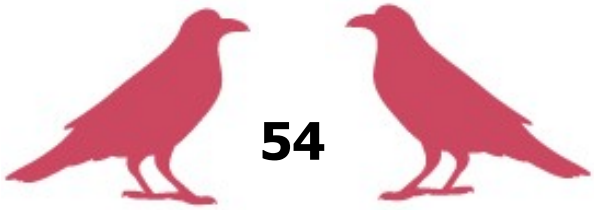
Él apretó más fuerte su muñeca, reteniéndola. Tiró para acercarla y se llevó su dedo pulgar a la boca, el que tenía la herida, y lo besó. Ethel contuvo un jadeo de sorpresa.

—Espérame después del entrenamiento del club y lo hablaremos.

—No puedo, he quedado con Silas...

Los ojos de Nox se nublaron y Ethel vio en ellos una batalla: vulnerabilidad, anhelo y una infelicidad inesperada. Nox asintió, apartando la mirada.

—Bien...



54

La mansión estaba en silencio. Esa mañana, Daphne no había ido al invernadero a cuidar las plantas, tampoco Morgana había salido al jardín a mimar sus rosales. Ni siquiera Seraphine había ido al laboratorio.

Desde que Ethel se había marchado al instituto, se habían instalado cada una en una habitación, esperando. Todas con ese sabor amargo arañándoles el paladar.

Ninguna se había puesto ropa de calle o se había peinado.

—Deberíamos llamar a Isadora. Es abogada —sugirió Daphne.

Oyó los pasos apresurados de Seraphine en la otra salita.

—No. Se asustará y se llevará a Ethel. Parecía un cuerpo sin alma cuando llegó a casa a principios de otoño. ¿Has visto la luz de sus ojos últimamente?

—Ya, pero tenemos que protegerla y esto es serio, Sera.

—Llamaremos a Isadora si tenemos problemas con la ley, con cualquiera de las leyes —añadió haciendo referencia a las Trece—. Mientras tanto ni una palabra.

—¿Y si se presenta por sorpresa?

Seraphine rio y se fue de nuevo adonde estaba meditando.

—Es tu hermana mayor de la que estamos hablando... —gritó desde la otra sala.

Daphne, que había corrido las cortinas del salón, formó con tiza sobre el suelo de madera la runa de la puerta. Abrió cuatro libros, que colocó en los puntos cardinales, y se sentó en medio. El conocimiento y la apertura.

Su trenza era tan larga que tocaba el suelo.

Dejó un pequeño cuenco de cobre, lleno de agua recogida la última noche de luna nueva, frente a ella. Al lado, colocó una bolsita de cuero anudada con un lazo púrpura. En su interior había fragmentos de huesos pequeños —de ave, de liebre, de murciélago — junto con piedras talladas con símbolos rúnicos y tres cuentas de vidrio rojo.

Con la mano izquierda agarró un puñado de pétalos de rosa y con la mano libre dejó caer el contenido de la bolsita sobre el agua.

—«Déjame ver lo que los ojos no pueden, muéstrame lo que está por venir». —Se inclinó.

Los huesos comenzaron a girar sobre sí mismos. Las piedras se desplazaron en pequeños círculos, como si una fuerza invisible las agitara. El agua se tiñó levemente, como si algo oscuro se filtrase desde el fondo.

Daphne entornó los ojos, concentrándose.

Vio el símbolo de la runa de la abundancia y la materia. Pero estaba invertida, como si algo fuese a perderse.

—Confusión —murmuró. La niebla en el cuenco no se disolvía. Las figuras flotaban, pero ninguna quería estabilizarse.

Una gota de sudor le resbaló por la nuca.

Las cuentas rojas comenzaron a tintinear entre ellas, provocando un eco sordo que se le clavó en el estómago. Una estaba agrietada. No lo había notado antes.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó al vacío, entre frustrada y asustada—. Déjame ver lo que viene hacia nosotras.

Cerró los ojos tratando de ver más, pero solo podía adivinar que algo las acechaba y que el encuentro era inminente. No le decía cómo podrían protegerse o cómo se daría.

El sabor amargo se intensificó.

Abrió los ojos. La superficie del cuenco estaba completamente negra.

En la otra habitación, Seraphine, sentada sobre la alfombra persa con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, trataba de meditar para calmarse y aclarar la mente. Ver si así se le ocurría alguna forma adecuada de abordar el problema.

Con su camiseta vieja de un grupo de *rock indie*, que se había comprado hacía unos años en un viaje por carretera en una gasolinera, y el pelo rojo fuego atado en un moño lleno de nudos, contrastaba furiosamente con la decoración elegante y antigua de la sala de té. Su cuerpo inmóvil parecía esculpido en piedra, pero por dentro la energía danzaba. Sentía la vibración de la mansión.

Tomó una respiración profunda.

Había pasado una temporada recorriendo varios lugares remotos del sudeste asiático con una chica que conoció en un viaje por la zona. Con ella aprendió distintos tipos de conexiones con la naturaleza. Pero las técnicas de meditación no le estaban sirviendo para nada; su mente no era un lago en calma, era un mar bravo. Sintió un cosquilleo, una punzada, una molestia. Luego, un tirón seco. Un pequeño chasquido como el de una hebra tensa al romperse.

Seraphine abrió los ojos.

El primer nudo de la cuerda se había soltado.

Un escalofrío le recorrió la columna.

Su cuerpo se tensó, los ojos se le quedaron abiertos, pero no veían la estancia. No estaba allí. Estaba en otra parte.

La visión la absorbió con violencia.

El crujido de hojas húmedas bajo patas pesadas.

El jadeo ansioso de un perro; un pastor alemán corpulento que cruzaba con rapidez una zona que Seraphine reconoció al instante: el jardín delantero de la mansión. Sus pasos lo llevaban directos al rosal que estaba junto a la verja.

Olisqueaba algo con intensidad, rascando con una de sus patas, excitado, casi temblando por la necesidad de desenterrar. Junto a él, un par de piernas uniformadas.

—Tiene algo... Voy a pedir refuerzos.

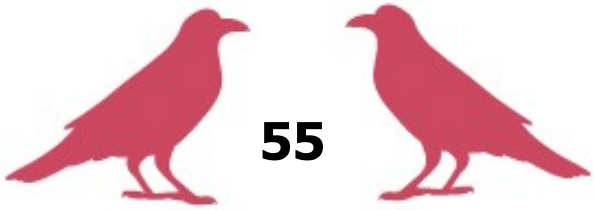
Una sensación de vértigo. Un temblor en las raíces del mundo.

Seraphine chilló y se cayó hacia atrás con el cuerpo balanceándose, hasta que apoyó las manos para sostenerse. Al instante, Morgana y Daphne estaban allí.

—¡El nudo! —dijeron las dos a la vez sacando su cuerda.

Seraphine asintió para confirmar que el suyo también se había desatado.

—He tenido una visión.



55

Los pasillos del instituto estaban prácticamente vacíos, así que se permitió sacar las cartas de adivinación. Estando en clase, había sentido cómo el primer nudo de su cuerda se soltaba y quería saber cómo estaba todo en casa.

Como había quedado con Silas después de su entrenamiento para hablar del trabajo de Ciencias, no podía marcharse todavía. Barajó con cuidado, concentrándose, tratando de enfocar su magia. Se sentó en el poyete de una ventana y colocó el mazo frente a ella. A continuación, escogió tres cartas.

—Primera carta... —susurró.

Sus dedos temblaron un instante antes de darle la vuelta. El dibujo del Nueve de Espadas apareció, con su figura atormentada rodeada de cuchillas negras que parecían hundirse en la carne.

Sintió una inmediata opresión en el pecho.

«Algo que acecha».

Una ráfaga de viento frío cruzó el pasillo y las bombillas titilaron.

La carta se le escapó de entre los dedos y cayó flotando al suelo como una hoja seca. Se agachó para recogerla y se estremeció. Le pareció que alguien invisible respiraba en su nuca.

Al incorporarse, sus ojos se fijaron en el retrato de un ilustre director del instituto y tuvo la sensación de que la pintura ondulaba. Un zumbido grave le taponó los oídos y apretó los dientes incómoda. Había algo allí. No lo veía, pero podía sentirlo. Una sombra caminando entre dimensiones.

Ethel recogió las cartas a toda prisa y se las apretó contra el pecho. La cuerda con los nudos ardía en el bolsillo de su falda.

«Ashbourne. Bruja».

De nuevo, algo le presionó el pecho. Unas manos que se cerraban sobre su esternón intentando aplastarla desde dentro. Cayó de rodillas.

Al final del pasillo, la penumbra se condensó. Lenta. Oscura. Humana pero no del todo. No parecía un subyugado ni el extraño monstruo de plumas, era algo más... incorpóreo.

Ethel jadeó tratando de atrapar el aire. Un frío antinatural le trepaba la espalda, instalándose en sus huesos, en su médula.

Cayó hacia un lado y frenó el impacto con el brazo.

El espectro cruzó el pasillo en su dirección. Sus ojos eran cuencas negras, y su piel, si se le podía llamar así, parecía hecha de hollín y sombras, como humo compactado.

Debía de ser nigromancia.

Ethel apretó los dientes. Su sangre palpitó, hirviendo. La magia golpeaba, queriendo escapar, arañando sus venas. No. Si la liberaba en la escuela, la verían. La descubrirían. Cualquier cosa menos eso.

Clac. Clac. Clac. Las luces se fueron apagando una a una con un chasquido seco, conforme el espectro se acercaba a ella.

Ethel consiguió ponerse de pie, tambaleándose, y echó a correr.

El espectro se disolvió en jirones de sombra que reptaron por la pared, y al girar al siguiente pasillo, reapareció delante de ella. Inmóvil. Esperándola. Dejó escapar un jadeo ahogado.

Los cuadros del corredor comenzaron a sacudirse en sus clavos, tambaleándose como si una tormenta arreciara en mitad del pasillo.

—¿Habéis oído eso? —Oyó que alguien decía a lo lejos.

Ethel retrocedió, y echó a correr en dirección contraria.

El espectro volvió a materializarse delante de ella. Al traspasar una de las lámparas, esta lanzó un estallido de chispas.

Ethel cogió aire en sacudidas cortas, angustiada. Si alguien la descubría, si alguien llegaba a presenciar aquello, no dudarían en señalarla. Todos los rumores regresarían, y lo poco que había logrado en esos meses se haría cenizas.

Se frotó con furia la palma contra la tela de las medias hasta sentir un ardor punzante en la piel. El dolor le despejó la mente, la ayudó a anclarse.

Los recuerdos acudieron como enjambres de insectos, voces de advertencia, de miedo, de desprecio, amenazas veladas. No, no quería volver a eso. No lo soportaría otra vez.

El pánico le roía la garganta. En su cabeza solo imperaba la necesidad de huir, de alejarse del instituto cuanto fuera posible.

«Contrólate. Piensa».

Podía sacar el grimorio que cargaba oculto en su mochila. Pero no había tiempo. El espectro se arrastraba tras ella, tan cercano que la temperatura descendía a su alrededor, dejando un rastro de escarcha invisible que le trepaba por la columna.

Y no podía utilizar su magia allí, era muy arriesgado.

Bajó al primer piso a la carrera.

El pasillo se estremeció con un zumbido eléctrico. Una a una, las lámparas titilaron y estallaron, sumiéndola en una negrura casi líquida. La oscuridad era como una boca. Una boca vasta y hambrienta que se cerraba sobre ella, decidida a tragársela.

«Ashbourne. Bruja».

El eco de sus pasos retumbaba en el corredor vacío, deformándose. Se devanaba la cabeza tratando de encontrar una forma de escapar cuando recordó algo que le había explicado tía Seraphine: «Los subyugados siguen las órdenes de quien los crea. Basta con el olor de la sangre, por ejemplo, para que lo sigan incansablemente. Casi todas las criaturas creadas con nigromancia se guían por el flujo de energía o por el olor de las personas que acechan».

Así que por eso no conseguía librarse de él...

No tenía ni idea de cómo expulsar un espectro, no había llegado tan lejos en su formación. ¿Quizá un hechizo de protección? Pero no tenía tiempo ni oportunidad para jugársela a prueba y error.

Giró en busca de la puerta trasera, la que conducía al bosque. Allí, al menos, estaría lejos de las miradas de otros. Dobló la esquina y encaró el pasillo que conducía a la salida. Le pareció que la puerta estaba lejísimos. El pecho le ardía y le faltaba el aliento. No conseguiría llegar. El espectro estaba demasiado cerca. Lo sentía. No detrás ni delante. Dentro. Como si respirase justo en su nuca.

La atmósfera era tan espesa y pesada que le costaba tragar. Las puertas de madera a ambos lados del pasillo se estremecieron en su quicio, chirriando como si algo invisible intentase abrirlas.

Temblando y con dedos torpes, buscó la cuerda con los nudos, pero sus uñas solo rasparon las hebras empapadas de sudor.

«Ayúdame», suplicó.

Y entonces apareció. Frente a ella. Suspendido, meciéndose como un trapo viejo sacudido por el viento.

Ethel se detuvo en seco.

¿Habría alguien allí? ¿Y si salían y la veían con todas esas puertas sacudiéndose? ¿Y si ese era el plan de la criatura? Hacer que se delatase delante de todos, exponerla. Si la había convocado el

pastor Whitmore, podría ser. El espectro quizá no quisiese o pudiese dañarla, quizá solo deseaba llamar la atención sobre ella, atormentarla.

Ethel retrocedió. Dudando.

Tenía que deshacerse de él, perderlo de vista. No servían los muros ni las puertas. Siempre encontraba la manera de llegar hasta ella...

Entonces una chispa le cruzó el pensamiento, fugaz y desesperada. ¿Y si se mezclaba con otras personas? ¿Se diluiría su energía entre las de los demás? Quizá el espectro perdería el rastro, al confundirse con esa multitud de pulsos vitales.

El problema era llegar allí.

Pensó en dar la vuelta, pero sería inútil. El espectro atravesaría las paredes y la alcanzaría de nuevo.

Así que Ethel respiró hondo, clavó los talones en el suelo... y corrió hacia él.

El impacto fue insoportable. Lo atravesó, y la sensación fue como sumergirse en un mar de hielo y podredumbre. Algo frío y viscoso le rozó la esencia misma del alma.

Se le encogió el corazón.

Durante un breve instante, creyó que la muerte la había atrapado. Oyó voces. Miles de voces, gritos y lamentos arrancados de gargantas invisibles arañaron su mente. Y se vio arrastrada al abismo de la nada, de la inexistencia.

Cayó contra la puerta, tomando una profunda bocanada de aire, y la empujó con todo lo que tenía, saliendo al exterior.

Miró en todas direcciones. Necesitaba gente. Gente. Una multitud. Cualquier grupo... Cualquiera...

Y entonces lo vio.

Alguien subía desde el río.

Por un instante, fue como si las nubes se abrieran y el mundo le concediera un respiro.

Silas.

Tenía el pelo húmedo, la bolsa del club de remo le colgaba del hombro, llevaba el cortavientos abierto y empapado por la lluvia que había comenzado a caer. Avanzaba absorto, perdido en sus pensamientos. Sus compañeros no debían de andar lejos.

Ethel no lo pensó dos veces.

Corrió hacia él con el corazón galopando, los ojos llenos de desesperación. Silas alzó la vista justo cuando ella lo alcanzaba y, sin mediar palabra, lo agarró del brazo tirando hacia los árboles que bordeaban el camino.

Lo abrazó con fuerza, ocultándose de la vista, queriendo que su energía se diluyese en la de Silas de forma que fuese imposible distinguirlas.

—¿Qué...?

Ethel no respondió. Se aferró a él, apretando su cuerpo contra el suyo, queriendo mezclarse con él. Silas dudó un segundo, pero luego le pasó los brazos por la espalda, confuso.

—Por favor... —susurró Ethel— que se vaya.

—¿Ethel? —preguntó Silas en voz baja, algo más serio—. ¿Estás bien? No es que esto me moleste...

Ella se separó lentamente y se asomó por el borde del tronco. Le temblaban las piernas. Pero el espectro ya no estaba.

—Lo siento —susurró. Tragó saliva—. Había... había un... Me ha parecido que un animal me seguía.

—¿Un animal?

Ella asintió, mirando por encima de su hombro.

Silas ladeó la cabeza. Aún tenía los brazos apoyados en la espalda de Ethel.

—Mira que he oído excusas, pero esta es nueva —bromeó, alzando una ceja—. Si querías abrazarme, solo tenías que pedirlo.

Ethel forzó una risita, pequeña, nerviosa. Queriendo disimular su miedo. Todavía lo tenía agarrado de la camiseta con fuerza, impulsada por el pánico. Agarrotada por el bajón de adrenalina, comenzó a temblar de forma violenta.

En cuanto estuviese segura de que el espectro no la seguía, debía correr a casa para pedirle ayuda a su familia.

Silas bajó la mirada a las manos de Ethel.

—¿Estás bien? —La observó con curiosidad.

—Sí, sí, ya se me pasa. —Tomó aire tratando de calmarse. Obligó a sus dedos a relajarse y soltarlo, aunque se mantuvo pegada a él.

Silas la miró en silencio unos segundos. Había dejado de sonreír. Su expresión se afiló.

—¿De qué huías?

—Ya te lo he dicho.

—Mientes fatal, Ashbourne. —Silas se metió las manos en los bolsillos y echó un vistazo al cielo, como si le hablara al aire—. Tenemos un problema.

—¿Cuál? —preguntó Ethel.

Él le dedicó una sonrisa amplia, arrogante.

—Nada.

Ethel ladeó la cabeza, sin comprenderlo.

—¿Qué? —insistió.

—Que esto me ha gustado.

Ethel se quedó muy quieta.

—Ah... —No supo qué decir, no quería causarle la impresión equivocada.

Silas sonrió, pero esta vez no había nada arrogante ni travieso en el gesto. Fue algo más suave. Más sincero.

—Tranquila. Puedes abrazarme siempre que quieras con cualquier excusa que se te ocurra. —Quiso apartarse, pero Ethel lo retuvo agarrándolo del brazo.

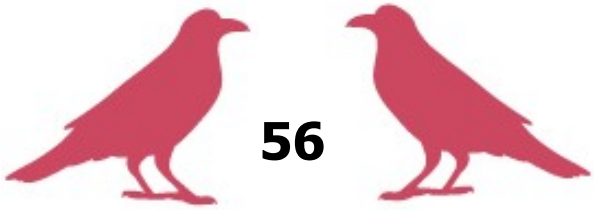
—¿Podemos ir a mi casa a hablar del trabajo de Ciencias en vez de hacerlo aquí? —soltó.

Silas enarcó las cejas, la propuesta lo pilló totalmente desprevenido.

—¿A la mansión Ashbourne? Eso sí que es... Claro. Déjame que...

Volvió a intentar salir al camino, pero Ethel lo atrapó de la mano y tiró de él sin darle opción a separarse de ella.

—Deberíamos ir ya, se hace tarde.



56

Unas horas antes, en la mansión, las Ashbourne salieron al jardín delantero corriendo. Daphne tenía una pala apoyada en el hombro y las tres calzaban botas de agua que desentonaban con sus pijamas.

—En el rosal más cercano a la verja —indicó Seraphine mientras se metía el bajo del pantalón de cuadros dentro de las botas.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—A la izquierda —señaló, recordando las imágenes de su visión.

Las tres se apresuraron hacia esa zona.

—¿Cuánto tenemos hasta que lleguen? —preguntó su madre mientras Daphne se ponía a cavar.

Seraphine se asomó por la valla vigilando.

—No lo sé, poco, ha sido una visión de advertencia, así que debe ser inminente.

Daphne se puso a cavar apresurada.

—Sal, intercéptalos y gánanos tiempo como sea —le pidió Morgana.

Seraphine se miró, suspiró y entró en la casa corriendo. Cuando volvió a salir tenía dos bolsas de basura.

—Daos prisa —pidió mientras abría la verja y salía.

No había llegado aún a la esquina de la calle, cuando vio la silueta de la inspectora Harper saliendo de un coche patrulla y, justo tras ella, aparcó un furgón del que bajaron dos agentes con un perro.

Seraphine se irguió, apretó los puños y se obligó a no correr. Caminó con aparente tranquilidad, fingiendo habérselos cruzado por pura casualidad.

—¡Vaya! ¿Qué los trae por aquí? —exclamó demasiado alto, deseando que su madre y su hermana la oyesen.

Vivian Harper levantó la cabeza hacia Seraphine. Tenía un aspecto tan extraño que se paró un rato a estudiarla: el pijama desparejado, las botas, las bolsas...

En cambio, la inspectora estaba tan impecable como siempre. Seraphine no tenía por costumbre ponerse nerviosa delante de otras mujeres que le resultaban atractivas. Jamás se había sentido tímida o cohibida. Pero, en ese momento, Vivian Harper lo consiguió.

Desde la primera vez que la había visto en su casa había tenido la necesidad de impresionar a esa mujer. Y, sin embargo, se había sentido torpe todo el tiempo. Algo extraño en ella.

La expresión seria de la inspectora se suavizó al verla.

—Vaya, señorita Ashbourne. Qué coincidencia —respondió.

—Estoy sacando la basura. Estamos... haciendo limpieza general. Ya sabe, tirando trastos viejos —rio un poco, fingiendo normalidad.

El perro tiró de la correa y jadeó con fuerza queriendo moverse. Harper desvió la mirada y arrugó la nariz.

—¿Qué es lo que pasa? —se interesó Seraphine.

—Tenemos una pista. Alguien ha puesto una denuncia anónima. Y, bueno, el alcalde ha insistido en que trajésemos un perro.

Los dos agentes comenzaron a seguir el tirón del perro avanzando hacia el borde de la calle donde empezaba el terreno de la mansión.

—Ha encontrado un rastro —dijo uno de ellos.

Mientras tanto, al otro lado de la verja, Daphne y Morgana habían dejado la pala y removían la tierra a toda prisa con las manos desnudas, buscando.

La tierra estaba húmeda, pesada, y las raíces del rosal se enredaban en sus muñecas.

—¡Rápido, ya están aquí!

—¡Lo estoy intentando! —jadeó Daphne, con el rostro manchado de barro.

Al fin, los dedos de Morgana tocaron algo duro.

Un dedo humano.

—¡Por la Diosa! ¿Quién ha puesto esto aquí?

Daphne se lo guardó en el bolsillo de la bata.

—Llévalo al laboratorio —dijo Morgana sin aliento, colocándose de rodillas—. Yo dejaré esto como estaba.

Daphne corrió de vuelta a la mansión.

Morgana sacó su bolsita de pétalos y mientras la sostenía posó la otra palma sobre el suelo.

—«Que lo que ha pasado se borre en un momento. Que se recomponga volviendo atrás el tiempo».

El rosal pareció estremecerse, como si se despertara. Las raíces se replegaron y la tierra se movió hasta quedar perfectamente compactada.

La planta se irguió, más recta que antes.

En ese instante, la inspectora Harper se paró al otro lado de la verja con el perro olfateando. Le dirigió una mirada severa a Seraphine, que los había seguido.

—¿Qué pasa?

Morgana se irguió, sacudiéndose la tierra de las manos, y los miró con sorpresa.

—Buenos días. ¿Ocurre algo?

Harper parecía contrariada y algo molesta. Miró alternativamente a Seraphine y a su madre.

—Están buscando algo, madre. Una pista. No me lo han querido decir —contestó Seraphine, sonriendo a la inspectora.

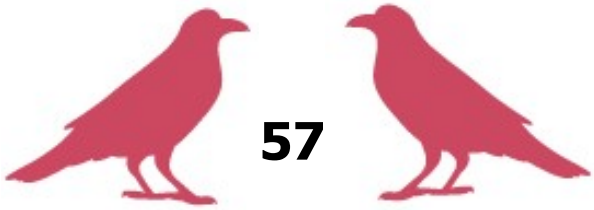
—Parece que el perro ha encontrado un rastro que lo lleva hasta su jardín. ¿Le importa si echamos un vistazo?

Morgana hizo un gesto con la mano indicándoles que podían pasar.

—Por supuesto, pero, por favor, que no me destrocen los rosales, justo los estaba podando.

Mostró un pequeño montón de hojas secas que tenía a un lado.

Seraphine se relajó visiblemente al ver que todo estaba controlado. Un poco más y no lo habrían logrado.



57

Ethel empujó la puerta de la mansión con ímpetu, tratando de hacer tanto ruido como fuese posible.

—¡He traído a alguien! —anunció alzando el tono. No quería pillar a su familia en medio de algo extraño.

Le dirigió una mirada nerviosa a Silas y le sonrió. Él miraba con curiosidad e interés el vestíbulo y todos sus detalles.

Seraphine apareció desde el fondo del pasillo. Asomó la cabeza, frunciendo el ceño, y los observó. En cuanto reconoció a Silas, abrió la boca y se la tapó con una mano, ocultando su sonrisa.

—Oh... ¡Visita! Ya veo...

Silas alzó una ceja y le dedicó una sonrisa despreocupada.

—Buenas tardes.

—Es Silas Holloway, aunque me imagino que ya lo sabes —añadió Ethel, haciéndole gestos con la cara para que parase de comportarse así.

Seraphine dejó de asomar la cabeza y apareció por completo. Se apoyó con el codo en la pared.

—Sí... Por supuesto que lo sé —sonrió tanto que dio miedo.

Esta vez, fue Daphne quien asomó la cabeza por la puerta del salón. Cosa de mellizas, supuso Ethel.

—Ethel ha traído a Silas Holloway —mencionó Seraphine mirando a su hermana.

Daphne les dedicó otra sonrisa grande y extraña.

Ethel se tapó la cara angustiada.

«Parad», les pidió en silencio.

Morgana bajó las escaleras hasta el descansillo donde se cruzaban y, con las manos en la cintura, evaluó al chico en silencio.

—Tenemos que hacer un trabajo de Ciencias —explicó Ethel—. Por eso ha venido.

—Ah, *ciencias* —repitió Seraphine—. Claro que sí. Las ciencias son muy interesantes. Por ejemplo, la biología. O la anatomía.

A Ethel le dio un ataque de tos.

—Ven conmigo, Silas Holloway, que te preparo un té. ¿Tomas sangre de murciélago o prefieres *earl grey*? —bromeó Seraphine.

Daphne le echó una mirada de reprimenda a su hermana y Ethel la miró atónita.

—No le hagas caso, está un poco trastornada. De pequeña era cabezona y se caía mucho —explicó Daphne.

—¿Qué pasa? No me gusta decepcionar a los invitados. ¿Qué haremos con nuestra reputación, si luego va por ahí diciendo que somos completamente normales? —Sacudió la cabeza.

Silas sonrió sin inmutarse por la broma.

—Lo que tengáis, mientras no lleve veneno.

—Mmm..., chico listo —replicó Seraphine, haciéndole un gesto con la cabeza para que la siguiera.

Silas pasó junto a Ethel con una sonrisa torcida.

—Tu familia es encantadora —le susurró.

En cuanto entraron en la cocina, Ethel se volvió hacia su abuela y su tía.

—Necesito hablar con vosotras.

—Ya lo creo... Es muy mono, Ethel —susurró Daphne en tono confidente.

—No es eso. Parad de una vez. No me gusta de esa forma. Y es importante, ha ocurrido algo —contestó mirando por encima de su hombro, asegurándose de que Silas no aparecía.

Daphne la condujo hacia el salón y Morgana cerró la puerta tras ellas. Fuera, se oía a Seraphine preguntar a Silas si había visto alguna vez una tetera que chillara como un cuervo.

—Me atacó un espectro —soltó Ethel—. En el instituto. —Los rostros de Morgana y Daphne se tensaron—. No me hizo daño exactamente, pero parecía querer llamar la atención sobre mí, provocarme para que usase mi magia. Conseguí ocultarme pegando mi energía a la de Silas, por eso lo he traído.

Morgana apretó los labios. Caminó despacio por la estancia.

—Por el diablo...

—¿Qué pasa? —preguntó Ethel, mirando a su tía.

—Los espectros son complicados. Estoy segura de que no tardará en volver a encontrar tu rastro y llegar hasta aquí.

Morgana se dejó caer en una butaca con gesto serio.

—Quien sea se está impacientando. Ha intentado inculparnos de los asesinatos enterrando restos en nuestro jardín —le explicó su abuela—. Y al mismo tiempo a ti te mandaba un espectro...

—Tiene que ser alguien fuerte. Un simple mortal no podría practicar la nigromancia a ese nivel —dijo Daphne.

Ethel miró a las dos mujeres alternativamente con inquietud.

—¿Ah, no? Entonces... ¿El pastor Whitmore podría no ser el culpable?

—Sí, si es que tiene ayuda de alguna entidad superior —comentó Daphne.

—Entidad superior... como ¿Dios?

Morgana soltó una risa suave.

—No. Yo me decantaría más por un demonio menor. Quienquiera que esté detrás debe de haber firmado un trato para obtener esa clase de poder.

Ethel miró a su familia, angustiada. Aquello parecía más grande y peligroso de lo que había imaginado en un principio.

¿Demonios?

No podía seguir involucrando a Nox en el asunto.

—Vamos a tener que expulsar a ese espectro y no va a ser fácil. Son escurridizos —se quejó Morgana.

—Ve a la cocina antes de que tu tía vuelva loco al chico. Para colmo, es el hijo del alcalde. Intenta terminar rápido con él, antes de que aparezca el espectro. Yo iré a preparar las cosas.

Silas observaba con curiosidad y fascinación la pequeña planta carnívora que tenían en la ventana de la cocina. Seraphine le guiñó el ojo a su sobrina cuando salió.

—Meriéndatelo —le susurró.

Ethel puso los ojos en blanco y luego negó con la cabeza.

—No es lo que crees.

—Ya, ya... —canturreó mientras se dirigía al salón en busca de su madre.

Silas le dio un sorbo al té y arrugó la nariz de una forma que resultó muy tierna.

—Qué fuerte estar aquí dentro. Es algo que desean todos en este pueblo: descubrir la mansión —dijo, dándole solemnidad a la palabra.

Ethel se sentó frente a él y olisqueó el té. Tenía un aroma sospechosamente parecido al brebaje de calma y estaba segura de que su tía había usado algún ingrediente para que Silas percibiese la menor cantidad de cosas posible.

—Es raro que hayas corrido hacia mí y no hacia Nox —comentó el chico, mordisqueando una pastita.

Ethel levantó la cabeza para encontrarse con el color verde menta de sus ojos.

—¿Nox? —preguntó descolocada.

—Venía unos metros detrás de mí. Y es obvio que os lleváis muy bien.

A Ethel se le quedó el aliento atascado en la garganta. No lo había visto. Seguramente era lo mejor, así no lo implicaba más en ese tipo de asuntos. Necesitaba dibujar una línea para protegerlo de todo aquello. Ya estaba demasiado metido, de todas formas, pero no quería arrastrarlo a algo que cada vez era más grande y peligroso. Además, la hacía sentir culpable estar mintiendo a su familia con algo tan serio.

—No es que me queje, al contrario —sonrió Silas, se colocó las manos detrás de la cabeza y se estiró—. Me gusta que hayas acudido a mí en busca de ayuda.

—Bueno, tú siempre has sido muy acogedor conmigo desde que llegué aquí. Me has ayudado a que todo sea más fácil —comentó Ethel.

—No estoy siendo simplemente acogedor, Ashbourne. Estoy coqueteando contigo —dijo con tranquilidad—. Aunque me ignores sistemáticamente.

Ethel abrió los ojos sorprendida. Maldita sea, sus tías tenían razón. Y estaba segura de que estarían escuchando a escondidas y luego la mortificarían con aquello.

—Yo no... Quiero decir, pensaba que era algo...

—¿Algo que hago con todo el mundo?

Ethel asintió.

Silas sonrió, inclinándose un poco hacia ella.

—Puede ser. ¿Debería cambiar de estrategia entonces?

—No, yo... Pensaba que querías ser mi amigo.

Algo brilló en sus ojos.

—No son cosas excluyentes, ¿no?

Ethel se tiró del cuello de la camisa. Estaba incómoda.

—¿Supongo? No me parecía que yo te gustase de esa forma. Eso es todo.

Silas asintió para sí mismo.

—Creo que eso es porque solo tienes ojos para Nox Harker. Así que, cuando te canses del chico misterioso... —Abrió los brazos.

Ethel bajó la mirada a los nudos de la mesa. Los dibujó con el dedo.

¿Se cansaría? Lo que había empezado como simple curiosidad, había crecido como una planta trepadora por su pecho, enredándose en sus costillas, y allí había echado raíces. Había florecido con brotes frágiles. Y ahora, esas flores se marchitaban una a una, dejando una herida tras de sí.

Tenía miedo de enfrentar aquella emoción. Deseaba quedarse en esa tierra intermedia para poder conservar a Nox. Pero ahora tenía más claro que antes que debía distanciarse de él, al menos hasta que solucionasen el problema con el pastor y les contase a sus tías que Nox conocía su secreto.

El amor era en gran parte miedo. Miedo de herir y miedo de que la hiriesen. Le gustaría que fuese algo más liviano, para que su peso no la asfixiara. Pero deseaba proteger a Nox, al igual que deseaba poder proteger a su familia de aquello que las acechaba.

—No deberías querer que alguien te elija en segundo lugar —dijo Ethel con un hilo de voz.

Él la miró un segundo en silencio, algo extraño en Silas, que rara vez se callaba.

—¿Le dirías que no a Harker si se te acerca después de haber estado con Ivy, por ejemplo?

Ethel cerró la mano, agarrando el borde de la mesa.

—¿Qué importa el orgullo cuando deseas algo? Todos tenemos un precio, Ashbourne. Todos nos humillamos por lo que queremos.

Ethel sonrió. Había una tristeza profunda y arraigada en su gesto. Sus ojos brillaron tan transparentes que parecieron incoloros, líquidos. Silas tenía razón; si te ofrecen algo que deseas profundamente, la mayoría de las veces no importan las condiciones, lo tomas y ya está.

—No te imaginas —dijo Silas— dónde está dispuesta a llegar la gente por deseo, por amor o por poder...

«Los peores crímenes se cometen en nombre del corazón», pensó Ethel.

Alzó la vista, mirándolo de frente, seria.

—Tienes razón.

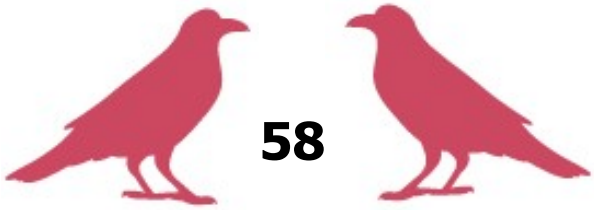
Él mantuvo su expresión relajada, aunque hubo una breve tensión en su mandíbula.

—Me lo tomaré como una victoria parcial. Además, me has dejado entrar a tu cocina. Eso ya es más de lo que la mayoría ha conseguido.

—Porque eres mi compañero de Ciencias.

—Y porque soy encantador.

Ethel le sonrió con suavidad.



58

Seraphine prácticamente empujó a Silas fuera de la mansión con la excusa de que era tarde y debía ir a su casa a cenar. Ethel se despidió desde el porche moviendo la mano y gritándole un «hasta mañana» antes de apresurarse a entrar de nuevo.

—Ya está aquí —anunció Daphne.

Las paredes de la mansión se estremecían, silbando, las puertas se abrían y cerraban, los cuadros se sacudían...

—Es muy fuerte —advirtió Morgana.

Las cuatro mujeres miraron hacia el techo del vestíbulo mientras la lámpara se balanceaba sobre sus cabezas.

—¿Tenéis las cuerdas? —preguntó su abuela, y las tres asintieron —. Los espectros se alimentan de la energía que dejamos en los objetos amados. Si nos está rastreando, se aferrará a ellos para hacerse más fuerte. Cogedlos y llevadlos a la biblioteca, tenemos que atraerlo allí para expulsarlo antes de que la tome con la casa.

Un crujido estremeció el techo. Luego una lámpara estalló en el recibidor y la oscuridad se apoderó del descansillo.

—Rápido —ordenó Morgana.

Todas se movieron al instante.

Ethel subió las escaleras corriendo. Abrió de golpe la puerta de su cuarto y barrió la estancia con la mirada; no tenía demasiadas cosas personales, así que sería rápido. Tomó una fotografía desgastada de su niñez, donde salía con toda su familia en Ebonwick, y después rebuscó en el primer cajón de la cómoda hasta dar con la sudadera que Nox no le había dejado devolverle.

Un viento invisible sacudió las cortinas, al mismo tiempo que la puerta se cerraba de golpe y los cristales de la ventana estallaban en una lluvia de esquirlas. Ethel se agachó junto a la cama, cubriéndose la cabeza, antes de impulsarse hacia la salida. Forcejeó con la cerradura, que vibraba como si algo la sostuviera desde dentro, hasta que consiguió abrirla. Salió al pasillo mientras las luces parpadeaban furiosas.

Abajo, las cañerías comenzaron a rugir con un chirrido metálico. Un grifo explotó en la cocina y, de inmediato, lo siguieron los de los baños de la primera planta.

—¡El agua! —gritó tía Daphne desde algún punto de la casa—. ¡Hay que cortar la llave! —Sus pasos resonaron mientras se movía de un lado para otro comprobando el estado de las cosas.

Ya tenía su objeto más preciado colgado al cuello —el relicario que su madre les regaló a ella y a Seraphine cuando cumplieron diez años—, así que se lanzó escaleras abajo. La cocina estaba anegada, el agua subía rápido y le lamía los tobillos. Se agachó, abrió el armario que había bajo el fregadero y giró la llave, cortando el agua justo en el instante en que el horno se encendía con una llamarada azulada.

—Bastardo incorpóreo... —escupió, cerrando de un tirón la llave del gas.

El espejo de la entrada vibró, pero antes de que se cayera Seraphine pasó a toda prisa y lo hizo levitar con un hechizo de

ligereza, mientras se dirigía rápidamente hacia el laboratorio.

Ella también llevaba el relicario y una pequeña maleta, donde guardaba sus recuerdos más íntimos: fragmentos de lugares y de personas a las que había amado en silencio. Daphne podía creer que era fría, incapaz de amar, pero Seraphine sabía que sí lo hacía, aunque siempre de una forma esquiva. Tal vez había cobardía en su manera de huir antes de que el cariño se transformara en algo más profundo.

Pero esa era la maldición de las brujas: amar era siempre un riesgo, su melliza lo sabía tan bien como ella. No era fácil encontrar a la persona indicada entre los de su clase, y los extraños... Había que jugarse demasiado el corazón, algo a lo que ella no estaba dispuesta.

Empujó la puerta del laboratorio con el hombro. Dentro no se veía nada: la luz había muerto, y una bruma espesa cubría cada rincón.

—Muy ingenioso —dijo tosiendo, mientras agitaba la mano para despejar la niebla—. Pero me he hecho inmune a estas cosas a base de probar venenos.

Aun así, se quitó la camiseta, quedándose en sujetador, y se cubrió boca y nariz para respirar lo menos posible. Avanzó a tientas hasta el armario de metal, lo abrió de un tirón y sacó una caja de madera y vidrio con etiquetas escritas a mano. Sus ingredientes más raros, los más valiosos de su colección. Años de viajes y trueques.

En ese mismo instante, Morgana tiró de la escalera que conducía a la buhardilla, extendiéndola. Subió los peldaños con calma. Allí, tras un cuadro deslucido, escondía lo más importante: un anillo de hierro negro con una joya de ópalo rojo, legado de Elvira Ashbourne, la primera bruja del aquelarre. Una reliquia que pasaba de matriarca en matriarca, junto al libro familiar.

Las sábanas polvorientas se sacudieron de repente, levitando para atraparla. Morgana giró sobre sí misma y susurró un conjuro sencillo:

—«Que lo que no está vivo se congele. Que el tiempo se detenga para el objeto que se rebele».

Las telas quedaron suspendidas, rígidas. Morgana no perdió tiempo. Cerró el cuadro, descendió la escalera y la plegó con un chasquido.

Una a una, las Ashbourne convergieron en la biblioteca, cada cual con sus tesoros.

Ethel fue la primera, con la sudadera de Nox y la fotografía familiar apretadas contra el pecho.

Seraphine irrumpió poco después, recolocándose la camiseta sobre la piel desnuda, con la maletita y la caja de ingredientes abrazadas contra sí.

Daphne apareció dejando un rastro de agua sobre la madera encerada.

Y, por último, Morgana, con apenas unas motas de polvo sobre el cabello canoso.

Se miraron un instante, respirando agitadas.

—Colocadlos en el centro —ordenó Morgana—. Usaremos estos objetos como cebo para atraerlo.

Una a una, depositaron sus objetos en el suelo. Morgana agarró el broche que llevaba en el pecho y se cortó la palma de la mano. Daphne apartó de un tirón la alfombra y su madre comenzó a trazar runas de contención con el polvo de los pétalos de rosa mezclado con su sangre alrededor de los objetos.

Las líneas de las runas empezaron a brillar con un fulgor pálido.

Entonces, la biblioteca se oscureció, como si una nube inmensa hubiese cubierto el resplandor de la luna. El aire se cargó seco,

estático. El suelo vibró bajo sus pies. El espectro se acercaba.

Las cuatro se colocaron en círculo. Entrecruzaron brazos y manos formando una estrella alrededor de los objetos. Ethel, encajada entre Daphne y su abuela, extendió su cuerda por la derecha hacia Seraphine y sostuvo con la izquierda la de su tía. Morgana y Daphne hicieron lo mismo.

Una ráfaga invisible azotó las cortinas; los candelabros crujieron, las estanterías se estremecieron como si fuesen a desmoronarse. El aire se ensució con una negrura líquida que ondulaba, flotando, derramándose como tinta en el agua.

De pronto, una hilera entera de libros salió disparada de los estantes. Volaron contra ellas con violencia. Ethel se agachó a tiempo, pero uno alcanzó a Seraphine en el hombro, arrancándole un gruñido y una maldición entre dientes.

—Si tuviese forma, le patearía el culo.

—¡No rompáis la formación! —advirtió Morgana, alzando la voz por encima del estruendo. Y al instante, comenzó el encantamiento —: «Que el alma que no encuentra calma se marche de la casa que no es suya».

Un grito inhumano retumbó en todas las paredes a la vez. El espectro emergió al fin: una masa negra, retorcida, sin contorno estable. Se abalanzó con violencia, atravesando el pecho de Daphne. Ella jadeó, doblándose por la náusea repentina.

—«Que no toque lo amado, que nuestra morada no te acoja» — entonó Morgana sin detenerse.

El espectro arremetió contra los objetos del círculo. Las runas refulgieron, levantando un torrente de luz rojiza que se elevó hasta el techo, atrapándolo.

El segundo nudo de la cuerda se soltó y ellas se movieron hacia atrás para volver a tensarla.

La criatura se agitó, golpeando las paredes de energía. Las Ashbourne clavaron los talones en la madera, mientras el espectro las empujaba tratando de romper su formación.

Sus ropas y cabellos se agitaron mientras la luz de las runas las iluminaba desde abajo.

—«Que quede desterrado de nuestra tierra. Y que lo que no es de este mundo no vuelva».

El tercer nudo se deshizo y volvieron a moverse hacia atrás estirando los brazos.

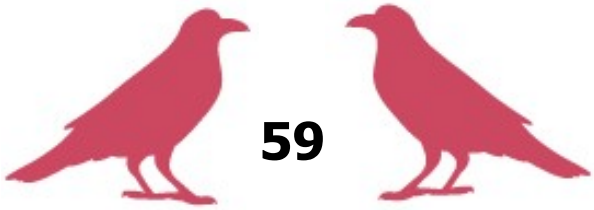
El espectro lanzó un chillido desgarrador. Su cuerpo se deshizo en jirones de sombra que se evaporaron uno a uno, hasta que lo único que quedó fue una bruma gris disipándose lentamente en el aire.

El silencio descendió sobre la biblioteca. Las paredes dejaron de temblar. Las luces parpadearon un momento y regresaron. El aire se volvió más ligero.

Exhaustas, las Ashbourne se miraron entre sí, y cayeron de rodillas, respirando con dificultad.

A Ethel le zumbaba la cabeza, se sentía vacía, hambrienta. Pero no de un hambre que hubiese experimentado antes. La boca le sabía a sangre, con un regusto metálico.

—Lo hemos conseguido —dijo su abuela.



59

Nox estaba desplomado en el sofá, con el ceño fruncido y la mirada fija en el techo. En el televisor una mujer pedía café a un tipo llamado Luke.

—Mi señor, se encuentra usted en un estado muy taciturno —dijo Ghom, que llevaba unas horas revoloteando a su alrededor.

Aun en su forma humana se comporta como un pajarraco.

Nox no respondió.

—Muy bien —dijo trasteando por la casa—. No me queda más remedio que sacarle de su miseria.

—¿Qué miseria? —resopló.

Nox se encontraba perfectamente. Se cubrió la cara con el brazo.

—Mire, qué le parece esto. Es un juego de mesa que he encontrado en los armarios. He visto en el televisor que, cuando los humanos juegan a uno, se divierten mucho. Ríen todo el rato.

Nox apartó el brazo y lo miró, sostenía una caja alargada con las esquinas rotas.

—¿De qué estás hablando?

—Se llama *Cluedo*. Al parecer sirve para acusarse mutuamente de asesinatos ficticios.

Nox arqueó una ceja sin mucho entusiasmo, pero aceptó cuando Ghom desplegó el tablero sobre la mesa.

—Está bien —murmuró—. Enséñame.

—Muy sencillo: debemos averiguar quién cometió el asesinato, con qué arma y en qué habitación —explicó Ghom mientras barajaba las cartas—. Mire, usted es la señorita Amapola.

Nox lo fulminó con la mirada.

—¿Y por qué demonios no puedo ser el coronel Mostaza?

—Porque yo quiero ser el coronel Mostaza. Además, le aseguro que el carmesí de la señorita Amapola le favorece.

Nox arrastró la ficha por el tablero con desgana.

—Bien. La señorita Amapola se mueve a la cocina.

—Excelente elección —aplaudió Ghom—. ¿Quiere acusar a alguien?

—Sí. Fue el profesor Mora, con un cuchillo.

Ghom asintió sin entusiasmo.

—Interesante deducción, señor. Pero... —destapó una carta con teatralidad— me temo que no. El profesor Mora es inocente y el arma solo puede ser el collar.

Nox golpeó el tablero con los dados.

—¡¿Un collar en la cocina?! Es absurdo. Si quieres matar a alguien en una cocina, ¡usas un cuchillo! ¡O una sartén, al menos!

—Ah, pero eso sería lo obvio, señor —replicó Ghom, tirando sus dados—. Los humanos aman lo absurdo. ¿Qué es más desconcertante que estrangular a alguien al lado de veinte cuchillos afilados sin usarlos?

—Es estúpido. —Nox se dejó caer contra el sofá.

Ghom ganó la primera partida.

Volvieron a barajar. Nox movió a la señorita Amapola con un bufido exasperado.

—Bien. Sospecho del coronel Mostaza. Con el revolver. En la biblioteca.

Ghom se inclinó hacia delante y lo miró con compasión.

—Incorrecto otra vez. Solo ha podido ser con la llave inglesa, mire lo que ha tachado en su hoja.

—Pero i¿qué demonios hace una llave inglesa en una biblioteca?!

—Tal vez la estantería necesitaba ajustes y el conserje la dejó allí —dijo Ghom—. Son muy despistados estos mortales.

Nox lo miró como si quisiera quemar el tablero entero.

—Y otra victoria para mí —declaró Ghom, al cabo de un rato.

Nox continuó perdiendo ronda tras ronda, cada vez más exasperado.

—Esto es un insulto a la inteligencia.

—¿O quizá es un insulto a la suya, señor? —replicó Ghom, ya riéndose abiertamente—. Después de todo, yo acabo de resolver un homicidio con un candelabro en el salón.

Nox lo fulminó con la mirada.

Hazlo realidad. Ahí tienes un candelabro, dale con él en la cabeza aquí en el salón, verás quién se ríe entonces.

—Eres insufrible.

—Y usted, un pésimo detective. ¿Otra ronda?

—No comprendo la mente de los mortales —se quejó.

Ghom miró sus cartas sonriendo.

—¿Habla usted en general o quizá se refiere a cierta chica?

Nox resopló moviendo a la señorita Amapola.

—Sé sincero. Soy atractivo, ¿cierto? Más que cualquier habitante de este pueblucho.

Ghom le echó un vistazo.

—Sí, señor, es usted un gran espécimen.

Nox se frotó la frente con los dedos.

—Entonces, ¿por qué ella parece preferir al gilipollas ese?

—No sé de quién me habla, pero le toca —respondió Ghom, colocándole los dados en la mano.

Nox tiró los dados con un bufido.

—La señorita Amapola se va al... salón. Sospecho del padre Prado con el maldito candelabro.

Ghom hojeó sus cartas con calma.

—No, el candelabro, no.

Nox apoyó la cabeza en el sofá. Había estado soñando con ella. Con sus ojos demasiado brillantes, demasiado transparentes mirándole llenos de esperanza. Con su voz susurrando su nombre. Estaba enfermo. Intoxicado de emociones demasiado intensas. Demasiado humanas.

—No lo entiendo —dijo en voz baja.

—Es una humana de diecisiete años. —Movió a su coronel Mostaza con tranquilidad—. Son volubles, volátiles. Quizá ahora le interesa ese otro que es gilipollas.

Nox cerró los ojos y suspiró.

—Eres siempre de ayuda.

—Para eso estoy —contestó sin hacer caso a su ironía—. ¡Lo tengo! Fue el padre Prado en el salón con el tubo de plomo. —Miró la solución—. Y vuelvo a ganar.

Nox lo fulminó con los ojos.

—Odio este juego.

—Tiene que acostumbrarse a perder de vez en cuando, señor.

El pasillo del instituto era un amasijo de risas y conversaciones. Zumbaban a su alrededor, muy lejanas. Nox bostezó, se había

pasado la noche jugando con Ghom al *Cluedo*, no habían parado hasta que había ganado una maldita partida.

Vio a Ethel a lo lejos. Llevaba bufanda y guantes de lana blancos. Nox no sentía frío de la misma forma que los mortales, pero al verla notó que era un tema común entre los estudiantes.

Tenía las mejillas encendidas, al igual que la punta de la nariz.

Suplícale de rodillas que te quiera. Y, de paso, demuéstrale cuántas ganas tienes de comértela.

Las imágenes de lo que anhelaba hacerle lo sacudieron. A veces lo acechaban en sueños hasta dejarle el cuerpo tembloroso y lleno de sudor. Tanto, que no le quedaba más remedio que meterse en la ducha y dejar que el agua arrastrara los restos de su deseo.

Ethel levantó la cabeza y lo vio.

El pecho de Nox se tensó, tan apretado que pensó que se le partirían los huesos.

Ella le sonrió y lo saludó antes de seguir su camino.

El mundo se tambaleó un segundo, y después volvió a encajar con un chasquido seco.

Nox observó cómo desaparecía por el pasillo. Quiso arrastrarla a un rincón y obligarla a mirarlo. Podría, se dijo. Tenía el poder para ello. Su alma le pertenecía, incluso.

Pero no lo hizo.

Porque, si no hay voluntad en un acto, tampoco hay placer en él. En eso consistía el poder: desear algo y conquistarlo hasta que el objeto de ese deseo anhelase ser poseído.

En vez de eso, caminó hasta los vestuarios del gimnasio, donde tenía su siguiente clase. Apoyó la frente en el metal de la taquilla un momento y luego la abrió de un tirón para cambiarse.

—Estaba volviendo del río cuando se me tiró encima. —La voz de Silas le llegó como una punzada en la nuca—. Ashbourne me abrazó

como si le fuese la vida en ello...

Silas estaba a su derecha, hablando con James. Subrayaba cada palabra para que Nox pudiera oírlas. Sus dedos se hundieron ligeramente en el metal de la taquilla mientras lo escuchaba.

¿Qué, arrepentido de no seguir mis consejos?

—Usó una excusa muy pobre —dijo con una risita estúpida—. Luego me invitó a su casa. A la puta mansión Ashbourne...

James silbó.

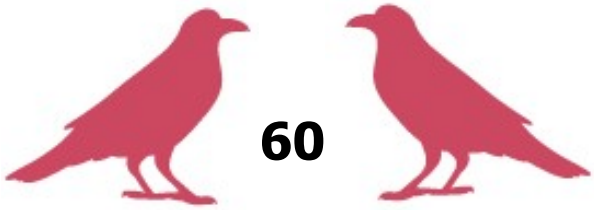
—¿Cómo es?

—Es menos extravagante de lo que imaginaba. Bastante impresionante, en realidad. Fue raro, entretenido... Y Ethel fue muy dulce.

Era evidente que estaba contando la historia para él. Para herirlo. Para presumir.

Su mandíbula se tensó tanto que crujió. El demonio en él se removió, hambriento de destrucción, deseoso de arrastrar a Silas al infierno.

¿Sabes?, si no puedes tenerla, puedes hacer que nadie más lo haga.



60

Ethel echó un vistazo a su alrededor mientras bajaba los peldaños de la entrada principal. Desde la noche anterior no podía quitarse esa extraña sensación de vacío dentro de ella. Seguramente fuese consecuencia de la expulsión del espectro y de la energía que habían usado para realizar el hechizo.

O quizá estaba incubando un resfriado...

Salía de los terrenos del instituto cuando vio a Nox apoyado contra el muro, con las manos en los bolsillos y la sombra de sus pensamientos dibujada bajo los ojos.

El corazón de Ethel ascendió hasta su garganta y sintió un ligero hormigueo en las manos; anticipación. La familiar sensación de ahogo cada vez que lo miraba.

Se quedó paralizada simplemente por el peso de sus ojos.

Nox se acercó, esquivando a los demás alumnos que salían, con la vista fija en ella.

—Ven conmigo —dijo, agarrándola por la muñeca.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, sorprendida.

—No quiero que nadie nos oiga —explicó, sin detenerse.

La arrastró entre los árboles, directo al sendero que llevaba a la casa abandonada del bosque. Ella iba detrás tratando de ajustarse a

sus largas zancadas.

—Podría... podrían habernos visto. —Miró a su espalda asegurándose de que nadie se había fijado en ellos.

Con todo lo que estaba pasando no quería que nadie pudiese relacionarla con Nox y que eso lo pusiese en el punto de mira del pastor.

Ethel no estaba segura de si su llegada había propiciado la persecución de Whitmore a su familia. Pero era demasiada causalidad que todo se hubiese iniciado cuando ella se había mudado. No había podido dejar de darle vueltas al tema en el abrigo de la noche. En su cama, cuando se quedaba a solas con sus pensamientos, sus miedos y sus pesadillas. Ella y su cabeza, su mayor enemigo.

Ya había caído en espirales similares otras veces y sabía reconocer los patrones: primero llegaba la apatía, luego las ganas de aislarse, de huir incluso. Después, la tristeza.

Debería llamar a su psiquiatra. Aunque resultaba complicado explicar la situación sin mencionar que había descubierto que era una bruja, igual que su familia; que alguien parecía querer matarlas por esa misma condición y, sobre todo, que sus padres se lo habían ocultado desde pequeña porque en su destino parecía escrito que algo saldría mal. Que su madre, probablemente, no soportaba la idea de que su hija hubiese heredado la parte de sí misma que siempre había querido borrar, y la mantenía a distancia porque le recordaba lo que era y de lo que intentaba escapar.

Bueno, esas eran solo sus teorías, pero explicaban muchas de las actitudes de su madre.

—¿No quieres que te vean conmigo, Ethel? —preguntó Nox. Aunque su tono intentó sonar indiferente, dejó entrever una nota de dolor.

—No, no es eso.

Nox empujó la puerta de la casa abandonada, que se sacudió sobre sus goznes.

Una vez dentro, le soltó la muñeca. La piel de Ethel le quemaba ahí donde él la había tocado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ethel, dando un paso atrás.

—Eso quiero saber yo —respondió él, avanzando hacia ella—. Ayer pasó algo, ¿cierto? He oído a Silas contárselo a James y no creo que corrieses a abrazarle porque sí. —Su tono se oscureció—. ¿Alguien se metió contigo?

—No. No fue eso —replicó Ethel, tranquilizándolo.

—¿Ah, no? —Nox entrecerró los ojos—. Entonces, ¿qué pasó?

—Nada. No importa.

—A mí sí.

La intensidad en su voz la hizo retroceder otro paso. Estaban demasiado cerca. El bosque entero parecía contener la respiración. Ethel bajó la vista a sus zapatos embarrados. Su decisión era firme. Nox le importaba demasiado para dejar que se expusiera a todo eso. Si le ocurría algo por meterse en sus problemas, jamás se lo perdonaría a sí misma.

No sería capaz de vivir con ello.

La única persona que la había aceptado tal cual era, la única que se había mantenido cerca de ella, y podía acabar herida.

Tragó pesadamente sintiendo el escozor de las lágrimas.

Tampoco se lo perdonarían su abuela y sus tías, había incumplido las normas. Odiaba traicionarlas y mentirles. Por no hablar de si se enteraban las Trece.

«Pero soy tan egoísta que no quiero apartarlo de mi lado», pensó.

—No pasó nada, Nox —dijo con cuidado—. Silas me ayudó, eso es todo.

—No te creo —declaró él sin rodeos—. No me miras a los ojos. Y te estás alejando. ¿No decías que éramos amigos?

Ella inspiró hondo. El pecho le dolía. Como si las palabras le astillaran las costillas desde dentro.

—Sí, y lo somos. Por eso ahora mismo es mejor que lo dejemos así. Al menos hasta que esto pase.

Nox se tensó. Ethel pudo identificar el momento exacto en que comprendió lo que quería decir. Vio las distintas emociones que pasaron por su rostro: la sorpresa, la confusión, un atisbo de terquedad, una fracción de segundo de vulnerabilidad y, por último, el enfado.

Movió la garganta, tragando.

—¿Mejor para quién?

—Para los dos.

Él rio, una risa amarga, hueca.

—¿Y tú decides eso por mí?

Ethel hizo una mueca, todavía sin mirarlo, pues no era capaz de enfrentarse a sus ojos.

—Solo quiero hacerlo bien.

—No necesito que me protejas, Ethel.

Ella alzó la vista, por fin, con los ojos llenos de una ternura cansada. Como si quisiera abrazarlo sin tocarlo.

—Pero quiero hacerlo —afirmó—. No deberías implicarte más. No sabes con qué estás jugando y es peligroso.

Nox frunció más el ceño hasta que sus largas y oscuras pestañas casi ocultaron el violeta de sus ojos. Estiró una comisura de la boca mientras soltaba una risa irónica.

—¿Y para ti no? —preguntó con la voz ronca.

—Yo no puedo elegir.

Nox la miró durante unos largos segundos.

—No puedes pedirme que me quede al margen —suplicó en voz baja, como si le costara.

—No es que te lo pida —declaró Ethel—. Es que es lo que quiero. —Cogió aire—. Necesito alejarme un poco de ti. —Las palabras fueron como ácido descendiendo por su garganta.

Nox hinchó el pecho despacio. Un músculo palpitó en su mandíbula y su expresión se endureció, herida.

—Si es lo que quieres... —La garganta se le tensó, como si hubiera otras palabras guardadas en su interior.

Ella casi no se dio cuenta de que se secaba la humedad de la mejilla.

Y habría terminado ahí si Ethel no se hubiera cruzado con él de camino a la puerta. Si Nox no la hubiera detenido con una mano en el brazo; solo para soltarla un instante después, casi sorprendido consigo mismo por el gesto.

Habría terminado ahí si el olor de Nox, ese que todavía conservaba la sudadera que le había dado, no se hubiese metido en su nariz hasta nublarle el pensamiento. De modo que acabó de puntillas, presionando sus dedos contra su bíceps, besándolo suavemente en la mejilla.

«Una despedida apropiada», pensó. Algo para llevarse con ella.

Lo inesperado fue la mano de Nox, que subió desde la parte baja de su espalda hasta su cintura, atrayéndola hacia su cuerpo e impidiéndole apartarse. También lo fue la forma en que giró la cabeza, hasta que sus labios rozaron la esquina de su boca.

Juraría que tembló en sus brazos, que oyó un gemido breve. Tal vez fue su imaginación, el deseo de retenerlo un instante más. Se apartó de golpe, trastabillando, incapaz de sostener ese vértigo.

Se giró y echó a correr, con el rostro desbordado de lágrimas amargas.

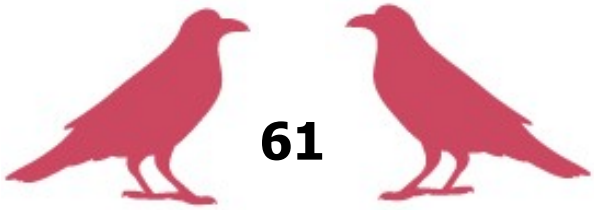
Estaba alejando a la persona que más deseaba tener cerca.

Con cada paso que daba, el temblor en su pecho crecía, como el epicentro de un terremoto.

«Me odiará y yo me marchitaré», se dijo.

Tropezó y cayó al suelo. No se molestó en levantarse. Eran sus propias palabras las que la habían derribado.

No, esta vez no sería igual que siempre, se dijo. Resolvería lo del pastor Whitmore y volvería a su lado, se prometió.



61

La sangre le rugía en los oídos.

Sus puños temblaban, cerrados tan fuerte que las uñas casi le atravesaban la piel.

«No pasó nada», recordó sus palabras.

Mentira.

Cada fibra de su cuerpo lo sabía.

Había abrazado a Silas y no había sido porque sí, por capricho. Algo había sucedido. Algo lo bastante importante para que ella lo apartase.

«Necesito alejarme de ti».

La frase quedó suspendida dentro de él, ocupando todo el espacio. Presionando las paredes de su pecho hasta romperlo.

Se quedó quieto, con la mirada perdida. Incapaz de dar sentido al vacío que lo atravesaba. Intentó tragar, pero la garganta no le respondió. Solo se quedó ahí, derrumbándose por dentro, como si cada una de sus partes se hubiera desconectado.

Le dolía respirar.

Le dolía existir.

¿Y qué esperabas?

La casa pareció estrecharse. El aire vibró y las ramas de los árboles se sacudieron como si captaran su humor.

—Se acabó —murmuró Nox, y el mundo crujió a su alrededor.

Cuando llegó al apartamento, los cuernos le brillaban en la frente y tenía la piel surcada de sombras.

Ghom se asustó al verle en ese estado.

—Señor...

—Voy a Umbraeth a ver a Altairon. Vigílala, noche y día, asegúrate de que no ocurre nada en mi ausencia. Si está muerta o herida para cuando vuelva, te daré de comer a los demonios de las zanjas.

Ghom asintió sin hacer caso a su amenaza, ya sabía que no la cumpliría.

—¿Qué ha ocurrido, señor?

Nox no contestó. Se había vuelto a marchar.

Para bajar al Inframundo había que abrir una Hendidura y esto solo podía hacerse en ciertos lugares. Sitios donde se había producido un pecado tan grande y profundo que había quedado impregnada la tierra, donde la naturaleza humana había mutado en crueldad pura hasta pudrirse y su corrupción todavía permanecía.

En Ebonwick habían tenido lugar múltiples cazas de brujas a lo largo de su historia, y estas habían concluido con persecuciones, torturas y masacres. La herida permanecería durante siglos y siglos.

Nox adoptó de nuevo su forma demoniaca en cuanto estuvo lejos de las luces del pueblo y voló hasta el punto exacto por el que había llegado hacía unos meses; un viejo arce de hojas rojas, con las ramas caídas y retorcidas por el peso de los cuerpos de mujeres y niñas que había tenido que sostener.

Trazó un círculo a su alrededor arañando la tierra y marcándola. Derramó su sangre negra y dejó que el suelo se la tragara; la llamada al otro lado.

El aire crepitó. Una ráfaga de energía infernal partió la corteza terrestre. Los árboles temblaron y sus ramas parecieron crepitar como huesos rotos.

Nox descendió por la abertura, la tierra latía como una herida viva.

Cruzó el umbral entre los mundos y la grieta se cerró tras él como un párpado.

El mundo se replegó.

Y el Inframundo lo devoró.

«Las almas», vibró una voz. Nox dejó escapar un suspiro. Estiró la mano y materializó tres contratos. Eligió con cuidado los menos suculentos, pero que no fuesen tan ínfimos como para ofender al guardián del paso.

«Hmm, tienes algo interesante, Alenox».

—Y no te lo voy a entregar —gruñó mientras los ojos le brillaban como brasas.

Los contratos se quemaron en su palma, deshechos. El pago por cruzar entre los mundos, almas que su reino perdía.

Apareció en un sendero de obsidiana que descendía en una espiral infinita. El cielo sobre él era una cúpula roja y negra, sin sol ni luna. Al fondo, más allá del humo, se alzaba Umbraeth, el primer círculo, donde reinaba Altairon, príncipe de la Soberbia.

Las luces que se reflejaban en las altas torres lo cegaron momentáneamente.

El hogar nunca le había parecido tan poco familiar, tan extraño.

Umbraeth mezclaba una arquitectura neogótica de edificios altos, delgados y puntiagudos, con numerosas agujas que se elevaban hacia el cielo y elementos que podrían recordar al *art déco*. Predominaban las formas verticales: arcos apuntados, contrafuertes marcados y ventanas estrechas distribuidas de forma simétrica a lo

largo de las fachadas. Tejados empinados de varias aguas y lujosas vidrieras.

Era pura soberbia. Sobre todo, la torre de Altairon, el edificio principal, mucho más alto que los demás. Su diseño era más ornamentado, con relieves geométricos.

Una red de pasarelas de cristal suspendidas en el aire conectaba las distintas partes de la ciudad, cuidadosamente integradas en su diseño.

Era una ciudad hermosa e impresionante, y por eso Arkemis, el príncipe de la Avaricia, la codiciaba para sí. Nada igualaba a Umbraeth, la corona del infierno, el círculo que reinaba sobre el resto. Tal era su fama que incluso competía con las ciudades celestiales.

Sin embargo, a Nox le pareció demasiado oscura, demasiado fría mientras cruzaba la arteria principal volando hacia la torre.

Cuando aterrizó, los guardas en la entrada lo reconocieron al instante. Se inclinaron ligeramente.

—Heraldo —dijo uno en voz baja—. ¿Desea que anunciemos su llegada?

—No. ¿Están Nocte o Kaelth aquí?

—El heraldo Kaelth debe de estar en su despacho. Ha estado muy ocupado.

Prefería no encontrarse a ese imbécil en este momento.

Nox pasó entre ellos y fue hacia los ascensores.

—Heraldo, su alteza ordena que se anuncie... —gritó uno de los guardas.

Lo ignoró y siguió su camino. Las horas en el Inframundo podían ser días en la Tierra y no deseaba ausentarse demasiado.

El despacho de Altairon estaba en la cúspide de la torre y tenía un ventanal redondo, incrustado en la fachada, que parecía el faro de

Umbraeth. El príncipe que todo lo ve, la estrella más brillante de la ciudad de la soberbia.

Por supuesto, ya lo estaba esperando apoyado en su escritorio cuando entró.

—Alenox —lo saludó.

Nox inclinó la cabeza y las alas desaparecieron en su espalda.

Los ojos rojizos de Altairon lo examinaron con rigor. Nox no se había vestido como debía. Llevaba su ropa de mortal.

En la torre todos vestían de traje. En la ciudad de la soberbia, el aspecto siempre debía ser impecable. Altairon había hecho un trato con un famosísimo sastre mortal siglos atrás para que lo vistiese; a cambio, le había permitido alargar su vida tanto como lo desease.

Hoy vestía un traje gris oscuro. Sin los cuernos en la frente, el brillo de los ojos y las vetas oscuras que surcaban su piel podría haber pasado por un hombre de negocios de unos cuarenta y tantos.

Los demonios no tenían edad como tal, el Inframundo no se regía por las mismas normas de espacio y tiempo que la Tierra, pero de alguna forma, en las facciones, los gestos o el peso de la mirada, se podía adivinar lo mucho que había vivido alguien.

—¿Qué te trae por Umbraeth tan pronto? Ghom estuvo aquí hace nada.

—Deseo hacerle una petición.

—¿Desde cuándo te presentas en mi despacho sin anunciarte o pedir mi aprobación?

Altairon se irguió y caminó para servirse algo de beber. Nox se tensó. Su creador casi nunca perdía la compostura, y cuando lo hacía, nadie deseaba estar cerca de él, era temible.

—Es urgente.

—Os educo para que seáis civilizados. He puesto mucho empeño en que no os parezcáis a los demonios de Kathar... —Nombró al príncipe de la Ira—. No deseas decepcionarme, ¿cierto?

—No, alteza.

Altairon se sentó en un sillón e indicó a Nox que lo acompañase.

—Habla.

—Quiero obtener permiso para ocuparme de una amenaza que pone en peligro a Ethel Ashbourne. Es un pastor, señor, el pastor de Ebonwick. Ha tratado varias veces de matarla, tiene algún tipo de fijación con la familia.

Esto atrajo la atención de Altairon, que dejó el vaso en una mesita auxiliar. Sus cejas de color crema se arrugaron.

—¿Un pastor?

—Está usando prácticas que no corresponden a su fe. Invocación, manipulación de energías oscuras... Subyugados, por ejemplo.

Altairon alzó una ceja.

—¿Tienes pruebas?

—Todo apunta hacia él.

Su creador se echó hacia atrás, las vetas de su rostro se movieron como humo. Estaba furioso.

—Un simple pastor no puede hacer eso.

—Lo sé.

—Encuentra pruebas, no indicios, quiero algo tangible. Más que eliminarlo quiero que averigües quién lo ayuda y por qué justamente ahora.

Nox ya había supuesto que Altairon le pediría algo así. Era demasiada casualidad que atacaran a Ethel justo cuando ellos la tenían en el punto de mira. Nox inclinó la cabeza y levantó los ojos hacia su señor, el púrpura de sus ojos brilló a través de sus largas pestañas.

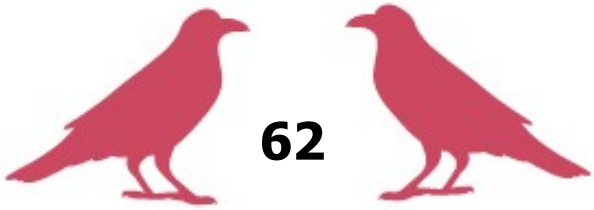
—Pero me permitirá matarlo... si obtengo las pruebas. ¿Cierto?

Altairon miró a su favorito y sonrió.

—Haz lo que debas, Alenox, pero date prisa.

Y por fin, él sonrió también. En su forma demoniaca, sus incisivos eran más afilados, y brillaron cuando los mostró.

—Por supuesto, señor.



62

Nox llevaba dos días sin aparecer por clase. Su tutor había mandado una nota diciendo que estaba enfermo. Pero era demasiada casualidad que hubiese ocurrido justo después de su discusión en el bosque.

A Ethel le preocupaba que algo malo le hubiese ocurrido, que Nox hubiese insistido en investigar por su cuenta. Intentó no mirar hacia su mesa. Pero lo hizo. Una vez, dos... Como si así pudiese materializarlo.

Pero Nox no apareció en todo el día. Tampoco al siguiente.

El tiempo no es lineal cuando se está triste. Se arrastra, se enrosca, se hunde. Las clases se le hicieron eternas, las voces de los profesores sonaban lejanas, y cada vez que alguien se reía en el pasillo sentía la esperanza absurda de que fuese él, con esa forma suya de aparecer de la nada.

Ethel no dejaba de darle vueltas. Hacía tiempo que los días no se le hacían tan largos.

—¿De nuevo buscando a Harker? —preguntó Silas.

—¿Has hablado con él? ¿Has ido a ver cómo está? ¿Sabes qué le ocurre?

Los ojos de Ethel buscaron los de Silas, ansiosos.

—Qué tierna... —comentó el chico.

Ella lo miró sin comprenderlo.

—Tu preocupación, Ashbourne, es muy tierna.

—Es tu amigo.

—Ivy dice que solo tiene un resfriado y algo de fiebre, que no tardará en volver —le explicó Silas, apiadándose de ella.

Ethel bajó la mirada a sus manos entrelazadas, se estaba frotando la piel con tanta insistencia que se abriría una herida.

Celos. Esos pensamientos inquietos que no la dejaban descansar. Esa sensación de algo oprimiéndole el pecho cada vez que pensaba en Nox.

Debería acostumbrarse, ella misma había decidido apartarse.

Silas le puso un dedo en la barbilla y ella levantó la cabeza, revelando la humedad de sus ojos. Ethel dio un paso hacia atrás y la mano de Silas cayó lentamente.

—Estoy bien.

Los ojos de Silas se oscurecieron y su expresión se ensombreció. Se llevó las manos a la nuca y se estiró. Un gesto burlón tiró de su boca cuando le sonrió.

—Mentirosa —dijo, se dio la vuelta y se marchó tranquilamente.

—¿Algún rastro en el dedo? —preguntó Daphne cuando Seraphine entró en la cocina.

Ethel estaba repasando un grimorio con su tía, aunque no conseguía concentrarse, había fallado todos los intentos de realizar el hechizo que estaban practicando.

—Llevaba demasiado tiempo ahí enterrado como para que quedase nada —suspiró Seraphine, se sirvió agua y se dejó caer en

una silla. Subió las piernas a la mesa y su hermana se las apartó de un manotazo.

Seraphine le sacó la lengua en cuanto se dio la vuelta y luego observó a su sobrina.

—¿A ti qué te pasa?

Ethel levantó la cabeza del libro, trató de sonreír, pero el gesto murió en su boca, formando una mueca de dolor.

—¿Si alguien tiene mala suerte, esta se contagia a los que están a su alrededor?

Daphne se limpió las manos en un trapo de cocina y se sentó en la mesa al oírla.

—Depende —contestó Seraphine—. Depende de si esa «mala suerte» viene de una maldición, por ejemplo.

—¿Creéis que puedo estar maldita? —preguntó Ethel.

Las reacciones no fueron las que esperaba. Hubo un silencio incómodo, un par de miradas compartidas entre las hermanas y algo de inquietud. Daphne fue la primera en hablar.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Cada vez que me acerco a alguien, algo acaba ocurriendo y ese vínculo se pone a prueba hasta romperse. Es demasiada casualidad, ¿no?

Seraphine dejó escapar un suspiro pesado y Daphne se acercó a Ethel, abrazándola.

—Eso es algo que ocurre más a menudo de lo que piensas. Ser bruja hace que no sea sencillo tener amigos o pareja. Es difícil confiarle a alguien tu secreto, no siempre sale bien y las consecuencias son... dolorosas. —Daphne cogió aire y lo soltó pesadamente—. El tiempo y las heridas hacen que acabes apartándote tú misma, defendiéndote de algo que sabes que puede llegar.

Ethel las observó. ¿Quería decir eso que no había ninguna maldición como tal, que solo eran las consecuencias de su naturaleza? Por la forma en la que su tía lo había explicado parecía que a ella también le había ocurrido en más de una ocasión.

Seraphine giró la cabeza hacia su hermana y la miró con tristeza. Ahí había una historia.

—¿Por eso mi madre quiso eliminar esa parte de su vida?

—Sí, en parte sí —reconocieron con pesar.

Más tarde, cuando trataba de dormir, Seraphine llamó con suavidad y se coló en su cama. Le pasó un brazo por detrás y Ethel apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Ha pasado algo con ese chico que te gusta?

—He sido yo la que se ha alejado de él. Con todo lo que está pasando me parece injusto mantenerme a su lado, por lo menos hasta que lo solucionemos. No quiero que le ocurra nada malo por mi culpa.

El pecho de su tía subió y bajó.

—Siempre es más fácil ser tú la que se aparta. Al menos eso elijo yo. Lo que no quiere decir que no duela igual.

—¿Qué le ocurrió a tía Daphne? Parecía que...

Seraphine miró por la ventana.

—Ya sabes cómo es tu tía. Vive enamorada de la idea del amor y eso a veces te ciega, hace que se te olvide protegerte. —Cogió aire, preparándose para contárselo—. Daphy... era muy joven. Isadora ya se había marchado a la ciudad. Quería alejarse de todo lo que implica ser una bruja, tener una vida «normal» —la palabra pareció molestarle—, ya me entiendes. Daphne se enamoró de un chico y él de ella. Yo por ese entonces estaba explorando el mundo, así que tampoco pasaba tanto tiempo en casa. Pero él venía mucho, llevaban unos cuantos años saliendo, parecía un buen tipo, alguien

de fiar. Todo lo de fiar que son los hombres, claro está —añadió—. Daphne siempre ha querido una familia. Pero no deseaba renunciar a lo que somos, a nuestra naturaleza. Cuando tu madre se fue, ella estaba destinada a ser la siguiente matriarca de las Ashbourne.

Ethel se incorporó para poder mirar mejor el rostro de su tía. Se abrazó las rodillas preparándose porque de alguna forma sabía que aquello no iba a terminar bien.

—Yo me enfadé mucho con tu madre por lo que hizo, nunca lo entendí. Mutilar así una parte de sí misma solo por encajar. —Sacudió la cabeza—. Tuve que comerme mis palabras. —Sopló una risa triste—. A veces la vida se encarga de ponerte en tu sitio, sobre todo cuando pecas de la soberbia de la juventud, bueno soy jovencísima todavía... pero me has entendido. —Cogió aire de nuevo, preparándose para sumergirse en aguas profundas—. Daphne decidió contarle a su novio la verdad sobre lo que somos. Llevaban mucho tiempo juntos, se querían, habían hablado de futuro, todo parecía a favor.

A Ethel se le encogió el corazón, iba a doler. A Seraphine se le humedecieron los ojos, aunque consiguió retener las lágrimas.

—Fue... No fue bien por decirlo suavemente. Él no lo aceptó de la manera en que Daphne pensaba. Yo ni siquiera estaba aquí. —La tristeza dejó paso a una nota de furia—. Lo habría matado de haber estado aquí. Te ahorraré las cosas que le dijo. Pero me vengué —sonrió—. Me colé en su casa y le eché un tónico para la calvicie en todos sus champús. Tenía una larga melena de la que estaba muy orgulloso el muy imbécil y se quedó como una bola de billar. Poco castigo me parece... —Rechinó los dientes—. Imagino que con el tiempo le volvería a crecer el pelo, no importa.

—¿Y qué pasó con él? ¿Os castigaron por revelar el secreto? ¿Lo guarda todavía?

Seraphine miró a su sobrina con una emoción extraña en los ojos.

—No, eso fue lo más difícil. Él se asustó mucho. No puedes dejar que alguien se marche con tu mayor debilidad, no puedes. Daphne sabía que la persona a la que tanto quería y en la que confiaba la destrozaría a ella y a su familia. Así que tuvo que borrarle los recuerdos. Cuanto más tiempo atrás y más cosas hay mezcladas, más complicado y peor sale, así que solo borró los últimos acontecimientos.

Ethel tragó, tenía un nudo de lágrimas en la garganta.

—Entonces, ¿él...?

—Él no recordaba nada de lo ocurrido, no. Y Daphne tuvo que romper la relación. Ella lo amaba, pero no podía estar con alguien que, como sabía, despreciaba tanto su verdadero ser. Eso duele mucho. Por suerte, después de que tu tía lo dejase, se marchó del pueblo. Imagino que no quería encontrársela. —Seraphine se aclaró la garganta, casi no le salía la voz—. Cuando volví... Nunca olvidaré el estado en el que estaba Daphne. Nunca se lo perdonaré a ese cabrón. Daphne no ha vuelto a salir con nadie más desde entonces.

Ethel tenía la vista fija en los dibujos de la colcha. Le pesaba el pecho, unas lágrimas tímidas rodaban por su rostro.

—¿Nunca has querido salir con otra bruja? Así sería más fácil, ¿no?

Seraphine sonrió. A Ethel le pareció un gesto muy triste. Nunca la había visto así.

—Lo he hecho alguna vez, pero al final he acabado volviendo aquí.

—¿Y no han querido acompañarte?

—No se lo pedí.

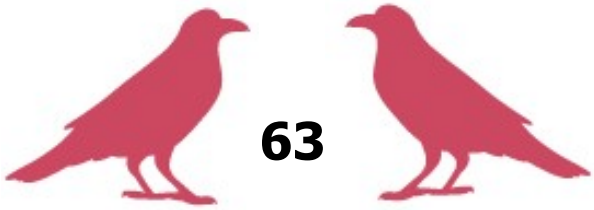
—¿Por qué?

—Porque soy una cobarde —reconoció—. Porque no soy ni de lejos tan fuerte como Daphy, ella es la más fuerte de las tres. Es el futuro de las Ashbourne por ese motivo. Está dispuesta a sacrificar algo que siempre ha anhelado, como encontrar el amor, por el aquelarre. Nuestra familia y su legado le importan más incluso. Así es tu tía. Yo parezco más dura por fuera, pero porque me aseguro de que nada me toque. Vi lo que el amor puede causarte, lo vi en Daphne y... no...

A Ethel le escocían los ojos. Cerró los párpados intentando dejar de llorar, pero no era capaz. Se imaginaba el dolor inimaginable que debía de haber sentido su tía.

—Yo no quiero una familia de todas formas, vosotras lo sois. Así que me quedo con mis relaciones informales. Cada una sobrevive a su manera.

—Eso es tan triste... —murmuró Ethel con la voz ronca.



63

A su vuelta, Nox se topó con la primera nevada de la temporada. Ebonwick se había vestido de blanco apagando los colores del otoño. Apenas unas cuantas horas en Umbraeth y casi habían transcurrido dos días completos.

Ethel caminaba por el patio trasero del instituto, observando las flores que sobrevivían estoicas al frío invierno. Silas iba un paso por detrás charlando con ella.

Parecen más unidos que antes. Más cómodos juntos.

«Gracias, tengo ojos para verlo».

—¿Algo de lo que informarme? —le había preguntado a Ghom a su vuelta.

—Nada grave, ella sueña por las noches. Abrió la ventana de su habitación sonámbula y se sentó en el alféizar, pero no le ocurrió nada, estuve atento.

Ethel se había frenado en seco al verle esa mañana. Y él había dado un paso en su dirección con intención de... Con intención de nada, en realidad, su cuerpo había deseado ir hacia ella antes de que su cabeza lo hubiese procesado.

Pero aparte de una sonrisa cortés no había obtenido nada más. Ethel se había marchado.

No apareces dos días seguidos por clase y al angelito le da igual. Pringado.

Nox apretó los dientes, lo peor es que aquellas palabras provenían de sí mismo y no podía darse un puñetazo para callarse la boca.

O sí, ¿por qué no lo pruebas?

Nox no estaba familiarizado con esa sensación de rechazo tan cruda.

Pero ya era hora de concentrarse en lo que debía hacer.

Se dirigió a la segunda planta, a la zona en la que estaban los despachos de los profesores. Buscó el de Literatura y se paró frente a la puerta, comprobó que no hubiese nadie dentro y se coló con facilidad.

—Veamos qué nos cuentas de ti, Annalise Wren. —Revolvió las cosas de la profesora.

Tenía dos hijas, la más pequeña de solo dos años. Una época difícil diciembre con dos niñas pequeñas.

Sonrió. Las mentes exhaustas eran más fáciles de manipular.

Había síntomas de frustración en pequeños detalles, como citas canceladas y vueltas a anotar en días distintos en el calendario. La papelera llena de vasos de café arrugados. Una pila enorme de exámenes por corregir.

En el despacho había un ordenador sin apagar. Abrió unos cuantos artículos que hablaban sobre historias folclóricas del valle de Grimvale. Cogió una de las notas adhesivas que tenía esparcidas por allí y anotó, imitando su caligrafía: trabajo final por grupos.

Aprovechando que era la hora de comer y no había nadie por allí, fue a la sala de profesores. Imprimió un artículo local sobre leyendas de la zona y lo pinchó con una chincheta en el corcho.

Al salir se topó con el profesor de Ciencias.

—Señor Harker, ¿qué hace aquí?

Nox le dedicó una sonrisa radiante. El profesor se estremeció y dio un paso hacia atrás instintivamente.

—Venía a entregar mis justificantes médicos, por mi ausencia. Los he dejado en la bandeja de la secretaria.

El hombre asintió y se apartó para dejar pasar a Nox sin decir nada.

Ethel, distraída, garabateó algo en los bordes de su cuaderno.

Esa mañana, cuando iba a clase, una mujer le había arrojado agua a la cara al cruzarse con ella. Se debatía si contárselo o no a su familia. Tía Seraphine iría a buscar a la señora y la confrontaría, lo tenía claro. Pero no deseaba que las cosas empeorasen.

Aunque estuviesen prácticamente seguras de que el pastor Whitmore era quien estaba detrás de todo aquello, poco podían hacer. Su abuela iba a ir a hablar con las Trece, pero la situación no era fácil. Su relación con ellas no pasaba por el mejor momento, a causa de Ethel.

Había ido rayando la página cada vez con más insistencia hasta que la hoja se rompió bajo la presión de la punta del bolígrafo y este se escapó de su mano y rodó por el suelo.

Se giró en la silla siguiendo su trayectoria hasta la punta de una zapatilla Converse, que lo frenó. Cuando levantó la cabeza, se topó con el rostro de Nox.

Tragó con la garganta seca. ¿Cómo alguien que no conocía hacía unos meses se había convertido tan fácilmente en su persona favorita?

Él se agachó y cogió el bolígrafo, y le dio vueltas entre los dedos sin quitarle los ojos de encima.

Ethel esperó a que sonara el timbre que ponía fin a las clases y se dirigió hacia Nox, que la estaba esperando.

Sus ojos le produjeron el mismo efecto que las lupas sobre las alas de las mariposas: una quemadura.

—Gracias —murmuró, extendiendo la mano hacia él.

Nox no respondió. Siguió mirándola un segundo más. Luego se guardó el bolígrafo en el bolsillo trasero de los pantalones, se giró y salió del aula como si nada.

Ella se quedó allí plantada un momento, confusa. Se dio prisa en seguirlo. Lo alcanzó en el pasillo, a unos metros.

—¿Nox?

Él bloqueó los hombros para evitar estremecerse.

Ah...

Le gustaba demasiado cómo sonaba su nombre en su boca, con aquella voz suave.

Se frenó de golpe y Ethel chocó con su brazo. Él estiró la mano para cogerla y evitar que cayese hacia atrás. Disfrutó de la reacción de ella. Ethel podía correr todo lo que quisiese, podía esconderse de él, pero en realidad...

Ella apartó el brazo y lo colocó detrás de su espalda.

De nuevo, rechazo.

Los ojos de Nox se estrecharon.

—¿Me devuelves mi...?

—No —la interrumpió él estirando la boca en una sonrisa afilada.

Ethel no tuvo más remedio que mirarle a los ojos, siempre los esquivaba y eso lo ponía de los nervios.

—¿Estás enfadado?

Qué perspicaz, el angelito.

—¿Por qué iba a estarlo?

Se pasó la lengua por el aro del labio y vio cómo la mirada de Ethel se desviaba a ese punto. Su interior casi ronroneó al notarlo. Fue su turno de observar su boca.

Su cuerpo se tensó y apartó la mirada mientras se giraba para seguir su camino. Bajó las escaleras hacia la parte trasera del edificio con intención de ir hasta los vestuarios, tenían práctica del club.

—Nox —lo llamó Ethel, siguiendo sus pasos.

Él echó un vistazo por encima de su hombro y entró en los vestuarios.

La vio pararse dubitativa.

Nox se giró apoyándose con una mano en la puerta, manteniéndola abierta, y con la otra en el quicio. Se inclinó ligeramente hacia delante para quedar más cerca del rostro de Ethel.

—¿Qué quieres? ¿Tanto apego le tienes a tu bolígrafo, Ángel?

—Lo siento si te he hecho daño de algún modo. Pero no entiendo por qué te comportas así.

Nox frunció el ceño. Le sostuvo la mirada en silencio.

Era un cabrón.

Quitó la mano del marco de la puerta, la cogió del brazo y tiró de ella hacia dentro. No había nadie allí todavía.

Ethel apoyó la espalda contra las baldosas de la pared y Nox colocó una mano a la altura de su cabeza para sostenerse sobre ella.

—¿Me vas a contar qué te ocurrió?

Ethel negó, sin pronunciar palabra. Había algo desafiante en su postura. Ambos se sostuvieron la mirada en una batalla silenciosa. Ninguno dispuesto a ceder.

Los pensamientos de Nox descendieron en una espiral de oscuro deseo.

Quiso que ella fuese un poco más retorcida, como él.

—¿Le has contado algo a Silas?

Ethel abrió los ojos sorprendida.

—Nunca lo haría —susurró.

—Y, sin embargo, no te has apartado de él como sí que lo has hecho de mí.

—Me cae bien, somos amigos —dijo Ethel.

Nox presionó la lengua contra su carrillo mientras cogía aire, despacio. La nota de esperanza en su voz mezclada con cierta inseguridad, como si temiese expresarlo, como si le costase creer que aquello podía ser real, se le clavó en su inexistente corazón.

Ethel merecía amor, merecía que la gente la tratase bien, que la quisieran. Él deseaba todas esas cosas para ella.

Pero a la vez te gustaría que fuese solo para ti.

Qué emoción tan humana la de querer que el mundo sea testigo de algo que amas porque lo merece, porque deseas compartirlo, casi gritarlo y, al mismo tiempo, temer que deje de ser solo tuyo para volverse de muchos. Que, de pronto, deje de ser tu pequeño hallazgo, ese tesoro secreto que te pertenecía en exclusiva.

«¿Y por qué no yo? ¿Por qué no puedo ser yo esa persona para ella?».

Ponte de rodillas, como el demonio que eres, y suplícale al angelito que te quiera. Que acabe con tu miseria.

—Pero no hay nada más —añadió Ethel, finalmente—. Debería irme. No quiero que me pillen aquí dentro. Me alegro de que hayas vuelto a clase y estés bien —dijo, dedicándole una sonrisa triste.

Nox estiró la mano y la cogió de la barbilla, con el pulgar tiró suavemente de su labio inferior hasta deshacer el gesto. Ethel dejó escapar una pequeña respiración.

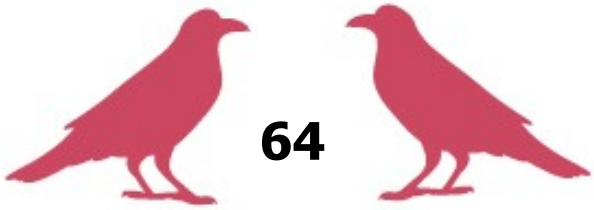
«Ah...».

El deseo ardió líquido por todo su cuerpo y bajó por su estómago tensándole los músculos.

Nox, que nunca se había sentido más humano que en ese momento, acercó la boca a su oreja.

—No me sonrías cuando en realidad no quieres hacerlo, Ethel —le pidió, y se marchó hacia su taquilla.

Hasta que no oyó la puerta de los vestuarios abrirse y cerrarse no fue capaz de respirar.



64

El salón de las Ashbourne estaba iluminado solo por las velas. Fuera nevaba intensamente. En el centro de la mesa de café descansaba un tablero de *Monopoly* que había visto mejores días; las esquinas estaban dobladas y algunas casillas estaban manchadas de café.

Daphne se afanaba en marcar el cartón con runas mientras Seraphine se lo disputaba intentando pintar las rutas de Ebonwick. Las mellizas discutían por la disposición de los lugares.

—¿Por qué la iglesia es el castillo de las princesas? La mansión debería ser el castillo, no la puñetera casita de dulces —se quejaba Daphne.

—¡En la casita vive una bruja, lista! Tiene toda la lógica del mundo.

Lo estaban encantando, junto con las fichas, para que en todo momento pudiesen saber dónde se encontraban unas y otras.

—Toma, madre, Seraphine será el niño salvaje.

—¡Por supuesto que no! ¿Qué tiene ahí? Parece caca.

Morgana las ignoró, tenía la figura de unas hienas y le estaba incrustando un pelo que habían cogido al pastor Whitmore. Así podrían seguir sus pasos. A Daphne y a Morgana les había costado varios días conseguirlo.

En cuanto la colocó en el tablero, la figura se movió sola hasta el castillo.

—¿Qué narices hace casi a las doce de la noche todavía en la iglesia?

—¿Preparar la misa? —sugirió Ethel.

—¿A esta hora? Imposible —respondió Sera—. Debe de estar haciendo algo más.

—¿Hablar con Dios? —volvió a decir Ethel, la palabra le rascó la garganta.

Seraphine puso los ojos en blanco.

—No, Dios no. Dudo que Absalom Whitmore sea tan importante para su dios. Pero puede que con algún serafín.

—¿Por qué lo ayudaría? —se preguntó Daphne.

—Porque las brujas y los brujos no les caemos bien.

Ethel la miró sin comprender el motivo.

—No nos gobiernan y eso no les gusta. Nuestra enemistad es muy vieja. Los suyos nos han perseguido y matado incontables veces. Y, aunque siempre culpan de ello a la naturaleza humana, todas sabemos quién está detrás de esas ideas.

Daphne colocó a la figura de Alicia, la que había escogido para sí misma, en el tablero.

—¿Entonces crees que esto es por fanatismo? —preguntó Ethel.

—No lo sé...

Su tía se quedó pensativa observando el tablero.

—Pero es lo más probable, lo que más sentido tiene.

Ethel no entendía esa clase de odio tan ciego. Su familia le parecía normal e insignificante. No hacían un uso extravagante de su magia ni causaban daño a otros. ¿Por qué les molestaría tanto?

—Pero llevamos mucho tiempo aquí. Es raro que haya empezado a atacarnos con tanta violencia ahora. Tiene que haber algo más, algo

que no sabemos y eso es lo que hay que averiguar —dijo Daphne.

Ethel pensó de nuevo en que todo coincidía con su llegada. Pero trató de alejar la idea.

Esa misma tarde, mientras paseaban por el pueblo, habían comenzado a notar las miradas, los susurros y la hostilidad. Siempre habían sido objeto de atención, pero ahora era diferente, había más agresividad y más tensión a su alrededor.

Más tarde, cuando todas se habían marchado a sus habitaciones, Ethel, que no podía dormir, fue a la biblioteca decidida a encontrar una lectura que la ayudase a dejar de darle vueltas a la cabeza. Después de buscar un rato eligió un libro con una rosa roja deshojándose en la cubierta.

Al abrirlo encontró una ilustración a lápiz de una mujer hermosísima, y tras la página, un poema titulado: «El rostro de una musa y el corazón de un verdugo».

Entre los álamos, al caer la tarde, halló un hombre a una dama. Hermosísima, hija de un hada, de cabello largo, pie ligero y mirada salvaje.

Volvió al bosque cada jornada, buscando en la espesura a la dama. Olvidó su mesa, su techo, su lecho; olvidó a la esposa y a los hijos. Y todo cuanto tuvo, a sus pies entregó.

Los suyos trataron de advertirle: ¡La belle dame sans merci te ha hechizado!

Pero cuando ella se internó en lo más oscuro del bosque, él la siguió, dócil. Allí, la dama le acercó su boca, hambrienta, en el crepúsculo.

Y él no regresó más.

Tres golpes fuertes la despertaron sacándola de sus sueños. Estaba en el suelo de la biblioteca, hecha un ovillo sobre la alfombra.

—¡¿Quién llama a la puerta a las siete de la mañana?! —gruñó Seraphine bajando desde la tercera planta.

Ethel resbaló sobre sus talones un par de veces hasta que consiguió ponerse de pie. Le dolían todos los huesos.

Se frotó la cara y salió de la biblioteca para ir hasta las escaleras. Su abuela, con el camisón y una larga bata, abría la puerta en ese momento.

La inspectora de policía, Vivien Harper, estaba al otro lado. Pulcramente vestida con un traje de pantalón y chaqueta y un impermeable grueso.

Tía Seraphine se paró al lado de Ethel y silbó mirando a la mujer. Luego suspiró.

—Es peligroso que sea tan atractiva —murmuró.

—¿Crees que ha ocurrido algo? —le preguntó Ethel.

—No lo sé, pero tengo que reconocer que, si eso implica que Vivien Harper venga a visitarnos, no puedo enfadarme.

Su tía se pasó los dedos por debajo de las pestañas para quitarse los restos de máscara y caminó dignamente, a pesar de su pijama desparejado, hasta el vestíbulo.

Ethel se apoyó en la barandilla.

La inspectora desvió los ojos hacia Seraphine y Ethel juraría que le dio un buen repaso. Sonrió para sí misma, quizá la atracción era mutua.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó Vivien.

Los ojos de Seraphine se estrecharon y la condujo hacia el salón.

—¿Qué ocurre?

Ethel se giró hasta encontrarse con Daphne. Su pelo, de normal pulcramente peinado, estaba suelto y era una larga maraña de rizos y bucles.

—Iba a ducharme cuando he oído que alguien llamaba.

—La inspectora —explicó Ethel, mirando hacia el salón, ahora cerrado—. Ha venido a hablar con tía Sera.

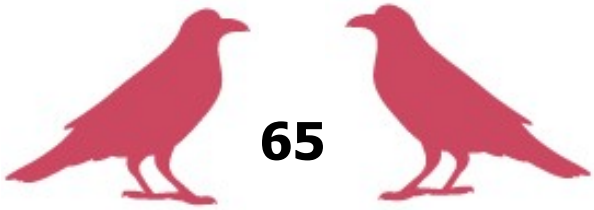
Daphne frunció el ceño.

—Nadie viene a esta hora por algo agradable.

—Lo sé...

QUINTO CUADRO
Romeo y Julieta (1884), Frank Dicksee





65

La profesora de Literatura entró radiante. Su paso y sus movimientos reflejaban entusiasmo. Nox esperaba que las semillas que había plantado hubiesen arraigado en ella por fin.

Le pidió a un alumno de la primera fila que repartiese unas hojas por toda la clase.

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta.

—Adelante —exclamó la profesora.

Ethel abrió la puerta y entró en la clase disculpándose.

Era la primera vez que la veía llegar tarde. Se dirigió a su lugar habitual.

Nox la observó. Diría que parecía triste, preocupada por algo. Le habría gustado sentarse junto a ella, averiguar qué le ocurría. Pero debía permanecer al lado de Ivy.

Si aquellas hojas eran lo que él creía que eran, tenía que cerrar el plan que había ideado.

Ethel miró de soslayo un momento y lo pilló observándola. Las comisuras de su boca temblaron como si quisiese sonreírle, pero se mordió el labio inferior para impedirlo y se giró de nuevo hacia delante.

A la mierda, luego pensaría cómo...

Silas se deslizó en el asiento junto al de Ethel en ese momento. Le dio un codazo amistoso.

—¿Te has dormido, Ashbourne?

Los ojos de Nox brillaron como dos brasas violetas cuando los clavó en la nuca del chico. Siguió la trayectoria de su mano mientras la posaba en su espalda.

Anda, ¿por qué no me das la razón de una vez y reconoces que deberías haberlo lanzado al río cuando te lo sugerí amablemente? Nunca haces caso a mis sugerencias.

Un jadeo lo sacó de su ensoñación. Parpadeó y sus ojos volvieron a la normalidad. Ivy, frente a él, parecía asustada mientras lo miraba.

Tenía que controlarse.

—¿Pasa algo? —preguntó Nox, posando la mano encima de la de la chica.

Ivy automáticamente se olvidó de lo que creía haber visto.

—Nada, solo parecías enfadado.

—No he dormido bien esta noche. —Se estiró bostezando.

Por fin les entregaron las hojas en las que se detallaba el trabajo que iban a realizar. Nox sonrió para sí mismo, justo lo que había orquestado.

—Os daré estas dos semanas antes de los finales para prepararlo. Debéis formar grupos de unas cuatro, cinco personas. Y como va a ser en sustitución del examen trimestral, quiero que os esforcéis al máximo. No me entreguéis cualquier cosa o suspenderéis.

—¿Ivy, haces el trabajo conmigo? —preguntó Nox, echándose hacia delante.

El olor a soberbia impregnó el aire. Quizá por eso Ivy tenía especial fijación en él, era el demonio de su pecado favorito.

—Claro —suspiró.

—Cuando hayáis formado los grupos, que venga alguien a apuntarlos, luego no podréis cambiar de compañeros —explicó la profesora.

—Doy por hecho que seremos nosotros cuatro —dijo Ivy, levantándose para ir a la mesa de Wren.

Ahora solo tenía que conseguir que la reunión ocurriese en casa de Ivy y aprovechar para escabullirse un momento. James y Silas la distraerían lo suficiente para que...

Silas se levantó e interceptó a su amiga. Le pasó un brazo por los hombros y se inclinó para decirle algo en confidencia.

Ivy negó y miró a Ethel con irritación.

Nox no necesitó más para adivinar qué era lo que Silas le estaba pidiendo.

Ethel acarició los pétalos de una rosa de algodón. Las puntas estaban comenzando a teñirse de rosa conforme avanzaba el día. Había cogido las semillas de la colección de tía Daphne, que tenía un par de ellas en el invernadero de la mansión. Cuando cayese el sol, la flor sería totalmente roja. Como la nieve cuando se manchaba de sangre.

La puerta del invernadero se abrió con un chirrido suave. Supo al instante que era *él*. Por el modo en que el aire cambió, por el peso sofocante que adquirió la atmósfera del lugar y por cómo se le erizó el vello.

Nox.

Todavía no se había recuperado de su encuentro del día anterior.

—Hola. —Trató de mostrarse firme, distante, fría. Le dio la sensación de que fallaba.

¿Debía de ser tan evidente para Nox lo mucho que le gustaba? Se sentía como un lienzo en blanco donde todo quedaba reflejado con facilidad.

—Así que vas a hacer el trabajo de literatura con nosotros —comentó él mientras arrancaba el pétalo de una flor. Lo frotó entre sus dedos.

—Silas insistió. No pretendo...

El rostro de Nox se tensó con irritación.

Se colocó frente a ella, que se echó hacia atrás y tropezó con un carrito lleno de herramientas. Tiró algunas al suelo y se agachó para recogerlas, nerviosa.

—¿Qué te ha ocurrido hoy, Ethel? —le preguntó con suavidad.

Ethel le estaba dando la espalda, pero notó su aliento cálido. Nox se había agachado también y estaba junto a ella. Sus ojos la miraron con preocupación.

Ethel quiso permitirse apoyarse en él, pero no, las cosas cada vez estaban peor y debía hacer lo correcto.

—Nada grave, de verdad. Se nos ha hecho tarde en el desayuno —respondió—. No te preocupes, vamos a solucionarlo. Estamos en ello.

Todas habían esperado a que la inspectora y su tía acabasen de hablar. Las habían espiado por la ventana de la cocina mientras se despedían en la verja del jardín. Ni siquiera habían necesitado oír qué tenía que decir Seraphine, su rostro lo había expresado todo. «Las cosas se van a poner difíciles», les espetó.

Ethel se miró las manos. Tenía una herida en el pulgar, que se había cubierto con una tirita. Estaba mejorando bastante con ese asunto, pero los acontecimientos de las últimas semanas la habían hecho empeorar de nuevo.

—Sé que estoy siendo injusta, y no es que no aprecie que te preocupes por mí... Solo necesito que las cosas se calmen. —Ethel intentó sonar tajante. Falló.

Echó un vistazo a Nox. Sus ojos se habían oscurecido. Apretó los dientes, tensando el rostro, endureciéndolo.

—¿Por qué?

Ethel tragó.

—Porque me siento superada y tengo miedo —confesó—. No sé si alguna vez has temido que alguien sufriese por tu culpa y has sentido impotencia al no poder evitarlo...

Nox bajó la mirada. ¿Cómo es que Ethel tenía siempre la capacidad de abrirse paso a través de sus capas y tocar sus partes más vulnerables? Ella le hacía desear ser más humano.

—Eres mucho menos egoísta que yo... —susurró Nox muy bajito.

—No es cierto —murmuró—. He intentado apartarte y aquí estás. Si fueses tan egoísta como dices, no te habría importado.

Quizá Nox no había podido evitar enamorarse de Ethel porque le gustaba quién era a sus ojos. Le gustaba la versión de sí mismo que Ethel veía. Ella le daba esperanza.

—Entonces, no me apartes. —Aunque su tono fue duro, sus movimientos fueron suaves. Se inclinó hacia ella, despacio. Dándole la oportunidad de apartarse, de pararlo. No lo hizo.

Ethel sintió su aliento en la piel antes de que sus labios tocaran la base de su garganta. El contacto fue suave, dulce, un pellizco húmedo. Y luego más fuerte cuando sus dientes le rozaron la piel.

—*Ah...*

La mano de Nox fue hasta su hombro y se movió hasta su nuca donde sus dedos se cerraron en torno a su pelo, tirando de los mechones.

Su jadeo se quebró.

Y él la mordió más fuerte, hasta que dolió.

—Estoy hecho un desastre —confesó contra su piel.

En cuanto la boca de Nox dejó de tocarla, Ethel sintió frío y soledad. Él se pasó el pulgar por los labios.

Ethel se llevó la mano al cuello con la respiración agitada.

—¿Por qué? —suspiró, sin atreverse a mirarlo del todo.

Él se pasó la lengua por el *piercing*, algo que hacía cuando estaba nervioso, inseguro...

—A veces... —dijo—. A veces cuando estoy contigo no puedo pensar.

A Ethel caer nunca le había resultado más atractivo.

Se preguntó si valía la pena seguir luchando contra aquello.

Contra él.

Contra sí misma.

Había pasado toda su vida intentando no hacer daño a los demás y fracasando. Y nunca había sentido tantas ganas de rendirse, de permitirse hacerlo todo mal.

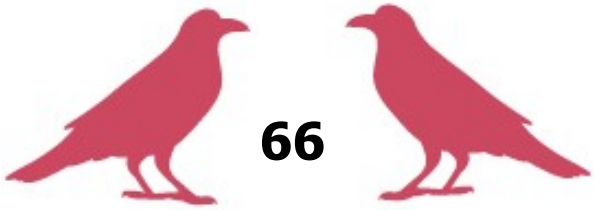
Lo empujó del hombro para apartarlo y se puso de pie.

No. Nunca se lo perdonaría.

—Ángel —la llamó Nox.

Ethel tragó saliva y se estremeció al oír su voz; algo rota, algo frustrada. Dudó un segundo. Pero se marchó igualmente.

No, no se marchó. Huyó, como le había dicho su tía. A veces era más fácil ser el primero en irse.



66

Se limpió el barro de las manos en la falda. Se había hecho un corte en la palma que estudió con atención. La sangre brotó muy despacio.

Alguien pasó por su lado y se apartó unos cuantos pasos mientras murmuraba con desprecio en voz baja. Ethel levantó la cabeza y observó a las dos mujeres que habían chocado con ella empujándola hacia un charco de nieve derretida.

Apenas se había alejado unos metros del instituto en dirección a su casa. Tenía que haber ido por el bosque como a principios de curso para evitar toparse con la gente del pueblo. Debería haber supuesto que algo así podía pasar.

Pensó en cómo había huido de Nox un rato antes, y se alegró de haberlo hecho.

Los demás alumnos salían y la miraban. Nadie le ofreció su ayuda.

Una de las mujeres escupió al suelo.

Cuando sus ojos se posaron sobre sus rostros, ambas se encogieron; de miedo, de asco...

El mismo gesto. Las mismas reacciones. El mismo espacio vacío que siempre parecía rodearla.

Y, durante un segundo, dejó de estar en Ebonwick. El paisaje cambió.

La rodearon las risas ahogadas en los pasillos. Las notas que encontraba en su mochila. El calor de la vergüenza subiéndole por el cuello.

Ethel cerró la mano con fuerza. El corte se abrió más.

Le costó respirar.

Se encogió, llevándose los brazos al pecho. Deseó hacerse pequeña. Deseó desaparecer.

La sangre de su mano le manchó la camisa blanca mientras ella apretaba y apretaba.

«Cinco cosas que puedo ver», pensó, tratando de salir de aquel agujero negro.

Alguien la agarró con suavidad de los hombros y la abrazó. El olor familiar la hizo sentir segura. Le acarició el pelo con ternura.

«Estoy a salvo», pensó.

—No pasa nada, *fawnlet.*

Ethel comenzó a temblar con fuerza mientras lloraba. Se esforzó por hacerlo en silencio. Tratando de que nadie lo notara. No quería volver a pasar por lo mismo. No podía.

La mataría.

Su abuela la abrazó más fuerte tratando de calmar las sacudidas violentas de su cuerpo.

Había conseguido algo de paz. Pero había vuelto de nuevo.

Había sido tan bueno y tan efímero.

—¿Qué miráis, imbéciles? —gruñó alguien.

—Vamos, *fawnlet*. Vamos a casa.

Ethel sintió tanta vergüenza de sí misma, le dolió tanto que su abuela la viese en ese estado, que se sintió enferma.

—Lo siento —susurró—. Lo siento.

Morgana la rodeó con un brazo y la guio hacia casa.

Nox escaneó la multitud que estaba allí parada. Memorizó sus rostros, sus expresiones, sus pecados.

Ahora ya sabía por qué Ethel había llegado tarde. El pastor Whitmore había dado un discurso en su sermón del domingo en contra de las Ashbourne. Había vertido una cantidad de odio y ponzoña suficiente para envenenar aún más las mentes de sus seguidores.

Qué sencillo era alimentar el odio en los mortales. La mayoría parecían predispuestos a ello, y en Ebonwick tenían grandes antecedentes.

La historia parecía repetirse siglos después. Aunque no pensaba permitirlo.

—Debe tener cuidado —le dijo Ghom.

—Soy un demonio, nos alimentamos de los pecadores y eso voy a hacer —contestó Nox.

—Que se lleve una docena de almas a la vez no es muy común, señor.

—Irán al infierno de todas formas —gruñó Nox.

Ghom se movió inquieto a su alrededor.

—Siempre hay que darles la posibilidad de la redención.

Los ojos fulgurantes de Nox atravesaron a Ghom. Estaba furioso y serio, de una forma que Ghom no acostumbraba a ver.

—Eso es propaganda de ahí arriba. —Arrugó el gesto—. Estos son basura y nunca dejarán de serlo. El pecado está bien enraizado en sus almas. No me costará nada. Hace unas cuantas décadas habría sido mucho más difícil hacer lo que planeo.

—Está mezclando sus sentimientos personales con el trabajo, señor.

—¿Y qué? Eso hace tiempo que ha dejado de importarme.

Nox sonrió y sus colmillos sobresalieron.

Agradeció que en esa época del año oscureciese tan temprano. Solo había tenido que esperar una hora para que fuese noche cerrada.

Cuando un alma estaba muy corrompida, cuando estaba en caída libre, cerrar un trato era muy sencillo. Prácticamente eran ellos quienes los llamaban. Los demonios tenían problemas si trataban de corromper a quienes no lo estaban. Eso les hacía tener disputas con los serafines, así que lo evitaban.

Aunque a los mortales les gustaba echarles la culpa de su caída. Como si no fuesen ellos mismos los que tomaban todas y cada una de las decisiones que los hacían descender.

Empezó por las dos mujeres que habían chocado con Ethel y la habían empujado. Olían a podredumbre. A envidia. A soberbia. Qué fácil se siembra odio cuando se está tan podrido por dentro.

Apenas le costó un par de susurros que le revelasen lo que más anhelaban.

—¿Qué darías por tenerlo?

—Cualquier cosa. Lo que sea...

—Entonces, llámame por mi nombre y será tuyo.

Nox se inclinó, acercando los labios a su boca. Sellando el contrato. Nunca había tomado tantas almas en una sola noche, lo que le dejó algo mareado.

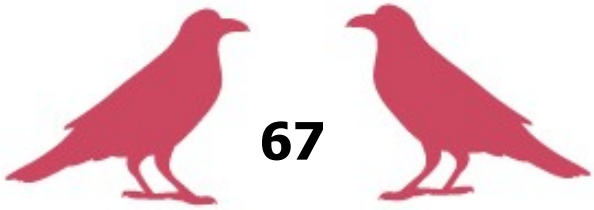
Ahora sus destinos eran suyos. «Tontos», pensó. Nunca se debe firmar un trato con el diablo, siempre siempre se vuelve a la inversa. Siempre se pierde. Obtendrían lo que deseaban de la peor forma

posible, de tal manera que no les produciría ningún placer. Solo dejaría un vacío enorme en sus almas. Sus vidas desperdiciadas.

Aunque ese tipo de venganza tardaría mucho en llegar. No podía esperar a ver cómo las consecuencias del contrato comenzaban a manifestarse en sus vidas.

Normalmente, era paciente. En Umbraeth, unas pocas semanas eran meses ahí arriba. Y en otros puntos del Inframundo, apenas unos minutos podían ser días, las horas, incluso años.

Pero estaba furioso y quería hacerles pagar. Ahora.



67

Ethel no se sentía capaz de ir a clase. Quería hacerlo. No deseaba rendirse, perder aquello que tanto le había costado tener. Pero físicamente no podía. La sola idea de poner un pie fuera de la mansión la hacía temblar tan fuerte que le revolvía el estómago.

Gracias a que la inspectora Harper había avisado a su tía de lo que había ocurrido en el sermón del domingo, su familia había decidido no dejarla sola en ningún momento. Era el eslabón más vulnerable.

Por eso, su abuela había ido a buscarla a clase. No podía imaginar qué habría ocurrido si no hubiese aparecido. Se estremeció al pensarlo. Su magia seguramente se habría descontrolado y...

—Estaremos contigo, no te preocupes —le había dicho Morgana.

Debería volver a la ciudad, con sus padres. Debería terminar de estudiar su último año en casa. Marcharse lejos, empezar en otro sitio. No se sentía preparada para que ocurriese algo similar a lo que pasó el curso anterior.

Su mente casi no lo había soportado. Había pasado el peor verano de su vida encerrada en el hospital. Y tenía la certeza de que, si recaía, de que si volvía a experimentar algo igual... No, no lo superaría.

Quizá lo mejor era terminar de estudiar en casa. Volverse más fuerte como bruja, como persona...

—¡Déjame en paz, Daphne! —Oyó que Seraphine chillaba en la cocina.

—¿No te das cuenta de lo que nos jugamos?

—Que vengan las Trece. Si no puedo proteger a mi familia, de qué me sirve a mí su ley, es absurdo.

—Madre ha pedido una audiencia con ellas y lo solucionaremos.

—Odio la puta burocracia. Puedo ir a maldecirlo ahora —gruñó furiosa.

En las escaleras, Ethel se sentó a escucharlas. Odiaba a Whitmore y odiaba a la gente de ese pueblo por hacer sufrir a sus tías y a su abuela. Todo aquello la hacía sentir muy impotente. No era justo.

Se limpió unas lágrimas rabiosas. Dolía demasiado. Como si le presionasen una plancha ardiendo contra el pecho. «Si fuese más fuerte... Si pudiese hacer algo para ayudar...».

Subió de vuelta a su habitación. Tenía que parar aquello, tenía que arreglarlo.

—Sera, piensa fríamente —le pidió su melliza—. No podemos convertirnos en eso que creen que somos. Nosotras no maldecimos a la gente.

—¿Me pides que me quede de brazos cruzados mientras un fanático intenta destruir a mi familia? ¿Por qué tenemos que mirar para otro lado? ¿Por qué no podemos defendernos de quienes nos hacen daño?

—¡Porque entonces tú también te conviertes en una abusona, Seraphine! —gritó Daphne, enfadada, dando un golpe en la mesa.

—Odio esa retórica retorcida. ¿Acaso solo eres víctima si te dejas pisotear? Si te defiendes, ¿te pones a la altura de quienes te maltratan? —Hizo un sonido despectivo—. Gilipolleces.

—Iré a clase —anunció Ethel, entrando en la cocina.—. Estoy bien. Tenéis mi figura y sabréis si me ocurre algo. —Interrumpió la discusión de sus tías.

Había usado el mismo encantamiento de valor que en la fiesta de cumpleaños de Silas. Se había anudado el hilo rojo en el brazo izquierdo, lo más cerca posible del corazón. Le había dado tres vueltas. El uniforme lo cubría, de modo que sus tías no lo vieran.

No quería ser una carga nunca más.

—No tienes que ir si...

—Iré —sonrió—. Estaré bien.

Cogió un panecillo de la mesa y se marchó.

Cuando estuvo lejos de casa, lo tiró a la basura. Si comía cualquier cosa, vomitaría.

Al cruzar las puertas del instituto, se sintió mareada. La magia del hilo le calentaba la piel de lo rápido que se consumía. Todo lo de su alrededor estaba desdibujado, como si estuviese sumergida en agua. Los sonidos llegaban lejanos; las imágenes, distorsionadas. Solo oía su respiración y el eco de sus pasos. Susurros de fondo. Enjambres de moscas.

Le pareció que cientos de ojos parpadeaban y se clavaban en ella como flechas que le atravesaban la carne.

Respiró.

Bajó la vista hasta sus manos y se concentró en sus pasos.

Tac. Tac. Tac.

Las suelas de sus zapatos resonaron sobre el mármol del suelo.

Sonrió. Ya casi. Solo debía aguantar un poco. Soportarlo un poco más.

Un chirrido eléctrico vibró en la megafonía, interrumpiendo el murmullo matinal. Ethel ni siquiera lo notó. Tardó más que el resto

en procesar lo que estaba oyendo. La voz de una chica. Estaba ahogada, tensa.

—Deseo que... —jadeó en los oídos de todos los alumnos.

Ethel se frenó de golpe, notando que nadie la estaba mirando, que nadie la veía ni le prestaba atención. Era invisible, porque los oídos, los ojos y las bocas del resto estaban puestos en lo que se escuchaba por la megafonía.

La voz jadeante de la chica susurraba sus más oscuros anhelos, cargada de egoísmo, crueldad y vulnerabilidad. La gente comenzó a girarse, buscándola.

Ethel se dio cuenta de que debían reconocer a quién pertenecía la voz. Los rostros se llenaron de asco y repulsión. Risas, cuchicheos. Desagrado.

Otra voz estalló en los altavoces, esta vez de un chico.

—Deseo que...

Alguien chilló en el pasillo y Ethel se giró.

Era un alumno de su curso. Su rostro se desfiguró en una mueca de horror. Miró a su alrededor. Asustado, desorientado, avergonzado mientras se oía a sí mismo confesar lo más oscuro de su alma frente a todos sus compañeros.

Risas nerviosas, gritos ahogados, pasos inciertos comenzaron a agitar el instituto.

Una tras otra, llegaron las grabaciones.

Voz tras voz, confesión tras confesión.

La gente comenzó a preguntarse qué ocurría. Quién había hecho aquello, quién estaba exponiendo a todas esas personas.

Ethel era libre. Respiró. Se llenó los pulmones. Sus compañeros la habían olvidado, sacudidos como estaban por aquellas confesiones.

Ahora, el peso de la vergüenza se les había pegado a otros, como una mancha de aceite en la lengua. Ahora, eran otros los que

estaban siendo señalados.

Y mientras la última voz sonaba —una chica que deseaba que su hermana pequeña desapareciese para volver a tener la atención completa de sus padres—, el caos estalló del todo.

Nox, apoyado en la barandilla de las escaleras de la primera planta, observó las consecuencias de su venganza. Si Altairon se enteraba, lo castigaría. Pero cumpliría el castigo con gusto.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —se preguntó Ivy, temblando a su lado.

—Alguien muy cruel —contestó Silas con una media sonrisa en la boca.

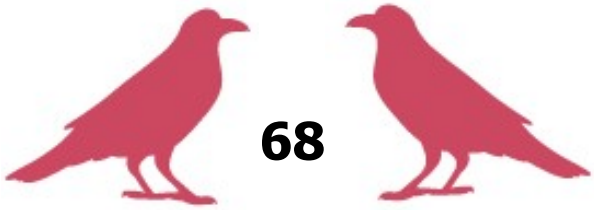
—Les han arruinado la vida —susurró Ivy, pero bajo la consternación había diversión.

—No. Olvidáis rápido —murmuró Nox.

—¿Has dicho algo, Harker? —preguntó Silas.

Nox se puso en camino hacia su primera clase. Literatura.

—Digo que en unas semanas estará todo olvidado.



68

Ivy tenía totalmente prohibido llevar a nadie a casa si sus padres no estaban, así que estaba descartado del todo ir allí a hacer el trabajo. Silas y James habían mirado con curiosidad a Ethel, como si esperasen que ella ofreciese la mansión Ashbourne. Pero con todo lo que estaba ocurriendo, no lo haría.

—Podemos hacerlo en mi piso —dijo Nox, sin darle mayor importancia.

Ivy lo agarró del brazo mientras le decía algo sobre el trabajo y cómo organizarse. Los ojos de Ethel se movieron hacia ese punto exacto donde ella lo tocaba. Se despidió y se apresuró a marcharse.

Nox la siguió con la mirada.

—Gracias por ofrecer tu casa —murmuró Ivy mientras salían al pasillo—. Mi padre está sustituyendo a otro pastor en Grimford y no está ninguna tarde aquí...

Nox la miró.

—¿Y tu madre?

Era una respuesta que ya sabía, pero siempre venía bien confirmarlo.

—Está dando unos cursos por todo el valle. Ahora que se aproxima la Navidad hay muchas personas que se acercan a la fe...

—¿Estás sola, entonces?

Los ojos de Ivy brillaron como los de un cazador frente a una presa.

—Sí. La mayoría de las noches, incluso ceno sola.

—Debe de ser duro cumplir todas esas normas y que no te dejen llevar nunca a nadie a casa —susurró Nox usando su voz más encantadora.

Ivy asintió muy despacio.

Nox captó un vistazo de Ethel al final del pasillo, le pareció que iba hacia los baños y se despidió de Ivy distraído.

Se detuvo un momento frente a la puerta. Emboscarla de esa forma no era la mejor idea. Tampoco era el lugar más adecuado, pero no iba a tener otra oportunidad mejor que esa. Ethel lo rehuía con más intensidad después de lo que pasó en el invernadero.

Nadie se comporta de esa forma si no siente nada.

Ethel estaba apoyada en uno de los lavabos. Se había humedecido la cara. Su americana estaba colocada en el poyete, tenía la manga de la camisa remangada y en su brazo podía verse un brazalete rojo. No. Era hilo, hilo enrollado con varias vueltas.

Al verle se asustó y se bajó la manga deprisa.

—¿Qué haces aquí?

Nox frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó con la garganta seca.

Dijo eso en lugar de «he estado esperando encontrarme contigo desde que te fuiste del invernadero y desde entonces no he soportado estar en mi propia piel». La primera opción le parecía más fácil de manejar y también la ahuyentaría menos.

Ethel dejó escapar un pequeño suspiro.

—Sí. Gracias.

Su sonrisa, aunque pequeña, fue genuina. Sus ojos, conmovidos, le hicieron sentir la mejor persona del mundo.

Precisamente algo que tú no eres.

Pero deseaba con desesperación serlo para ella. Ser lo que ella creía ver en él.

«Podría... podría cambiar, podría serlo».

Pero eres lo que eres: un demonio, un heraldo.

Ethel estaba interesada en esa versión falsa de sí mismo, lo que quería decir que no estaba interesada en él en absoluto.

Oh, vamos, eres lo suficientemente tramposo y retorcido como para que no te importe engañarla con tal de que siga siendo así. Permítetelo.

—Pareces cansada.

Estaba tan pálida que, de no haber tenido los ojos abiertos, le habría parecido muerta.

—Tú también. ¿Te ha ocurrido algo?

Con qué facilidad, pensó Nox, se ganaba Ethel su corazón, o lo que sea que él tuviese dentro del pecho. Solo necesitaba mostrar un mínimo de interés para tenerlo a sus pies.

«Me has ocurrido tú», pensó.

—He dormido poco —dijo, aunque eso era quedarse muy corto. Más bien no había dormido en absoluto. Había cerrado demasiados contratos en una noche y eso le había llenado la cabeza de susurros, el sabor de los pecados le había revuelto el estómago.

Los demonios no enfermaban, pero se había sumido en una especie de estado febril. Y Ghom se había pasado la noche revoloteando a su alrededor queriendo cuidarlo y sermonearlo a la vez.

Ella lo observó, ladeando la cabeza con ese gesto suave que a él le resultaba tan tierno. Era lo que una persona haría con un animal

herido.

—Ahora respóndeme en serio. Vi lo que ocurrió ayer. ¿Cómo estás?

Ethel se tensó; sus hombros, sus manos, su espalda. Evitó su mirada.

—No fue para tanto. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—¿Ah, no? —repitió él.

Tenía que controlarse. No dejar que la rabia le subiera por la garganta y le nublara el juicio.

Ella se giró para mirarlo, con la espalda apoyada en el lavabo. El sol de media mañana entraba por la pequeña ventana del baño, proyectando rectángulos de luz sobre los azulejos.

Nox estrechó los ojos. Durante una milésima de segundo esperó ver brotar plumas en su espalda.

—¿Qué es lo que quieres, Nox?

La pregunta flotó entre ellos.

Él se rio, sin humor.

—Quiero... —comenzó—. Quiero saber que estás bien. Porque me importa, me importa mucho.

Ethel se miró las manos, de nuevo escondiéndose de él. Aunque el sonido entrecortado de su respiración la delató.

—No lo estoy —confesó—. Pero espero poder estarlo de nuevo.

Ethel se sentía muy cansada. Débil. Había algo raro en su cuerpo. Tenía una enorme sensación de hambre y al mismo tiempo un nudo en el estómago. Y no dejaba de ver...

Apretó los párpados e hizo un gesto de dolor.

Debía haber hecho mal el conjuro de valentía. Seguramente se había pasado usando hilo y la estaba drenando por completo.

—Ethel.

Ella levantó una mano para frenarlo y la bajó rápidamente antes de tocarle. Estaba harta de anhelar y perder.

—Por favor —le pidió—. Quiero, necesito estar sola ahora mismo. Por favor.

—Ethel.

—Solo me encuentro un poco mal. —La voz le salió endeble—. Debe de ser porque no he desayunado.

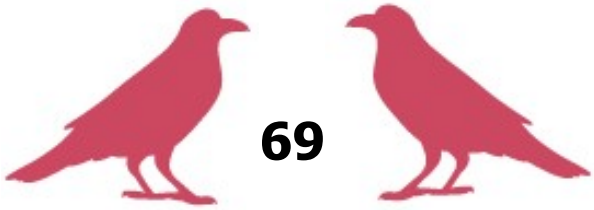
—¿Y por qué te cuesta tanto pedirme ayuda, joder? —Nox salió del baño y fue hasta una de las máquinas expendedoras que vendía chocolatinas. Miró que no hubiese nadie en el pasillo y le dio un golpe con la mano haciendo que cayeran un par.

Robando para el angelito.

«A veces ser un demonio tiene sus ventajas, como no pagar».

Nox volvió a entrar en el baño y le tendió una chocolatina a Ethel. A ella se le humedecieron los ojos cuando lo miró y la tomó.

Y aunque había muchas cosas que Nox deseaba decirle, se marchó para dejarla sola.



69

Ghom miró el suelo encharcado del piso e hizo un puchero.

—No nos devolverán la fianza del alquiler —suspiró con tristeza.

—Eres un demonio, ¿de qué te sirve el dinero de los mortales?

Nox miró la hora en el reloj de la cocina. Estaba seguro de que Ivy llegaría antes que el resto de sus compañeros. Ella desearía pasar un rato a solas con él.

Se quitó la camiseta y se la colocó en el hombro, mojada. El timbre sonó en ese momento y él se apresuró a abrir mientras le indicaba a Ghom que se escondiese.

—Hola —saludó en tono apresurado.

Los ojos de Ivy se abrieron, bajaron por su torso y se pararon en los tatuajes del pecho. En la araña que tenía en uno de los pectorales.

—¿Estás... desnu... mojado?

Ivy pareció turbada, justo lo que él necesitaba.

—Problemas técnicos. Se ha roto una cañería en la cocina y está todo inundado —respondió, haciéndose a un lado para mostrar el suelo encharcado—. Mi tutor está llamando al seguro para que venga alguien.

—Oh, vaya —musitó ella, todavía distraída por el aspecto de Nox —. ¿Entonces no podemos hacer el trabajo aquí?

Nox se pasó una mano por el pelo, preocupado, agobiado.

—Me temo que no. James y los demás llegarán en cualquier momento y... juraría que ambos dijeron que sus casas no estaban disponibles hoy.

—¿Ah, sí?

Nox ladeó la cabeza con una sonrisa apenas imperceptible.

—Sí. —Hizo una pausa, suspiró derrotado—. Puedo preguntarle a Ethel. Si le explico lo que ha ocurrido, seguro que nos ofrece ir a su casa.

Sus ojos buscaron los de ella.

—¡No! —se apresuró a decir Ivy—. Podemos ir a mi casa.

Nox arqueó las cejas.

—Pero tus padres...

—Es para un trabajo de clase, lo entenderán. Además, llegarán tarde y ya os habréis marchado.

Nox se apoyó en la parte superior del marco de la puerta. El gesto hizo que los músculos de los brazos se le tensaran. Los ojos de la chica los recorrieron, fijándose también en la tinta que los decoraba.

—Gracias, Ivy.

Ella tragó saliva.

No seas tan arrogante.

«¿Qué puedo decir? Soy así de increíble».

Silas y Ethel aparecieron en el rellano en ese momento. Ella los observó con detenimiento.

«Ojalá fuese igual de fácil con Ethel», pensó Nox. Sus dedos apretaron con más fuerza el marco de madera y se apartó enderezándose.

—Voy a vestirme —anunció antes de dedicarle una última mirada a Ethel.

Silas agarró a Ethel de la muñeca y tiró para obligarla a subir los escalones de entrada a la casa de los Whitmore.

—El pastor no está. Tranquila.

—No es buena idea. No quiero que se enfade y...

Y que mandase a otro subyugado, espectro o cualquier otra cosa a por sus tías o a por ella. Había parado en un teléfono público para llamar a la mansión y explicar por qué su figura estaría en casa del pastor Whitmore y que no se alarmasen. Temía que, de no haberlo hecho, Seraphine se habría plantado allí, lista para derribar la casa.

—Mi padre ha hablado con él para decirle que pare. Nunca ha estado muy cabal, pero ahora se le ha ido por completo la cabeza —dijo Silas.

Ethel lo miró.

—Pero la gente lo cree. —Sus ojos atravesaron al chico—. ¿Cómo pueden las palabras de una única persona convencer a otros para odiar tanto?

—Porque son infelices, porque tienen problemas y rabia, porque en el fondo, muy en el fondo, se odian a sí mismos y, como no son capaces de enfrentarlo, descargan ese odio en otros. Eso los libera, ¿sabes? Si te enfocas mucho en algo, dejas de ver toda la mierda que tienes a tu alrededor y dentro de ti. Es una forma de escape.

—Me cuesta pensar que el mundo sea un lugar tan oscuro, que seamos así de crueles —dijo para sí misma.

—Tú más que nadie deberías saber que así es. La gente solo es amable si les beneficia. A lo mejor simplemente porque les hace sentirse mejor consigo mismos... Pero somos criaturas egoístas.

Silas sonrió y entró en la casa tras los pasos de James, que iba delante de ellos. Ethel, que lo siguió con la mirada, se topó con los ojos oscuros de Nox. Cogió aire por última vez y cruzó el umbral.

La casa del pastor le recordó vagamente a una crisálida. Estrecha y oscura, y meticulosamente ordenada. El recibidor estaba revestido de madera, con una lámpara de lágrimas que apenas iluminaba el espacio. Las paredes estaban repletas de marcos con versículos bíblicos bordados, relojes de péndulo y cruces talladas. Una alfombra algo raída cubría las escaleras que subían al piso superior. A la derecha había un pequeño salón con muebles austeros.

El ambiente resultaba irrespirable, cargado. La atmósfera pesaba más allí que afuera, y le dolió la cabeza.

Ivy colocó una bandeja con vasos y zumo, y luego se sentó frente a Nox. James se acomodó a su lado con desgana y sacó su cuaderno arrugado. Silas no tardó en situarse junto a Ethel, tan cerca que sus brazos se rozaban cuando escribían.

Nox arqueó las cejas al verlo. Se giró hacia Ivy.

—¿No tienes algo más fuerte? No somos niños de primaria —le susurró, señalando el zumo.

Ella enrojeció. Se levantó y trajo una botella de vino.

—Pensaba dejarla para cuando acabásemos el trabajo —se excusó, estirando el cuello.

Nox le sonrió. Él tenía otros planes.

—Tú lo tienes fácil. Estoy seguro de que tu abuela se sabe bien las leyendas del lugar —le dijo en tono confidente Silas a Ethel.

Ethel detuvo su bolígrafo sobre la hoja de papel y lo miró.

—Si lo dices por su edad, se lo comentaré.

Silas le dedicó una sonrisa enorme; parecía un niño travieso cuando lo hacía.

—No, por favor. Tu tía Seraphine parece perfectamente capaz de envenenar a alguien.

Ethel escondió una sonrisa pequeña. Se lo contaría al llegar, seguro que apreciaría el comentario.

Ivy se aclaró la garganta para llamar la atención de todos y Ethel se giró en su dirección. De nuevo se topó con los ojos de Nox atravesándola.

Tenía un bolígrafo entre los dedos y lo giraba con calma, apoyado contra el respaldo de su silla.

Ethel tuvo la intención de dejar de mirarlo. Pero Nox no quiso soltarla. La atrapó en sus ojos. La dejó clavada e inmóvil, como a esos insectos a los que se pretende diseccionar.

—¿Nox? —lo llamó Ivy, alzando la voz.

Él parpadeó. Y por fin la liberó.

—¿Hmm? —dijo girándose hacia ella.

—Te preguntaba qué parte quieres hacer.

Nox parecía distinto. Estaba distraído y ansioso. Ethel deseó preguntarle qué le ocurría o qué le preocupaba. No lo haría, por supuesto. Ella lo había echado, lo había apartado, le había suplicado que la dejase en paz.

Silas se movió y su brazo rozó el de ella.

—¿Alguna preferencia para la historia?

Ethel negó con la cabeza.

—Sin duda, deberías investigar las leyendas de las brujas. Sería un gran punto a nuestro favor. Una declaración de rebeldía por tu parte.

Eso consiguió hacerla reír.

—*Rebelde* no es algo que jamás haya asociado conmigo misma.

—Deberías serlo más.

—¿Y contra qué me rebelaría?

Algo brilló en los ojos verdes de Silas. A ella le pareció fuego, una pequeña llamarada.

—No lo sé, Ashbourne. ¿Contra qué se te ocurre? ¿No deseas cambiar la narrativa? Lo que dicen... O quizá deberías abrazar justamente eso.

Ethel temió que Ivy lo hubiese oído y estiró la mano para agarrar a Silas del brazo, se lo apretó haciéndole callar. Su pequeño contacto lo frenó en seco.

Ethel levantó la mirada para ver si Ivy había prestado atención a lo que Silas decía. No quería de ningún modo empeorar la situación. Pero Ivy no les estaba prestando atención. Miraba a Nox, que a su vez fulminaba a Silas. Ya no jugueteaba con el bolígrafo. Sus dedos descansaban quietos, en tensión, sobre la mesa. Había una sombra en su mandíbula, un músculo que se contraía.

—¿Todo bien? —le susurró Ivy, rozándole los nudillos.

Él no la miró. Se pasó la lengua por el carrillo.

—¿Por qué no abrimos el vino? —propuso de pronto, llamando la atención de todos.

—Claro. Sí —dijo Ivy.

—Brindemos por este grupo de trabajo —exclamó Nox con sorna, y rellenó los vasos de todos.

Clavó los ojos en los de Ethel; estaban tan vacíos que dolía.

Qué era el corazón sino una herida, y las emociones, el resultado de hurgar en ella hasta hacerla sangrar.

Si era así, Nox preferiría no haberlas descubierto. Ahora entendía por qué los mortales se volvían tan locos, por qué iban hasta donde iban, por qué corrompían su alma y hasta la vendían a cambio de sofocar sus sentimientos.

Él mismo deseaba la curación para aquel tormento. Si el anhelo te está destruyendo, si desear algo te mata, claro que asegurarías una

eternidad en el infierno a cambio de obtenerlo.

¿Otra vez planteándote la forma de dejar de ser lo que eres?

Nox se pasó una mano por el pelo y dejó escapar una risa amarga. Levantó su copa y se la bebió de un trago.

Ethel miró su copa y se la llevó a los labios. Cerró los ojos ante el sabor amargo y dulzón, que se le agarró a la garganta.

—¿Puedo poner música? —preguntó Silas, ya con el segundo trago en el cuerpo, y se levantó de la silla sin esperar respuesta.

—No es una fiesta —protestó Ivy, pero sin convicción.

Él ya estaba poniendo en marcha el reproductor de música.

James se estiró y cerró el cuaderno. La idea de beber le parecía mucho más entretenida. Ivy se quedó mirando a Nox como si esperase que dijera algo. Pero él estaba absorto en Ethel, que estaba sirviéndose una segunda copa, que se bebió deprisa. Arrugó la cara con una mueca de asco.

Nox le quitó la botella cuando fue a alcanzarla para ponerse más.

—¿Qué haces?

Ethel tragó.

—Yo...

—No bebas tan deprisa, te sentará mal.

Silas le quitó la botella a Nox de la mano para servirse a él mismo y a Ethel.

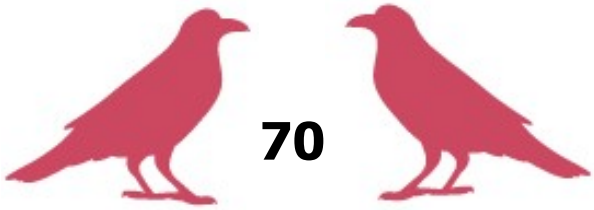
—No te pega eso del chico responsable, Harker.

Ethel evitó mirarle.

¿Cuánto le puede quedar de vida? ¿Setenta años con suerte?

Eso en Umbraeth era una nimiedad. Esperaría con ganas la llegada del alma de Silas Holloway al infierno. Pero ahora no podía

distraerse, por fin había conseguido llevar la situación al lugar que deseaba.



70

Silas se había quitado la sudadera y bailaba con Ivy. Ella fingía no querer, pero como no obtenía la atención que deseaba de Nox, se contentaba con la de su mejor amigo. De fondo sonaban guitarras ásperas y una batería que retumbaba en el pequeño salón.

James estaba sentado en el respaldo del sillón con una botella de vino medio vacía.

Ethel reía. Sentía la cabeza ligera y todo le parecía muy divertido.

Nox aprovechó el momento para marcharse.

«¿Dónde escondes tus secretos, pastor?».

Tenía el estómago revuelto y el cuerpo le ardía, enfermo. La casa estaba plagada de cosas benditas: crucifijos, versículos bíblicos... Además, estaba seguro de que el muy cabrón había echado agua bendita por las paredes.

Nadie toma tantas precauciones si no tiene algo que ocultar.

Le dolía la cabeza y cada vez estaba más mareado. Tenía que darse prisa.

«Veamos —se preguntó—. ¿Dónde guarda la gente sus secretos?».

Se decantó por el sótano. La puerta tenía dos cerraduras con candado. Mucha precaución para tener ahí unos simples trastos.

Se aseguró de que nadie hubiese salido al pasillo y reveló su verdadera forma. Los cuernos brotaron de su frente, sus ojos brillaron y la piel se le llenó de sombras.

No le costó nada forzar los candados. Qué ingenuo, debía haberlos bendecido igualmente.

Empujó la puerta con el pie. El aire que salió de allí era húmedo y rancio. Y estaba cargado de un tufo a podrido.

Los peldaños de madera crujieron bajo su peso. Por cada uno que descendía, el hedor se hacía más fuerte.

Nox podía sentir una extraña energía pegándosele a la piel como telarañas. Sus sentidos, normalmente afilados, se entumecieron.

Encendió la luz, una bombilla solitaria que colgaba del techo.

El lugar estaba repleto de cosas. Pero lo que más llamaba la atención era un altar de madera sobre un montículo de tierra. Alrededor de este había un círculo de sangre.

Apestaba a magia negra.

En el altar había cuatro figuras de madera talladas con agujeros por todo el cuerpo y escrito, con alquitrán, un nombre en cada una: Morgana, Seraphine, Daphne y Ethel.

Su voz demoniaca silbó impresionada.

Había un trozo de papel clavado en la pared con una fecha apuntada. Y salmos en los que se suplicaba por la salvación de un alma.

—Vas a ir al infierno de todas formas, reces lo que reces.

En una mesa de madera pegada a un lado, había un libro abierto. Las páginas estaban manchadas. Estaba escrito en latín, tenía anotaciones torpes en los márgenes con caligrafía más moderna: la del pastor. Había subrayado ciertas partes.

Lo cogió y se lo guardó en la chaqueta. Pruebas. Necesitaba pruebas para poder matar a ese cabrón.

El sótano era la mitad que la primera planta, pero aun así estaba atestado de cosas. Armarios viejos con cerrojos oxidados y cajas de cartón apiladas encima, archivadores destartalados con los cajones desencajados repletos de carpetas.

Les echó una ojeada rápida. Muchos eran planos de terrenos alrededor de Ebonwick, solares que no estaban construidos y zonas del bosque en las que no se podía edificar.

Nox miró otra carpeta. En esta aparecía el árbol genealógico de las Ashbourne. Información sobre la fundación de su farmacéutica y noticias locales. Todas eran antiguas, menos la última. Era de ese mismo año; de finales del curso anterior.

El rostro de Ethel salía en primer plano. Parecía otra persona, estaba más delgada, tenía unas ojeras tan profundas que parecían hematomas, y los ojos... Por los siete círculos...

Arrugó el recorte entre los dedos al apretarlo.

Estaba vacía, era como mirar una cáscara, un cadáver.

«Tragedia sacude instituto de Arven», decía el titular:

Cinco chicos acaban en cuidados intensivos por el derrumbe de una de las vigas del gimnasio, y una alumna ingresa en el ala de psiquiatría por un fuerte brote psicótico. Estaba presente cuando ocurrió y fue la única que salió ilesa.

Hizo una bola con la hoja apretándola en su puño. La furia le calentó la sangre. Podía imaginar con facilidad lo que había ocurrido en realidad. Ahora entendía por qué ella había parecido tan rota a principios de curso. La fecha de los acontecimientos coincidía, además, con el momento en el que el jefe le anunció cuál iba a ser su tarea.

Recordó algo y volvió a mirar la carpeta anterior, la de los planos. Se fijó en las letras que había en los bordes, antes no les había

prestado atención. Todas esas propiedades eran de las Ashbourne y, junto a ellas, Whitmore había anotado en cuánto estaban valoradas.

—Avaricia —susurró Nox, comprendiéndolo todo por fin.

A Altairon no le iba a gustar nada aquello.

Nox se guardó la carpeta en la chaqueta. Las manos le temblaban ligeramente.

Tenía que salir de allí antes de que notasen su ausencia. Podía oír la música. Se tambaleó ligeramente. El cuerpo le ardía. Se pasó la mano por la frente, que tenía impregnada de sudor. El aire, que ya antes apestaba a óxido y a humedad, lo estaba ahogando. Grueso.

Maldijo. Había pasado demasiado tiempo ahí dentro, con toda esa carga bendita, y ahora se sentía débil e intoxicado. Intentó subir las escaleras. Se agarró al pasamanos y se encorvó cogiendo aire. No era la primera vez que le ocurría. Una vez cometió la estupidez de intentar entrar en una iglesia y casi murió dentro. Por suerte, Nocte lo sacó de allí.

El primer peldaño fue fácil. El segundo, menos. El tercero le pareció como escalar una puta montaña. Hundió las garras en la madera para tirar y se acordó de que debía volver a su forma humana para salir.

Pero su cuerpo estaba en modo supervivencia y no era capaz.

Los escalones se curvaban y combaban. O quizá solo era su mente. Se pasó la mano por la nariz y se secó un rastro de sangre tan oscura como brea.

Se te está triturando el cerebro.

Sentía los dientes dormidos, los labios insensibles.

Gruñó y se obligó a hacer un último esfuerzo.

Llegó arriba tambaleándose y con la cabeza zumbándole. La puerta del sótano apareció frente a él y trató de empujarla. Trastabilló hacia el pasillo. La casa entera parecía girar. Cayó en el

umbral de rodillas, respirando el aire más limpio y menos viciado del vestíbulo.

El problema era que aún tenía su aspecto de demonio.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Nox? —Oyó la voz de Ethel que lo llamaba. Debía de haberlo oído.

Se apoyó en la pared para ponerse de pie, pero no lo consiguió. Todavía podía ver las grietas de sombras en su piel. Apretó los párpados, por favor, no podía dejar que Ethel lo viese así. No estaba preparado para enfrentarse a su rechazo.

—¿Nox? —volvió a oír su voz, ahora más cerca.

Maldijo para sí mismo. Nunca se había avergonzado tanto de lo que era. Nunca le había asustado tanto la mirada de una persona.

Los cuernos desaparecieron, sus ojos, sus dientes, todo se volvió humano, lo último en cambiar fue su piel, justo cuando ella se paró frente a él.

Nox levantó la vista siguiendo el curso de sus piernas, hasta el borde del vestido.

Ethel se agachó. Le pareció que decía algo. Se había quitado el abrigo y tenía el pelo recogido en una trenza algo deshecha. Nox tuvo entonces a la vista el escote de su vestido encorsetado. Debajo llevaba una camisa de cuello alto con una abertura justo en la zona del pecho.

Apartó los ojos turbado.

Estás hecho una mierda.

«Gracias, lo sé».

Ethel le sostuvo el rostro con cuidado.

Él cerró los ojos.

«Mmm».

—Nox. ¿Qué te pasa?

«Ah... eso es lo que está diciendo».

Volvió a abrir los ojos. Ethel tenía las mejillas encendidas, los labios enrojecidos por el vino. Existía un lugar en el infierno para lo que él estaba sintiendo, para lo que él quería hacer con ella.

Nox trató de hablar, pero la garganta se le cerró.

—Es... el sótano. No bajes ahí.

Ethel lo guio hasta el baño y cerró la puerta tras ellos. Nox se sentó en la taza del inodoro y echó la cabeza hacia atrás. El aire ahí era más limpio.

Por lo que sea, al pastor no le ha dado por bendecir esta habitación. ¿No le apetece leer unos versículos mientras se sienta en el váter?

—Estás ardiendo —dijo Ethel, y se arrodilló delante de él. Su voz sonaba algo pastosa, un poco arrastrada por el alcohol. Estaba preocupada.

Nox, como el buen demonio que era, se alegró por ello.

«Eso es, mírame solo a mí, consúmete igual que lo estoy haciendo yo, deja que sea lo único que haya en tu cabeza».

Encantador.

En cuanto Ethel le acarició la frente con cuidado y vio sus ojos algo vidriosos, se arrepintió de sus pensamientos. Era demasiado amable, era demasiado buena para merecerse lo que era él.

Ethel alzó una mano temblorosa. Le costaba concentrarse. El vino le nublaba la mente, pero la urgencia empujaba más fuerte.

Podía hacer un simple hechizo de curación, no uno muy potente, pero uno básico no le costaría demasiado. Cogió la bolsita de pétalos.

Buscó por el baño hasta dar con algo con lo que cortarse el pulgar. Eligió una hoja de afeitar y mezcló su sangre con el polvo de rosas.

—¿Puedes subirte la camiseta?

Nox arqueó las cejas. Se agarró el borde y la levantó mostrando su cuerpo desnudo. Era evidente que se sentía muy cómodo en su piel, no había dudado ni un momento en hacerlo.

Ethel se inclinó. Sus ojos se estrecharon y se mordió el labio mientras se concentraba en dibujar una runa de curación sobre el pecho de Nox, cerca del tatuaje de la araña. Él se estremeció. La piel se le erizó y los músculos se le tensaron bajo las yemas de sus dedos.

Ethel apoyó la mano libre en su muslo para sostenerse. Estaba tan cerca que su aliento le hacía cosquillas en las clavículas. Nox miró al techo y contuvo la respiración. «Joder». Separó los labios y sus ojos la buscaron de nuevo. No tenía claro si aquello era más tortura que otra cosa.

—¿Te duele? Estás muy tenso.

Nox se obligó a mantener la respiración estable.

—Estoy bien —dijo con la voz estrangulada.

Tortura, sin duda, concluyó cuando sintió su aliento rozarle la piel y su mano moverse lenta por su pierna mientras se echaba hacia delante. Pero la clase de tortura que habría soportado con gusto por toda la eternidad.

Ethel se apoyó en su abdomen. Nox dejó escapar un sonido ahogado que ella interpretó como un gesto de dolor.

—Ya casi está. Hará efecto en un momento, si lo he hecho bien...

Patético. Te estás comportando como uno de estos adolescentes mortales. Excitado simplemente porque ella te ha puesto las manos encima.

Ethel se apartó. Y fue un alivio al mismo tiempo que una decepción. Nox se levantó y le dio la espalda, apoyándose en el lavabo.

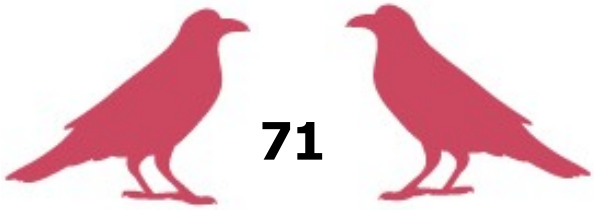
La piel le vibraba ahí donde Ethel lo había tocado, como si sus manos le hubiesen dejado quemaduras. Poco a poco la mente se le aclaró y dejó de sentir náuseas. Las sienes ya no le latían y su respiración volvió a la normalidad. A través del pequeño espejo se encontró con los ojos de ella, que lo observaban preocupados.

—Gracias.

—¿Has...?

—¡¿Ethel?! —La voz de Silas la cortó, y ella dio un respingo. Parpadeó como si volviese en sí.

—Deberíamos volver antes de que... —dijo Ethel—. Ivy se preguntaba dónde estabas —soltó de forma inconexa, y se marchó sin que a Nox le diese tiempo a decir nada.



71

Ivy se reía, tirada en el sofá, con la cabeza apoyada en un cojín y una copa en la mano. El vino se había acabado hacía rato, así que James había sacado el coñac del pastor como último recurso.

Silas tiró de la mano de Ethel haciéndola girar. Ella trastabilló. Tenía la cara encendida; el inconveniente de ser tan pálida era que su piel enseguida se encendía y se marcaba con facilidad, y lo que había ocurrido en el baño con Nox se reflejaba por todo su cuerpo.

El deseo era una flor roja.

Ethel se sentía como la rosa de algodón cuyo blanco se tiñe de color.

—Vamos, Ashbourne, estoy seguro de que sabes bailar.

Silas le puso una mano en la cintura. Ella se sujetó en su brazo. No dejaba de sorprenderla la familiaridad con la que la trataba, incluso después de lo que estaba ocurriendo en el pueblo.

—En realidad, apenas sé dar unos pasos.

—¿No dicen que las brujas bailáis desnudas alrededor del fuego o cosas así?

Ethel lo empujó del hombro. Silas soltó una carcajada.

—Cuando éramos niños, nos retábamos a ir las noches de luna llena al bosque cerca de vuestra casa a ver si veíamos a las

Ashbourne haciendo cosas de brujas.

Ethel soltó una carcajada. Le había hecho gracia, pero seguramente era efecto del vino.

—Nooox... —Ivy arrastró su nombre—. ¿Dónde estabas? —Prácticamente cayó sobre él.

Él agarró la botella de coñac. La olisqueó y arrugó la nariz. Aun así, le dio un trago. Necesitaba matar el calor que quedaba en él. Apagar el deseo que todavía tenía anudado en las entrañas. El dolor de cabeza no había vuelto, pero el zumbido persistía en el fondo de su cráneo.

La bebida ardió al pasarle por la garganta. No ayudó. Ni siquiera lo entumecía.

Vete, esta casa te está enfermando, imbécil masoquista.

No podía pensar con claridad.

La risa suave de Ethel lo distrajo. De reojo vio los dedos de Silas curvarse en su cintura.

Tensó la mandíbula.

Y bebió de nuevo.

El aire allí dentro era espeso. Sucio. Le faltaba el oxígeno.

Inclinó la cabeza hacia abajo mientras se frotaba la frente.

—Sabes, recuerdo verte con tu abuela y con tu madre siendo pequeña. Tu madre me daba un miedo terrible —balbuceó James.

Ethel se giró a mirarlo, y lo pensó, intentó recordarle siendo pequeño.

—Yo no...

—No te sientas mal, Ashbourne. Todos en el pueblo se fijaban en ti, no solo porque tu familia es tu familia, sino porque era difícil no notarte —rio Silas, pasándole un brazo por los hombros.

Ella levantó la cabeza para mirarle. Arrugó el ceño.

—Porque eres muy guapa. —Le dio un golpe en la frente, y ella tosió un poco incómoda.

Nox le dio otro trago largo a su copa mientras los observaba.

—Hacen buena pareja —dijo Ivy a su lado.

Nox la miró y ella se estremeció. Se recordó que tenía que mantener su fachada humana, pero estaba demasiado furioso y herido y débil.

Ethel se separó de Silas y miró a la chica mientras negaba.

—No es así. Silas es un amigo —quiso aclarar Ethel.

—Qué tierno. No creo que eso sea lo que él tiene en mente. ¿Verdad, Holloway? —musitó Nox con una mueca burlona en los labios.

Su postura era relajada, casi despreocupada, pero cogía el vaso con fuerza.

Silas frunció el ceño, extrañado.

—¿No pueden ser amigos un chico y una chica, Harker? —preguntó en tono divertido.

—Qué mono eres. Casi me lo trago. —Nox esbozó una sonrisa sin alegría y dio otro sorbo. Dejó el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Se hizo un silencio incómodo y Ethel se acercó a él, preocupada por su estado.

—¿Podemos hablar un momento fuera? —susurró, cogiendo su abrigo.

Nox la siguió. Bordearon el jardincito delantero hasta cubrirse en las sombras del lateral de la casa, lejos de la luz de las farolas.

—No estás bien. ¿Qué te ha pasado en el sótano? Mi hechizo no parece haber funcionado, quizá deberías ir a casa y...

Nox se apoyó en la pared. Se pasó los dedos por el flequillo echándoselo hacia atrás.

—Estoy perfectamente.

—No lo parece. Quizá deberías ir a ver a un médico.

Ethel miró hacia la calle. Nox la agarró de la muñeca y tiró de ella hasta pegarla a la pared. Apoyó el antebrazo encima de su cabeza para sostenerse mientras se inclinaba sobre ella.

—¿Por qué...? —Había perdido por completo el control sobre sí mismo. Aquella maldita casa lo había debilitado lo suficiente para que el alcohol le afectase y estaba hecho un desastre—. ¿Por qué te has vestido así para venir al grupo de estudio?

—¿Así?

Le pasó un dedo por la garganta hasta llegar al cuello de la camisa y luego bajó por el espacio abierto del escote hasta el borde del vestido. Tiró ligeramente de la tela.

—¿Te gusta Silas? ¿Querías impresionarlo?

Le cogió la barbilla. En el rostro de Ethel había una mezcla de furia y tristeza. Los ojos le brillaban como si contuviese lágrimas.

—Mierda. —Comenzó a separarse de ella—. Lo siento.

—¿Estás celoso? —jadeó Ethel.

Nox giró la cabeza hacia ella bruscamente.

¡Ja...!

—¿Celoso? Sí, sí, estoy celoso —gruñó—. Me estoy volviendo loco de celos. ¿Por qué puedes estar cerca de él y no de mí? ¿Por qué has decidido apartarme? ¿Cuál es la diferencia entre él y yo?

Que eres un jodido demonio. Que tu naturaleza y la suya no son la misma.

Esa verdad era la que lo estaba volviendo loco.

—Desearía ser lo mismo. —Se le rompió la voz en una pequeña súplica—. ¡Mierda, esto me pone de los nervios! Era yo quien debía alejarse de ti en primer lugar. Lo he intentado, joder, claro que lo he

intentado. Porque... —Porque ella estaba prohibida para él—. Y aun así no puedo.

Ethel le agarró el brazo. Estaba temblando.

—¿Qué quieres decir?

—Que claro que significó algo cuando nos besamos. Lo significó todo. He sido un capullo porque tenía miedo de... Pero no puedo... —dijo Nox ahora más suave—. Yo... Yo... —Tomó aire—. No puedo alejarme de ti, Ethel. Desde el momento en el que abro los ojos por la mañana hasta el momento en el que los cierro, si te veo o si no, pienso en ti todo el tiempo.

Nox podría haber descrito ese momento, mientras esperaba la reacción de ella, como el más oscuro de su existencia, tuvo la proporción de una pequeña eternidad de agonía en los fosos.

Ethel subió la mano para acariciarle la mejilla. Nox hinchó el pecho. Sus ojos bajaron hasta su boca.

«Ah, mierda...».

—¿Puedo besarte? —preguntó Ethel.

Nox cogió aire despacio.

—Por favor —suplicó. Aquella voz y su anhelo. ¿Era él? Casi no se reconocía—. Por favor...

Ethel le puso una mano en el pecho empujándolo suavemente y él cerró los ojos con fuerza. Su tacto, era casi doloroso sentirlo.

Los dedos de Ethel se cerraron en torno a su camiseta y tiró de él a la vez que ella se acercaba, estirándose sobre las puntas de sus botas para besarlo.

Nox gimió.

Ethel llevó la otra mano hasta su pelo pasándole los dedos por la nuca. Nox le devolvió el beso.

—Joder —murmuró, y le hundió los dientes en el labio casi con demasiada fuerza.

La agarró de las piernas haciendo que rodearan su cintura al mismo tiempo que se movía para pegar su espalda contra la pared.

Ethel jadeó cuando él coló la lengua en su boca.

Un simple beso y estaba temblando de excitación.

Ethel comenzó a decir algo, con la voz ahogada contra su boca.

—Por favor, no digas que ha sido un error —suplicó Nox. Le besó el cuello, clavándole los dientes.

Ethel le tiró del pelo mientras se estremecía contra él. Le recorrió el labio inferior con la lengua y él volvió a besarla. Apretándola contra la pared hasta que sus cuerpos quedaron encajados.

Se preguntó si era porque nunca se había acostado con nadie en su forma mortal, que sentía todo aquello de un modo tan intenso. Si Ethel seguía estremeciéndose contra él...

Su visión se llenó de pequeños puntitos oscuros y tuvo que tensar los músculos. ¿Qué tipo de emoción era esa? Ni siquiera era la primera vez que se besaban y sin embargo...

—N-Nox...

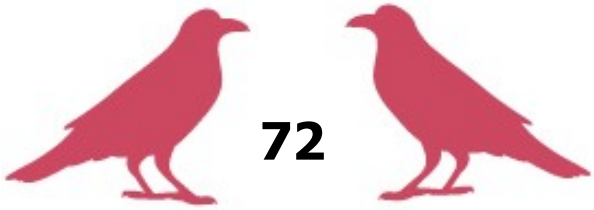
—Dime.

El sonido rasposo de su respiración junto a su oreja lo estaba volviendo loco, lo empujaba fuera de sus cabales. Nox bajó la cabeza; presionó la frente contra la de ella tratando de recuperar algo de control.

—La verdad es que me gustas. Me gustas muchísimo —confesó Ethel, y le besó la mandíbula con una suavidad que lo hizo estremecerse.

Nox gimió al oírla.

—Vámonos de aquí.



72

Dejó a Ethel en el suelo, pero no se separó de ella. Deshizo la breve distancia que se había formado entre ellos hasta que sus cuerpos volvieron a presionarse.

Ethel abrió la boca para dejar escapar una respiración ahogada. Nox le acarició el rostro hasta trazar la línea de su labio inferior. Ella cerró los dientes en torno a su pulgar, dándole un mordisco suave mientras lo miraba a los ojos.

Nadie espera que un ángel prenda el mundo en llamas. Y a él, sin duda, lo estaba reduciendo a cenizas.

Nox soltó una sarta de maldiciones mientras dejaba caer la cabeza contra su hombro. El mundo se había vuelto demasiado cálido y borroso como para pensar.

—¿Adónde...? —comenzó a preguntar Ethel.

—A mi piso —respondió él sin dudar.

Caminó rápido, con Ethel de la mano. Ella no protestó. Ni siquiera se acordó de recoger sus cosas.

Casi cuando estaban llegando, Nox recordó algo y se desviaron para pasar por una farmacia.

—Espérame aquí —le pidió. No quería que los viesen y la gente hablase de Ethel, a los rumores de su familia se sumarían otros muy

desagradables. Conocía bien la naturaleza del ser humano y su afán destructor.

El señor ni pestañeó cuando Nox pagó y se dio prisa en salir.

Su piso estaba cerca, solo a unas pocas calles de distancia.

Subieron las escaleras en silencio, sin soltarse la mano. A cada paso, Nox sentía su autocontrol desgastarse más y más.

La guio hasta su habitación. Esperaba que Ghom se hubiese largado lejos de allí al oírlos llegar.

Cuando por fin cerró la puerta tras ellos, se quedó mirándola como si aún no pudiera creer que estuviera allí. Que Ethel le hubiese seguido.

Ella dio un paso hacia él.

Y todo explotó.

Nox la acorraló contra la puerta. Le quitó el abrigo y sus bocas volvieron a encontrarse. Ethel se aferró a él con los dedos crispados sobre su camiseta. Se besaron como si quisieran arrancarse el alma el uno al otro.

Nox la besó con la urgencia de alguien que lo había anhelado durante demasiado tiempo. Conteniéndose. Como si la posibilidad de que ambos llegaran a ese punto se le hubiera ocurrido, pero la hubiera guardado muy profundo; hasta que lo había hecho perder el control.

La agarró de las caderas y la giró haciendo que apoyase las manos en la puerta mientras le recorría la espalda con una mano. Bajó la cremallera del vestido y deslizó los tirantes por sus hombros haciendo que cayese al suelo.

Ethel volvió a girarse hacia él, tirando del borde de la camisa que llevaba bajo el vestido, sin saber qué hacer con las manos en ese momento. La tela era tan fina que dejaba intuir su piel, el contorno de su pecho, el tono más oscuro de su piel.

«Ah...».

—No puedo pensar con claridad en este momento, Ángel. Si esto no es lo que quieres, dímelo.

Solo con verla resultaba evidente que ella también deseaba aquello. Pero quería oírlo de su boca. Lo necesitaba.

—Quiero —dijo con la voz ahogada.

—¿Qué quieres? —Nox la agarró para cargarla, rodeándola con sus brazos—. Porque yo me estoy muriendo por follar contigo.

La colocó con cuidado en la cama. Enganchó sus dedos en las medias de encaje, que trató de no romper, pero fue inútil. Estaba demasiado ansioso.

—Lo siento. Te compraré unas nuevas —le dijo entre beso y beso.

—No te preocupes, tengo muchas.

Nox le dio un mordisco en la cara interna del muslo, donde estaba su marca de demonio. Ethel soltó un pequeño jadeo y levantó el torso a medias. Nox la empujó suavemente hacia abajo de nuevo.

La agarró de las muñecas y las sujetó por encima de su cabeza.

Ethel dejó escapar un breve suspiro, mientras Nox respiraba hondo. Sus ojos se encontraron. Él se tomó un momento para recuperar el aliento mientras la observaba. Tragó.

Quería ser delicado, pero le estaba costando dominarse.

Luego sonrió con suficiencia y le puso una mano en la mejilla.

—Eres mucho más guapa que en mis sueños.

Ella se sonrojó.

—Y tú que en los míos —confesó.

Nox la agarró de la barbilla abriéndole la boca y se inclinó para besarla. Coló la lengua entre sus labios, sin dejar de sujetarle las muñecas con la mano izquierda.

Ethel sintió su interior derretirse cuando su lengua lamió la suya, cuando lo oyó gruñir al acariciarle el culo a través de sus bragas. Su

mano se coló bajo su camisa y subió hasta su caja torácica.

Rodó las caderas rozando las de ella y ambos gimieron.

Nox se separó de ella y Ethel lo atravesó con la mirada.

—Todavía no me has dicho qué quieres, Ángel.

—Nox...

Él se pasó la lengua por el labio hasta tocar el aro y sonrió.

—Si no me lo dices, no puedo saberlo.

Ethel estrechó los ojos, entre avergonzada y enfadada. Todavía no la había visto poner esa expresión. Estaba siempre muy contenida.

—Estás siendo un capullo.

Nox arqueó una ceja sorprendido, divertido y excitado, muy excitado al oírla maldecir.

—Bueno, te confesaré algo. —Se acercó a su oreja y le mordió el lóbulo. Luego le dedicó una media sonrisa—. Me excita que me mires así, suplicándome más con los ojos.

—Estás loco —jadeó como si en realidad no le importase, como si ese lado algo retorcido de él le pareciese divertido.

—Ajá, ya te lo avisé. Pero seré bueno, lo prometo.

Ethel intentó liberar sus manos, pero él la sujetó con más fuerza. Bajó los labios hasta su mejilla, donde le dio un beso tierno.

Su lengua se deslizó de la oreja al cuello. La llenó de besos hasta llegar a la clavícula.

Ella se retorció bajo su cuerpo. No podía escapar porque le sujetaba las manos. Arqueó la espalda repetidamente y su respiración se volvió entrecortada. Su camisa se subió poco a poco.

Nox la miró a través de sus pestañas oscuras y comenzó a levantarle una esquina de la camisa, pasando por su cintura hasta que quedó justo debajo de su pecho. Se inclinó hacia ella, presionando sus labios contra la parte inferior de sus costillas. Ethel

jadeó. Y jadeó de nuevo cuando él la mordió suavemente y luego lamió el mismo punto.

Nox terminó de subir la tela del todo.

—Bien —susurró.

—¿Hmm?

—No llevas sujetador.

Ethel abrió la boca ante la intensa sensación de sus manos. Sus dedos trazaron un círculo en sus pechos y luego se detuvieron.

—Nox... —lo llamó ella.

Él bajó la mirada hacia su rostro sonrojado. Distraído, la contempló como si fuera algo fascinante, con los labios entreabiertos y la respiración agitada y superficial. Se llevó una mano a los vaqueros casi distraídamente.

—Maldita sea —dijo en voz baja.

Su boca sustituyó a sus manos y Ethel se estremeció; con las manos finalmente libres, lo agarró por los hombros con fuerza.

Nox le hundió los dientes suavemente en la carne.

Ethel gimió.

—¿Duele?

—Me gusta...

—Bien. Te quitaré esto. Estorba.

Desabotonó el cuello de la camisa y la deslizó por su cuerpo mientras ella levantaba los brazos y los estiraba hacia delante para ayudarle.

Él le levantó ligeramente la barbilla con la mano y la besó profundamente. Se echó hacia atrás, con las rodillas colocadas a cada lado de sus caderas, y se quitó la camiseta. Sonrió al ver la mirada de Ethel recorrer su torso.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo pinchándola.

Ethel se pasó la lengua por el labio inferior, que tenía rojo e hinchado, y asintió.

—Estoy segura de que ya lo sabes —susurró ella.

«Joder».

—Quiero ser suave contigo, pero...

Apretó los dientes mientras observaba su cuerpo casi desnudo. La marca de su boca y sus dientes en su cuello y su pecho, que se levantaba con cada respiración agitada.

«Es demasiado...».

Ethel siguió con la vista cada línea de sus músculos, viendo cómo los tatuajes parecían cobrar vida con la tensión de su cuerpo. Bajó hasta los huesos de sus caderas y tragó saliva; el deseo de Nox era tan evidente que apretó las piernas, incapaz de esconder lo que a ella misma le estaba ocurriendo.

Él sonrió para sí mismo. Nunca había deseado la atención de otras personas de una forma consciente, no hasta que había probado la de Ethel, ahora solo anhelaba que lo mirase siempre así. Siempre a él.

Nox desabrochó el botón de los vaqueros y bajó la cremallera, que lo apretaba demasiado.

Los ojos de Ethel descendieron hacia ese punto con una mezcla de anticipación y nerviosismo. Pero él aún no se los quitó.

Complacido con su reacción, le agarró una rodilla y la movió hasta separarle las piernas.

Dejó escapar un gruñido ronco.

—No te haces una idea de cuánto te deseo.

Le quitó las bragas. Respiró hondo por la nariz. La punta de su lengua recorrió despacio su labio inferior sin apartar los ojos de su cuerpo.

Le acarició los muslos, subiendo poco a poco hasta deslizar la mano entre sus piernas. Ethel echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos jadeando.

«Ah... va a acabar demasiado deprisa».

—Dime si te duele.

Ella solo emitió sonidos entrecortados, incapaz de formar palabras. Nox movió los dedos con firmeza y Ethel arqueó la espalda. Su cuerpo temblaba incontrolablemente, su mente nublada.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —susurró él con tono juguetón, mientras la besaba en la clavícula.

Nox se separó de ella, bajándose de la cama para quitarse los pantalones y la ropa interior. Si no hubiese estado ya al límite, la expresión de Ethel al observarlo desnudo lo habría llevado directo a él. Tensó los músculos.

Sacó un condón de la caja que había comprado y se lo puso.

—Cuéntamelo —le pidió Ethel.

Nox sonrió. Apoyó una mano en la cama y se inclinó para darle un beso suave en la boca.

—Esto ha ocurrido en mi cabeza una decena de veces ya —le confesó mientras se colocaba encima de ella y se movía despacio, más lento y suave de lo que se creía capaz.

La reacción de Ethel fue justo la que esperaba: su piel se tiñó de rojo, sus ojos se agrandaron y su respiración se aceleró.

—En la mía también. Eres lo último que pienso antes de dormir.

Nox gruñó; la simple imagen de ella tocándose mientras pensaba en él casi lo hizo perder el control.

—Me estás matando, Ethel.

—¿Estás bien? —jadeó ella, incapaz de contenerse—. ¿Hay algo que debería hacer...?

—Solo... —Nox hundió la cara en su cuello, los dedos clavados en sus caderas, respirando fuerte, casi con desesperación—. Calla un momento. O no voy a aguantar.

Ethel abrió la boca para tomar aire justo cuando él empezó a moverse más rápido, más brusco.

—Aráñame si te duele. —Le puso las manos sobre los hombros. Su tono, firme y posesivo, la hizo estremecerse de placer.

Sus uñas se aferraron a su espalda húmeda de sudor, dejando marcas rojas en su piel.

—Lo siento —gimió ella.

Nox se movió un poco más profundo, como si le disgustara que a ella le importara eso ahora.

—No te preocupes por mí.

La agarró con fuerza por las caderas y luego deslizó las manos bajo sus rodillas.

—Rodéame con las piernas.

Ella obedeció con un gemido ahogado.

—Buena chica —suspiró, hundiendo los dedos en sus muslos.

Ethel tembló.

—¿Te duele? —preguntó él, estudiando cada gesto de su rostro.

Negó con la cabeza. Era él quien fruncía el ceño, como si contuviera un dolor insoportable.

—¿Te gusta, entonces?

Un sollozo escapó de su garganta. Sacudió la cabeza, incapaz de entender cómo podía preguntarle eso en ese momento. Nox dejó escapar una risa baja, sofocada. Le encantaba provocarla, era deliciosa.

No hizo falta que le respondiese en voz alta: su expresión, los sonidos que escapaban de su boca y sus gestos hablaban por ella.

Nox sonrió con suficiencia. Sus ojos, cautivadores, se entrecerraron. Luego apretó su cuerpo contra el de ella con más fuerza.

Mierda, sentía que iba a morir.

La intensidad del placer había alcanzado un nivel terriblemente alto. Ethel sintió que algo dentro de ella estaba a punto de estallar.

Nox se apartó de su abrazo, incorporándose. La miró desde arriba, arqueándose para él, deslizó la mano desde su cadera hasta su ombligo.

Se hundió los dientes en su propio labio y sonrió.

El demonio ha cazado a un ángel.

«Es el ángel quien ha cazado al demonio, en cuerpo y alma; en todas ellas».

Ethel extendió las manos hacia él, rozando apenas su piel, reclamándolo.

Nox gimió y volvió a inclinarse sobre ella, moviéndose con más fuerza.

Ethel se cubrió la boca con la mano.

Nox maldijo y se la apartó, entrelazando sus dedos con los de ella. Luego la besó, colando la lengua entre sus labios.

Su cuerpo entero se estremeció.

—¡Nox...!

Oírla gritar su nombre fue el golpe final.

Ella se aferró a su espalda con desesperación, mientras unas lágrimas rodaban por su rostro.

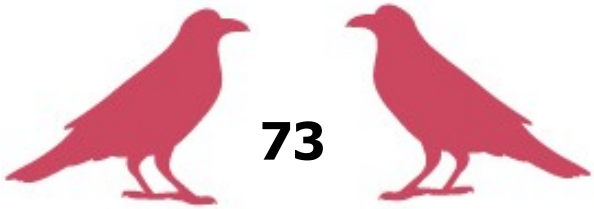
Nox las lamió con ternura; ese contraste imposible entre la furia del deseo y la dulzura del gesto la hizo sentirse reconfortada.

Le sostuvo una rodilla con una mano, mientras con el otro brazo la rodeaba. La estrechó contra él y, en el último instante, dejó escapar un gemido ronco y corto.

Entre parpadeos, Ethel vio su rostro. En una ocasión se había preguntado cómo sería sentir que él era suyo... Ni siquiera se había acercado a lo que de verdad experimentó al verle.

Levantó la mano y ahuecó su mejilla sudorosa. Intentó acercarlo más agarrándolo del cuello para besarlo. Nox le dio un beso en la cara interna de la muñeca y se dejó caer en la cama a su lado, estrechándola entre sus brazos.

Y, así, un demonio halló la entrada al paraíso.



73

Nox se metió en la ducha y se quedó bajo el chorro de agua fría tanto tiempo como pudo. Debería estar aplastándolo el peso de su arrepentimiento. Debería estar deseando borrar cualquier trazo de lo que había ocurrido. Había sido descuidado, temerario, desobediente.

No, nada de eso. Sentía una euforia con la que estaba poco familiarizado. Pero, en cuanto saliese del baño, esa dulce burbuja estallaría y no quería enfrentarse a ello.

«La quiero, creo que estoy bastante seguro de que la quiero».

Su piel cambió y se miró en el reflejo con su verdadero aspecto.

¿Cambiarías? ¿Te convertirías acaso en un mortal si pudieses arrancar lo que eres, quién eres, si pudieras borrar cualquier trazo de tu verdadero ser, dejar atrás tu piel, tus ojos, tus cuernos…?

Nox pasó la mano por el cristal del baño, furioso, borrando su imagen. No creía que fuese tan fácil, su esencia no estaba en su aspecto.

Un demonio es un demonio siempre, da igual qué carne lo vista. Has sido hijo del Inframundo, te has guiado por sus

reglas; tu cabeza y tu corazón, si es que tienes uno de esos, están hechos a su imagen y semejanza.

Pero Nox había desarrollado emociones que no eran típicas de los demonios, eso quería decir que se podía cambiar, que la naturaleza era mutante, ¿verdad? Pero ¿cuánto? ¿La esencia seguía siendo la misma?

Quizá la creación favorita de Altairon también sea la más defectuosa.

Salió del baño tratando de dejar atrás sus tormentos, y se encontró a Ethel dormida. Tenía parte del cuerpo, todavía desnudo, cubierto por la colcha de su cama, que abrazaba.

Se inclinó y apartó con cuidado el cabello que se le había pegado a la mejilla debido al sudor. Luego, en silencio, se subió a la cama y se tumbó de lado para observarla.

El deseo lo invadió como pequeñas olas, y una emoción indefinible sacudió su corazón como un torbellino. No sabía si era ansiedad, confusión o simplemente anhelo.

La cubrió del todo con la manta.

Le dio un beso en la sien para aliviar la sofocante sensación de amor que amenazaba con desbordarle.

—Como demonio que soy prendería este lugar en llamas, pero jamás dejaría que ni una sola te tocase, Ángel. —Susurró la pequeña confesión muy bajito, dejando su corazón expuesto.

Ethel se sacudió y sus ojos se abrieron despacio. Sonrió al mirarle.

—Me he quedado dormida. —Se incorporó sobre los codos—. ¿Qué hora es?

—Pasadas las nueve.

Ethel abrió los ojos preocupada y le tocó el labio.

—Tienes una herida. ¿He sido yo?

Nox sonrió pasándose la lengua por ese punto.

—Tú deberías agradecer que tu camisa sea de cuello alto.

Había un reguero de marcas rojas por su piel. Mirarlas, sabiendo que eran suyas, hizo que un deseo pesado se asentase de nuevo en sus entrañas.

¿Desde cuándo sus instintos lo dominaban de esa forma?

—Debería irme, mi familia se va a preocupar —dijo Ethel.

Nox deseaba que se quedase, le habría gustado observarla dormir un rato más. Era agradable tenerla al alcance de la mano, en un lugar donde nada ni nadie podía tocarla o herirla.

—Te acompañaré, es tarde.

De camino a la mansión, Nox estiró el brazo hacia ella, la tomó primero de la punta de los dedos, acariciándolos, hasta encajar sus manos con firmeza.

—Hasta mañana —se despidió cuando llegaron a la esquina de su casa.

Pero Nox no la dejó ir. Tiró de su mano para besarla. No importaba que se hubiesen acostado hacía un rato, el deseo estalló en su cuerpo como fuegos artificiales y se aferró a sus hombros mientras él la levantaba para que ella lo rodease con las piernas.

Ninguno parecía haber tenido suficiente del otro todavía. Ethel apoyó la cabeza en el cuello de Nox, respirándolo. Olía a champú y a él y la hizo sentir bien, segura. La sensación de estar en sus brazos era agradable y él la estrechó con más fuerza, como si sintiese lo mismo.

—No me has contado qué te ocurrió en el sótano del pastor y por qué estabas ahí.

Nox suspiró.

—Diles a tus tías que investiguen bien a Whitmore. Él lo ha hecho con vosotras. Creo que quiere vuestras tierras. Desea lo que es vuestro.

—¿Por qué? —dijo, echándose hacia atrás para mirarlo.

—Seguramente por dinero, por falta de él o por simple avaricia.

Ethel le pasó un dedo por la ceja, acariciándole el *piercing*. Nox cerró los ojos, le agradaba mucho cuando Ethel lo tocaba sin titubeos. Había odiado profundamente que sus manos lo evitasen, como hacía con el resto del mundo.

—Es peligroso que...

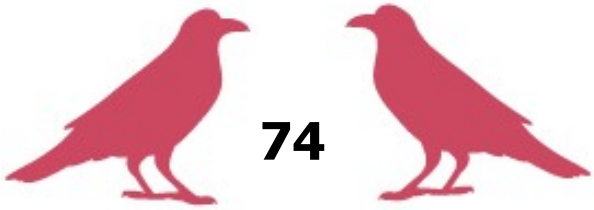
—Lo sé. Sé lo que me hago, no te preocupes por mí, Ethel. Con que te cuides a ti misma es suficiente. —Le dio un beso rápido y la dejó en el suelo—. Vuelve a casa antes de que tus tías salgan a buscarte y nos encuentren aquí.

Ethel sonrió. «Por fin», pensó Nox. Había echado mucho de menos que le regalase aquella expresión de felicidad genuina.

Se despidió gritándole un «hasta mañana», algo así como una promesa de que al acabar la noche volverían a verse. Esa certeza fue lo único que lo mantuvo cuerdo.

SEXTO CUADRO
La ejecución de Lady Jane Grey (1833), Paul Delaroche





74

Al contrario que los días anteriores, la perspectiva de ir a clase la emocionaba. Resulta fascinante cómo una persona tiene el poder de cambiar la realidad de otra. Hacía unos días aquellos pasillos llenos de ojos, susurros y hostilidad la habían hecho sentir aterrada y casi desolada. Ahora era lo contrario. Si tenía a alguien a su lado, enfrentarse a lo que le daba miedo le parecía más sencillo, quizá no tan oscuro y no tan solitario. O puede que fuese que su cabeza se enfocaba más en lo positivo, que lo que sentía por Nox lo cubría todo y ahora solo tenía espacio para esos sentimientos.

Estaba distraída, tenía la cabeza en las nubes aquella mañana. Sus tías tuvieron que repetirle las cosas un par de veces hasta que acertó a oírlas y responderles. Casi se había marchado descalza a clase, olvidando ponerse los zapatos.

El corazón se le aceleró al ver el edificio. La anticipación quemó en sus venas.

Cruzó el camino de la entrada casi sin aliento, apretando el paso.

Esa mañana, al mirarse al espejo de su habitación, había visto las marcas rojas de los dientes y los labios de Nox por su cuerpo. Un recordatorio de que había ocurrido de verdad, de que la noche anterior no había sido un sueño.

Pero más que eso, recordaba cómo le había suplicado, con esa voz ahogada que casi no parecía de él, que lo besara.

Sonrió.

Subía las escaleras hacia la puerta del edificio, cuando alguien la llamó a su espalda.

—Ethel Ashbourne.

Se giró aún con la sonrisa medio dibujada en los labios. Pero, en cuanto se volvió, algo en su estómago se tensó. El tiempo pareció cambiar de ritmo.

Dos agentes de policía uniformados estaban parados al inicio de las escaleras.

Ella los miró confundida. El corazón comenzando a latirle en las sienes.

—¿Qué ocurre?

Uno de los agentes subió las escaleras hacia ella. La agarró de las manos que le colocó detrás de la espalda en un movimiento brusco.

—¿Qué hace? —jadeó Ethel, mirando a su alrededor sin comprender nada.

—Debe acompañarnos a comisaría —dijo el policía mientras les ponía unas esposas; el metal frío le mordió las muñecas.

El mundo se deshizo. Sintió como si las escaleras desapareciesen bajo sus pies.

—¿Qué? —balbuceó de nuevo—. No... no entiendo. ¿Por qué?

El policía la agarró del brazo y tiró de ella para guiarla.

Ethel se sacudió, asustada.

—Yo no... Yo no he hecho nada. Se han tenido que confundir. —La ansiedad brotó en su pecho y ascendió rápida y venenosa hacia su garganta—. Yo... Yo no...

El otro agente comenzó a recitarle algo, pero Ethel había dejado de oír. Estaba en una burbuja oscura y distorsionada. Los

estudiantes a su alrededor la miraban, los murmullos alcanzaron un nuevo pico.

Entonces sus ojos se encontraron con un rostro deformado por la satisfacción y el asco. En la verja de entrada, el pastor Whitmore la observaba fijamente. A su lado estaba el jefe de policía local. Junto a ellos, Ivy, que agachaba la cabeza evitando mirar a Ethel.

Así que era cosa del pastor.

—¡Fuera de Ebonwick! —chilló alguien—. Escoria.

Ethel cerró los ojos mientras la conducían hacia el coche patrulla que estaba aparcado en la verja. Deseó desaparecer. Que su cuerpo se desintegrase en pequeñas motas y que el viento se la llevase lejos.

Uno de los agentes le puso una mano en la cabeza para bajársela. Ethel abrió los ojos mientras la introducían en el coche y vio una figura que enfilaba la calle a paso rápido.

Ethel se quedó congelada, los ojos muy abiertos, mientras él se detenía en seco al ver la escena. Sus pupilas se contrajeron al reconocerla. Como si acabaran de arrastrarle el alma fuera del cuerpo.

—¡Ethel! —la llamó con una voz que parecía distinta, un sonido que ella nunca le había oído.

«Ah, es pánico», lo reconoció.

Ella estiró el cuello para poder seguir mirándole mientras la empujaban.

—¡Avisa a mi familia, por favor! —le pidió.

—¡¿Qué coño está pasando?! —bramó Nox fuera de sí mientras se abría paso entre los que se habían comenzado a agolpar junto al coche.

El jefe de policía alzó una mano para detenerlo.

—¡No te acerques!

El pastor Whitmore dio un paso hacia él, sereno, altivo.

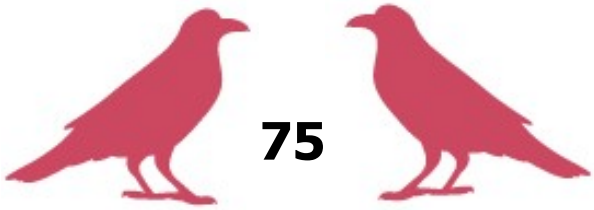
—No te metas, muchacho. Es un asunto serio.

Nox lo fulminó con la mirada. Pero era demasiado tarde.

La puerta se cerró de golpe con un chasquido seco. A través del cristal, Ethel lo miró con un par de lágrimas escapando de sus ojos.

El coche arrancó llevándosela.

Nox miró a Whitmore y a Ivy a su lado. Aquello era una maldita declaración de guerra.



75

Frotó una mancha en el suelo de linóleo con el pie. El parpadeo constante de los fluorescentes en el techo la estaba poniendo nerviosa. Se rascó el brazo y cambió de posición. Trató de recolocarse el chaleco del uniforme. Se le clavaban las costuras. Se pasó las uñas por las medias hasta sentirlas en la carne de las piernas.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

De nuevo el titilar de la luz. Le sudaba la nuca. Se quitó la americana. Volvió a cambiar de posición. Se remangó la camisa.

Estaba sentada en una silla de metal dura e incómoda, en una sala diminuta de color marrón oscuro. Olía a tabaco rancio. El olor debía haberse quedado impregnado en las paredes.

Una gota de sangre cayó sobre la falda del uniforme. Se había abierto una herida en la cutícula del pulgar.

Hubo un pequeño jaleo al otro lado de la puerta que la mantenía encerrada. La puerta se abrió de golpe y apareció Seraphine.

Fue, en el momento justo en el que vio su rostro, que dos gruesas lágrimas se derramaron de los ojos de Ethel.

—Tía... —suspiró aliviada.

Los ojos de Seraphine echaban chispas.

—Ya estamos aquí. No te preocupes.

Su abuela estaba tras ella, hablando con el jefe de policía local.

La inspectora Harper apareció entonces y agarró a Seraphine del brazo.

—No puedes estar aquí. Solo la puede acompañar su tutora legal.

—Isadora tardará horas en llegar.

—Tu madre es quien está autorizada para sustituirla.

Seraphine atravesó a la inspectora con la mirada.

—No me puedo creer que la hayáis detenido en el instituto frente a todos, en vez de venir a casa y permitir que la acompañásemos. Ya tenemos suficiente con las mentiras que está esparciendo Whitmore. ¿Por qué exponerla así?

Vivian asintió. Parecía dolida e incómoda.

—No tenía ni idea, Seraphine. Ayer yo no estaba de guardia y... nadie me consultó, ha sido cosa del jefe local. No estoy de acuerdo en cómo han actuado.

—¿Por qué la estáis tratando como si fuese una criminal?

Vivian se la llevó para hablar con ella en privado.

Ethel trató de recordar los ejercicios de su psiquiatra, pero no era capaz de concentrarse en ninguno. Le dio la sensación de que le hervía la sangre, de que su cuerpo ardía. Tenía una emoción extraña atascada en el pecho. Sentía un vacío similar a cuando expulsaron al espíritu de la mansión.

La puerta se abrió de nuevo.

—La investigación de los asesinatos es de la policía del condado y, por tanto, mía. Así que yo haré las preguntas. —Oyó que la inspectora decía con autoridad.

Su abuela entró en la sala y se sentó a su lado. Le cogió la mano y le dio un beso en el dorso.

—Tranquila, *fawnlet*. Daphne ha llamado a tus padres y están de camino.

Ethel abrió los ojos.

—Pero mi madre...

—Hablaré con ella. Están muy preocupados. Además...

—Además mi madre es muy buena abogada —susurró Ethel sabiendo qué iba a decir su abuela.

Eso quería decir que la cosa era seria, ¿no? No necesitaría una abogada si no tuviese que defenderse de algo importante.

Vivian entró por fin en la sala, con una carpeta y una bolsa oscura, y se sentó frente a ellas.

—Te voy a hacer unas cuantas preguntas, Ethel.

Ella asintió.

—¿Dónde estabas ayer alrededor de las once de la noche?

Ethel frunció el ceño.

—En casa.

—Llegó cerca de las diez. Cenó algo rápido en el salón y subió a su habitación —contestó Morgana.

—Subí a mi habitación, me di una ducha y me acosté —completó Ethel.

La inspectora asintió para sí misma. Rebuscó entre las cosas que traía y sacó algo que estaba dentro de una bolsa de plástico transparente. Lo dejó encima de la mesa y lo deslizó cerca de Ethel.

—¿Es tuyo?

Era la hoja del trabajo de literatura, donde venían las especificaciones. En la parte superior estaba escrito su nombre.

—Sí —confirmó Ethel, dubitativa.

Se irguió, de pronto, con las manos apoyadas en la mesa, y cogió aire al entenderlo.

—¡Me dejé la mochila en casa de Ivy Whitmore! Fuimos a hacer el trabajo a su casa, junto con Silas, James y Nox. Pe... Pero... —Se aclaró la garganta—. Bebimos, y Nox y yo salimos un momento al jardín, él discutió con Silas y quería que se calmase y... Y luego Nox y yo nos fuimos a su casa, no nos acordamos de recoger nuestras cosas. Llevaba mi cuaderno de clase, un estuche y la cartera en mi bolso —explicó de corrido, sin coger aire.

Vivian la estudió como si estuviese decidiendo si decía la verdad o no.

—¿A qué hora os fuisteis?

Ethel lo pensó un momento.

—Debían de ser pasadas las siete... Pero no las siete y media, porque Nox paró en la farmacia y todavía estaba abierta.

—Me gustaría saber de qué se acusa a mi nieta y por qué la han detenido antes de seguir con las preguntas —interrumpió Morgana.

Vivian dejó escapar un suspiro y se frotó el entrecejo con el nudillo.

—Ayer un testigo llamó para decir que había visto a una chica joven y rubia corriendo con las manos ensangrentadas; que salía de un callejón. El jefe de policía local y otro agente se acercaron a la zona y encontraron un cadáver calcinado, justo como los otros dos que han aparecido en los últimos meses. Al hacer un reconocimiento de la zona encontraron esta hoja en el suelo, no muy lejos.

—Ah, déjeme adivinarlo, el «testigo» era el pastor Whitmore. ¿Me equivoco? —dijo Morgana.

Vivian se aclaró la garganta.

—No puedo revelarle esa información. —Vivian cerró los ojos un momento, con un gesto que no era enfado, sino cansancio—. Entiendo lo delicado de la situación. Y no me gusta que haya ocurrido así, menos aún en un lugar tan pequeño donde todo se

magnifica. Pero el hallazgo del cadáver, unido a las evidencias y a la llamada, nos obliga a actuar con cautela. Ethel, lo entiendes, ¿verdad?

Ethel asintió muy despacio.

—No hay pruebas concluyentes, pero tampoco podemos ignorar los indicios. Vamos a retenerte aquí, en la comisaría, durante veinticuatro horas. Es el plazo máximo legal mientras recopilamos información y cruzamos declaraciones.

Ethel bajó la cabeza. Veinticuatro horas. Allí. Sola. Se estremeció.

—¿Y luego qué? —preguntó Morgana mientras le cogía la mano a Ethel.

—Si las pruebas no sostienen la acusación, se la pondrá en libertad sin cargos —respondió Vivian, mirándola directamente.

La inspectora le pidió a Morgana que la acompañase fuera un momento. Seraphine atravesaba a todos los que estaban en la sala con la mirada y pensaba en maldiciones para ellos. Las vio salir y se acercó a ellas.

Vivian las hizo entrar en el despacho que le habían dado. Cerró la puerta y se apoyó en su mesa.

—Veréis, voy a ser sincera a riesgo de hablar más de la cuenta —dijo en tono confidente—. Las cosas están muy caldeadas en el pueblo. El señor Whitmore tiene mucha influencia. Creo que es más seguro que Ethel se quede aquí. Desmontaremos la acusación, porque en realidad no parece que vaya a tener mucho recorrido.

»El problema es que los agentes locales tienen muchas ganas de encontrar un culpable y quieren aferrarse a cualquier cosa... Me gustaría pediros que os quedéis en casa y tengáis cuidado.

Seraphine la miró con cara de pocos amigos.

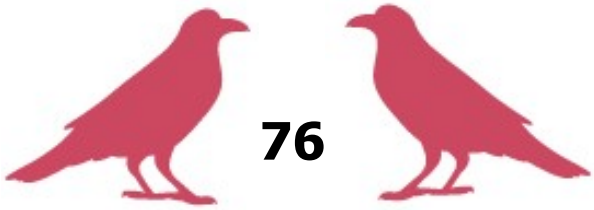
—¿Cuidado?

Vivian se frotó los ojos.

—Los vecinos... A Ethel no le pasará nada aquí dentro, pero vosotras... Veréis, creo que es mejor que mostremos que hemos agotado todos los recursos y que ha quedado claro que ella no tiene nada que ver. Si sale ahora, muchos seguirán pensando que es culpable. El relato... Lamentablemente, a veces importa más el relato, y lo que la gente desea creer, que la verdad.

—Por supuesto. Ya se ha hecho un juicio ahí fuera. Él ya tiene lo que quería —gruñó Seraphine.

Whitmore sabía que su pantomima no serviría para acusar a Ethel seriamente, pero eso no era lo que buscaba. Él solo necesitaba que al pueblo le pareciese culpable, con eso le bastaba.



76

Se les había agotado el tiempo para esperar la respuesta de las Trece. Las tres bajaron al sótano y se tomaron de las manos en círculo.

—¿Cuándo llega Isadora? Debería estar aquí con nosotras.

—En un par de horas —contestó Daphne.

Debían hacer una llamada de emergencia. El último y más desesperado recurso que tenían. Algo que solo se usaba en caso de peligro extremo.

Bajo sus pies estaba el pentagrama tallado en ébano. Representaba al aquelarre, y había una punta solitaria; el lugar que había sido de Isadora en otro tiempo y que pasó a ser de Ethel.

Un aquelarre sin un miembro es un aquelarre debilitado. Cada una de ellas era un órgano esencial y, como ocurría con el cuerpo humano, si fallaba uno, los demás sufrían.

Mientras las mujeres llamaban a las suyas y se preparaban para lo que hacía siglos no enfrentaban, en la escalinata de la iglesia el pastor Whitmore se dirigía a una pequeña multitud de vecinos:

—Hemos soportado demasiado. ¿Cuántas muertes más hacen falta? ¿Cuánta sangre tiene que correr antes de que reaccionemos? Esas mujeres son peligrosas, sus valores se alinean con lo satánico.

Las muertes apestan a algo ritual, y si no hacemos nada, pronto nos tocará a uno de nosotros. A nuestros hijos. Estamos dejando nuestra comunidad desprotegida ante su infección. Si las autoridades no hacen nada, entonces lo haremos nosotros. ¿Qué esperan? ¿Que nos quedemos de brazos cruzados viendo cómo unas asesinas campan a sus anchas por nuestro pueblo? ¿Qué quieren? ¿Que no nos defendamos?

Whitmore bajó la cabeza como si orara. Pero cuando la alzó, sus ojos chispeaban con algo que se alejaba mucho de lo piadoso.

La gente gritó asintiendo. En sus rostros se adivinaba la rabia. Sus bocas se torcían con furia, con agresividad, con ganas de violencia.

La tensión comenzaba a burbujear.

—Han encerrado a una de ellas, de momento —siguió Whitmore, sin ocultar su satisfacción—. Pero no por mucho tiempo. Ya sabéis cómo funciona esto... Pero si no hay justicia, la haremos nosotros con nuestras manos. Protegeremos lo que es nuestro.

Un aplauso estalló, furioso. El rugido de una caza que comienza.

—No estamos solos. Él —señaló al cielo— está con nosotros. Ebonwick es un lugar de paz, de bien. No dejaremos que la oscuridad profane nuestras casas, nuestras almas..., nuestros hijos.

Y con esa última frase, un grupo se separó del resto y comenzó a avanzar por la calle principal, en dirección a la mansión Ashbourne.

Ghom entró en la comisaría gritando que alguien le había atacado con un hacha. Nox le había pedido que no fuese dramático, pero claramente no le había prestado atención. Tenía el pecho lleno de «sangre» y una herida abierta que se había hecho a sí mismo. Nada muy problemático para un cuerpo como el de un demonio menor.

El efecto fue el esperado, todos los que estaban dentro salieron, asustados, conmocionados. El alboroto perfecto para que Nox se escabullese a la zona de los calabozos. La comisaría era tan pequeña que solo había dos celdas junto al cuarto que usaban de almacén.

Ethel estaba sentada en el suelo. Murmuraba algo tan deprisa y bajito que solo se oía un bisbiseo.

Nox se acercó hasta el otro lado de los barrotes.

—Ethel —la llamó en voz baja.

Ella levantó la cabeza, tardó un par de segundos en reaccionar, como si no creyese del todo lo que veía. Tenía el rostro surcado de lágrimas secas, le habían dejado marcas de irritación bajo los ojos y las mejillas.

—Nox. ¿Qué...?

Miró a los lados esperando ver a algún agente junto a él.

Nox estiró la mano hacia ella, ansioso. Ethel se acercó y, en cuanto estuvo a su alcance, la agarró y tiró de ella. Le acarició la cara con los pulgares, suave. Los ojos se le oscurecieron. Ella movió la cabeza hacia su mano, queriendo prolongar el contacto.

A Nox se le rompió el corazón y trató de abrazarla.

Ethel se apoyó en él a través de los barrotes. El ruido que había en su cabeza se calmó y su sangre dejó de correr con tanta fuerza. El olor familiar de Nox la hizo sentir en paz durante un momento.

—¿Qué haces aquí?

Nox le acarició el pelo. Si estuviese en su forma de demonio podría abrir aquella celda y sacarla con facilidad.

—Estaba preocupado, Ethel. Tienes que salir de aquí. Las cosas se están poniendo muy feas ahí fuera. Whitmore incita a la gente a tomarse la justicia por su mano contra tu familia.

—¿Y qué puedo hacer?

Nox se echó hacia atrás para mirarla.

—Eres una bruja, Ethel. Usa un conjuro.

—No sé abrir puertas.

—Ghom, mi tutor —se corrigió—. Los está distrayendo, pero necesitaré algo más para poder coger las llaves. ¿Sabes quién las tiene?

—El jefe de policía local —contestó Ethel. Se quedó en silencio pensando en qué podía usar. Repasó por orden todos los hechizos que se sabía de memoria y para los que no necesitaba un grimorio —. Puedo hacer un hechizo de sueño. No los dormiré, pero sí que soy capaz de dejarlos en una especie de letargo.



77

La verja y la valla de hierro fueron los obstáculos más sencillos de sortear. No había personas al otro lado, había bestias, animales. Ojos enloquecidos, caras retorcidas de odio. Y, sin embargo, eran todos de carne y hueso.

Personas que incluso las habían visto crecer.

Gente a la que habían saludado alguna vez.

Vecinos que habían acudido a ellas con problemas de salud, en busca de sus remedios.

Hasta hacía unas horas, seres humanos.

Con qué facilidad se infecta alguien de odio, de violencia, de intolerancia. Era una epidemia esparciéndose deprisa.

Una primera piedra rompió el cristal de la cocina, lo atravesó hasta caer encima de la mesa, tirando al suelo las flores que Daphne había puesto la mañana anterior.

¿Qué mayor miedo puede haber que el de no sentirte seguro en tu casa?

—Nos están cazando como si fuésemos alimañas —susurró Daphne mientras observaba los cristales con los ojos empañados y las manos temblando.

—Estoy llamando a la comisaría, pero nadie contesta —dijo Seraphine.

—Apartaos de las ventanas —ordenó Morgana.

Fuera rugían las bestias, los monstruos. Sus bocas se abrían mientras escupían veneno y bilis.

—¡Brujas!

—Fuera de aquí.

—No os queremos en nuestro pueblo.

—Hijas del diablo.

Morgana observaba impotente cómo destrozaban sus rosales. En todos sus años de vida jamás le había dolido tanto el corazón. Miró sus manos, viejas, manchadas y temblorosas. Había nacido en una época en la que todo era más difícil, no por ser bruja, sino por ser simplemente una mujer.

Se había sentido agradecida de que sus hijas y su nieta lo hubiesen tenido más fácil. Pero ahora asistía con horror a cómo todo se derrumbaba para ellas.

Seraphine tomó de la mano a su melliza, que murmuraba plegarias protectoras deseando que aquel asedio acabase pronto.

Qué injusto, pensó Morgana, ser amenazadas simplemente por existir.

La vida nunca había dolido tanto como en ese momento.

Otra piedra rompió el ventanal del salón. La siguieron unas cuantas más. Tiraron los marcos de fotos de las estanterías.

—¡Salid, cobardes!

—¡Asesinas!

Seraphine y Daphne movieron el sofá, levantándolo para intentar taponar el cristal roto.

—Si no salen, las sacaremos —rugió alguien.

—¡Quememos su guarida! ¡Las ratas solo salen con humo! —bramó otra persona—. Purifiquemos este sitio.

—¡Sí! —gritaron muchos.

—¡Fuego! ¡Fuego a las brujas!

Alguien sacó una botella con una mecha de tela empapada en alcohol, la prendió y la lanzó contra la casa. Se estrelló contra el porche y las llamas comenzaron a lamer las columnas de madera.

Ethel sacó de la cinturilla de su falda la pequeña bolsita con pétalos. Trazó en el suelo un círculo que llenó de líneas curvas, todas convergiendo hacia ella.

—Necesito que apagues las luces. Y busca algo con lo que taparte los oídos.

Nox le guiñó el ojo y se marchó. Eso era fácil, ni siquiera tuvo que volver a su forma de demonio para hacerlo. Una pequeña subida en la tensión y saltarían los plomos. Bastaría con liberar una chispa de energía para provocarlo.

Agarró unos auriculares que estaban conectados a un ordenador y se los colocó en las orejas.

Cuando la comisaría se quedó a oscuras. Ethel comenzó a tararear una letanía. Para conseguir dormir a una sala tan grande habría necesitado algún instrumento, una música más compleja, pero su voz serviría para llenar de bruma sus cabezas.

Simplemente tenía que acertar las notas, como quien teje con hilos una red. La melodía se coló a través de las paredes y penetró en el caos que la oscuridad repentina había causado.

Las personas dejaron de moverse, atraídas y cautivadas por el sonido, distraídas. Sus mentes fueron poco a poco vaciándose y se sumieron en un estado de calma y paz donde todo era suave, lento.

Nox localizó al jefe de policía y le metió la mano en el bolsillo donde guardaba un pequeño manojo de llaves. Era increíble lo mucho que había avanzado Ethel desde que había llegado a Ebonwick. Estaba prácticamente lista.

Darse cuenta de ello lo paralizó. Su misión pronto estaría completa. Cerró la mano con fuerza en torno a las llaves, clavándose sus bordes de metal.

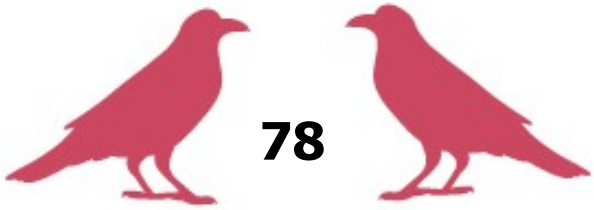
La culpa le pesó en el estómago.

«No puedo hacerlo».

Altairon te matará.

«Y traicionarla también».

Nox se recuperó y se dio prisa en abrir la celda de Ethel. Se escabulleron rápidamente gracias a la oscuridad del edificio y al estado obnubilado de los que estaban allí, aunque el efecto no tardaría demasiado en desaparecer.



78

El fuego, el del miedo, el de la ignorancia, el de la desesperación de quienes necesitan un enemigo para expiar su miseria, se propagó. Una botella se estrelló contra el sofá apoyado en la ventana y rápidamente empezó a arder. El salón se llenó de humo.

Las Ashbourne se miraron, conteniendo el aliento, sintiendo cómo la presión del pánico les apretaba el pecho como un yugo.

El rugido se alzó, eufórico.

—¡Quemad la casa! ¡Quemad el mal!

Morgana fue la primera en correr a por los cubos. Luego Daphne y Seraphine, arrastrando mantas húmedas, toallas, lo que fuera. El fuego crecía deprisa.

Seraphine apretaba los dientes mientras el rostro se le llenaba de lágrimas. Se las limpió con rabia, odiando que tuviesen el poder de hacerla llorar. No quería reconocerlo, nunca le había gustado mostrar sus puntos débiles, pero estaba asustada.

Daphne sofocó el fuego con un hechizo de tiempo, tratando de restaurar lo que ardía.

Pero era inútil. Por cada foco que apagaban, otro nacía. El humo se colaba por la rendija de la puerta y a través de las ventanas rotas.

La mansión y sus paredes y techos crujían. Parecía llorar, herida.

Una cortina se desplomó hecha una antorcha.

El humo se tragaba los recuerdos, los ennegrecía.

Los muebles, los libros, las cartas, las fotografías, todo lo que generaciones y generaciones de Ashbourne habían cuidado, todo lo que formaba parte de su historia, ahora perecía.

El pasado se incendiaba.

Sus raíces.

Su historia.

—¡Hay otro foco! —gritó Seraphine—. ¡En la cocina!

—¡El invernadero! —sollozó Daphne—. Lo están destruyendo.

Seraphine se giró y su cuerpo se quedó congelado.

—¡El laboratorio no, por favor, el laboratorio no! —suplicó, pensando en todos sus ingredientes y en el trabajo de todos esos años.

La magia de las Ashbourne estaba debilitada por el caos emocional. Pronto las harían salir o entrarían ellos.

La casa misma parecía llorar.

Las vigas escupían astillas incandescentes.

Los cristales estallaban como pequeñas detonaciones.

Afuera, los cánticos continuaban.

—¡Asesinas! ¡Pagad con fuego vuestra maldad!

—¡Quemadla! ¡A ellas también!

—Fuera de nuestro pueblo, fuera de nuestra tierra.

Daphne se había derrumbado sobre sus rodillas mientras lloraba desconsolada. Tenía las manos quemadas de apagar fuegos. Seraphine se afanaba por cubrir cada foco, empapada en sudor.

Ethel, agarrada a la mano de Nox, corrió a toda velocidad por las calles de Ebonwick. El aire en sus pulmones convertido en brasas, el

corazón golpeándole las costillas como si quisiera romper su pecho para escapar.

Un gemido de terror escapó de su garganta cuando vio la turba y la casa envuelta en llamas y humo, el cielo teñido de naranja y negro. La masa rugiente de cuerpos emanaba odio, acechando como una jauría hambrienta ante la verja abierta de la mansión.

—¡Apartaos! —gritó, abriéndose paso a manotazos, pero nadie la escuchaba.

Un hombre le empujó el hombro con fuerza. Otro la insultó. Las cenizas volaban como nieve negra, pegándose al sudor de su piel, cegándola.

Nox los apartó con facilidad. Se los encontraría en el infierno al cabo de unos años, estaba seguro.

Ethel forcejeó, alguien le tiró del pelo, otro le arañó el brazo intentando agarrarla. La rabia le estalló en el pecho como una bala. Chocó el hombro con un chico que no debía tener más de catorce años, lo apartó como pudo, y cuando una mujer le puso la zancadilla, fue Nox quien la levantó de un tirón, rodeándola con el brazo.

—¡Dejadme pasar! —gruñó Ethel, clavando las uñas para abrirse paso—. ¡Tengo que llegar! ¡Tengo que ayudarlas!

El caos a su alrededor era un vórtice, como si el mundo entero se hubiera roto. Solo quedaba furia, gritos, humo, odio. Risas histéricas. Piedras. Fuego.

Y el olor. Olía a muerte.

Nox le sujetó la cara con ambas manos, obligándola a mirarlo.

—Ethel, escúchame. Ya casi estamos. Voy a abrirte camino, no te despegues de mi lado.

Ella asintió, aunque las lágrimas no la dejaban ver.

Morgana recorrió con la mirada las paredes, los retratos vencidos, los recuerdos que la habían criado a ella y a sus hijas. El sofá de su abuela, donde recordaba haberse sentado en su regazo mientras le leía sus primeros libros. El mismo sofá en el que su marido se había quedado dormido para siempre. La alfombra donde Isadora dio sus primeros pasos, con su madre sosteniéndole las manos. Las escaleras por donde Seraphine se había lanzado con su triciclo a los cinco años.

Todo se deshacía.

Y, entre gritos, oyó a alguien reír. Reír. Como si su sufrimiento y su desgracia fuesen un espectáculo.

Morgana dio un paso hacia delante y luego otro, hasta que alcanzó la puerta principal y la abrió de par en par.

Una oleada de calor, humo y gritos la envolvió.

Nunca había visto un campo de batalla de cerca, solo en la ficción, pero aquello le pareció muy similar.

—¡Basta! Dejadnos en paz, solo somos tres personas. No hemos hecho daño a nadie y esta es nuestra casa.

Un objeto silbó en el aire. Una piedra que impactó en el escalón a sus pies.

Morgana apenas pestañeó.

—Esto no tiene nada de piadoso. Si su Dios existe, le hará pagar por lo que está haciendo.

Otra piedra surcó el aire. Luego otra más.

La primera la rozó en el hombro. La segunda impactó contra el marco de la puerta y astilló la madera.

—¡Mamá! —chilló Daphne, aterrorizada.

Corrió por el vestíbulo hacia su madre. La ceniza se le pegaba a las mejillas húmedas.

—¡Mamá, entra! ¡Por favor!

Otra piedra.

Daphne gritó el nombre de su madre justo cuando la vio alzar un brazo para protegerse. Y corrió. Corrió con el impulso visceral de una hija que teme no llegar a tiempo.

—¡MAMÁ!

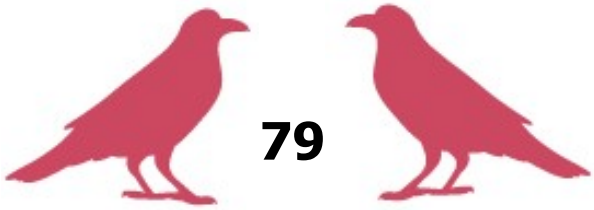
Se interpuso. Su cuerpo se lanzó delante justo cuando una piedra más pesada cortó el aire con violencia. Sujetó a su madre de los hombros, intentando apartarla de la trayectoria.

El impacto fue brutal.

La piedra alcanzó de lleno la sien de Daphne.

Su cuerpo se tambaleó, como una muñeca de trapo.

Y luego cayó.



79

Sangre. Ethel vio la sangre formando un charco en el suelo del porche. El brillo escarlata estalló en sus ojos.

Ah... Ah... Ah...

Se frenó. La respiración le retumbaba en los oídos. La tierra se inclinó y cayó al suelo sobre las rosas aplastadas del jardín. Se pinchó las manos con las espinas.

El grito de Morgana rasgó el aire. Ethel vio muy despacio cómo su tía Seraphine salía de la casa patinando sobre sus pies y se lanzaba a por su hermana.

Ah... Ah...

El tiempo se quebró. La realidad se hizo jirones hasta transformarse en una pesadilla.

Su abuela levantó a tía Daphne en sus brazos y se la llevó al pecho. La cabeza le colgaba hacia atrás, como una flor muerta.

Seraphine gritó el nombre de su hermana. Tenían sus pociones, pero la casa estaba en llamas. Estaban allí, expuestas a las fieras, impotentes, desgraciadas.

Ethel se arrastró clavando las uñas en la tierra.

Quiso gritar, pero solo le salió un sollozo áspero, líquido.

Sintió ira, una rabia tan profunda que brotó desde sus poros como llamas. Su gruñido atravesó el aire, reverberó quebrando la atmósfera como el rugido de cientos de animales, como el grito de un monstruo que se prepara para atacar.

El cuerpo de Ethel se arqueó.

La sangre que manaba de sus manos se elevó como hilos de seda roja. Y ella flotó en el aire con la cabeza hacia atrás. Sus dedos se alargaron y sus puntas se afilaron. El rubio de su pelo se transformó en blanco, del mismo tono que su piel nívea que se llenó de vetas rojizas. Los colmillos se le afilaron ligeramente.

Y entonces, abrió los ojos. De un carmesí intenso.

A su espalda brotaron dos alas de plumas rojas y rotas.

El gentío dio un paso atrás y los gritos se tornaron en chillidos de pánico.

Ethel se giró para mirarlos. El aire onduló a su alrededor con algo sensual y ominoso. De pronto, no podían apartar la vista. Era como ahogarse en un perfume invisible. La rabia se convirtió en fascinación. En deseo. En terror.

Estaban atrapados en ella. En la *bella dama sin piedad*.

Ethel descendió despacio, erguida.

Una reina caída del cielo y coronada en el infierno.

Echó las alas hacia atrás y, en un parpadeo, se lanzó hacia delante.

Un borrón rojo.

La primera víctima apenas duró un segundo. Lo tomó de la garganta y acercó la boca a la suya, como si fuese a besarlo. Al aspirar, la sangre se elevó, flotando como humo carmesí, una espiral de seda que giraba a su alrededor, como llamas vivas. Alimentándola.

Su aura rozaba la piel de los presentes, les acariciaba el alma. Era imposible apartar los ojos de ella. Querían huir, pero más aún querían quedarse. Sentirla. Tocarla. Morir por ella.

Sus pies apenas rozaban el suelo, envuelta en un vendaval de sangre que danzaba como un vestido de terciopelo a su alrededor. Era tan veloz que solo quedaba una mancha. Nadie alcanzaba a procesarlo; cuando querían darse cuenta, ya había tomado sus vidas.

La movía un ansia insaciable, un vacío hecho de rencor, furia y odio. Ellos caminaron hacia ella como hipnotizados, arrastrados. Temblaban, sí, pero sonreían. Sonreían como si se entregaran al amor de su vida.

Ethel les rozó las mejillas con la punta de los dedos y de sus ojos brotaron lágrimas de sangre.

Tan rápido como había descendido, volvió a alzarse sobre la muchedumbre. Extendió los brazos hacia abajo y los absorbió a todos. Echó la cabeza hacia atrás, dejando que la sangre ascendiera en hilos y espirales hasta fundirse con ella.

Ethel ya no era ella misma. Era un ángel caído, era un demonio. Era instinto y rabia. Era algo nuevo. Un monstruo.

Quienes la habían odiado caían rendidos, atrapados en su juicio final, consumidos por aquel éxtasis.

Un minuto. Solo un minuto bastó para teñir de rojo la calle y el jardín.

No quedó nadie.

Solo él, que temblaba como una hoja. Como era un cobarde, estaba escondido tras la multitud y había corrido hasta ocultarse. Rezaba de rodillas y trataba de llamar a alguien.

—Arkemis, príncipe de la Avaricia... Arkemis... —repetía una y otra vez.

Ethel bajó, rápida.

Le alzó el rostro con una mano blanca como la leche.

Él no pudo más que mirarla.

Ella arrugó el labio superior, mostrando los colmillos.

No hubo más que un suspiro.

Y terminó con él.

Ah... Ah...

El rugido en su cabeza se fue apagando poco a poco. Las rodillas le flaquearon, su cuerpo cedió y cayó al suelo.

El mundo regresó en ráfagas borrosas, como un lienzo pintado a brochazos. El zumbido en sus oídos dio paso a un silencio aséptico. Fue un instante brevísimo de calma y paz.

Las plumas de su espalda se deshicieron lentamente. Sus ojos recuperaron el tono incoloro, los dedos y los dientes volvieron a redondearse, y su pelo recobró el color del sol.

Mareada, se sostuvo con la mano derecha.

—Abuela... —gimió, deseando que todo hubiese sido una de sus pesadillas vívidas, esos sueños que parecían reales, pero de los que siempre despertaba.

Alzó la vista. Parpadeó una, dos veces.

De pie. A unos metros. Inmóviles. Su padre, con el rostro pálido y los ojos rotos de tristeza. Su madre, con una mueca de horror, temblando. La imponente Isadora Ashbourne, al borde del llanto, la miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

Ahora sí, pensó Ethel, ahora se había cumplido el mayor miedo de su madre. Aquello por lo que nunca había conseguido quererla del todo.

Entonces, sus ojos procesaron todo lo demás. El cuadro completo de horror que ella misma había pintado.

La calle, sus manos, el uniforme: todo teñido de rojo.

Al otro lado de la verja desencajada, su abuela sostenía a Daphne en brazos, con Seraphine a su lado. Dos pares de ojos más se clavaban en ella.

Nox estaba en el jardín, a unos metros de distancia, rodeado de...

La visión misma la obligó a girarse y vomitar.

Él no la miraba con horror. Era otra cosa: pena, fascinación..., culpa. Devastado, parecía devastado.

—Mamá... —sollozó Ethel.

Quiso hablar, pero no encontró palabras. Su cuerpo se sacudió con un espasmo de pánico.

—¿Qué has hecho? —gimió Isadora.

El mundo enmudeció. La vida pareció replegarse, esconderse, agazaparse... hasta abrir paso a una gran grieta, un tajo negro.

El aire se volvió denso, irrespirable, impregnado de azufre y hierro.

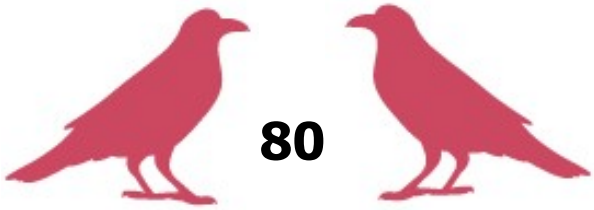
De la hendidura cayó una sombra. No, no una sombra: un hombre.

O no exactamente.

Al fijarse mejor, lo comprendió. Su pelo color arena estaba coronado por dos cuernos de obsidiana. Sus ojos, con pupilas casi verticales, brillaban en un púrpura antinatural, y en su sonrisa se insinuaban dientes afilados. Tras él se desplegaban dos enormes alas de piel, surcadas por huesos de apariencia metálica que terminaban en garras.

Su piel, veteada de sombras ondulantes, contrastaba con el impecable traje marrón oscuro que vestía.

—Hola, Ethel Ashbourne. He venido a reclamar lo que pertenece al reino de la Soberbia.



80

Ethel giró la cabeza hacia su madre, sin comprender nada. Isadora se colocó a su lado con ademán protector.

—Ella no...

—Ahora es un súcubo y, por tanto, está bajo mi reinado. Me pertenece como sierva.

—¿Sú-súcubo? —balbuceó Ethel.

—Ah, cierto. Las tuyas lo llaman bruja de sangre, ¿era así? —replicó el demonio con sorna—. Una *belle dame sans merci* —recitó contento.

Isadora cerró los ojos y negó lentamente.

—¿Mamá? ¿Qué dice?

—Lo siento... Lo siento. Pensaba que nunca ocurriría, que podríamos impedirlo.

—¿De qué hablas?

Isadora guardó silencio, buscando la mirada de Morgana.

—¡¿De qué hablas?! —insistió Ethel.

—Hace siglos, una antepasada tuya hizo un trato conmigo —explicó el demonio con deleite—. Las Ashbourne estaban al borde de la extinción. Su magia se debilitaba, el aquelarre se moría. Así que me pidió poder. Y yo se lo concedí, claro. Pero todo pacto con el

infierno exige un precio. Una bruja que usa nuestro poder se transforma, deja de ser humana. Aquí arriba lo llamáis de muchas formas; oficialmente, es un súcubo.

»El acuerdo fue claro: cada Ashbourne que despertara ese poder latente en su sangre me pertenecería. Ya no sería del todo humana, sino un híbrido. —Su mirada se deslizó hacia la anciana Ashbourne —. Y os habéis esforzado mucho en reprimirlo —gruñó, irritado—. Hasta que naciste tú. Criatura excepcional. Tu magia rebosaba... imposible de contener.

—¿Yo? Pero yo ni siquiera... No he usado mi magia hasta... ¿Mamá? ¿Qué está diciendo?

Isadora bajó la mirada, avergonzada.

—Vivir con este destino ha sido insoportable para todas nosotras. Quería una familia normal, que si tenía hijas no cargaran con ese peso, con el miedo constante de convertirse en monstruos.

Ethel se estremeció al escuchar esa palabra en boca de su madre.

—Renuncié a la magia con la esperanza de que, al no usarla, se debilitara. Pensé que tú nacerías más humana que bruja, más parecida a tu padre. Pero no fue así. Cuando consulté tu porvenir, la vidente chilló. Dijo que tu destino estaba manchado de sangre. —Isadora tragó saliva ante el recuerdo—. Entonces lo supe. Decidí que jamás desarrollarías tu poder. Si lo ignorabas, si esa parte de ti moría, estarías a salvo. Eso creí. Pero eras demasiado fuerte, Ethel. Tu magia desbordaba cualquier intento de contenerla. Y yo me sentía tan mal por haberte hecho eso..., por haberte traído al mundo sabiendo la carga que tendrías que soportar.

»Las Trece querían encerrarte en el Laberinto tras lo ocurrido el curso pasado, pero tu abuela las convenció para que te dejaran estar con ella. Al fin y al cabo, yo ya no uso magia, y pensaron que quizá tu abuela podría controlarte mejor.

Ethel miró hacia el porche. Morgana seguía abrazando el cuerpo inerte de Daphne; Seraphine, cegada por las lágrimas, sostenía la mano de su hermana mientras observaba la escena.

—¿Lo... lo sabíais? —murmuró Ethel con la voz rota.

Culpa. Arrepentimiento. Traición.

Cuando Seraphine le habló de su porvenir, había mentido. Sabía lo que significaba y, aun así, calló. Nadie le había contado jamás el verdadero secreto de la familia.

—No... no sé cómo ha pasado. No tenías el control suficiente, el poder suficiente para... —balbuceó Isadora.

—Oh, eso se debe a uno de mis heraldos. Verás, por cuestiones políticas, necesito a Ethel. Así que mandé a Alenox a la Tierra con la misión de poner a prueba a tu hija para que despertase su poder y aprendiese a desarrollarlo.

Ethel levantó la cabeza y, ahogada por el llanto, miró a su alrededor. Alenox...

No.

No, no podía ser.

«Él no... Él no...», suplicó. Cualquier cosa menos eso...

Nox no lo haría. Él siempre había estado de su parte.

Pero nadie había escuchado sus súplicas jamás, así que esta vez no fue diferente.

Lo encontró a la izquierda del demonio. La visión le revolvió de nuevo el estómago. El rostro se le retorció de espanto al ver su aspecto.

Seguía siendo el chico que había conocido, pero ahora era... era... Los iris fulgurantes de Nox la atravesaron, fríos e impersonales.

Ethel se tapó la boca con la mano mientras jadeaba y se echaba hacia atrás hasta quedar sentada en el asfalto.

El corazón se le marchitó, herido de muerte.

—No... —suplicó—. Por favor... —Apretó los párpados—. Por favor, dime que no...

Cada recuerdo, cada momento que habían pasado juntos se retorció, quebró y ensombreció. Cuando ella le contó que era una bruja, cuando él pretendió ayudarla. La estaba engañando, él siempre había sabido lo que ella era.

Cuando la besó.

Cuando se acostaron...

Ethel se cubrió el rostro con las manos y chilló. Todos, absolutamente todos la habían traicionado o engañado. Sus padres, sus tías, su abuela y hasta él. Nadie la había respetado lo suficiente como para ser sincero con ella. ¿Era tan débil e inútil que no se merecía conocer su propia verdad? ¿Así de frágil la consideraban?

—Cielo, tranquilízate —le dijo su madre, tocándole el brazo.

Ethel la apartó bruscamente y se puso de pie.

—No. No me toques.

—Ethel —la llamó Nox, que se había adelantado hacia ella.

Ethel se estremeció ante la suavidad de su voz. Lo odió por ello.

Se apretó el dorso de la mano contra la boca cuando un sollozo le salió del pecho. Quería dejarse caer y que la tierra la absorbiera. Quería deshacerse en partículas, al menos así dejaría de sentir.

Porque se había enamorado. Su destino le había puesto a Nox en el camino y se había enamorado de él. Y se sentía afortunada y, a la vez, profundamente devastada porque todo había sido mentira.

—¿No tienes nada que decir? —le pidió ella.

Nox se acercó un poco más. Pero se frenó cerrando las manos en puños. Aun con ese aspecto, le siguió pareciendo hermoso. Y lo odió por ello.

Parecía imperturbable, ajeno a cómo el corazón de Ethel se marchitaba en su pecho y moría despacio, agonizando.

Nox abrió la boca.

Ella, que había cerrado los ojos, los abrió y lo miró a la cara, borrosa tras sus lágrimas. Nox tragó saliva y apretó la mandíbula mientras miraba al otro demonio de reojo y se callaba lo que fuese a decir.

—¿Por qué...? —suplicó. Quería extirparse aquella emoción del pecho, quería arrancarse lo que sentía por él. Eso que la estaba matando. El labio inferior le tembló—. ¿Por qué...? —sollozó.

—Vamos, chica, tienes que venir conmigo. Estás bajo mi mando y mi voluntad.

Ethel tembló y miró a su madre y luego al resto de su familia.

—No estoy segura de que enviar a un heraldo forme parte del acuerdo. Revisaré el contrato, Altairon —espetó Isadora.

Así que ese era el nombre del demonio.

—Por favor, no me tutees, prefiero príncipe, alteza u otros derivados. Además, Alenox no habría tenido tal éxito si no hubiese sido por la inestimable ayuda del pastor... —Señaló con una mueca patética el cadáver a unos metros de él—. Parece que nuestro cordero de... apuntó al cielo— tenía muchas deudas y un gusto terrible por lo ajeno. Ah... la Avaricia, cómo detesto a esos cabrones. Arkemis ha debido de ayudarle. ¿Habéis oído cómo lo llamaba? —Soltó una carcajada que hizo que todos se estremeciesen—. Una pena que su alma vaya a ir a parar a su círculo y no al nuestro... En fin, ha sido muy estúpido por su parte, pero Arkemis no es el más inteligente —dijo con desprecio—. Más que nada ha terminado ayudándome en mis propósitos, y eso que deseaba lo contrario. Me alegraré de restregárselo por la cara.

Isadora miró el cuerpo de Whitmore y luego a Altairon con el ceño fruncido, era justo la cara que ponía cuando se concentraba en preparar uno de sus casos.

—¿Está diciendo que este pastor hizo un trato con un demonio por...?

—Desesperación, odio, avaricia... —enumeró—. Si uno desea lo que es de otro y además es un servidor de *Dios* —pronunció la palabra con una mezcla de repulsión y respeto—, lo mejor que puede hacer es disfrazarlo de otra cosa, algo justificable, como limpiar el pueblo del mal de estas mujeres diabólicas. —Se llevó la mano al pecho—. Justificar sus pecados. Todos lo hacen. Arkemis le dio poder, pero corrompió su alma. En fin, esto será muy entretenido de presentar a los serafines, siempre es gratificante cuando son los suyos los que hacen uso del mal. —De nuevo se rio. Ethel no había oído nada tan estremecedor en su vida—. En fin, basta de cháchara, nos tenemos que ir.

Isadora trató de alcanzar a su hija, que apartó el brazo y evitó mirarla.

—Puede que intentases protegerme, pero has acabado destruyéndome —susurró con la voz rota, y dio un paso hacia Altairon.

—Haremos todo lo posible para sacarte de ahí.

Altairon puso los ojos en blanco ante el dramatismo de la escena.

—No voy a torturarla, será un activo valioso para mi disputa. Eso es todo.

«Un activo valioso», Ethel levantó la cabeza y miró a Nox, que permanecía impasible, estoico, sin vida.

Claro, por qué no se había dado cuenta de que él no se habría acercado a alguien como ella si no fuese por un motivo oculto.

Nox mismo la había advertido innumerables veces.

Pero había elegido creer lo contrario.

«Tonta».

Ethel pasó al lado de Nox mientras se dirigía a Altairon y sintió que él se tensaba.

—Odio tu existencia. Odio cada palabra, cada gesto, cada uno de los recuerdos que tengo contigo —susurró solo para Nox.

Él cogió aire por la nariz.

«Ethel», le pareció que susurraba con un hilo de voz.

Ella se paró frente a Altairon, que le dedicó una extraña sonrisa.

—No os preocupéis, mandaré a que se ocupen de este desastre —le dijo a Isadora.

Ethel miró por última vez a su familia y conforme lo hacía sintió que la persona que había sido moría; se apagó al contemplar el monstruo que era, el horror que había creado, pero también al ser testigo de la traición de las personas a las que amaba.

Nota de la autora

Al igual que en mi anterior bilogía, donde utilicé citas como hilo conductor, en esta historia también me he apoyado en otras piezas de arte y poesía. Desde pequeña tengo un libro de leyendas de hadas y su folclore en el que se menciona a la *Leanan Sidhe,* y siempre me fascinó su mito y todo lo que se cuenta de ella.

Partiendo de esa idea, mientras trabajaba la premisa del libro y daba forma a la trama de Ethel y a la naturaleza de sus poderes, encontré este poema de John Keats, que comparte un trasfondo muy cercano al de la *Leanan Sidhe*. Sentí que encajaba a la perfección con lo que yo quería explorar en *Flor de Sangre*. Además, descubrí que el concepto de «la belle dame sans merci» inspiró a dos pintores de la corriente prerrafaelita, cuyo estilo armoniza muy bien con la estética de la novela.

Fue uno de esos raros momentos en los que todo hace *clic*. Por eso quise partir de este poema para crear el texto que Ethel encuentra en la biblioteca de la mansión: una pista sobre lo que está por venir, sobre el secreto que guarda su familia y sobre aquello que ella es.

¡Oh! ¿Qué te aqueja caballero,
que vagas pálido y solo?
El junco del lago se ha marchitado
y ya no cantan los pájaros.
¡Oh! ¿Qué te aqueja caballero,
trasnochado y afligido?
Colmado el granero de la ardilla
y recogida la cosecha.
Veo un lirio en tu frente
con húmeda angustia y rocío de fiebre;
y en tu mejilla una rosa descolorida,
que pronto ha de marchitarse.
Hallé una dama en los prados
bellísima, hija de un hada.
Su cabello largo, su pie ligero
y su mirada salvaje.
Trencé una guirnalda con sus cabellos,
brazaletes también y ceñidor fragante;
me miró como enamorada
y gimió dulcemente.
La senté en mi manso corcel,
y no miré más en todo el día,

de soslayo se inclinaba y entonaba
una canción de hadas.
Me buscó raíces exquisitas,
salvaje miel y maná de rocío,
y en lengua extranjera me dijo:
«Te amo de verdad.
Me llevó a su gruta de elfos
donde lloró y suspiró de dolor,
y con besos le cerré los salvajes ojos.
Me adormeció con nanas
y soñé (¡ah, enemigo derrotado!)
el último sueño soñado
sobre la ladera de la fría colina.
Vi pálidos reyes y príncipes,
guerreros, blancos de muerte todos;
y gritaban: ¡la bella dama sin piedad
te ha hecho su esclavo!
Vi sus labios hambrientos en el crepúsculo,
abiertos cual horrible augurio;
y desperté y me encontré aquí,
en la fría ladera de la colina.

JOHN KEATS, *La belle dame sans merci* (1819)

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido un viaje de luces y sombras. Ha sido duro y difícil porque acababa de entregar el final de *La Academia*, del que estaba profundamente orgullosa, y me costó mucho desprenderme de esa historia y, sobre todo, de esos personajes. También, porque *La Academia* ha funcionado muy bien y me ha costado mucho gestionar mis propias expectativas sobre mi siguiente proyecto, es decir, este. Solo pensaba en el resultado y eso no me dejaba avanzar, porque en comparación nada me parecía lo suficientemente bueno; pero claro que no lo iba a ser, estaba comparando una bilogía terminada y publicada con un primer borrador. Es que soy muy impaciente, es uno de mis defectos.

Voy a ser sincera... La premisa de este libro me encantaba, pero una vez que empecé a escribir me atasqué, todo lo que ponía sobre el papel me parecía malo. He llorado mucho haciéndolo. Y lo sé porque tengo un diario donde voy documentando un poco mis procesos y dejo constancia de todo; me divierte poder echar la vista atrás y ver cómo he evolucionado conforme avanzaba escribiendo.

Y en ese diario apunté que, aunque en el corto plazo no estaba contenta, en el largo sí lo estaría. Me prometí que cuando entregase el libro estaría orgullosa de él. Y así ha sido, en un punto entre el final del primer borrador y la segunda reescritura todo hizo clic y lo conseguí.

No sé si gustará más o menos que mis otros libros, pero sí sé que yo estoy muy satisfecha con el trabajo, y que ahora, una vez terminado, me siento mejor escritora.

Y la persona que más me ha ayudado a conseguirlo ha sido mi amiga María; gracias, tía, eres la mejor. Espero que para cuando este libro se publique ya tengamos entradas para ir al concierto de BTS.

Gracias también a Irene, mi editora, podéis intuir por mi texto de arriba que estaba bastante insegura con este libro..., pero tener al otro lado a Irene es muy reconfortante, tanto a nivel profesional como desde un punto de vista humano.

También, gracias a Laura y a Andrea. A Anna, nadie *fangirlea* con los libros como ella. Qué guay es conectar tan bien con la gente con la que trabajas.

A IMC y a Jordi, mi agente.

A mi persona favorita, Fran. Para cuando este libro salga, nos quedará poco para casarnos y espero que la locura no nos haya poseído todavía.

A mi aquelarre. A Ethel la salvan sus tías y su abuela, su aquelarre. Siempre he sido muy de brujas, quizá porque me he criado rodeada de mujeres: empezando por mi madre, mi abuela, mis tías; siguiendo por mi hermana y mis sobrinas, y completando el círculo con mis amigas. Mi aquelarre.

Y a mis lectoras/es, que ahora formáis parte de este aquelarre, gracias por acompañarme un libro más.





Flores malditas 1. Flor de sangre
Nerea Llanes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de
sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Nerea Llanes, 2026
© Editorial Planeta S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño, Crossbooks
Ilustración de la cubierta: © Shutterstock / © Olga Korneeva
Ilustración de las guardas: © Elena Pancorbo

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-31913-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta